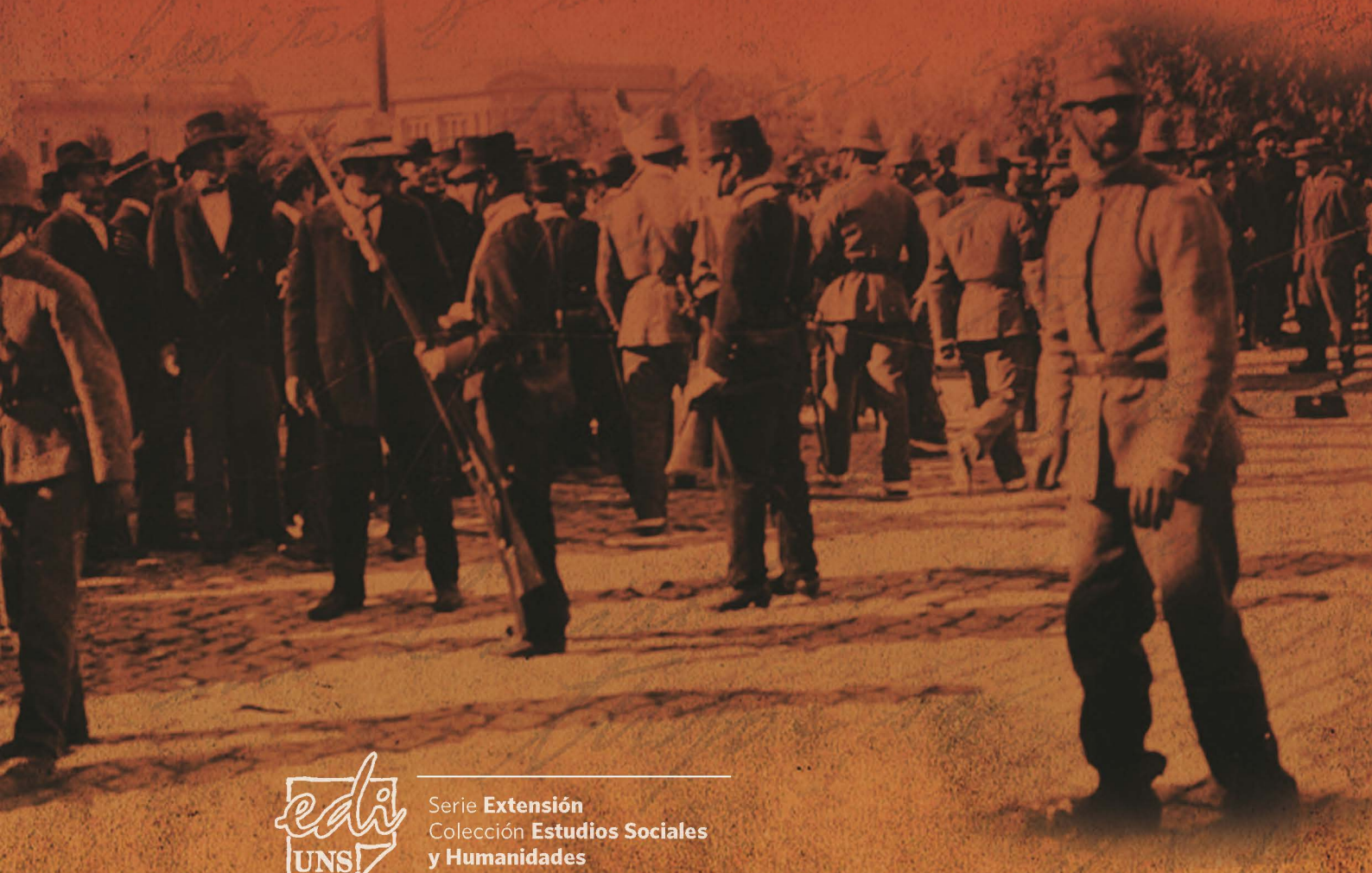


Mabel N. Cernadas
Lucía Bracamonte
María de las Nieves Agesta
Yolanda de Paz Trueba

ESCENARIOS DE LA SOCIABILIDAD EN EL SUDOESTE BONAERENSE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX



Serie **Extensión**
Colección **Estudios Sociales
y Humanidades**

ESCENARIOS DE LA SOCIABILIDAD EN EL SUDOESTE BONAERENSE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Mabel N. Cernadas

Lucía Bracamonte

María de las Nieves Agesta

Yolanda de Paz Trueba



SERIE **EXTENSIÓN**
COLECCIÓN **ESTUDIOS SOCIALES**
Y **HUMANIDADES**

Escenarios de la sociabilidad en el sudoeste bonaerense durante la primera mitad del siglo XX / Mabel Nélide Cernadas ... [et al.]. - 1a ed . - Bahía Blanca : Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2016.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-655-122-9

1. Historia Social. 2. Estudios Culturales. I. Cernadas, Mabel Nélide
CDD 306.09



Editorial de la Universidad Nacional del Sur

Santiago del Estero 639 - B8000HZK - Bahía Blanca - Argentina
Tel.: 54-0291-4595173 / Fax: 54-0291-4562499
www.ediuns.uns.edu.ar | ediuns@uns.edu.ar



**Libro
Universitario
Argentino**



**Red de Editoriales de
Universidades Nacionales**

Diagramación interior y tapa: Fabián Luzi

Imagen de tapa: Movilización pública en Plaza Rivadavia (circa 1925). Archivo de la Memoria de la UNS.

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes n.º 11723 y 25446.

Queda hecho el depósito que establece la Ley n.º 11723.
Bahía Blanca, Argentina, agosto de 2016.

© 2016 Ediuns

ÍNDICE DE CONTENIDOS

Presentación	7
Prólogo. Andrés Bisso	11
CAPÍTULO 1	
Bahía Blanca de la "segunda fundación" a la sociedad de masas (1880-1943)	
MABEL N. CERNADAS, LUCÍA BRACAMONTE Y MARÍA DE LAS NIEVES AGESTA	15
CAPÍTULO 2	
La política en la mira. Fotografía, sociabilidad y cultura política en Bahía Blanca a principios del siglo XX.	
MARÍA DE LAS NIEVES AGESTA Y MABEL N. CERNADAS	51
CAPÍTULO 3	
Postales de este lado del mundo: redes de sociabilidad y formas de la cultura moderna	
MARÍA DE LAS NIEVES AGESTA Y LUCÍA BRACAMONTE	93
COLECCIÓN M-R (selección)	120
COLECCIÓN G-R (selección)	129
COLECCIÓN A-L (selección)	132
CAPÍTULO 4	
La sociabilidad familiar y la construcción de relaciones interindividuales: un noviazgo a través de cartas a comienzos del siglo XX	
LUCÍA BRACAMONTE Y YOLANDA DE PAZ TRUEBA	135
CORRESPONDENCIA (selección)	148
Notas	155
Las Autoras	175

Este libro constituye la primera aproximación colectiva al problema de la sociabilidad en la historia de Bahía Blanca y su región realizada en el marco del proyecto *Cultura política y sociabilidad en Bahía Blanca durante el siglo XX*, en colaboración con colegas de otras universidades de la provincia de Buenos Aires. Radicado en el Centro de Estudios Regionales “Prof. Félix Weinberg” del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur y con el apoyo económico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), este proyecto se propone describir y analizar las principales transformaciones operadas en los aspectos simbólicos y materiales de la vida pública y cívica de Bahía Blanca a lo largo del siglo XX.

En este contexto, las formas de sociabilidad que se desplegaron en ese territorio y su articulación con la cultura política de la época son objeto de una particular atención en tanto permiten poner de relieve la dimensión de lo personal y de las relaciones sociales en el estudio de los procesos políticos y culturales. Asimismo, la reconstrucción de las redes que se establecieron en la ciudad, proyectándose a escala regional y nacional, pone en primer plano la cuestión de la circulación de personas, saberes y capitales, la generación de las estructuras de poder político, económico, social y cultural y la producción de identidades y lazos de solidaridad de diversa índole. Es importante señalar en esta instancia que, como indica Pilar González Bernaldo de Quirós,¹ las nociones de sociabilidad y redes son complementarias pero no equivalentes, ya que mientras la primera remite a los vínculos que se establecen entre individuos y grupos que efectivamente participan de las prácticas sociales, la segunda refiere a espacios de interacción social que no implican la necesidad del contacto entre sus miembros. Así, si bien ambas nociones dan cuenta de dinámicas diferentes, su articulación resulta sumamente interesante para examinar los intercambios generados en y a partir de Bahía Blanca y su región. En este sentido, retomamos los aportes de Michel Bertrand para quien una “red de sociabilidad” refiere a un “conjunto permanente o temporario de vínculos de naturaleza diversa que ligan a los individuos entre sí”² y que los unen por medio de relaciones de solidaridad. Los espacios de sociabilidad se transforman, de este modo, en el contexto en el que se desarrollan los sistemas de relaciones de una sociedad, permitiendo restituir el lugar de los individuos en los procesos históricos.

Con esta propuesta, *Escenarios de la sociabilidad en el Sudoeste bonaerense durante la primera mitad del siglo XX* recupera la herencia teórica francesa, responsable de introducir el concepto de sociabilidad en los estudios históricos a partir de las investigaciones de Maurice Agulhon, y la propia producción historiográfica argentina, para enfatizar los aspectos afectivos de los vínculos, atendiendo a los “lugares”, los “medios” y los “mediadores” del mundo político, social e intelectual. En este sentido, a partir de un espacio, un objeto y un período específicos, los capítulos dialogan en un sentido crítico con al menos tres cuestiones planteadas por esta tradición: la distinción entre formalidad e informalidad, el nexo entre las prácticas sociales y lo político y la convivencia de diferentes experiencias de la sociabilidad fundadas en distintas matrices sociales e ideológicas.

Este planteo temático y conceptual se conjuga, además, con otro de tipo metodológico que se sustenta sobre el convencimiento de la necesidad de ampliar el corpus documental para posibilitar el estudio de dichas cuestiones. Sobre la base de fuentes muchas veces ignoradas por los historiadores debido a su aparente trivialidad o a las dificultades que implica el abordaje conjunto de imágenes y

textos, cada una de las partes que componen este volumen constituye una apuesta por construir una historia renovada que, recogiendo los aportes realizados con anterioridad, contribuya a la comprensión de la vida político-social del sudoeste bonaerense. La historia política, la historia sociocultural y la historia de las mujeres se conjugan entonces en torno a la problemática de la sociabilidad y de sus fuentes. Para ello, se emplean herramientas de análisis cualitativo y cuantitativo que permiten dar cuenta tanto de las características materiales de los soportes como de los rasgos que adquirió la circulación de los discursos. La potencialidad de las fotografías de prensa, las tarjetas postales y las cartas, en tanto artefactos culturales complejos y signos de la modernidad de la época, es destacada para explorar asuntos como la sociabilidad política, la amistad, la vecindad, la pareja y la familia en la etapa abordada. Estas facetas discurrían por canales formales e informales y sus dimensiones relacionales, emocionales y representativas conectaban cotidianamente entre sí a las personas radicadas en Bahía Blanca, así también como con quienes habitaban en sitios aledaños del centro y sudoeste de la provincia y con residentes en otros puntos del mundo occidental.

En el primer capítulo, titulado “Bahía Blanca de la ‘segunda fundación’ a la sociedad de masas (1880-1943)”, Mabel N. Cernadas, Lucía Bracamonte y María de las Nieves Agesta reconstruyen la historia de la localidad en el marco del desenvolvimiento de la región circundante entre fines del siglo XIX y la cuarta década del siglo XX. Identifican y describen diversas vertientes que marcaron el desenvolvimiento peculiar de Bahía Blanca y definieron su fisonomía urbana. Entre ellas, destacan los procesos económicos vinculados con la actividad agropecuaria, el comercio, la industria, los transportes y las comunicaciones; los rasgos del mercado de trabajo y la conformación del movimiento obrero; el aumento poblacional y el flujo inmigratorio; el creciente asociacionismo y los eventos públicos; los adelantos edilicios e infraestructurales; la conformación del campo periodístico; los desarrollos y conflictos políticos; la configuración del sistema educativo y la dinamización de la vida cultural y recreativa. De esta manera, quedan perfilados los principales contextos y canales de las formas de sociabilidad desarrolladas por la población de la época.

En el segundo capítulo, titulado “La política en la mira. Fotografía, sociabilidad y cultura política en Bahía Blanca a principios del siglo XX”, María de las Nieves Agesta y Mabel N. Cernadas toman como fuentes las fotografías aparecidas en la prensa ilustrada de Bahía Blanca durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. A partir de ellas, analizan las representaciones de la sociabilidad política que contribuyeron a configurar las representaciones de los y las bahienses en la materia, identificando procesos de continuidad y cambio. La constatación de que la presencia de los partidos como núcleo de la escena política disminuiría hasta desaparecer y ser reemplazada por la de los sectores corporativos u oficiales, las conduce a delinear dos etapas: la que se extendió hasta 1928, año en que se conmemoró el Centenario de la fundación de la ciudad, y la que comenzó en esa fecha para culminar al producirse el Golpe militar de 1943. La dinámica partidaria, las formas de proselitismo preelectoral, los comicios, la comensalidad, las protestas y las fiestas son las expresiones de sociabilidad indagadas en este estudio que confronta fuentes visuales y escritas.

En el tercer capítulo, denominado “Postales de este lado del mundo: redes de sociabilidad y formas de la cultura moderna”, María de las Nieves Agesta y Lucía Bracamonte estudian el establecimiento y sostenimiento de vínculos de sociabilidad a través de las tarjetas postales intercambiadas por tres núcleos familiares de la ciudad de Bahía Blanca y de la zona rural circundante perteneciente al partido de Tornquist. Las características materiales de estos objetos culturales y de comunicación, así como los usos que les daban los actores, permiten vislumbrar el funcionamiento efectivo de las relaciones de parentesco, vecindad y amistad que los mismos contribuyeron a sostener.

Finalmente, en el cuarto capítulo, titulado “La sociabilidad familiar y la construcción de relaciones interindividuales: un noviazgo a través de cartas a comienzos del siglo XX”, Lucía Bracamonte y Yolanda de Paz Trueba utilizan otras fuentes enmarcadas también en el género epistolar: una serie de cartas de amor enviadas por Rosa, una costurera de Olavarría, a su novio Luis, residente en Bahía Blanca. A través de estos escritos, fechados entre 1906 y 1910, analizan el vínculo amoroso en el contexto de la sociabilidad de carácter familiar. Dos formas o expresiones de la misma: la visita y la correspondencia, son focalizadas para examinar de qué manera los lazos y redes sociales contribuyeron al sostenimiento de un noviazgo entre dos personas que vivían en lugares distantes.

Limitado al período 1880-1943, este libro es tan solo el primer tomo de una obra más amplia que pretende abarcar un marco temporal mucho más extenso en concordancia con el trabajo realizado por los investigadores del proyecto y ofrecer, así, un análisis transversal que recorra desde los inicios del proceso de modernización acelerada a fines del siglo XIX hasta las últimas décadas de la centuria siguiente. Dado que se trata de un esfuerzo conjunto, queremos agradecer en primer lugar a nuestros compañeros del proyecto por las sugerencias, las discusiones, los comentarios y el ambiente de colaboración y diálogo que nos unen en esta empresa intelectual. Asimismo, queremos manifestar nuestro reconocimiento a los integrantes del Instituto de Estudios Histórico Sociales (IEHS)/ Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (IGEHCSC/ CONICET/ UNCPBA), al personal de la Hemeroteca de la Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca, y del Archivo de la Memoria de la Universidad Nacional del Sur por la disposición y cordialidad para facilitar el trabajo del equipo. Una mención especial ameritan también las familias Federici, Carnicer, Morales, Felicetti y Ribichini que nos ofrecieron desinteresadamente las fuentes que posibilitaron la redacción de algunos de estos capítulos. Por último, un reconocimiento especial a nuestro colega Andrés Bisso perteneciente al Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales del CCT-CONICET y de la Universidad Nacional de La Plata quien manifestó interés por los temas desarrollados en el libro y accedió a realizar su prólogo.

Un disfraz de Chaplin en el cuerpo de un joven bahiense, una postal en camino a Europa, una carta entre novios, un catálogo del Salón de Arte local, una foto de un banquete masón... ¿Qué puede haber de *político* en la existencia y en la narración de todos y cada uno de estos actos relativamente mínimos y cotidianos que podemos extraer, entre tantos otros, de las páginas del libro que aquí prologamos y que se atreve a relacionar diversas esferas, en una estrategia que cierto exceso de prudencia historiográfica estaría tentado en desaconsejar?

La reflexión politológica podría decir que es el totalitarismo, el campo en que la cotidianeidad y los actos privados se transforman inmediatamente en expresión de lo *político*, y quedan bajo su asechanza, al quedar subsumidos por esa esfera, con el riesgo -y la distinción- de volverse subversivos en el momento en que quieren escapar a su control.

Entonar o silbar, en la Alemania de finales de la década del treinta del siglo pasado, una canción de la ópera-jazz *Johnny spielt auf* del compositor vienés Ernst Krenek, se convertía al punto en un acto de resistencia, en tanto el régimen nazi la había condenado a la órbita del *entartete Kunst*. De esta manera, se *permeaba* inevitablemente de un contenido fuertemente político, un producto artístico que en su origen no se había propuesto ese horizonte, al menos no de un modo directo ni preponderante.

Un sentimiento de *resistencia involuntaria* equivalente a esa acción sentiría "Gabriele", el personaje interpretado por Marcello Mastroianni en *Una giornata particolare*, al "ser" homosexual en la Roma de 1938, en momentos en que la ciudad era visitada por el *Führer*. El personaje vería traspasada su intimidad al tener que interrumpir los sonidos de su disco de rumba cuando la portera del edificio subía el volumen de la radio que reproducía las canciones marciales del fascismo. Una de las frases de "Gabriele" parece resumir esas instancias de imposición de lo *político* sobre la vida cotidiana y los gustos privados: "Yo no creo que el inquilino del sexto piso sea antifascista. Más bien es el fascismo el que es anti-inquilino del sexto piso".³

En las instancias mencionadas, como lo ha señalado ya Claude Lefort:

lo que se recusa es la propia noción de heterogeneidad social, la noción de una variedad de modos de vida (...) Y allí donde despunta el elemento más secreto, más espontáneo, más imperceptible de la vida social, en las costumbres, los gustos, las ideas, allí el proyecto de control, de normalización, de uniformización alcanza su máxima expresión.⁴

Sin embargo, las peripecias de la ciudad de Bahía Blanca en la primera mitad del siglo XX, objeto de atención principal de este estudio, no parecen coincidir de ninguna manera con dichas expectativas de sometimiento de la vida social. Las páginas de este libro muestran la heterogeneidad de las prácticas producidas en un clima de variación política clara, en el que las regulaciones del Estado -incluso en tiempos del *fresquismo* que intentó discursividades de tintes omniscientes⁵ - resultaban débiles en comparación con la capacidad de la *tradición* y de las *costumbres* en lo relativo a la regulación de las prácticas de sociabilidad, las que por otra parte, como se detalla en el primer capítulo del libro, también eran dinámicas en razón la "ausencia de una elite tradicional que obstaculizara la movilidad social ascendente".

De manera que podríamos pensar el caso bahiense, desde aquello que Ferenc Fehér encuadra dentro del marco de una politización que puede definirse como *eventual*: “No todas las cuestiones son políticas (...) porque eso sería en realidad totalitario. Pero todas las cuestiones pueden convertirse en políticas”.⁶ Lo interesante es analizar las causas y los imponderables que hacen que un tema se *vuelva* político.

Podríamos pensar entonces, así, a la sociabilidad y a la política, no como conceptos estancos, sino como regímenes de sentidos y prácticas dinámicos y cambiantes, en los que ninguno de los polos está subsumido por la acción del otro, sino que -mejor- cada uno de ellos *activa* diversas facetas de su conformación, en contacto o interacción con el otro.

Estas *activaciones* de sentido (que hacen que un *mero* o “*gratuito*”, siguiendo a Simmel, acto de sociabilidad adquiera indicios de *politicidad* o que un hecho político refuerce su sentido a partir de ciertas interacciones de sociabilidad) no pueden ser definidas estructuralmente a través de lazos de correspondencia fija entre ambas esferas, sino que por el contrario -y aquí entra a jugar en especial la práctica historiográfica- pueden ser entendidas gracias a su contextualización específica en determinados marcos referenciales y simbólicos que permitieron esa amalgama.

Entender ese juego dinámico entre *gratuidad* e imposición de sentido puede ser una vía de acceso diagonal, pero especialmente útil para analizar las problemáticas de interacción que se dan en una sociedad concreta como la de Bahía Blanca de la primera mitad del siglo pasado. Así lo demuestra la frase que sostienen en este libro Agesta y Cernadas, por la cual logra apreciarse el rol de las imágenes, capaces de colocar “en primer plano la dimensión afectiva y cotidiana de la política al resaltar los vínculos interpersonales que ligaban a la dirigencia y a las bases”.

En ese sentido, este libro demuestra desde el rastreo empírico, la utilidad de producir conocimiento historiográfico renovado a partir de aquel penetrante pensamiento del sociólogo alemán Georg Simmel (que pronto cumplirá cien años de haber sido publicado), cuyo impacto, más allá de innumerables mediaciones⁷ y tardías traducciones,⁸ ha encontrado últimamente eco en nuestras prácticas académicas locales:

es un aferrarse superficialmente a un uso del lenguaje (...) cuando se quiere reservar la denominación de sociedad sólo para las interacciones *duraderas*, para aquellas que se han objetivado en configuraciones singulares definibles: un Estado, una familia, gremios, iglesias, clases, asociaciones en función de ciertos fines, etc. Sin embargo, aparte de éstas existe una cantidad incontable de tipos de relación e interacción humanas menores y aparentemente insignificantes según los casos, que al intercalarse entre las configuraciones abarcadoras y, por así decirlo, oficiales, son las que primeramente logran constituir la sociedad tal como la conocemos.⁹

Entonces, al repreguntarnos la idea del principio, sobre la *politicidad* latente de ciertas prácticas, encontramos en este mismo libro que las contiene, las claves de su indagación, al presentarnos una mirada más compleja sobre Bahía Blanca, que los que las definiciones esencialistas sobre la Bahía “militar”, la Bahía “socialista”, la Bahía “inmigrante”, desmontadas de su contexto, suelen ofrecer.

En ese sentido, el presente libro nos ubica gracias a su detalladísimo primer capítulo, escrito por Cernadas, Bracamonte y Agesta, en la interactiva realidad de la Bahía Blanca de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, dándonos un panorama del espacio social bullente que la *Ciudad* presentaba en las primeras décadas posteriores a 1895, momento en que fue formalizada con ese status. A partir de este primer acercamiento, el lector podrá contextualizar las múltiples prácticas de sociabilidad y política que se expondrán en los capítulos posteriores, en el sentido en que explicábamos precedentemente.

De esta manera, sólo reflexionando, como señalan las autoras, cómo el Club “El Progreso”, en donde se prohibía la “política en sentido estricto”, fue el germen ¿paradójicamente? de muchos de los entendimientos que hicieron posible la creación de la Unión Cívica local, podemos entender que las relaciones entre sociabilidad y política no pueden auscultarse bajo los cánones rígidos de los discursos institucionales, sino -en muchas ocasiones- bajo otras formas menos estridentes pero igualmente generadoras de sentido y que circulan bajo el paraguas de esos ámbitos. Un mismo lugar de encuentro, como lo ha señalado convincentemente Rémy Ponton, puede ser simultáneamente, llegado el caso, espacio de sociabilidad *gratuita* y espacio de identificación política. En ese sentido:

la distinción entre ‘ocio’ y ‘política’ no siempre resulta fácil de establecer, en la medida en que la discusión política puede ser parte de la definición de diversión común para los miembros de un círculo, de manera que un ligero desplazamiento de acento hará aparecer como centro de propaganda político o lugar de descanso, a un círculo que, para la mayoría de sus miembros, es probablemente las dos cosas a la vez.¹⁰

Sin embargo, así como no *todo* puede ser “político” todo el tiempo, cabe señalar que la misma sociedad de la época parece distinguir, casi sin que se lo pregunten, como en el caso del “tiempo” para San Agustín, las precisas conductas que *saturan* de “política” ciertos ámbitos que, frente a esos intentos, sostienen *militantemente*, digamos aunque suene paradójico, cierta autonomía propia y cierta *gratuidad* simmeliana, en relación con el propósito con el que fueron establecidos.

En esa línea, las disímiles irrupciones de la política se demuestran gracias al capítulo de Cernadas y Agesta, en el que se procuran identificar -desde el análisis de las fotografías- las herramientas utilizadas para lograr acompañar de sentidos políticos variables, las imágenes publicadas. La distinción, aunque siempre lábil, estaba presente en los profesionales fotógrafos que decidían si intentaban darle al comicio un aire “neutro”, si procuraban destacar las figuras *notables* por sobre la dirigencia, o si intentaban imponer la “superioridad del número” en la composición que realizaban. Vemos, de acuerdo con esto, que frente a lo que a menudo lamentaba Américo Ghioldi, acerca de las estrategias de privilegio de la “superioridad del número” sobre la “superioridad moral”; los socialistas locales, que llegarían incluso a alegarse ambas “superioridades” a principios de los años treinta, no dudaban también en demostrar el peso de su cantidad de seguidores como forma de propaganda política, tal como lo muestra la foto del mitin de mayo de 1917 reproducida en este libro.

Al igual que la recientemente mencionada, cada una de las contribuciones del libro, a través de los diversos capítulos, logra su objetivo de reinstalar la tensión en torno a la relación entre sociabilidad y política. Evitando la pregunta directa sobre la *politicidad* o no intrínseca de tal o cual práctica social -algunas muy íntimas como enviar una postal a un novio o acordar una forma particular de reunión familiar-, los trabajos aquí nos permiten, en cambio, pensar en las estrategias y herramientas que los actores de la época y el lugar estudiados, desarrollaban en sus intentos de mantener sus propias prácticas o las prácticas de otros dentro de un espacio *político*, o irradiarlas del mismo.

En el último sentido, resulta fuertemente motivadora para la reflexión, la idea citada de la *Guía Social de Bahía Blanca*, la que al indicar que el género epistolar era intrínsecamente “femenino”, quería suponer a su vez, con ello, que era privado y además, que resultaba “el menos libre” de todas las formas de escritura, por la posibilidad implícita que poseía de infringir los cánones sociales. ¿Cuántos giros podemos encontrar en una sola cita como ésta, en relación con los supuestos de las relaciones entre política, vida cotidiana, femineidad y libertad? Quien escribió esa frase, parecía detectar a la vez que intentaba cancelar, los alcances “extra-muros” que podía provocar una actitud, tan *femenina* e *inocente*, como escribir una carta.

Vemos, finalmente, como el libro que prologamos se ha dedicado a comenzar -y esperemos futuras incursiones de las autoras en la temática- a replantear los límites de ciertas líneas trazadas entre política y sociabilidad, restituyendo el impacto y la fuerza de los intercambios *informales* al campo de la política, en una estrategia que puede ser compleja por lo diagonal, pero que nos lleva a preguntas renovadas y particularmente fructíferas, como para el caso de la sociología ha podido intuir Simmel, siguiendo la línea que nuestra historiografía, como lo ha demostrado, entre otras, la siempre motivadora obra de Sandra Gayol,¹¹ ya ha podido empezar a transitar, aunque con más camino por recorrer, afortunadamente, que recorrido.

Andrés Bisso
CONICET- IDIHCS-UNLP



Bahía Blanca de la "segunda fundación" a la sociedad de masas (1880-1943)

Mabel N. Cernadas
Lucía Bracamonte
María de las Nieves Agesta
CONICET-CER/UNS

Fundada como fortaleza de avanzada del Estado sobre territorio indígena en 1828, [Imagen 1] Bahía Blanca se fue convirtiendo entre fines del siglo XIX y principios del XX en una ciudad progresista con aspiraciones de modernidad y en un centro regional con un futuro promisorio. Su reposicionamiento en la economía nacional como nodo ferropuerto a partir de la extensión de las vías férreas y de la fundación del puerto de aguas profundas, fue precisamente lo que permitió a Benigno Lugones afirmar en el diario *La Nación* que la localidad estaba protagonizando su "segunda fundación": un proceso de carácter revolucionario que suponía la abrupta transformación de las estructuras productivas, del espacio urbano y de la vida social.¹²

La llegada del ferrocarril resultó fundamental, en este contexto, ya que supuso una conexión y una circulación fluida de mercaderías y pasajeros con el resto del país. La construcción del tendido férreo se produjo en varias etapas y estuvo en manos de diversas empresas de origen inglés y, en menor medida, francés. Así, en 1884 la empresa Ferrocarril Sud inauguró la línea que unió Bahía Blanca con la Capital Federal; en 1896, al crearse el Puerto Militar, se extendió su red desde Grümbein hasta Punta Alta; y en 1899, ante la posibilidad de un conflicto con Chile, amplió sus líneas hasta Neuquén. La empresa del Ferrocarril Bahía Blanca al Noroeste, por su parte, inició el enlace ferroviario hacia La Pampa y la región cuyana en 1887 y, finalmente, el Ferrocarril Rosario-Puerto Belgrano fue librado al



Imagen 1. Vista de la plaza de Bahía Blanca. Dibujo del Ing. Carlos E. Pellegrini.

Revista del Plata, Buenos Aires, 1861. Sala del Tesoro, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

servicio público en 1910. Del mismo modo, la infraestructura portuaria fue un elemento clave para la dinamización de la zona dado que, en articulación con el transporte terrestre, constituía la condición de posibilidad para la exportación de la producción de la región. Hacia 1880 se estableció la primera aduana a orillas del arroyo Napostá y tres años después se otorgó la concesión del puerto al Ferrocarril Sud que habilitó en 1885 un muelle de hierro y que creó en 1895, gracias a la Ley nº 3.344, el puerto de Ingeniero White. En el mismo año, el gobierno autorizó al Ferrocarril Bahía Blanca al Noroeste a instalar un muelle en Galván que fue inaugurado en 1905. Por último, en 1901 se adjudicó por decreto a la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas el permiso para construir un muelle en el extremo superior del estuario (instalación que se efectuó en 1903) y en 1908 por Ley nº 5.574 se otorgó la concesión del puerto de Arroyo Parejas al Ferrocarril Rosario-Puerto Belgrano.

Estas condiciones materiales favorecieron la integración económica regional dado que Bahía Blanca se convirtió en puerta de salida de los productos agropecuarios hacia el Atlántico. En la década del ochenta predominaba la ganadería, como se aprecia en los datos aportados por el Censo Provincial de 1881. De 617.500 hectáreas, 616.935 se dedicaban al pastoreo, 485 correspondían a chacras y solo 30 al pueblo. La agricultura no ocupó sino un lugar secundario hasta fines de esa década, pues los cultivos se extendían sobre una zona reducida en torno al ejido o en determinadas localidades del partido y el volumen de granos apenas alcanzaba para abastecer al mercado local. A partir de ese momento comenzó a dinamizarse el proceso de expansión agraria, al realizarse en las estancias la siembra de trigo y forrajes por acción de chacareros arrendatarios. En la transición hacia el siglo XX la agricultura fue ganando terreno y se produjo una transformación en la ganadería gracias al mejoramiento de las razas. A partir de 1890 se inició el movimiento de exportación de cereales y la actividad ganadera propició embarques de lana y cueros. De este modo, Bahía Blanca se incorporó a la economía nacional e internacional como una pieza más del modelo agroexportador.

La vida económica de la ciudad se basaba en la riqueza pecuaria de la región, razón por la cual los sectores vinculados a ella y a las actividades relacionadas al campo ocuparon las posiciones más destacadas dentro del ambiente local. Hacendados, acopiadores, consignatarios, barraqueros, comisionistas y rematadores fueron configurando una élite agroexportadora que, al menos hasta la década inicial del siglo XX, mantuvo el control sobre la economía, la sociedad y la política bahienses.¹³ [Imagen 2] Tal como se deduce de la enumeración, el crecimiento del sector comercial acompañó y complementó al agrícola-ganadero durante estos primeros tiempos. Las pulperías y los almacenes de ramos generales fueron cediendo terreno a un comercio que encauzó sus objetivos dentro de una especialización indispensable para responder tanto a las crecientes necesidades urbanas y zonales como a las impuestas por la comercialización exterior.¹⁴ A medida que crecieron la producción y el tráfico, las grandes casas nacionales e internacionales de consignación de frutos y los ferrocarriles fueron acaparando el mercado.

Luego de la crisis de 1890, que tuvo gran impacto en esta economía emergente sin llegar a colapsarla, comenzó un período de adaptación a las nuevas condiciones. A medida que se desarrollaron los ámbitos urbano y rural, los requerimientos aumentaron y se multiplicaron las transacciones. Se establecieron importantes casas mayoristas y creció el pequeño y mediano comercio, aprovechando las condiciones de un mercado consumidor en expansión. Como signo de estas transformaciones, en la última década del siglo se incrementó el número de barracas y se ampliaron las existentes. En 1897 se estableció el Mercado de Frutos Victoria que permitió concentrar las operaciones de productores y consignatarios a la vez que contribuyó a perfeccionar el depósito, conservación y movilización de la producción. La dinámica expansión llevó a la creación del Centro Comercial en 1900, institución que dio origen en 1908 a la Bolsa de Comercio de Bahía Blanca. También se complejizó el sistema financiero a partir de la instalación de numerosas sucursales bancarias.

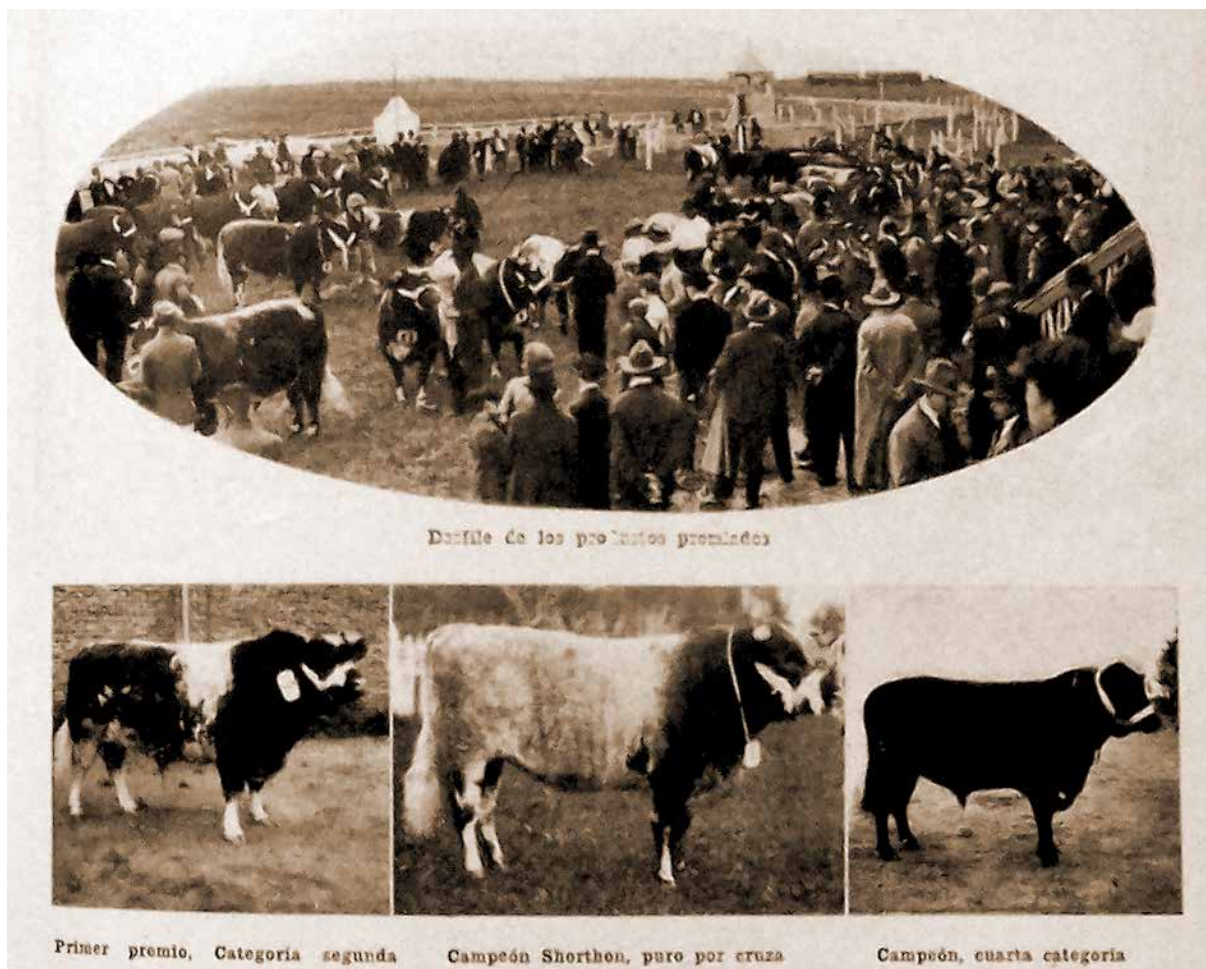


Imagen 2. Sexta Exposición Nacional de Ganadería en Bahía Blanca, 1923.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 8, nº 115, octubre de 1923, p. 12.

En suma, Bahía Blanca concentró un amplio movimiento de productos agropecuarios, se transformó en un gran centro consumidor y distribuidor de distinto tipo de mercancías y presentó al mismo tiempo condiciones favorables para iniciar un desarrollo industrial. A fines del siglo XIX se establecieron las primeras empresas manufactureras, pequeños y medianos establecimientos que contaban con poco capital y en los cuales existía una relativa concentración de mano de obra y un principio de división del trabajo. Se caracterizaban por transformar preferentemente materia prima de origen local y dirigir su producción a un reducido mercado regional. En el Censo Provincial de 1881 se consignaba la existencia de 6 hornos de ladrillos, 1 taller de carros y carruajes, 5 carpinterías, 2 cigarrerías, 1 canchería, 2 carpinterías y herrerías, 1 establecimiento de fotografía, 2 herrerías, 1 hojalatería, 1 imprenta, 1 mueblería, 2 molinos, 4 panaderías, 1 platería, relojería y joyería, 4 sastrerías, 1 talabartería y 5 zapaterías. A pesar del crecimiento que experimentó el sector, no logró superar el predominio del movimiento mercantil y fue especialmente afectado por la crisis de 1890.

La segunda etapa industrial que se extendió desde 1900 hasta 1914, fue ya netamente fabril y, a diferencia de la primera, contó con algunos establecimientos con fuertes capitales y abundante mano de obra asalariada. Estos se hallaban, en general, convenientemente tecnificados, se beneficiaban de un aumento en la fuerza motriz empleada y elaboraban una considerable producción estandarizada que



Imagen 3. Fábrica de mosaicos "La Perla del Sud".

Guía Comercial Colósimo 1910, Bahía Blanca, Colósimo, 1910.

se colocaba en el mercado regional, nacional y externo. A pesar de la estrecha vinculación con el agro de industrias tales como los molinos, los frigoríficos, las fideerías, las fábricas de manteca y queso, la materia prima no era exclusivamente de origen local sino que también se importaba. Este es el caso, por ejemplo, de la fabricación de equipos agrícolas livianos, como los molinos de viento, los tanques australianos y los bebederos. No obstante, a partir de 1912, esta industrialización incipiente comenzó a sufrir un retraimiento que hizo crisis al producirse la Primera Guerra Mundial.¹⁵ [Imagen 3]

El conflicto europeo se hizo sentir sobre la economía bahiense que sufrió una fase de estancamiento incluso hasta 1922 como consecuencia del freno de la importación y la competencia de la industria porteña primero y de la baja de precio de las mercaderías agropecuarias luego de la guerra. Después de esa fecha, sobrevino una reactivación sostenida por el aumento de la superficie cultivada, el incremento del precio del ganado vacuno, la introducción de nuevas tecnologías de transporte como los tractores y los camiones, el renacimiento de algunas industrias y la expansión financiera a partir de la creación de bancos y cooperativas de crédito.

Este período de recuperación fue, sin embargo, interrumpido por la crisis que desatada en 1929 que cambió las características y la orientación de la economía. El descenso de la demanda internacional de productos del agro y la retracción de la inversión de capital, repercutió negativamente sobre Bahía Blanca y su región circundante. La desocupación fue una de las implicaciones más evidentes de la crisis, tanto en el ámbito urbano como rural, y se constituyó en un tema recurrente de muchos de los

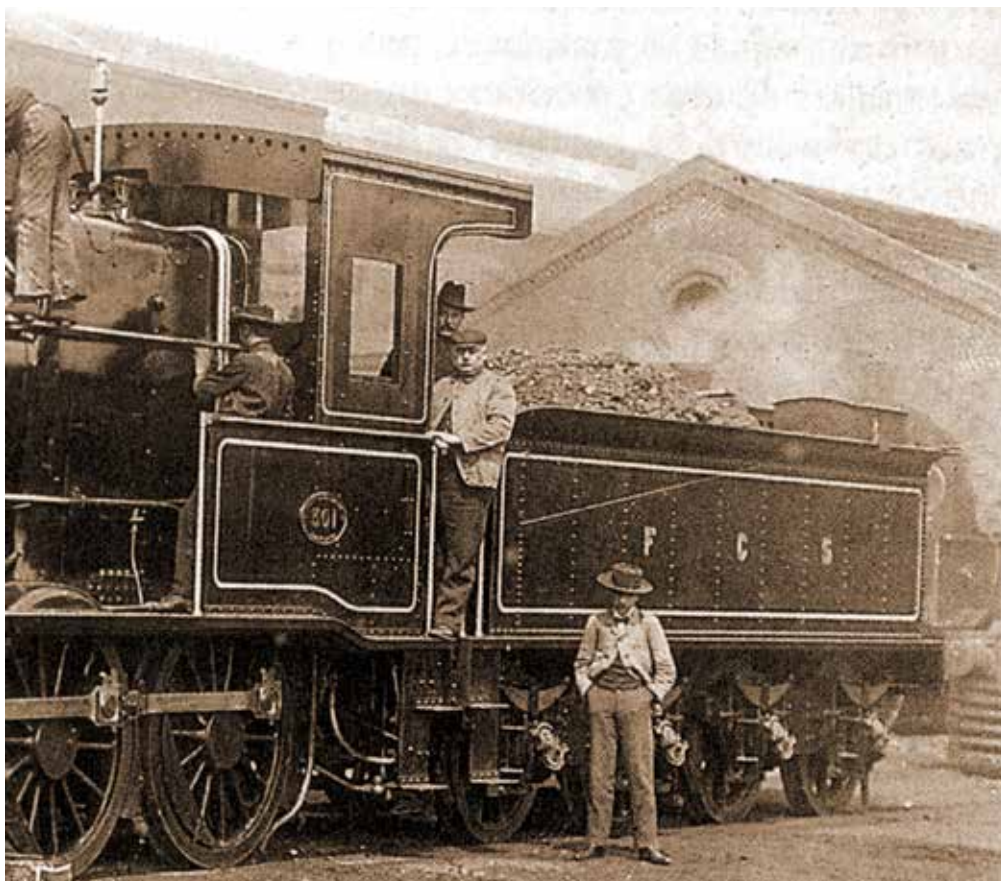


Imagen 4. Maquinistas y fogoneros del Ferrocarril Sud.

Gentileza del Archivo de la Memoria de la UNS.

editoriales de los periódicos locales, aunque respondieran a diferentes signos políticos. La administración socialista desde el estado municipal con el apoyo del comité partidario intentó paliar la falta de trabajo instrumentando una serie de medidas para ofrecer empleo temporario en las obras públicas, repartir ropas y alimentos a los desocupados y sus familias e instalar ollas populares en diversos lugares del distrito.¹⁶

Desde el estado Nacional se dispuso una mayor intervención en el comercio exterior a través del control de cambios -preservando la relación comercial con Gran Bretaña a través del tratado Roca-Runciman- y de la regulación de la producción para sostener los precios agropecuarios a partir de las Juntas Reguladoras. Como consecuencia de estas medidas se restringieron las importaciones promoviendo la producción local. En Bahía Blanca se conformaron diferentes industrias, como la textil, la de la carne y la metalmecánica entre otras que, sin alcanzar el desarrollo del entorno fabril de Buenos Aires, generaron un mercado de trabajo de dimensiones significativas. Este desarrollo, producido por las condiciones macroeconómicas de la década de 1930 y acentuado luego por la Segunda Guerra Mundial, se aceleró favorecido por la programación estatal de estrategias mercado-internistas vinculadas a la etapa de sustitución de importaciones que perduró por varias décadas hasta que las políticas económicas neoliberales iniciaron el redimensionamiento de la industria. Fueron estas últimas las que llevaron al achicamiento del sector y a la desarticulación de los principales establecimientos fabriles de la ciudad.¹⁷

En vinculación con el mercado de trabajo configurado de la mano de los procesos de modernización económica, desde fines del siglo XIX fueron conformándose agrupamientos destinados a nuclear a los obreros en la defensa de sus derechos que instalaron en el espacio público las demandas de estos sectores mediante la realización de manifestaciones y el desarrollo de una prensa especializada. [Imagen 4] La primera de estas entidades fue el Centro Unión Obrera creado en 1894 al que se sumó cuatro años después el Centro Socialista Obrero. En el ámbito libertario, por su parte, aparecieron en 1898 la Sociedad de Obreros Bahienses y, a comienzos del siglo XX, dos gremios: las sociedades de resistencia de los estibadores y la de los obreros panaderos. En 1906 las asociaciones de albañiles y anexos, panaderos, carpinteros, zapateros y “ferrocarrileros” se nuclearon en la FOL (Federación Obrera Local), que acordó, a su vez, adherirse a la FORA (Federación Obrera Regional Argentina). A mediados de la década de 1910, el predominio anarquista comenzó a declinar en paralelo al crecimiento de los sindicalistas revolucionarios, situación que se consolidó después de la división de la FORA en su noveno congreso de 1915. Los socialistas iniciaron paralelamente un lento proceso de avance en el campo sindical y cooperativo que se aceleró a partir de 1917 cuando obtuvieron representación en el Concejo Deliberante. En 1932, año en que se reorganizó la FOL, los sindicatos de estibadores y barraqueros, panaderos y ladrilleros ratificaron su lazo con ella, y por su intermedio, con la FORA.

Con respecto al periodo que se extendió entre 1932 y el advenimiento del peronismo, José Marcilese indica que el movimiento obrero bahiense se caracterizó por un alto nivel de conflictividad intergremial que afectó la constitución de una organización local representativa de los diversos sindicatos. El período tuvo como un actor central al socialismo, cuya presencia en las principales asociaciones obreras como los ferroviarios y empleados de comercio fue notoria. Asimismo, desde finales de la década de 1930 se consolidó la presencia de cuadros comunistas dentro de algunos gremios de la ciudad, cuestionando por primera vez la hegemonía socialista en el movimiento obrero local.¹⁸

Las mujeres, insertas en un mercado laboral estratificado y segmentado de acuerdo al género, también se sumaron a la vida gremial en la primera mitad del siglo XX. De hecho, encontramos trabajadoras del sector de la confección integradas en el gremio de sastres y costureras, maestras participando en la Asociación de Maestros de la Provincia de Buenos Aires, sirvientas plegadas a los intentos de sindicalización del servicio doméstico, y lavanderas y planchadoras intentando agruparse formalmente y participando en movimientos huelguísticos del mismo modo que las telefonistas. [Imagen 5]

El crecimiento demográfico acelerado, vinculado en gran medida con el ingreso de inmigrantes, tenía mucho que ver con el desarrollo económico y con la expansión del movimiento obrero. Bahía Blanca pasó de ser un reducido fortín que en 1881 tenía 2.096 habitantes, a cobijar 49.511 personas en 1914, aproximadamente 65.000 en la transición hacia la década de 1930 y un número estimado de 103.792 habitantes al promediar esa década.¹⁹ El flujo constante de extranjeros entre las décadas de 1880 y 1910 redundó en un inusitado aumento y rejuvenecimiento de la población. Llegaron mayoritariamente personas de origen italiano y español y, en menor medida, franceses, británicos, alemanes, ruso-alemanes, judíos y sirio libaneses. La mayor parte arribó a Bahía Blanca en vapores que realizaban el servicio de cabotaje, y, a partir de la llegada del ferrocarril, en ese medio de transporte. Por otra parte, el puerto fue escenario de dos intentos de favorecer la inmigración directa, con el fin de evitar la excesiva radicación en la Capital Federal. De acuerdo a ello, llegaron en 1911 nueve contingentes y seis en 1912, sin embargo, el proyecto no prosperó ya que el 90 % de sus integrantes no se radicó en la localidad sino que se dirigió a otros puntos del país. Con el fin de crear adecuados mecanismos de acogida se conformaron organismos especializados. Desde 1884 funcionó la Oficina de Inmigración, que atendía solicitudes de mano de obra y se ocupaba de todo lo relacionado con el arribo, sostenimiento y colocación de los inmigrantes. Posteriormente, entre 1887 y 1891, se estableció una Comisión de Inmigración, que emprendió la tarea de informarse y



Imagen 5. Empleadas del Lavadero Gatius.

Gentileza del Archivo de la Memoria de la UNS

hacer conocer la riqueza y potencialidades de Bahía Blanca como centro ganadero, agrícola, comercial e industrial. Por otra parte, la creación de un Hotel de Inmigrantes tendió a solucionar el problema del alojamiento, aunque en la práctica el edificio se destinó a otros fines siendo utilizado como tal recién en 1911. [Imagen 6].

La inmigración contribuyó a la expansión del mercado interno y del mercado laboral. Debido a que la explotación agropecuaria requería cantidades reducidas de trabajadores, la mayor parte de los extranjeros engrosó la mano de obra ocupada en los sectores del comercio, la industria, los servicios, el trazado de líneas férreas y las labores portuarias, entre otras. El ámbito urbano presentaba atractivas ofertas laborales y posibilidades efectivas de ascenso económico y social.²⁰ De manera paulatina, los inmigrantes se incorporaron en todas las ramas de actividad definidas por el proceso de desarrollo económico en curso. La necesidad imperiosa de obtener recursos para la subsistencia que agobiaba a los jefes de familia, imponía la colaboración de las mujeres y de las hijas para la integración a la sociedad receptora. A fines del siglo XIX las casadas y las niñas tenían altos índices de penetración en el mercado, lo cual constituía una respuesta a situaciones críticas desencadenadas en las primeras etapas de inserción. Como consecuencia de estos procesos, el porcentaje de trabajadoras no nativas en el mercado laboral femenino se elevó en forma sensible de aproximadamente un 11 % en 1869 a un 69% en 1895.²¹

Existió un gran interés de los inmigrantes ya establecidos por impulsar la llegada de familiares y amigos, fundamentalmente enviando pasajes a sus lugares de origen. Las imágenes acerca del crecimiento económico de Bahía Blanca y las posibilidades ocupacionales que se derivaban del mismo



Imagen 6. Hotel de inmigrantes.
Gentileza del Archivo de la Memoria de la UNS.

operaban como estímulo para la venida no sólo de los extranjeros, sino también de habitantes nativos de otros partidos bonaerenses y aún de otras provincias y territorios cercanos.

En una sociedad relativamente nueva, con escasa población, y sin una tradición colonial como, por ejemplo, Buenos Aires o Córdoba, muchos inmigrantes pasaron a formar parte de la élite local compuesta por los herederos de los primeros pobladores. La ausencia de una elite tradicional que obstaculizara la movilidad social ascendente fue uno de los factores que posibilitaron la aceptación de los recién llegados y su incorporación a las diferentes dimensiones de la vida urbana. Hacia 1880 este grupo de la ciudad estaba formado mayoritariamente por extranjeros, entre los que se destacaban los italianos que habían formado parte de la Legión Agrícola Militar y los británicos, cuyo poder económico determinaba su prestigio.²² A pesar de esto, la opinión de la sociedad receptora fue ambivalente con respecto a los inmigrantes. Si bien en términos generales fueron bien recibidos y considerados instrumentos de progreso por su carácter de mano de obra imprescindible para la modernización, al producirse crisis económicas, conflictividad social y desocupación se evidenciaba cierto rechazo hacia ellos. Lo cierto es que, integrados, con mayor o menor éxito, a la dinámica económica, los recién llegados fueron modificando las costumbres, la sociabilidad y la lengua. Su asentamiento dio lugar a la conformación de barrios obreros y a la formación de asociaciones étnicas, recreativas, culturales, corporativas y/o políticas.

Si bien en la década de 1930, en un contexto de crisis económica y desocupación, descendió la proporción de extranjeros, el crecimiento poblacional no se detuvo ni se produjo un estancamiento en la recepción de migrantes. Por el contrario, al tradicional flujo europeo que se vio fuertemente alterado, se sumó el arribo de argentinos provenientes de otras regiones del país, de la provincia de Buenos Aires y de naciones limítrofes. La misma coyuntura que redujo la afluencia desde Europa e, incluso, generó un movimiento de retorno, atrajo a individuos y grupos familiares de zonas afectadas por la escasez de trabajo y los desalojos rurales. También otros elementos como la mecanización agrícola,



Imagen 7. Edificio del Automóvil Club Argentino en las calles Fitz Roy y Chiclana. Construido en 1939 e inaugurado en 1940. Empresa constructora E. y P. Cabré.
 Extraída de *Bahía Blanca en imágenes* (Facebook) Foto subida por Tverca Simonetti el día 14 de julio de 2015.

el perfeccionamiento de las comunicaciones y la instalación en Bahía Blanca de establecimientos de educación superior promovieron un incesante arribo de pobladores.²³

Las transformaciones en la fisonomía de la ciudad reflejaron los cambios producidos por su inserción en el modelo agroexportador a partir de la década de 1880. La infraestructura ligada a las actividades agropecuarias, ferroviarias y portuarias introdujo modificaciones en el paisaje urbano. En este sentido, las instalaciones del ferrocarril, al constituir un polo de atracción, reforzaron ejes y circuitos comerciales y facilitaron la concentración de población mediante la conformación de barrios en su entorno y la erección de puentes, usinas eléctricas, talleres y mercados. El auge constructivo se concretó también en la edificación de viviendas familiares en el centro de la ciudad y la realización de loteos de tierras en la periferia destinados a conformar barrios como Villa Mitre, Villa Rosas, Villa Nocito, Villa Harding Green y Tiro Federal. Paralelamente, se levantaron imponentes inmuebles, como el Palacio Municipal, la Estación del Ferrocarril Sud, la Escuela Normal Mixta, el Teatro Municipal y las instituciones bancarias y judiciales. Así, a la arquitectura industrial que había cambiado el aspecto de las zonas productivas portuarias y ferroviarias durante el periodo 1897-1912,²⁴ se sumó otra de carácter académico destinada a hermostrar el casco histórico y a prestigiar la ciudad mediante el tamaño y el refinamiento de las construcciones. En los años siguientes, al clasicismo imperante se superpusieron lenguajes de inspiración Art Nouveau, Art Decó o racionalista que pretendían reforzar la modernidad bahiense mediante la actualización de la estética urbana de acuerdo a las tendencias arquitectónicas dominantes. [Imagen 7]

Acompañando el carácter de centro comercial que iba adquiriendo la urbe, fueron instalados diversos establecimientos en las calles céntricas O'Higgins, San Martín, Chiclana y Alsina. Con sus llamativas vidrieras, escaparates, interiores, lámparas eléctricas y publicidades, locales como La Bahía Blanca, La Flor del Día, Casa Sindreu, Casa Muñoz y Gath & Chaves transformaron la imagen de la vía pública y llamaron la atención de los transeúntes y potenciales clientes. A la vez, la fisonomía de la ciudad



Imagen 8. Parque de Mayo y monumento al Gral. José de San Martín.

Gentileza del Archivo Histórico Municipal de Bahía Blanca.

se fue modificando a medida que se multiplicaban los espacios verdes como las plazas Rivadavia, 9 de Julio y Pellegrini, las de los barrios Villa Mitre y Tiro Federal y los Parques Municipal (denominado luego Parque de Mayo) [Imagen 8] e Independencia. Allí se fueron emplazando, desde 1910, los primeros monumentos destinados a conmemorar acontecimientos significativos de la historia nacional y local, como el Centenario de la Revolución de Mayo y de la fundación de Bahía Blanca.²⁵ La dimensión estética se unía, así, a la preocupación identitaria y urbanística para reformar el espacio público.

Los postulados higienistas así como los del “urbanismo”²⁶ inspiraron también otras obras públicas además de las destinadas a crear y sostener plazas y parques. En efecto, fue constante la preocupación por ampliar el ejido, construir cercos y veredas, habilitar nuevas calles y pavimentar con adoquines de granito el radio céntrico. En relación con la prevención y curación de enfermedades, se instalaron lazaretos y se fundaron el Hospital Municipal en 1889 y el Policlínico en 1926. Además, junto a la primera Comisión de Higiene erigida en 1874 para la educación de la población, se creó en 1903 el Departamento Nacional de Higiene a fin de fiscalizar y desinfectar la zona portuaria. Dos años después se fundó el Cuerpo Médico Sanitario, con el fin de asesorar a la Municipalidad en todos los asuntos relacionados con la higiene pública, y en 1907 se sancionó una ordenanza sobre higiene, enfermedades contagiosas o infectocontagiosas. El cuerpo médico se posicionó como un actor relevante en temas como el control del riesgo de transmisión de enfermedades venéreas. Esto último condujo, por ejemplo, a la participación de un delegado de la Asociación Médica de Bahía Blanca en un Congreso Dermato Sifilográfico realizado en Buenos Aires en 1933 y en el pedido de colaboración a esa entidad por parte del Concejo Deliberante con el objetivo de estudiar y reglamentar cuestiones vinculadas a la diseminación de esas enfermedades y de la prostitución.

Este crecimiento demográfico y urbanístico conllevó otros adelantos en materia de servicios, transportes y comunicaciones. La localidad tuvo energía eléctrica desde 1899, alumbrado eléctrico domiciliario desde 1901 y gas desde 1907. En 1902 se instaló la primera línea de ómnibus, de tracción a

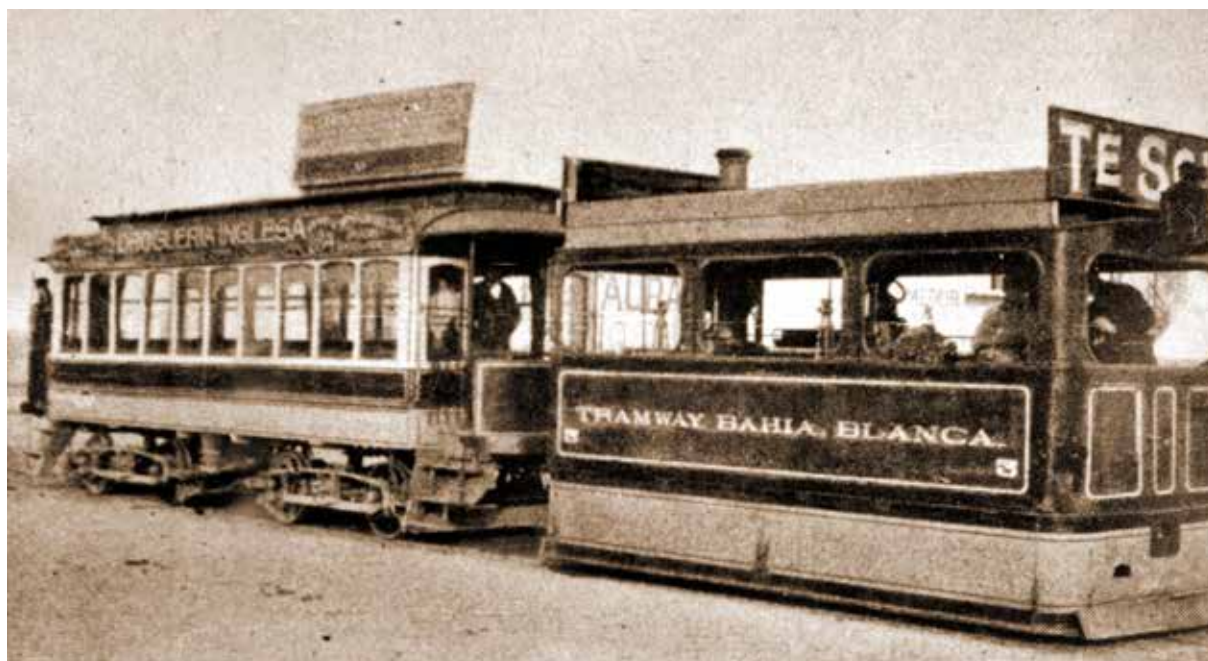


Imagen 9. Tranvía eléctrico en Bahía Blanca.

Gentileza del Archivo de la Memoria de la UNS

sangre; dos años después surgió el tranvía a vapor y en 1906 el tranvía a nafta. [Imagen 9] Además, los primeros automóviles comenzaron a circular en 1901. Los tranvías circularían por la ciudad hasta 1938, año en que sucumbirían ante la competencia del transporte automotor. Por su parte, el transporte colectivo de pasajeros continuaría generalizándose a lo largo de toda la década de 1930. En cuanto a las comunicaciones, el telégrafo nacional fue inaugurado por Santiago Buratovich durante la campaña militar de Julio A. Roca y una línea particular llegó en 1883. En 1885 Juan Fornes Artigas, representante de la United Telephone Company of the River Plate, instaló la primera de las empresas telefónicas que interconectarían a sus habitantes y los enlazarían con ámbitos extralocales.

La expansión urbanística, productiva y de servicios fue objeto de representaciones que resaltaban la pujanza, refinamiento y prosperidad de la ciudad. La imagen de una urbe progresista capaz de expandir su influencia a la región incluía también todo aquello que indicaba una civilización de las costumbres; un espacio urbano modernizado requería de una sociabilidad igualmente activa que se concretó en la multiplicación de los ámbitos de encuentro y de esparcimiento. Percibidas por muchos contemporáneos como signos de progreso y civilización, las nuevas formas de intercambio social y las flamantes edificaciones no estuvieron exentas de resabios conductuales y edilicios del pasado pueblerino ni de complicaciones inéditas. Las condiciones de habitabilidad se deterioraban, dando lugar a una proliferación de conventillos, fondas, pensiones y casas de inquilinato que conducía a un incremento del hacinamiento y los riesgos sanitarios. Los delitos, la vagancia y la mendicidad aumentaban, poniendo en juego la armonía social. Las casas de bailes públicos, los prostíbulos y otros sitios donde se jugaba y bebía eran a menudo escenarios de conflictos verbales y agresiones físicas. Por su parte, la conflictividad laboral también se hacía sentir con fuerza a medida que se organizaba el movimiento obrero. Las acciones gubernamentales para mantener orden y la belleza de la ciudad se desplegaban paralelamente a las voces que, por ejemplo en la prensa, alertaban sobre los “desórdenes” protagonizados por muchas familias de los sectores populares, cuyas mujeres escapaban

al ideal de domesticidad mientras que sus hijos eran abandonados o descuidados, contribuyendo a engrosar la infancia considerada en riesgo.

Mientras la ciudad portuaria, convertida en el centro del desarrollo regional desde fines del siglo XIX se transformaba y cambiaba su fisonomía, la participación política vinculada al acto electoral era controlada por sectores minoritarios. La Constitución de 1853 había colocado la soberanía del pueblo y la ciudadanía en la base de la legitimidad pero las prácticas de poder concretas de las élites intervinieron en el juego electoral para configurar un orden político sustentado en el modelo de representación propio de la dominación oligárquica. Durante varias décadas, las facciones políticas y los partidos reunieron a grupos reducidos, organizados en redes políticas aglutinadas en torno a figuras fuertes y consolidadas sobre relaciones desiguales de cooptación o coerción.

En este escenario la prensa periódica se constituyó en agente, foro de debate, publicidad y búsqueda de influencias en la población que era convocada y movilizaba para participar de actos, mítines o diferentes tipos de manifestaciones. Las publicaciones periodísticas decimonónicas eran concebidas como instrumentos en las coyunturas eleccionarias y los enfrentamientos sectoriales y estuvo caracterizada por el financiamiento a partir de subsidios directos y continuos, la inestabilidad y el estilo combativo de la escritura. Los últimos diez años del siglo XIX fueron testigos de una considerable ampliación del ya variado horizonte periodístico, en parte debido al surgimiento de la Unión Cívica Radical y su importante repercusión en la ciudad, y en parte por la creación de nuevos formatos, como el semanario ilustrado, que vinieron a diversificar el universo de lo existente. Si bien la situación política no varió considerablemente con la aparición del radicalismo en la década del '90 dado que sus dirigentes y simpatizantes pertenecían al mismo sector social que sus antecesores y compartían un modelo similar de desarrollo, las transformaciones sociales y culturales implicaron modificaciones en el circuito de la prensa. En este marco, se inscribe el surgimiento de *La Nueva Provincia*, diario fundado por el joven Enrique Julio en 1898, que constituyó uno de los agentes principales de este proceso de cambio. Aunque militante del radicalismo, Julio construyó un *ethos* de objetividad y desapasionamiento que, a pesar de no siempre corresponderse con su práctica periodística, entrañaba el reconocimiento de la independencia como principio de legitimación específico y ajeno a los enfrentamientos partidarios. Por otra parte, su diario fue el primero en adquirir el perfil más claro de empresa periodística comercial y masiva preocupada por la permanente actualización tecnológica, la difusión de las noticias, la diversificación de contenidos y de públicos, las estrategias de captación publicitarias y la multiplicación de corresponsalías. La lógica de mercado, que de esta manera penetraba en el ámbito periodístico, no gozaba, sin embargo, de la aceptación unánime de toda la prensa escrita. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, Laura Lull señala la convivencia de empresas modernas, de medios partidarios y de proyectos mixtos donde se combinaban la identificación partidaria con los requerimientos comerciales.²⁷

Entre principios del siglo xx y fines de la década de 1930 se produjo en la ciudad una multiplicación inédita de medios de prensa y una diversificación radical de sus formatos y discursos así como de las prácticas y representaciones asociadas a ellos. Se definieron, entonces, las principales orientaciones temáticas, formales e ideológicas que fueron configurando el periodismo bahiense de la época: una prensa informativa, de actualidad y de adscripción liberal que, por su tirada, su frecuencia y su contenido, ocupó una posición preponderante en el campo (*El Atlántico, Democracia, El Siglo*, etc.); un periodismo vinculado a la difusión ideológica o confesional (*La Agitación, Nuevos Tiempos, Renovación*, etc.); un circuito obrero gremial ligado también, en general, a las corrientes de izquierda (*Panadero, Evolución, El Gráfico*, etc.); medios dedicados a la actualidad comercial y productiva, a la vida de las colectividades nacionales o regionales, al mundo estudiantil y a las realidades barriales (*La Semana Comercial, España, Optimismo, Fomento*, etc.); y, por último, una prensa cultural que, privilegiando el

formato de la revista, apostó a la articulación de imágenes y textos, a la difusión de las artes, de la sociabilidad y de la industria cultural para apelar a un nuevo público ávido de entretenimientos (*Proyecciones, La semana, Arte y Trabajo, etc.*).²⁸

Estas mutaciones del ámbito periodístico se correspondieron también con otras de orden político. En efecto, a partir de la redefinición jurídico-institucional que representó la Ley Sáenz Peña de 1912 se inició una modificación del régimen electoral que posibilitaría una participación ampliada y más heterogénea de la ciudadanía en los comicios. Si bien la admisión de nuevos integrantes sociales y políticos incrementó los enfrentamientos intra e interpartidarios, por casi tres lustros pareció percibirse cierta estabilidad en la conformación del sistema político, donde conservadores, radicales y socialistas consolidaron el campo político incorporando en esa actividad a capas más amplias de la sociedad.

Hacia 1928, fecha en que la ciudad celebró el Centenario de su fundación, se había incrementado la actividad partidaria de la mano de la expansión de la comunidad política. Este proceso, sin embargo, encontró rápidamente sus límites al ser interrumpido por el golpe del 6 de septiembre de 1930. Si bien el uriburismo proclamó la necesidad de una reforma de la legislación electoral que promoviera un sistema corporativo, su fracaso determinó que los grupos liberales-conservadores mantuvieran la ley Sáenz Peña y el sufragio popular, aunque después de 1935 el fraude y las transgresiones constitucionales vaciaron de sentido los comicios al proscribir al electorado de origen radical. Esta circunstancia suscitó la apatía ciudadana, concretada en los amplios porcentajes de voto en blanco o en los altos niveles de abstención, que fueron fenómenos presentes de manera permanente en la cultura política de la época. La crisis produjo también una reformulación de las relaciones entre sociedad y Estado, generando nuevas formas de articulación, redefiniendo las fronteras entre lo público y lo privado y otorgando un sentido nuevo a las nociones de representación y legitimidad.²⁹ La debilidad institucional de la coalición gobernante se acentuó a lo largo de la década, en la medida que se profundizaba en el sistema político la autonomía de las fuerzas armadas, y aunque la Concordancia retuvo el gobierno hasta 1943, la Revolución del 4 de Junio inició el proceso histórico que llevó al coronel Juan Domingo Perón a la conquista del poder político de la mano de los trabajadores, a partir del 17 de octubre de 1945.

Más allá de los debates partidarios e ideológicos de los actores relacionados con el poder, la arena política bahiense se vio atravesada también por los enfrentamientos con los gobiernos platenses que se condensaron a lo largo del siglo XX en los frustrados intentos de la ciudad por constituirse en la capital administrativa de un nuevo estado provincial a partir de una modificación de la arquitectura geográfica de los territorios del norte patagónico. La fundación de la ciudad de La Plata en 1882 pareció terminar con el anhelo de convertir a Bahía Blanca en la capital del territorio bonaerense pero en 1895, al otorgársele la condición de ciudad, sus habitantes renovaron las pretensiones de lograr la capitalización. La fundación del periódico *La Nueva Provincia* fue solo una de las tantas iniciativas orientadas a impulsar este plan que se asentaba sobre la convicción de que la localidad era la sede ideal para el asentamiento del poder político del ordenamiento jurídico de la gobernación de La Pampa y los territorios patagónicos, en virtud de su ubicación geográfica, sus condiciones demográficas y su desarrollo económico.³⁰ A lo largo del siglo se repitieron estos proyectos en el seno de la legislatura nacional, que fueron acompañados de numerosos ensayos publicados por observadores foráneos y sostenidos por la mayor parte de la prensa periódica local. A ellos se opusieron, desde la esfera del poder político platense, todos aquellos que, entre otros argumentos, impugnaban la secesión por razones fiscales.

Los debates sobre la provincialización de los territorios federales en el escenario legislativo durante los años 40 y 50³¹ volvieron a reflotar los proyectos de principios de siglo para conformar un nuevo estado autónomo que incluyera La Pampa y los partidos del sudoeste de la provincia de Buenos Ai-

res. El entusiasmo manifestado por los vecinos de la ciudad, que incluso crearon una “Comisión pro Capitalización de Bahía Blanca”, no siempre fue apoyado por los habitantes de las otras poblaciones contempladas en la iniciativa. La provincialización de La Pampa, Río Negro y Neuquén (1952-1955) frustrarían el programa capitalizador aunque “la idea del destino patagónico” de Bahía Blanca fue reivindicada desde el ámbito intelectual al proclamar su rol como “Capital cultural del Sur”, según la expresión de Pablo Lejarraga. Ciertamente, la idea de transformarse en centro de la región patagónica permaneció en el imaginario de los bahienses gracias a la circulación de representaciones discursivas y visuales en los medios gráficos, las instituciones culturales y los círculos políticos. Habiendo sido creada como puesto de avanzada en la frontera, su crecimiento demográfico y económico la convertían en el núcleo urbano austral más destacado y, por ello, el “sur” continuó siendo considerado como el espacio de expansión natural de la ciudad.

Al igual que la intervención en el sistema político formal, la participación en distintas comisiones, medios periodísticos y asociaciones formó parte del proceso de constitución de una esfera pública local activa y con rasgos de modernidad. La vigorosa sociedad civil fue construyendo la trama social sustentada en el florecimiento de un variado conjunto de asociaciones que estimularon las relaciones interpersonales, constituyeron liderazgos, definieron prácticas de sociabilidad y formas culturales y valores. Como en otros lugares del país,³² surgieron así sociedades de fomento, bibliotecas populares, cooperadoras escolares, asociaciones parroquiales, centros recreativos, sociales y culturales, clubes deportivos, sociedades de socorros mutuos, por afinidad de origen y de oficio, asociaciones estudiantiles, de beneficencia y logias masónicas, entre otras.³³ La escasamente explorada proliferación de entidades bahienses durante la etapa abordada impide una caracterización exhaustiva, por lo cual nos referiremos solamente a algunas de ellas a fin de dar cuenta de la pujanza del sector.

Varios clubes fueron creados con la intención de reunir a los caballeros de la elite según el modelo inglés. Uno de ellos fue el Club Progreso, fundado en 1889, que contaba en su sede con un restaurante y salones de billar, refresco, lectura, conversación y juegos. Era una entidad que ofrecía a sus socios distintas publicaciones y organizaba para ellos bailes y tertulias donde podían confraternizar hombres y mujeres. El perfil elitista de la asociación incluía, sin embargo, mecanismos democráticos de funcionamiento interno que reforzaban su función civilizatoria desde el punto de vista social y político. Si bien la política en sentido estricto estaba proscrita de sus recintos, este espacio de intercambio fue de suma importancia para la gestación de nuevas organizaciones y la movilización como lo demuestra el hecho de que entre sus miembros se encontraran quienes conformaron la Unión Cívica. La composición de la membresía sugiere que no solo la política ocupaba a sus integrantes: la cultura y, sobre todo, los negocios debían de constituir tópicos frecuentes en las conversaciones. A principios del siglo XX su actividad decayó y otras dos entidades vinieron a reemplazarla: el Club Argentino y el Club Social. Si bien en ambos convivían correligionarios de distintos partidos políticos, la primera comisión directiva del Club Social muestra una mayor presencia del componente profesional mientras en el primero predominaban los sectores vinculados a la economía agroexportadora. Esta distinción originaria fue diluyéndose con el tiempo, y luego de la desaparición del Club Social, la élite política, intelectual y/o económica se concentró en el Club Argentino.³⁴

Muchos de los miembros de estos clubes participaron también en las logias masónicas que tuvieron una abierta presencia en el espacio público bahiense hasta mediados de la década de 1930. Protagonistas de numerosos enfrentamientos con los sectores católicos,³⁵ los masones -entre los que se hallaban nombres destacados como Roberto Payró, Eliseo Casanova, Ángel Brunel y Enrique Julio- desplegaron una intensa actividad social y política. La primera logia de la ciudad fue la denominada “Estrella Polar nº 78”, establecida en 1885; a ella se sumaron posteriormente una decena de logias más: “Hijos de la Estrella Polar nº 235” en 1909, “Giordano Bruno nº 245” en 1909, “Bartolomé Mitre

264” en 1911, “Unión y Trabajo nº 287” en 1914, “Unión Internacional nº 293” en 1916, “2 de Mayo” en 1920 y “Liverpool Argentina nº 272” en 1912. En forma paralela a estas logias dependientes de grandes orientes argentinos se crearon otras vinculadas al extranjero, como “Albión nº 3196” en 1907 y “White Bay nº 3319” al año siguiente, dependientes del Gran Oriente de Inglaterra, y “Nadir” en 1911, del Gran Oriente de Italia. Sus miembros participaron en actos de homenaje a figuras como José de San Martín y Giuseppe Garibaldi³⁶ y cumplieron también funciones filantrópicas, como lo demuestra, por ejemplo, el accionar de la sociedad Hermanas de los Pobres, ligada a la logia Estrella Polar.

En cuanto a las sociedades benéficas, pueden mencionarse también las que aglutinaron a las católicas, como la Conferencia de Damas de la Sociedad San Vicente de Paul, la Liga de Damas Católicas, el Apostolado de la Oración, las Cooperadoras Salesianas y el grupo Hijas de María. Estos emprendimientos convirtieron a las benefactoras en personajes públicos, pues el ámbito de sus desplazamientos y relaciones se ensanchó con respecto al de otras mujeres de la ciudad. En razón de la pertenencia a dichas asociaciones y de las obligaciones que de ello derivaban, se veían habilitadas para realizar visitas domiciliarias a personas enfermas, recorrer las calles realizando colectas, organizar eventos tendientes a la recaudación de fondos, entrevistarse con autoridades municipales y establecer comunicación con sus pares de otras localidades. Al mismo tiempo que proveían asistencia material, se erigían en transmisoras de valores, agentes de control e integración de los sectores populares y sujetos incluidos políticamente.

Con una extracción social más heterogénea y ligadas a las corrientes inmigratorias, aparecieron también entidades mutualistas, que proveían a sus asociados de servicios médicos, pensiones, subsidios en caso de enfermedad o muerte, entre otros beneficios. En 1882, representando a los dos contingentes mayoritarios, se fundaron la Sociedad Italiana y la Sociedad Española de Socorros Mutuos. Tres años después, se conformó la Sociedad Alemana de Socorros Mutuos “Germania” y en 1886 los franceses constituyeron su sociedad mutual a la que luego se integraron suizos y belgas. Posteriormente, otros grupos extranjeros se organizaron para brindar asistencia a sus connacionales, surgiendo también, al interior de las colectividades más numerosas, algunos nucleamientos que respondían a divisiones por regiones, provincias o *paeses*.³⁷ Los miembros de estas agrupaciones se congregaban también en ocasión de eventos sociales, como las romerías españolas. [Imagen 10]

En cuanto a las asociaciones laborales, en 1891 se creó el Círculo Católico de Obreros, de manera precursora en relación al orden nacional, que constituyó una muestra de la intervención del catolicismo social en el campo de las relaciones laborales propiciada por la promulgación de la Encíclica *Rerum Novarum* en 1891.³⁸ La entidad se dividió hacia 1910 en el Círculo de Obreros, bajo la influencia capitalina del padre Federico Grote, y el Círculo Católico de Obreros, que fue dirigido por los salesianos y se transformó en 1917 en la Sociedad de Socorros Mutuos León XIII. En la década de 1920 estos grupos se unieron nuevamente.

Desde fines del siglo XIX y en consonancia con el crecimiento demográfico, comercial y productivo, se registró también la constitución de otras agrupaciones generales y por oficio.³⁹ Algunas de ellas tuvieron en un primer momento carácter mutualista para pasar luego al gremialismo al conformarse como sindicatos y centros de resistencia obrera. Varias entidades fueron expresión del predicamento que los socialistas y, en mayor medida, los anarquistas tenían entre los trabajadores; otras nuclearon a los empresarios, productores y comerciantes en agrupaciones económico-corporativas relativamente homogéneas. Entre estas últimas se encontraban organizaciones vinculadas al agro, como la Sociedad Rural (1894), la Liga de hacendados y agricultores (1904) y la Liga agraria (1911); al comercio, como la Asociación Empleados de Comercio (1901), la Bolsa de Comercio (1908), el Centro almaceneros minoristas y anexos (1913), la Liga de defensa comercial (1919), el Centro de Importa-



Imagen 10. Romerías Españolas.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 6, nº 88, enero de 1921, p. 11

dores (1930); y a la industria, como el Centro de Industriales y (1926), la Sociedad de Industriales o la Asociación de industriales gráficos.⁴⁰

El auge asociativo de la época dio lugar al nucleamiento voluntario de personas ligadas por intereses comunes que adquirirían, de este modo, visibilidad. El surgimiento de un sector ilustrado, preocupado por posicionar intelectual y “espiritualmente” a la ciudad y contradecir así las acusaciones de “materialismo”, implicó la creación de las primeras agrupaciones con fines específicamente culturales. Vinculadas al ámbito periodístico y a las profesiones letradas, se establecieron la Sociedad Artística (1892), las asociaciones Bernardino Rivadavia (1882), Cultural (1919), Artística (1924), de Artistas independientes (1932) y Artistas del Sur (1939) y los grupos Índice (1927), La Peña (1928) y Taller Libre (1932), todos los cuales cumplieron, como veremos más adelante, un rol fundamental en la conformación del mundo de las artes bahiense. Asimismo, estas entidades, al igual que las enumeradas arriba, contribuyeron a visibilizar distintos grupos sociales que, por su intermedio, intervinieron en los conflictos del momento, aun cuando la política estuviera explícitamente excluida de sus recintos.

De este modo, el espacio público aparecía atravesado por un conjunto amplio de organizaciones formales e informales, en permanente tensión y en relación con los partidos y con el Estado.⁴¹ Entroncando de diversas maneras con la vida de estas asociaciones y excediéndola a su vez, las festividades, los juegos y los deportes nos muestran otras facetas de la sociabilidad. Las calles de la ciudad eran protagonistas cuando se organizaban mítines y eventos recreativos como el carnaval. [Imagen 11] Este último congregaba a la población para participar en batallas de agua y asistir a los desfiles de carruajes y comparsas que se desplegaban en torno a la Plaza Rivadavia. Marcado por su origen

pagano y caracterizado por los desbordes, el carnaval fue objeto durante esta etapa de numerosas regulaciones destinadas a “civilizar” a las prácticas festivas. Esta normalización de la sociabilidad popular generó consensos y resistencias que culminaron por socavar estas costumbres que a principios del siglo mantenían toda su vitalidad.⁴² Otra celebración importante para la región era el día del árbol, establecida por el Consejo Nacional de Educación gracias a la iniciativa de Estanislao Zeballos el 29 de agosto de 1900, que promovía la concientización sobre la actividad forestal entre los escolares y la sociedad en general. [Imagen 12]

Aunque con un perfil completamente diferente, las procesiones católicas y los desfiles cívicos de la primera mitad del siglo XX tenían asimismo gran convocatoria entre los habitantes de la ciudad y del espacio rural aledaño. Las fechas patrias y religiosas, las visitas de personajes reconocidos o las celebraciones de eventos de actualidad, como la finalización de la Primera Guerra Mundial, eran ocasiones propicias para la exhibición del poder del Estado, de la Iglesia o de las asociaciones civiles pero también para construir identidades, adhesiones y disciplinar los cuerpos. En efecto, este tipo de manifestaciones en el espacio urbano favorecía el despliegue de distintas habilidades físicas que incluían, además del baile, carreras, competencias de salto en alto y/o demostraciones de fuerza como las pulseadas, las luchas o las cinchadas.

Las corridas de caballos en el Hipódromo local eran, a pesar de la reprobación de algunos sectores, una de las diversiones favoritas que solía convocar a los hombres y mujeres de la élite hasta avanzado el siglo al igual que las “artes de la guerra”, como la esgrima que se practicaba en los clubes sociales y el tiro al blanco que se ejercitaba desde 1895 en su propio espacio (el Club Tiro Federal).

La influencia británica supuso además la introducción y difusión de deportes como el críquet, el tenis, el golf, el basketball y, por supuesto, el fútbol, entre estos mismos grupos. Si bien algunos de ellos desaparecieron con el tiempo, otros se consolidaron en la preferencia de los bahienses e, incluso, se extendieron hacia distintos sectores sociales conformando los primeros clubes de la localidad. El fútbol, en particular, comenzó a gozar durante la década del diez de una celebridad que llevó en 1908 a la conformación de la Liga del Sur y convirtió a los jugadores en los nuevos ídolos populares. Aunque más tardíamente, el basketball tuvo también su Liga en mayo de 1917 la cual, a pesar de tener una corta existencia, sentó las bases para el desarrollo de este deporte cuya asociación definitiva se fundó en 1929. Además de estas disciplinas, hubo otras que deleitaron a los bahienses en distintos momentos de la historia. Un caso llamativo es el del patinaje, que tuvo un verdadero auge entre 1895 y las primeras décadas del siglo XX con la apertura de numerosas pistas y la organización de competiciones. Más duradero fue el florecimiento del boxeo que, desde 1920, contó con promotores locales que gestionaban la realización de combates pugilísticos en distintos puntos urbanos y con el club de Gimnasia y Boxeo. Algo similar sucedió con el atletismo, que se practicó desde fines del siglo XIX en The Port of Bahia Blanca Athletic Club, el más antiguo antecedente de la formación de la Federación Atlética fundada en 1932.

Finalmente, cabe mencionar el entusiasmo que generaron medios de transporte como la bicicleta, el automóvil, el avión y el velero. [Imagen 13] Todo ellos contaron tempranamente con cultores bahienses que impulsaron su práctica deportiva: ya en 1898 Lando Verardo inauguró un Velódromo para la realización de carreras ciclísticas y en 1899 se organizó la comisión provisoria del Club Ciclista Bahía Blanca cuya tarea continuarían otras asociaciones como el Club Pedal Bahiense; en 1926 se formó el primer Bahía Blanca Automóvil Club y en 1934 se realizaron las carreras inaugurales para aficionados en un circuito improvisado; en 1924 se conformó el Aero Club Bahía Blanca en el que se reunieron los numerosos simpatizantes que tenía la aeronavegación y en 1928 se fundó el Club Náutico Bahía Blanca.

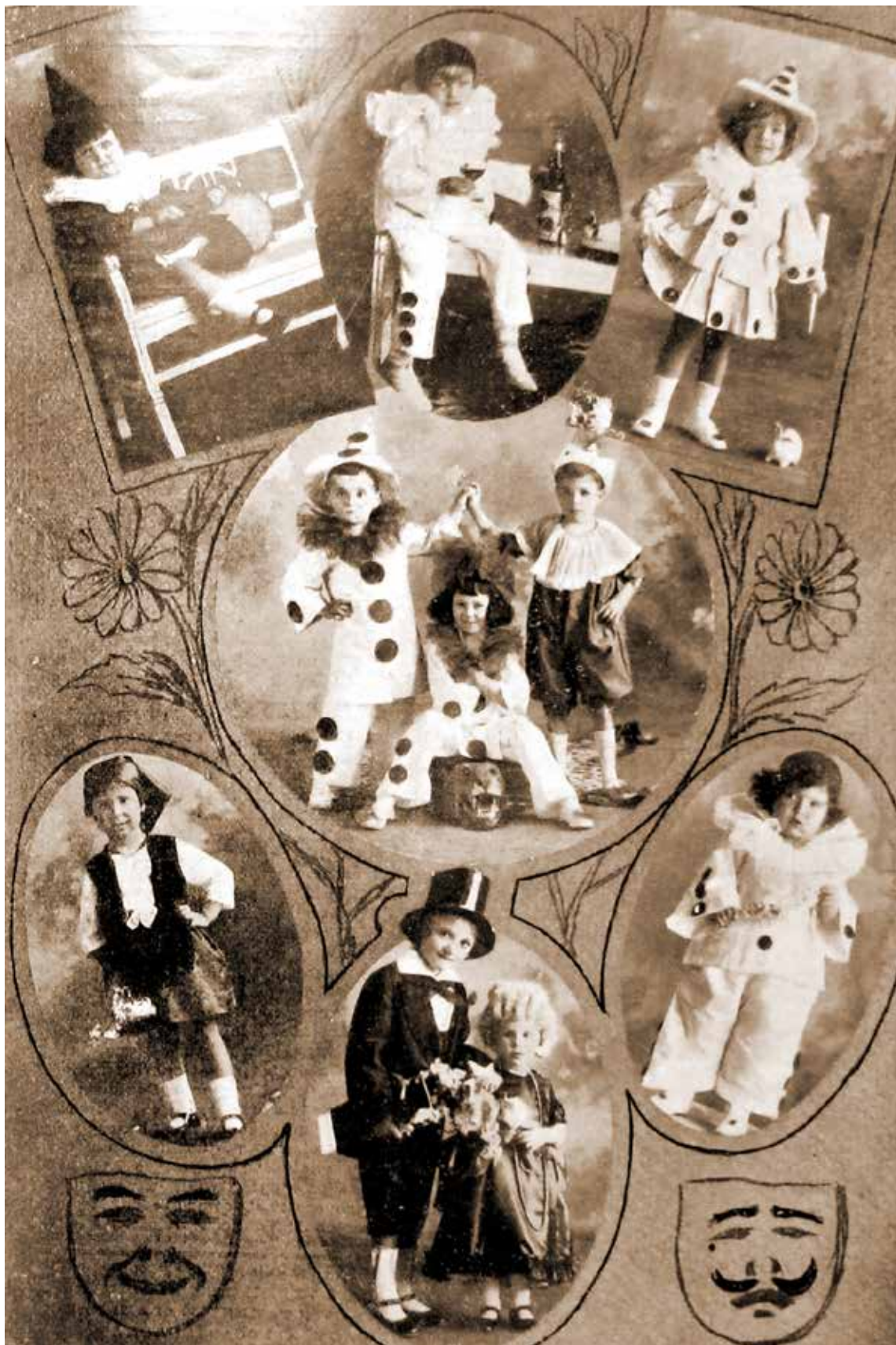


Imagen 11. Galería infantil de Carnaval.

Foto. Jorgensen. *Arte y Trabajo*, Bahía Blanca, año 5, nº 78, 29 de febrero de 1920, p.18.

La sociabilidad también transcurría en espacios de encuentros más fugaces y menos formalizados, como los cafés. El deseo de asimilarse a un estilo de vida “civilizado” que se materializaba en nuevas formas de relación, la afluencia de inmigrantes sin vínculos previos en el país receptor, el ritmo de la vida urbana, la institucionalización del ocio y la tendencia a transferir diversiones e intercambios al ámbito de lo público son factores que explican la multiplicación de estos locales tanto en el centro como en los barrios con mayor densidad demográfica como Villa Mitre y Tiro Federal. En estos lugares se congregaban con asiduidad clientes de diferentes estratos sociales que concurrían a beber, conversar y, en ocasiones, ver un espectáculo. Si bien la sociabilidad del café era predominantemente masculina, existían confiterías y salas destinadas al intercambio entre ambos sexos. Además de los renombrados cafés Los Dos Chinos, América, Jockey Club, La Bolsa y La Marina, hoteles como el de Londres (O’Higgins y Chiclana) y el Sudamericano (Avenida Colón y Brown), eran puntos de encuentro habitual de la élite local igual que los hospedajes escogidos por los visitantes prestigiosos que llegaban a la ciudad. Si las habladurías y los galanteos ocupaban la mayor parte de los encuentros de carácter mixto, los negocios, la política y la literatura eran los temas frecuentes de charla que acompañaban al billar y al alcohol cuando el público era exclusivamente masculino.⁴³ [Imagen 14]

El mundo de las letras y, sobre todo, de las artes y del entretenimiento en Bahía Blanca, ha comenzado a ser explorado por la historiografía local recién en los últimos años. El desarrollo de la cultura desde fines del siglo XIX y durante la primera mitad del XX, se encontró atravesado, en primer lugar, por una noción amplia de progreso que incluía tanto factores materiales como espirituales:⁴⁴ así como la vitalidad comercial y agrícola daba cuenta del crecimiento en términos económicos, la intensidad, calidad y diversidad de la vida cultural debían exhibir los avances de orden intelectual y educativo de acuerdo a los valores civilizatorios occidentales. En este sentido, resultaban igualmente importantes la configuración de pautas de comportamiento y de consumo actualizadas como la promoción de los artistas propios y la creación de espacios de presentación modernos y equipados. La preocupación permanente por demostrar que Bahía Blanca no era una “ciudad fenicia” ni una “ciudad de mercaderes”⁴⁵ puede rastrearse hasta la finalización del período en los registros de las más variadas filiaciones ideológicas y se fundamentaba en las pretensiones de la ciudad de convertirse en un centro de irradiación regional a nivel, incluso, cultural.

La confianza en el carácter ascendente de esta evolución se manifestó, asimismo, en la fascinación que suscitaban los adelantos técnicos y científicos, ya fuera aplicados a la producción de imágenes, a la reproducción sonora o a los medios de transporte. Dicho entusiasmo, posibilitado por la ampliación del acceso a los bienes y servicios culturales, estuvo acompañado, sin embargo, por cierta desconfianza: el proyecto reformista de las élites encontraba sus limitaciones en las apropiaciones y usos populares del repertorio de nuevas diversiones y de la expansión de la oferta cultural. Dos circuitos se fueron delimitando, entonces, de acuerdo a sus contenidos y a sus espacios de exhibición: uno académico y otro popular. Lejos de funcionar aisladamente, sin embargo, los continuos cruces y préstamos entre ellos fueron configurando, a su vez, formas culturales inéditas así como contribuyeron al sostenimiento de otras de antigua data.

Finalmente, la distintas prácticas artísticas, mediáticas y deportivas estuvieron marcadas por las relaciones y las tensiones entre lo privado y lo estatal. A medida que la demanda crecía y que las actividades se profesionalizaban, la solicitud de intervención del Estado se hizo recurrente, a la vez que aumentaban los reclamos de autonomía. En efecto, la multiplicación de asociaciones civiles especializadas, de corporaciones y de empresarios individuales se produjo en un constante diálogo con las instancias gubernamentales, ya fuera para resistirse a las medidas de control y de regulación o para solicitarlas, para quejarse de la injerencia política en sus asuntos o para pedir subvenciones oficiales. La institucionalización de la cultura tuvo, así, una genealogía compleja, enraizada tanto en la sociedad

Bahía Blanca

La fiesta del árbol



El general Arana, jefe de la región militar, plantando el primer árbol, en el parque de Mayo

Gente menuda en funciones

Imagen 12. La Fiesta del árbol.

Caras y Caretas, Buenos Aires, n° 623, 10 de septiembre de 1910, p. 80.

civil como en el ámbito estatal. La fusión de ambas instancias a partir de la ocupación de cargos y funciones gubernamentales por parte de personas que habían obtenido legitimidad de su actuación asociativa, posibilitó la oficialización de la cultura y significó, a los fines de este capítulo, la apertura de una nueva época para la vida intelectual y artística de Bahía Blanca.

Este proceso estuvo ligado desde sus inicios a la ampliación de la lecto-escritura y de la escolarización. [Imagen 15] En efecto, en este período las posibilidades educativas de los bahienses se diversificaron en respuesta a las necesidades planteadas por la transformación particular del núcleo urbano, su posición como centro para la zona circundante y el crecimiento incesante de su población. Fue entonces que se consolidó el ciclo primario de enseñanza a partir de la habilitación de nuevos establecimientos oficiales y que se extendió la educación secundaria como consecuencia de la apertura de instituciones, tanto privadas como públicas. En el caso del primero, los datos cuantitativos no hacen sino reforzar esta afirmación: de las 2 escuelas existentes en 1869 se pasó a un total de 44 en 1934 y, al promediar la década de 1930, las escuelas nacionales creadas a partir de 1909 en base a la Ley Láinez (1905) sumaban un total de 10.⁴⁶ A las escuelas estatales se añadieron las privadas (religiosas y laicas), redundando en un notable incremento de la cantidad de maestros y de alumnos, tanto varones como mujeres. Las intenciones del Estado de formar al ciudadano y a la madre/esposa del mismo implicaron aceptar la posibilidad de la escolarización de las mujeres al tiempo que se mantuvieron las restricciones civiles y políticas que pesaban sobre ellas.

El Colegio Don Bosco inaugurado por los salesianos en 1896 fue, por su parte, el primero en brindar educación secundaria a los bahienses. Aunque su existencia estuvo marcada por los encendidos debates entre liberales y católicos, desde sus comienzos este colegio se perfiló como uno de los principales formadores de los jóvenes locales, inclusive después de la creación de las instituciones públicas. Estas últimas surgieron a principios del siglo XX a partir de la iniciativa de distintos grupos de profesionales: los avances y demandas en materia económica dieron lugar a la instalación de la Escuela de Comercio en 1903; los requerimientos que acompañaron los adelantos administrativos e institucionales encontraron en el Colegio Nacional, abierto en 1905, una instancia de formación previa a la



Imagen 13. Andrés Berardi y acompañante, ganadores de la Ginkhana para automóviles del Festival de Aviación en Villa Bordeu.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 9, nº 124, 1924, p. 15.

universidad; y la necesidad de maestras/os diplomadas/os propició la apertura de la Escuela Normal Mixta en 1906. Las maestras normales egresadas de este establecimiento contribuyeron a configurar un campo docente de nivel primario sustentado en la profesionalización y en la feminización. Esta última se produjo tanto en términos cuantitativos, al conformarse planteles integrados en su mayor parte por mujeres (feminización), como en el campo de las representaciones, al construirse el perfil laboral del magisterio como una misión femenina enraizada en la naturaleza maternal.⁴⁷ [Imagen 16] En este marco, los debates sobre la cuestión educativa femenina estuvieron atravesados por la afirmación constante de que estudiar no implicaba abandonar la femineidad; es decir, masculinizarse ni abdicar de sus papeles domésticos y maternos. La creciente presencia de mujeres en el sistema educativo preocupaba, además, por la exposición pública que suponía y porque podía abrir una puerta a un mercado laboral que en razón de la diferencia sexual se definía como masculino. A medida que avanzó el siglo la problemática se amplió cuando otros colegios privados crearon sus propios magisterios, que se anexaron a la Escuela Normal de Bahía Blanca, como el Colegio María Auxiliadora en 1919 o la Escuela Popular de Viedma en 1918 y la Escuela Normal Don Bosco de Fortín Mercedes en 1920. Luego de 1930 la enseñanza media continuó creciendo, en un contexto de fuerte control del estado nacional y de los organismos centrales educativos sobre el ámbito provincial y privado, así como en el marco de una tendencia a poner en cuestión el modelo educativo liberal derivado de la ley 1420.

Anunciando las transformaciones que sobrevendrían a partir de la década de 1940 en materia de enseñanza técnica, en 1937 se fundó también la Escuela Industrial de Artes y Oficios, destinada a formar expertos en las áreas Mecánica, Motoristas, Carpintería, Electricidad y Construcciones.⁴⁸ Existió, asimismo, un amplio conjunto conformado por academias, conservatorios e institutos abocados a la capacitación en otras áreas como idiomas, declamación, música, canto, dibujo, labores, bordados, corte y confección, teneduría de libros, taquigrafía, mecanografía, correspondencia y ortografía. Al igual que sucedía con los estudios regulares, los y las bahienses tenían, además, la posibilidad de trasladarse a otras ciudades como Buenos Aires y La Plata para cursar estudios universitarios o, en el caso de las mujeres, concurrir a otro tipo de instituciones como la Escuela de Parteras de La Plata, fundada en 1910 por iniciativa de la Dirección de Salubridad de la provincia.



Imagen 14. Confitería del Hotel de Londres.

Ricardo Ducós, *Bahía Blanca*, Bahía Blanca, Centro Comercial de Bahía Blanca, 1902, p. 31.

La extensión de la alfabetización contribuyó a dinamizar la vida cultural y a promover la creación de entidades destinadas a satisfacer y estimular las nuevas necesidades de la población. En este sentido, deben destacarse las bibliotecas que reunieron a parte del público interesado en ciertas temáticas o perteneciente a una determinada extracción social, confesional, barrial o político-ideológica. Entre ellas se encontraban la Masónica, la Esperantista, la Israelita, la de la Unión Conductores de Carruajes, la de Chaffeurs, la del Centro Socialista, la de los Metalúrgicos Francisco Ferrer, la de la Cárcel Departamental, la Cultura de Las Villas y la Alberdi de Villa Mitre, la del Club Argentino, la del Centro Filodramático Luz, la del Club Leandro N. Alem de Ingeniero White, la de la Sociedad Naturalista, la del Centro Amantes de la Educación Popular, Teosófica, la "Carlos Marx", la del Centro Cultural Whittense, por enumerar sólo algunas de las más importantes.⁴⁹ Por supuesto, no puede dejar de mencionarse aquí la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia que fue creada por la asociación del mismo nombre en la temprana fecha de 1882. Ante la ausencia de una biblioteca pública municipal fue esta institución originada en la iniciativa privada la que vino a cumplir la función de promoción cultural que en otras ciudades asumía el Estado. El aumento de los 101 socios iniciales a los 3061 de 1948 y el crecimiento permanente del caudal bibliográfico, evidenciaban el interés ascendente que la lectura suscitaba entre los bahienses pero también ponían de relieve lo reducido del circuito letrado, ya que, en términos relativos a la cantidad de habitantes, el número de asociados resultaba sin dudas escaso. Sería recién a partir de la década de 1940 que esta cantidad se incrementaría considerablemente



Imagen 15. Escuela en el Patronato de la Infancia.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 3, nº 56, 5 de junio de 1918, p. 9.

para luego descender de nuevo a mediados de los años 60. Durante la primera mitad del siglo XX, sin embargo, la biblioteca se presentaba como el centro cultural de mayor importancia en la ciudad, no sólo por su rol en la difusión de la lectura sino también por la organización de actividades culturales abiertas a todo público como las conferencias y, más tarde, las exposiciones.

La multiplicación de las bibliotecas y el auge que en sus registros de consulta tuvieron las “ilustraciones” - como se denominaba a las revistas- y los periódicos, dan cuenta de la retroalimentación entre estos medios de prensa y la expansión de la alfabetización. En efecto, fue a través de estos órganos que se dieron a conocer las primeras producciones literarias locales y gracias a ellos que se fue configurando un público lector. Las colecciones de novelas semanales, en especial, recogieron en la década del veinte la herencia de los folletines y se editaron novelas breves y cuentos de escritores que hasta entonces sólo habían logrado publicar sus obras de manera fragmentaria en las publicaciones literarias. Ciertamente, la prensa periódica y, en especial, las revistas culturales constituyeron el ámbito en el cual se gestó esta primera generación de intelectuales; esas figuras del ámbito letrado que, aún a caballo entre la escritura vocacional y la profesionalización, operaron como agentes y promotores culturales de la localidad. La edición de libros fue sumamente escasa, debido a su costo y a la inexistencia de un mercado consolidado: sólo nueve títulos se publicaron en la ciudad en la década del diez y unos dieciséis en el decenio siguiente. Aunque en crecimiento, estas cantidades indican



Imagen 16. Maestras de la Escuela nº 13, 1936.

Gentileza del Archivo de la Memoria de la UNS.

la imposibilidad de que los escritores hicieran de la literatura su medio de vida; su supervivencia se veía supeditada, entonces, a su inserción en la burocracia estatal, en los ámbitos educativos, en el periodismo o en todos ellos a un tiempo.

Si bien las condiciones impuestas a algunas ramas del arte como la plástica fueron similares, no sucedió lo mismo con las disciplinas ligadas al entretenimiento. El teatro y la música fueron, probablemente, los campos artísticos que tuvieron un desarrollo más temprano en la ciudad. Unidas en sus orígenes, ambas estuvieron ligadas a la herencia inmigratoria de, sobre todo, italianos y españoles y dependieron, en gran medida, de las posibilidades de comunicación y de la disponibilidad de espacios de exhibición. Tal como recogen los relatos tradicionales, las primeras distracciones de los habitantes de Bahía Blanca fueron las demostraciones y los duelos de payadores además de las presentaciones improvisadas por aficionados en los establecimientos comerciales de la época. Los circos atraían también una gran afluencia de espectadores que concurrían para ver animales amaestrados, contorsionistas, clowns, ilusionistas y fenómenos humanos tanto como “cuadros vivos”, dramas criollos y zarzuelas. Inclusive avanzado el siglo XX y a pesar de los reclamos de los sectores letrados, estos espectáculos populares siguieron teniendo el favor de un público ávido de la diversión que proporcionaba el género de las “excentricidades”. [Imagen17]

Las agrupaciones teatrales que desde 1885 en adelante llegaron a la localidad también estuvieron atravesadas por la música; en palabras de Nidia Burgos,⁵⁰ el teatro bahiense se formó a partir de la textualidad lírica europea ya que giró en torno a las compañías de zarzuela y de opereta que encontraban una rápida aceptación entre una audiencia que, por sus orígenes, estaba ya familiarizada con



Imagen 17. “Troupe Jacopi que ha obtenido un grandioso éxito en el Casano”.

La Semana, Bahía Blanca, año 1, n° 16, 18 de septiembre de 1915, p. 16.

estos géneros. La importancia que los bahienses asignaron a estas visitas quedó manifestada en la preocupación constante por ofrecerles un lugar conveniente para sus presentaciones. Cuando la extensión de las líneas férreas hubo facilitado el arribo de compañías interesadas en explotar el nuevo mercado local, la necesidad de contar con un espacio teatral adecuado se hizo más perentoria. Entre 1884 y 1913 se sucedieron al menos once proyectos de edificación de teatros frustrados y siete exitosos. Empresarios, sociedades étnicas de socorros mutuos y hombres de la élite local encabezaron sus propios planes arquitectónicos motivados por razones pecuniarias y/o culturales. La fundación del Teatro Municipal en 1913, en particular, resultó un hito para la historia de las artes escénicas locales y se planteó como la ocasión para editar una crónica temprana de sus principales logros escrita por Ovidio Martínez.⁵¹ A diferencia de lo sucedido con otras disciplinas, el teatro construyó su propia tradición ya en los comienzos del siglo XX y gozó del explícito apoyo oficial concretado en la erección del coliseo comunal, iniciado por el intendente Jorge Moore e inaugurado por su sucesor, Valentín Vergara.

Hasta entonces, y de acuerdo al relato de Martínez, las salas eran propiedad de capitalistas locales que las arrendaban a empresarios del espectáculo quienes quedaban a cargo de la confección de los programas y de la contratación de las compañías. Este mecanismo, que continuó funcionando una vez fundado el Municipal, suscitaba las críticas de la prensa, el público, los artistas y las entidades culturales que se veían obligadas a tratar con ellos, ya que, según su parecer, dichos agentes no eran sino especuladores que priorizaban el lucro antes que la calidad de las funciones, la comodidad de la audiencia o el beneficio de los ejecutantes. Así, los dramas y las comedias españolas y la ópera italiana se alternaban con el género chico, las revistas, las proyecciones cinematográficas, las luchas greco-romanas, las variedades y las obras “libres” de contenido picaresco destinadas a hombres so-



Imagen 18. Último cuadro del entremés “Un patio alegre en Sevilla” representado por la Sociedad La Giralda.
La Semana, Bahía Blanca, año 1, n° 10, 7 de agosto de 1915, p. 37.

los, que concitaban el favor de los espectadores. La permanencia en la ciudad de los artistas en cuestión dependía fundamentalmente de la adquisición de los abonos que incluían varias funciones. Como indica Martínez, esta forma de comercialización que implicaba un compromiso a largo plazo con un espectáculo antes de conocerlo, la coexistencia de distintas salas y, a medida que avanzaba el siglo, la competencia creciente del cine, contribuían a la endémica escasez de público que afectaba al teatro y que el periodismo atribuía a su “falta de cultura”.⁵² La afluencia de asistentes no era, sin embargo, uniforme y fue variando en el tiempo de acuerdo a sus preferencias y a las modas de la época. Nidia Burgos⁵³ indica al respecto una transformación del gusto que comenzó a operarse en las primeras décadas del siglo XX a medida que las compañías argentinas de dramas y comedia fueron lentamente reemplazando a las extranjeras. De este modo, se fueron imponiendo dos microsistemas teatrales paralelos: el sainete y la revista criolla, por un lado, y el de Florencio Sánchez y la comedia nacional, por el otro. En este marco es posible explicar que, a pesar de la cobertura que les brindaron los medios, la llegada en 1927 de Luigi Pirandello y sus conferencias sobre el nuevo teatro no tuvieron el eco esperado. Más incomprensible resulta la escasa concurrencia al espectáculo de la reconocida compañía de Lola Membrives ese mismo año que contrastó con el éxito recogido por las obras de Benavente presentadas simultáneamente por la compañía Olona-Baenes. Más allá de estas fluctuaciones, lo cierto es para 1936 las inclinaciones de la audiencia se alejaban del sainete y se aproximaban al repertorio de Belisario Roldán y de Podestá. Estas preferencias se concretaron también a nivel de la actividad local, tanto en la producción de obras como en su representación. Los centros filodramáticos bahienses que nucleaban a los actores aficionados desde el siglo XIX incorporaron entonces a sus programas textos de autores nacionales, llegando incluso a definirse como cultores de lo argentino (el Centro Criollo Bahiense o el Cuadro Filodramático Nacional) tal como otros lo habían

hecho antes en función de sus afinidades ideológicas (los socialistas Centro Filodramático Luz y de la Agrupación Artística Socialista, por ejemplo. [Imagen 18])

A partir de la década de 1930 y hasta 1966 en que se instaló la primera emisora televisiva en Bahía Blanca, el consumo teatral estuvo ligado asimismo a otro medio en franca expansión: la radio. En efecto, los radioteatros llevados al escenario alcanzaron un éxito inédito entre el público, llegando a realizarse durante esas tres décadas más de trescientas obras.⁵⁴ Según Nidia Burgos, fue debido a la demanda de este tipo de espectáculos que varios actores aficionados bahienses pudieron transformarse en profesionales al integrar la Compañía Esther Da Silva-Javier Rizzo y, más tarde, al conformar una propia denominada Primera Compañía Bahiense de Dramas y Comedias que se presentaba tanto en la ciudad como en su zona de influencia. Además de favorecer el desarrollo de la actividad actoral, el radioteatro propició el surgimiento de un circuito anexo compuesto por dramaturgos locales, como Américo de Luca y Luis Pozzo Ardizzi, por revistas especializadas, como la ya mencionada *Magazine oral*, y por un público entusiasta imbuido de una determinada comprensión de “lo teatral” asociada a la narración dinámica de carácter dramático-sentimental. La radiofonía tuvo, además, una historia propia que, aunque ligada al fenómeno teatral, lo excedió ampliamente. Al igual que sucedió con la fotografía y el cine, entretenimiento y tecnología, arte y ciencia, estuvieron presentes desde sus comienzos y suscitaban el interés y la fascinación de la audiencia. Tan sólo dos años después de la primera transmisión porteña en 1920, dos bahienses – Juan G. Franzetti y Pedro Amado Cattáneo – intentaron hacer funcionar una “broadcasting” que, a causa de su costo elevado y de la escasez de aparatos receptores, no tuvo el eco esperado. En 1923 se crearon, con similar repercusión, una difusora capitalina y el Radio Club Bahía Blanca. Habría que esperar hasta 1930 para que la radiofonía bahiense despegara y se consolidara en la preferencia de los radioescuchas. Ese año dos emisoras, LU2 de los señores Alzola y Parenti y LU7 Radio General San Martín de Volpurno Gennari, iniciaron sus actividades. La música, los radioteatros, el periodismo y el deporte ocuparon, ya desde entonces, un espacio central en sus programaciones que rápidamente ganaron el favor del público a medida que se popularizaba el acceso a los dispositivos transmisores.

En la Bahía Blanca de fines del siglo XIX y de principios del XX, el desarrollo de la práctica y el consumo musicales se había producido a partir de dos circuitos diferenciados aunque no aislados: el de la música popular y el de la música académica. Si el primero estaba ligado en un principio al aprendizaje informal, el canto folklórico, las bandas instrumentales o, más adelante, las orquestas y los solistas de tango, el segundo estaba vinculado a la enseñanza sistemática en instituciones específicas y al canon de la música europea erudita. Desde fines del siglo XIX, la existencia de academias privadas y de las filiales locales de los Conservatorios porteños daba cuenta de la vitalidad musical de la ciudad.⁵⁵ [Imagen 19] Sus directores, muchos de los cuales habían llegado a Bahía Blanca para sonorizar las películas mudas, encontraron aquí un entorno favorable para el desenvolvimiento de sus actividades. Estudiar canto y piano, en especial, constituía una parte fundamental de la formación de las “niñas” de la élite que les permitía desempeñarse en los ámbitos de sociabilidad de los grupos más pudientes y para ello concurrían a los institutos.⁵⁶ A pesar de estos fines primigenios, lo cierto es que, una vez egresadas, muchas de las jóvenes alumnas no se limitaron a hacer un uso social de sus saberes y se convirtieron ellas mismas en ejecutantes, docentes y directoras de las academias.

Como ha apuntado María Noelia Caubet, dos instituciones y sus respectivos fundadores fueron especialmente relevantes en el proceso de configuración del mundo de la música: la Escuela Normal de Música (1921) de Luis Bilotti –antes Conservatorio Panisse (1915)– y la Escuela Superior de Música (1926) de Alberto Savioli. Ambas aludían desde sus denominaciones al proceso de normalización de la enseñanza y suponían una instancia más elevada del sistema educativo que sus predecesoras; en ellas se formaron muchos de los músicos que integraron e impulsaron la creación del Conservatorio

y de la Orquesta provinciales en 1957 y 1959. Profesores y alumnos conformaron también diversas agrupaciones abocadas a la ejecución de la música "clásica", a su promoción y a su difusión.

La Asociación Cultural antes mencionada tuvo un rol especialmente destacado en lo que se refiere al estímulo del consumo musical. Fundada en 1919 y reorganizada en 1930, esta entidad continuó funcionando hasta el siglo XXI y fue responsable de la organización de espectáculos nacionales e internacionales de primer nivel en la ciudad. Entre 1919 y 1927, se presentaron bajo su auspicio en las salas del Cine Odeón y del Municipal cantantes líricos, pianistas, violinistas y agrupaciones de renombre. Luego de 1930 y hasta 1943, la programación se volvió casi exclusivamente musical e incorporó otras disciplinas afines como la danza. En ese marco se realizaron numerosas y variadas audiciones financiadas mediante las cuotas de los socios. Si bien sus objetivos se orientaban a garantizar el acceso a espectáculos de artistas ya consagrados, la Asociación patrocinó asimismo, aunque en menor medida, la presentación de músicos locales como acompañantes o como protagonistas de las funciones. De esta manera, contribuyó no sólo a la educación del gusto y a la divulgación de la tradición del arte académico sino también a la visibilización y a la profesionalización de los instrumentistas bahienses. Así, en menos de treinta años, el disfrute del "arte de Euterpe" se extendió de los salones de las familias acaudaladas a espacios más amplios de acceso público, si bien no gratuito. Los modelos y referentes culturales del género, sin embargo, continuaron ubicándose en Europa y, secundariamente, en las metrópolis americanas, razón por la cual instituciones e individuos se preocuparon por establecer y sostener nexos con establecimientos y figuras de prestigio que les otorgaran legitimidad y los mantuvieran actualizados respecto del devenir internacional.

La música popular, por su parte, constituye por sí misma un vasto campo de análisis del que, lamentablemente, no tenemos muchos registros, al menos hasta los albores de los años veinte. El consumo musical en festejos públicos y privados estaba en general en manos de aficionados o de las bandas militares, municipales, infantiles o de las asociaciones civiles, entre las que sobresalieron las dirigidas por los maestros Cossa y Juan Valentini quienes, a su vez, se desempeñaban como docentes y compositores. Como el drama criollo fue sustituyendo a la lírica en los gustos populares teatrales, los nuevos géneros importados y autóctonos fueron reemplazando a los tradicionales en materia musical. Hacia las décadas de 1910 y 1920, comienzan a encontrarse referencias a ritmos bailables como el foxtrot, el shimmy y, por supuesto, el tango. Atraídos por los pingües beneficios que garantizaban estas novedades, los empresarios organizaron funciones de los artistas más afamados del momento, como Carlos Gardel que, de acuerdo a las crónicas, visitó Bahía Blanca en varias oportunidades. Al calor del entusiasmo generado por las presentaciones en vivo y por la difusión de los discos de pasta, surgieron también los primeros tangueros locales en el seno de la misma educación erudita. Carlos Di Sarli y Juan Carlos Cobián, por ejemplo, recibieron sus primeras lecciones de piano y composición de maestros bahienses versados en el lenguaje académico, pero poco después se volcaron al tango como solistas, creadores y directores orquestales. En este marco y al igual que para el teatro, la radio tuvo un rol fundamental en la consolidación de los nuevos géneros dado que les ofreció una vía de difusión de alcance masivo inusitada hasta el momento. A pesar de tener distintos espacios de circulación, lo popular y lo académico se enriquecieron mutuamente y compartieron con frecuencia públicos e intérpretes configurando, de ese modo, el campo de la música de la segunda mitad del siglo.

A diferencia de las artes escénicas y musicales, la pintura y la escultura tuvieron una génesis y un desenvolvimiento más tardío y menos explorado. El relato canónico construido y difundido por Filoteo Di Renzo en la revista *Museo*, situó los orígenes de la historia de las artes visuales locales en los primeros años de la década de 1930, ligados a la creación de la Comisión Municipal de Bellas Artes y del Museo Municipal de Bellas Artes. Como señala Juliana López Pascual,⁵⁷ esta primera historiografía estaba permeada por la posición del autor en el mundo del arte local al igual que lo estarían otras

versiones posteriores erigidas por los mismos artistas donde idéntica función pionera se atribuiría al grupo Índice fundado en 1927. Aunque sin restar importancia a estos acontecimientos, lo cierto es que investigaciones recientes permiten sostener que la actividad plástica puede remontarse, al menos, hasta principios del siglo XX. Fue entonces que surgieron los primeros talleres y espacios de exposición –en general, estudios fotográficos– y las primeras muestras de artistas extranjeros y bahienses entre los que se contaban los integrantes del mentado proyecto de Tobías Bonesatti.

Las condiciones de la formación y exhibición de la plástica a comienzos de la centuria evidencian el carácter amateur que se atribuía a su ejercicio. La gran mayoría de quienes se abocaban al estudio del dibujo, la pintura y la escultura lo hacían como aficionados o, en el caso de las mujeres, como parte de la “cultura de adorno” que requería la educación femenina. No llama la atención, entonces, que las primeras academias de la ciudad estuvieran pobladas de las niñas de la élite ni que las exposiciones más tempranas congregaran los trabajos de estas alumnas. Estas primeras entidades educativas resultaron fundamentales en la configuración del gusto de los futuros consumidores y espectadores de arte bahienses. Miembros de las clases dirigentes, muchos de ellos tuvieron en sus manos el patrocinio y el estímulo de los jóvenes artistas, la promoción de instituciones específicas y la realización de las actividades culturales. Esta primera etapa del desarrollo de la plástica estuvo, por lo tanto, impulsada casi con exclusividad por manos privadas, recibiendo sólo ocasionalmente y ante la presión de algunos sectores la ayuda económica del estado municipal bajo la forma de becas de estudio no reguladas ni sostenidas. Otro tanto sucedía con los espacios disponibles para exposición de obras: en los primeros tiempos, las vidrieras de las tiendas se alteraban con las salas disponibles en las sociedades étnicas, españolas o italianas, en general, y con los grandes hoteles de la localidad para dar lugar a la realización de muestras de arte.

Durante el decenio de 1920, sin embargo, las artes visuales recibieron un nuevo impulso gracias a la generación de jóvenes que, nacidos o formados en Bahía Blanca, estaba renovando el ambiente cultural y a la aparición de las entidades civiles mencionadas anteriormente (la Asociación Cultural y la Asociación Artística), que activaron el circuito local. Aunque especialmente interesada en la música, la primera de estas agrupaciones fue la responsable de la organización de siete de las exposiciones pictóricas y escultóricas de mayor trascendencia que tuvieron lugar en la ciudad entre 1919 y 1926. Las actividades de la Cultural, aunque priorizaran la exhibición de trabajos externos, resultaron así primordiales para el desarrollo del gusto, la modernización de los lenguajes estéticos y el estímulo al consumo de arte en la Bahía Blanca de estos años. En efecto, además de llevar adelante una importante labor exhibitiva, la Asociación fue la primera en adquirir, por donación de sus miembros o de los mismos autores, una colección de obras de carácter institucional que, más tarde, contribuiría a la conformación del patrimonio municipal. Más abocada a promoción de los productores locales, la Asociación Artística dirigida por Beatriz Romero Palacios tuvo, a pesar de su corta existencia, un rol esencial en el fomento de las artes, ya que fue gracias a su iniciativa que se realizó en 1924 el primer Salón Anual de Arte local. [Imagen 20] De él participaron, entre otros, jóvenes promesas como Juan Carlos Miraglia, Alfredo Masera, Saverio Caló o Domingo Pronsato que hasta ese momento solían exponer en las salas de las casas de fotografía Prieto o Zeballos. A pesar de que la tradición posterior minimizaría la tarea realizada por la Asociación y el precedente de su salón, lo cierto es que fue éste el primer espacio consagratorio y de legitimación con que contaron los artistas bahienses.

Motivada por el IV Salón Libre de Arte de La Plata que en 1926 vino a la ciudad con el auspicio de la Asociación Cultural y de los gobiernos provincial y comunal, surgió también la primera propuesta de establecimiento de un museo municipal de Bellas Artes. La confluencia entre los intereses locales y los poderes públicos que resultó decisiva a inicios de la década de 1930, ya estaba haciéndose evidente cinco años antes a partir de la gestión de Valentín Vergara al frente de la provincia de Buenos



Imagen 19. Yolanda Pernici que obtuvo el título de profesora elemental de guitarra en el Conservatorio Argentino. *Arte y Trabajo*, Bahía Blanca, año 18, nº 200, mayo de 1933, p. 3.



Imagen 20. "Eucaliptus" de Juan Carlos Miraglia. Primer premio de pintura del Primer Salón Anual de Arte de la Sociedad Artística, 1924. Gentileza del Museo de Artes Plásticas "Dámaso Acre" de Olavarría

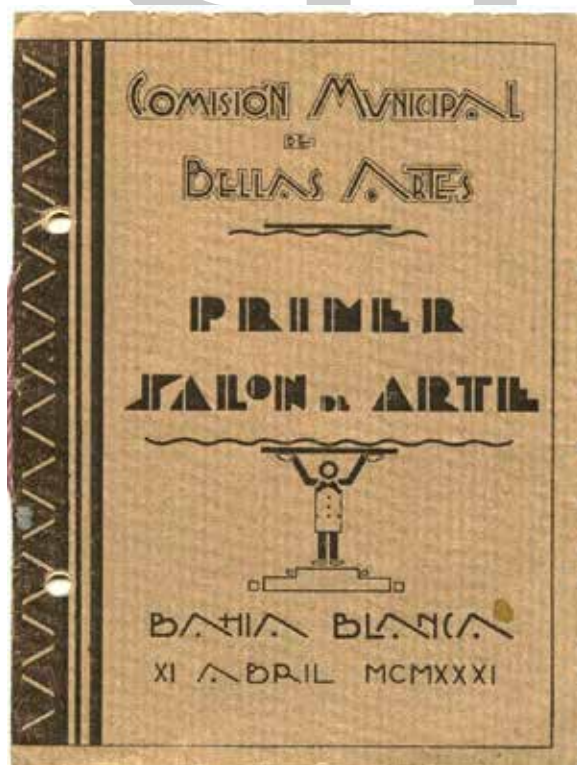


Imagen 21. Catálogo del Primer Salón de Arte organizado por la Comisión Municipal de Bellas Artes en 1931. Gentileza del Archivo del Museo Municipal de Bellas Artes de Bahía Blanca.

Aires. El traslado del Salón durante su administración operó más allá de su finalidad pedagógica inicial y movilizó las inquietudes de formalización artística en la ciudad. Ante la desestimación del comisionado Aquiles Carabelli y la partida de los platenses, el proyecto fue momentáneamente dejado de lado hasta tanto las condiciones se mostraran más propicias.

En este marco, surgió el grupo *Índice* que, bajo la dirección del violinista recién llegado de la capital bonaerense Tobías Bonesatti, nucleó en 1927 a un conjunto de jóvenes intelectuales y artistas entre los que se encontraban los mencionados Miraglia y Maserá. Esta agrupación, al igual que su continuadora, *La Peña*, contaron con el apoyo de reconocidas personalidades de la pintura nacional como Emilio Pettorutti que impulsaron la introducción de los lenguajes de la vanguardia en el ambiente local. Fue, precisamente, en el bar Costa Rica, donde solían reunirse los miembros de *La Peña*, que se gestaron los salones municipales de 1929 y 1930 sobre la base de los cuales se creó el Salón Municipal Anual de Arte, aprobado por el gobierno municipal el 21 de abril de 1930. [Imagen 21] Antecedente directo de ello, habían sido en 1928 las dos exposiciones organizadas con motivo del Centenario de la fundación de Bahía Blanca: la que se realizó en los pabellones del nuevo Policlínico provincial por iniciativa de la Comisión Oficial del Centenario y como parte de la Exposición Industrial y la de “la Habitación” que, convocada por Índice, reunió a varios artistas locales en el estudio del arquitecto Francisco Marseillán.⁵⁸

El Centenario fue, así, como advierte Diana Ribas, un nudo convergente entre circuitos y lenguajes estéticos, pero también una ocasión de balance propicia para desmentir el mito de Bahía Blanca como “ciudad fenicia” a partir de la organización de un importante programa artístico-cultural. A las muestras pictóricas se sumaron, entonces, la instalación de monumentos conmemorativos en el espacio público, la inauguración del Panorama elaborado por Augusto C. Ferrari y, durante la velada del 11 de abril, la ejecución de una variada presentación musical, teatral y poética que incluyó el estreno del Himno de Bahía Blanca. El carácter pluriartístico del festejo lo convirtió, sin dudas, en un momento de quiebre simbólico para la cultura local. Desde allí y hasta 1946 el proceso de institucionalización, sobre todo de la plástica, se aceleró considerablemente a partir de la consolidación de los grupos de artistas en los espacios estatales.⁵⁹

En efecto, la presencia de figuras ligadas a la cultura como Enrique Cabré Moré, Francisco Cervini, Alfonso Sica Bassi y Eduardo Palavecino en la recientemente constituida Comisión Municipal de Bellas Artes (1930) creó las condiciones de posibilidad para la apertura del Museo Municipal de Bellas Artes el 2 de agosto de 1931 y de su Primer Salón el 11 de abril de ese mismo año. Las actividades oficiales continuaron efectuándose con regularidad y fueron acompañadas, asimismo, por una intensa vida asociativa que dio lugar al surgimiento de nuevas entidades. En 1932, Ubaldo Monacelli, Domingo Falgione, José Vian y Ernesto Corti crearon la Asociación Artistas Independientes y, un año después, estos mismos artistas formaron el Taller Libre que desde 1932, bajo el nombre de Escuela de Bellas Artes Proa, organizarían sus propios salones. Del Taller se desprendió, seis años más tarde, la Asociación Artistas del Sur que, a poco de su creación, se independizó de su entidad madre: la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos de Buenos Aires. Hasta 1947, los integrantes de la nueva agrupación ocuparon los puestos docentes y directivos de Proa, desempeñaron los cargos de gestión cultural y monopolizaron los premios oficiales. Su capacidad nucleadora y los lazos establecidos con figuras del ámbito político y cultural a nivel nacional y provincial posibilitaron la permanencia y el crecimiento de los Artistas del Sur y los convirtieron en organizadores del mundo cultural bahiense. Para entonces, la Comisión Municipal de Cultura había reemplazado a la de Bellas Artes incluyendo bajo su órbita, además de las dependencias artísticas, otras como el Museo y el Archivo Histórico Municipal (1943) que se había creado sobre base de la sección histórica existente en el MMBA y el Archivo Histórico Municipal (1933).⁶⁰

El mundo de lo visual durante el período que nos ocupa no se agotó, sin embargo, en la pintura y la escultura. Las imágenes generadas a partir de los nuevos dispositivos tecnológicos, como, entre otros, la fotografía y el cine, fueron las más difundidas y las que más aceptación tuvieron en la sociedad bahiense de fines del siglo XIX y principios del XX. La articulación de componentes artísticos, ópticos y mecánicos despertaron la fascinación de los espectadores, a la vez, que su mayor accesibilidad garantizó la preferencia de un público creciente interesado en los últimos adelantos técnicos y en nuevas formas de entretenimiento y distinción. Conocedores de las inquietudes de la audiencia, los espectáculos teatrales de “variedades” antes mencionados incorporaron tempranamente curiosos dispositivos como el Silforama, aparato de proyección de vistas fijas, en 1889 o el “cinematógrafo parlante” Cronophone Gautier en 1905, para más tarde alternar la presentación de obras con la exhibición de películas ficcionales o instructivas. Lo cierto es que estos sistemas de visualidad moderna lograron transformar las formas de mirar y los criterios estéticos vigentes, los valores, las relaciones y los comportamientos cotidianos. El cine, en particular, adquirió cada vez más relevancia hasta convertirse en la década del 1930 en un factor protagónico de los medios de comunicación y, a través de ellos, de la vida diaria de la población.

Ya durante la etapa fortinera, a mediados del siglo XIX, Carlos Funes Derieul detectó en los archivos del ex juzgado de paz bahiense la presencia de Miguel Pisornio, primer fotógrafo italiano arribado a la región. De la década de 1860 datan asimismo las imágenes fotográficas de la ciudad tomadas por Antonio Pronsato que son las más antiguas conservadas en los acervos locales. La nueva técnica tuvo una rápida aceptación manifestada en la proliferación de usos, dispositivos, locales comerciales y fotógrafos durante los decenios posteriores. Al promediar 1890 la llegada de máquinas estereoscópicas de origen francés permitió el acceso a imágenes tridimensionales de paisajes urbanos y a fines de esa misma década la fotomecánica permitió que las fotografías fueran incorporadas a la prensa con fines publicitarios. De acuerdo a Diana I. Ribas,⁶¹ el aviso del Velódromo de los hermanos Verardo fue el primero en utilizar este recurso en 1899 en las páginas de *La Nueva Provincia*. Esta asociación con el consumo fue, sin dudas, una de las más frecuentes y duraderas que, habiéndose iniciado en la centuria anterior, se profundizó en el transcurso del siglo XX, renovando las estrategias comerciales al introducir en ellas un nuevo recurso estético e informativo. De igual modo, la inclusión de los elementos visuales en la prensa, contribuyó a construir y difundir la representación de los grupos burgueses en ascenso y de una Bahía Blanca moderna y en crecimiento. La multiplicación de imágenes ligadas al consumo y al entretenimiento durante esta etapa estuvo fuertemente ligada a la producción de revistas y de postales que cumplieron un rol fundamental en la configuración de una cultura visual moderna.

El aumento de la demanda de fotografías para uso social y periodístico, impulsó la práctica amateur de la disciplina tanto como la creación de casas especializadas y la profesionalización de sus propietarios. Así, se multiplicaron figuras como los reporters, los fotógrafos ambulantes y domiciliarios y, por supuesto, los diletantes. Estos últimos, ya en 1904 conformaron la primera Sociedad Fotográfica de Aficionados con el objetivo de “estimular el cultivo de la fotografía, difundiendo su enseñanza é iniciando paseos, concursos, etc. en los que se sacarán vistas y se premiarán las que resulten más completas y modernas”. El desarrollo laboral del rubro se concretó a partir de la apertura de numerosos estudios fotográficos. En los años treinta, llegó desde su Rusia natal, Alejandro Wolk, uno de los fotógrafos retratistas más destacados de la ciudad que contribuyó, junto con otros profesionales y aficionados a la consolidación de la disciplina durante las décadas siguientes. En 1933, de hecho, Wolk y otros colegas participaron de la una muestra de arte fotográfico que se realizó en las salas de exposición de la Asociación Bernardino Rivadavia y, cinco años después, integraron la comisión fundadora de la Asociación de Artistas del Sur. Por iniciativa de esa institución se organizó la denominada Primera Exposición de Arte Fotográfico y en su seno se gestó el grupo que en 1948 se emanciparía para formar el Foto Club Bahía Blanca.

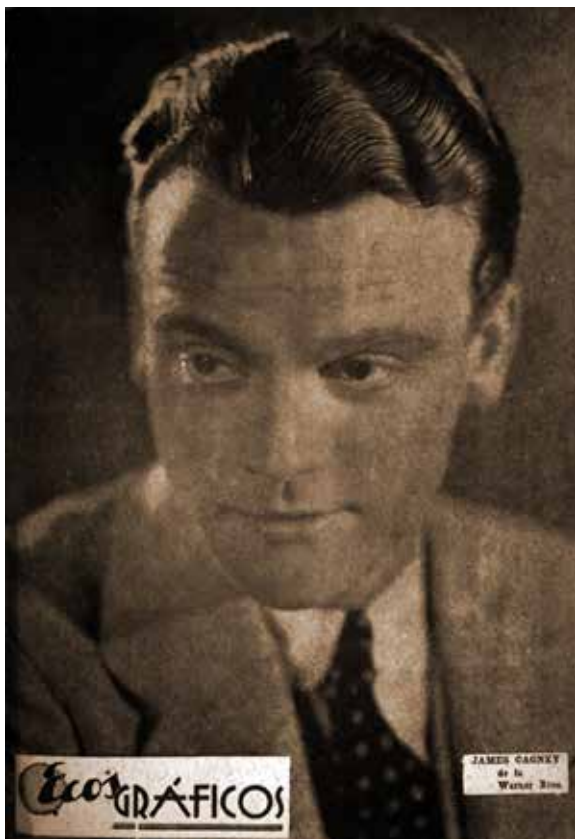


Imagen 22. James Cagney, artista de la Warner Bros.
Ecos gráficos, Bahía Blanca, año 1, n° 3, 11 de julio de 1936, tapa.



Imagen 23. Abraham Stigol disfrazado de Carlitos Chaplin para el Carnaval de 1918. *Arte y Trabajo*, Bahía Blanca, año 3, n° 51, 20 de febrero de 1918, tapa.

Emparentado con la fotografía por su impronta científica y por su ilusoria objetividad, el cine fue, sin dudas, uno de los dispositivos más influyentes en esta modificación de las prácticas, las percepciones y las representaciones sociales. A medida que las salas de proyección –primero en los bares y luego en edificios autónomos– se convertían en nuevos espacios de sociabilidad y de consumo cultural, la visión se adecuaba a la cada vez más veloz sucesión de cuadros que imponía la imagen cinética y las “estrellas” de la pantalla grande se volvían los modelos de referencia estética y comportamental de las generaciones jóvenes. Los orígenes del cine en Bahía Blanca se remontan hasta 1898, fecha en que se proyectaron las primeras vistas cinematográficas en la ciudad.⁶² Las funciones cinematográficas durante estos primeros años, se realizaban en los espacios teatrales –como el Politeama D’Abreu– y, por lo tanto, se hallaban a cargo de compañías de esta índole. Recién en 1903, Juan Voltz –uno de los pioneros del séptimo arte local– se hizo cargo de la proyección de películas en la confitería del Jockey Club. En 1927, esta sala fue adquirida por la empresa Pita y Fernández que la transformó en el cine bar Sportsman. Hacia 1909, la guía comercial publicada por Colósimo registró la existencia de diez salas cinematográficas, situadas en bares, cafés y confiterías de la ciudad; en los años siguientes, se fueron sumando nuevos espacios cada vez más especializados. Junto a las salas, aparecieron también el primer comercio de venta de artículos cinematográficos a cargo del fotógrafo Oreste Belardinelli, los incipientes empresarios del negocio del cine y, por supuesto, las primeras incursiones en el nuevo arte llevadas adelante por fotógrafos como Voltz y el mismo Belardinelli que en 1916 realizó el más antiguo largometraje bahiense titulado *Bahía Blanca y sus progresos*.⁶³ Este documental constituyó un verdadero suceso en el ambiente local cuando finalmente se proyectó en 1919: era la primera vez que

los habitantes de la ciudad iban a verse a sí mismos representados en la pantalla grande. El film era concebido así como un avance técnico en el logro de una mayor fidelidad en la reproducción de lo real y, a su vez, como parte de una industria que, gracias a su alcance masivo, permitiría difundir el progreso de la ciudad fuera de sus fronteras.

El año 1928 también resultó sumamente significativo para el cine bahiense. En coincidencia con lo que sucedía en otros ámbitos, a partir del 24 de marzo se experimentó un cambio fundamental debido a la presentación pública del cine sonoro en el Palace Theatre por iniciativa de la empresa Miranda, Bini y Ru. A estos cortometrajes iniciales siguieron otros films sincronizados con el sistema Forest Phono film y, finalmente, hacia la década de 1930, las primitivas películas "parlantes". Una etapa distinta se inauguraría a partir de entonces con las nuevas tecnologías y con la difusión masiva del cine norteamericano y su *star-system*. [Imagen 22] Gracias al subtítulo y al doblaje, los films desde Estados Unidos comenzaron a llegar con fluidez, reemplazando a las películas mudas. Idéntico impacto tuvieron en 1937 las primeras proyecciones en technicolor y, en 1939, la introducción de imágenes con relieve que presentó el Cine Odeón. La seducción del nuevo medio y su impacto social, no hizo sino aumentar con el correr de los años. Si desde la década del veinte esta influencia sobre lo cotidiano quedaba manifestada en los disfraces infantiles de carnaval que reproducían a indios y cowboys norteamericanos o a personajes populares como Carlitos Chaplin, sería recién en los treinta que las "estrellas" de Hollywood se convertirían en modelos de belleza, comportamiento y moral para hombres y mujeres. [Imagen 23] Los nacientes medios penetraban, así, la experiencia social y contribuían a modificar las sensibilidades, las percepciones y las relaciones humanas. Las prácticas culturales, lejos de constituir un ámbito escindido de los demás aspectos de la vida, se integraban a los procesos políticos, económicos, tecnológicos y sociales y los reformulaban a su vez, construyendo nuevas subjetividades en consonancia con los tiempos.

Como hemos visto en este capítulo, los años que van de 1884 a 1943 enmarcaron un proceso de transformación profunda de Bahía Blanca: el otrora enclave fronterizo, de escasa población, fue escenario de una notable expansión económica y demográfica, de reajustes sociales, de modificaciones en los vínculos entre los sexos, de una despersonalización de las relaciones y de la aparición de nuevas formas y espacios de participación política, de sociabilidad y de trabajo además de convertirse en un importante centro cultural y educativo para la región.

En la transición hacia la década de 1940, muchos contemporáneos se expresaban en la prensa con el mismo entusiasmo que exhibiera Benigno Lugones a principios de la de 1880. Así lo hacía, por ejemplo, el ingeniero Juan A. Briano, al ser entrevistado por un periodista capitalino que escribía para el diario *La Nueva Provincia*:

¿Y qué opinión le merece, ingeniero - preguntámosle - la B. Blanca actual?

- Inmejorablemente optimista. Soy de los que ven en Bahía Blanca una gran urbe, en pleno desarrollo. No le falta nada a esa ciudad del sur para llegar a ser, con el tiempo, una gran capital, un centro comercial sólido y fuerte y un apostadero naval importante para nuestra marina de guerra. Pienso que hoy Bahía Blanca se encuentra servida por un vigoroso sistema ferroviario. Dispone de amplios y seguros puertos militar y comercial, dotada de extensos muelles, elevadores de granos y silos. Tiene todos los atributos que le han de asegurar el más brillante porvenir y que le han de consolidar para siempre el alto grado de prestigio que ha alcanzado en lo material y espiritual.⁶⁴

De este modo, se ponían en circulación representaciones que aludían a la prosperidad de la ciudad y a las posibilidades de desarrollo futuro, ancladas en algunos aspectos alentadores de los procesos

de transformación desplegados durante las seis décadas que hemos analizado en este apartado. En este escenario cambiante se desplegaron innumerables prácticas de sociabilidad vinculadas con la participación política y las relaciones familiares, de amistad y de noviazgo. Algunas de ellas, que dejaron huellas en forma de textos e imágenes, constituyen el objeto de análisis de los capítulos subsiguientes.



La política en la mira. Fotografía, sociabilidad y cultura política en Bahía Blanca a principios del siglo XX

María de las Nieves Agesta
Mabel Nélica Cernadas
CONICET-CER/UNS

Los conceptos de sociabilidad y cultura política han tenido una creciente difusión en las investigaciones históricas de Argentina durante las últimas décadas. Los trabajos académicos vinculados a estas nociones demuestran un interés común por comprender los fenómenos de la vida política y el rol de los actores involucrados en ellos, prestando especial atención a los componentes socioculturales.⁶⁵ En consonancia con ello, este estudio aborda las representaciones fotográficas de la sociabilidad política⁶⁶ aparecidas en la prensa ilustrada de Bahía Blanca durante las primeras cuatro décadas del siglo XX, con el fin de proponer algunas de las principales líneas teórico-metodológicas que surgen de su análisis y delinear ciertas hipótesis fundadas en el material disponible. Dado que, como sostiene Pilar González Bernaldo, “las prácticas relacionales están en el núcleo de la política como práctica social”,⁶⁷ consideramos que examinar las formas de sociabilidad registradas en las fotografías permitirá indagar los rasgos y transformaciones en las formas dominantes de la cultura política bahiense.

La imagen, recientemente incorporada a los medios gráficos, contribuiría a evidenciar la diversidad de representaciones sobre las prácticas y los espacios políticos así como sobre los actores habilitados a participar en ellos y sus funciones. Asimismo, haría posible comprender las dinámicas de interacción grupal y de diálogo entre ellos, los procesos simbólicos de renovación de los vínculos y las identidades políticas, los juegos comunicativos e informativos inherentes a las operaciones de construcción de la hegemonía, la estructuración del poder en la vida cotidiana y sus redefiniciones históricas.⁶⁸

Durante las primeras décadas del 1900, la política era un referente habitual para las revistas ilustradas bahienses. A pesar de sus pretensiones de apoliticidad, estas publicaciones daban cuenta regularmente de los comicios así como de los mítines, las reuniones de comité y las manifestaciones organizadas por las diversas agrupaciones partidarias que intervenían en el juego electoral. Asimismo, se plasmaban en las fotografías de prensa otros acontecimientos ligados a la sociabilidad cotidiana, como banquetes, comidas, homenajes y tertulias que, pese a ser muchas veces relegados a las secciones sociales, cumplían una función esencial en la construcción y en la consolidación de los lazos y las identidades políticas. En este período que se extiende hasta los inicios de los años treinta, aparecen definidos con claridad dos circuitos relacionales diferenciados pero en interacción permanente: uno exclusivo reservado a la conducción y otro más amplio abierto a los simpatizantes y a los correligionarios. Mientras las imágenes del primero apuntaban a reforzar el refinamiento y la civilidad de los grupos dirigentes legitimando su posición, las del segundo se centraban en la dimensión cuantitativa de los eventos, demostrando mediante la evidencia visual el poder de convocatoria y la fuerza electoral de las organizaciones.

Luego del golpe militar de 1930 y hasta el de 1943, estas representaciones de la vida política se redujeron notablemente en las revistas; en parte debido a la creciente especialización de los medios,

aunque también a las transformaciones producidas a partir de la interrupción del orden democrático. En efecto, la presencia de los partidos como núcleo de la escena política disminuyó hasta desaparecer y ser reemplazada por la de los sectores corporativos u oficiales. En este marco, el registro de los ámbitos de debate y de ejercicio democrático cedió ante la representación de los desfiles, las conmemoraciones patrióticas y las celebraciones honoríficas donde las fuerzas armadas y los dignatarios de la iglesia ocupan un papel de cada vez mayor protagonismo.

Fotografía de prensa y sociabilidad

Desde sus orígenes en el siglo XIX, la fotografía constituyó un dispositivo visual privilegiado de construcción de lo real sustentado por la confianza en la objetividad que parecía garantizarle la mediación mecánica de la cámara.⁶⁹ De este modo, el valor de evidencia que adquiría la imagen ante los ojos de sus contemporáneos resultaba incuestionable y la convertía en un artefacto prodigioso de documentación y exhibición. Como ha señalado Susan Sontag⁷⁰ entre muchos otros, su aparente transparencia ocultaba, sin embargo, los procedimientos de una lógica constructiva fundada tanto sobre la subjetividad del fotógrafo como sobre las condiciones históricas de su producción, circulación y consumo. La transformación de estas últimas a partir de la inclusión de fotografías en la prensa, significó la articulación de las imágenes con nuevos entornos vinculados al mercado masivo donde su eficacia era puesta al servicio de la información y la seducción.⁷¹ Las funciones de registro y notificación del acontecimiento, antes reservadas exclusivamente a la palabra, adquirieron en este marco un nuevo protagonismo ligado a la concepción moderna de la imagen como noticia.⁷² Así, la elección del material para publicar dependía de una búsqueda tanto argumental como plástica, donde los valores de narratividad, legibilidad y credibilidad resultaban tan determinantes como los factores compositivos y técnicos.⁷³ De acuerdo con ello, el análisis de la fotografía como documento plantea la necesidad de considerarla en su doble condición de objeto material y de imagen susceptible de categorizaciones de contenido, pero también en sus relaciones con un contexto determinado que supone cierta materialidad e historicidad.⁷⁴

Los orígenes de la fotografía de prensa se remontan tradicionalmente hasta fines del siglo XIX, cuando el norteamericano *New York Daily Graphic* publicó una imagen de Stephen Henry Horgan titulada *shantytown*; poco después, en Francia, Paul Nadar realizó para *Le Journal Illustré* el primer reportaje fotográfico. Años más tarde su uso comenzó a realizarse de manera regular en los medios de comunicación a medida que los adelantos técnicos, como la reducción del tamaño de las cámaras y la difusión del fotograbado de medio tono (autotipía o *halftone*), facilitaron el trabajo de los "fotógrafos callejeros" y permitieron la multiplicación industrial de las imágenes, a bajo costo y con mayor calidad. En América Latina, la trayectoria del fotoperiodismo se sitúa también en el siglo XIX, pero sería recién con el surgimiento y el auge de las revistas ilustradas que la fotografía ganaría un lugar de privilegio en las páginas de la prensa. A diferencia de otros países como México donde la época de oro de este formato se produjo apenas en los años veinte y treinta,⁷⁵ en Argentina la aparición temprana de *Caras y Caretas* en 1898 supuso una transición en la producción gráfica nacional que redundó en una proliferación visual sin precedentes.⁷⁶ Bahía Blanca, por su parte, no fue ajena a este fenómeno: en las proximidades del Centenario de 1910, la fundación de la revista *Letras y Figuras* de dirección anónima inauguró la tradición local del magazine y, con él, la utilización sistemática y creciente de la fotografía en los órganos periodísticos.⁷⁷ A este proyecto inicial siguieron *Proyecciones* (1909-1910) y *Ecós* (1910-1911) creadas por Fernando García Monteavaro, *Instantáneas* de Ricardo Redondo (1911-1912), *La Semana* de Andrés Moreno Neuroní (1915) y *Arte y Trabajo* dirigida por Miguel Jannelli (1915-1946).⁷⁸

Aunque declarándose independientes, todas estas publicaciones de la primera mitad del siglo participaron de los acontecimientos políticos de la ciudad y construyeron un discurso propio a partir de la articulación de imágenes y textos. Fotografías y caricaturas, elementos distintivos de las nuevas revistas, cumplieron un rol fundamental como recursos de argumentación y de posicionamiento y como difusoras y constructoras de la cultura política local. En efecto, como afirma Alberto del Castillo,⁷⁹ las imágenes no son un simple reflejo de la realidad sino un punto de partida para la recreación de universos simbólicos que otorgan inteligibilidad y sentido al quehacer humano en un determinado momento; de acuerdo con ello, es posible sostener que la selección realizada por las publicaciones operaba como un dispositivo destinado a configurar y reforzar las representaciones de los bahienses en la materia. Con un lenguaje que aparecía por aquel entonces como fuertemente convencionalizado,⁸⁰ las fotos daban cuenta de los modos y los espacios de interacción, de las distinciones sociales y de las prácticas y de las premisas políticas de la época, a la vez que contribuían a consolidarlas o a cuestionarlas.

Militantes y ciudadanos, escenas de la política "moderna"

Por varias décadas, los nuevos escenarios de sociabilidad constituidos por las facciones políticas y los partidos nuclearon a grupos reducidos de personas formalizados en redes políticas y tramas simbólicas reunidas en torno a figuras fuertes que aspiraban a llegar al poder secundadas de sus respectivas clientelas y afianzadas sobre relaciones asimétricas de cooptación o coacción. La soberanía del pueblo y la ciudadanía eran el fundamento del nuevo orden aunque al analizar las prácticas de poder concretas y el juego electoral se observa la consolidación de una clase política que se atribuía el monopolio de la representación y pretendía afianzarse en el espacio público buscando configurar los comportamientos políticos de la sociedad bahiense. Esta circunstancia en gran parte se debía a que el proceso electoral para designar candidatos estaba regulado por una serie de disposiciones legales de alcance provincial y nacional que implicaba mecanismos de subordinación y control de los votantes. Por ello, en los primeros tiempos el gobierno comunal poco difería del nacional o provincial en el que el sufragio de lista completa, combinado con el voto voluntario y la coacción electoral sustentaban el régimen de control de la sucesión y limitaban la participación de los ciudadanos, determinando una configuración del poder fuertemente elitista, aunque dividido en diferentes facciones en permanente pugna, con el fin de lograr el control de la función pública, como también del aparato electoral estructurado sobre la base de los caudillos y sus redes clientelares.⁸¹

De esta manera, los integrantes de los pequeños círculos o camarillas que participaban activamente en los conflictos por la distribución de poder pertenecían o se vinculaban en una trama social integrada por sectores con preponderancia socioeconómica, que desarrollaron estrategias de relación basadas en el establecimiento de vínculos matrimoniales o de parentesco y presentaban una relativa homogeneidad ideológica producto del éxito civilizatorio impulsado por las nuevas formas de sociabilidad. La oposición circunstancial de estos protagonistas, más allá de motivaciones estrictamente personales, tales como las ambiciones de ocupar cargos públicos u obtener determinados beneficios, se basaba por lo general, en que unos ponían el acento en las reivindicaciones de orden provincial, recibiendo el apoyo platense, y otros respondían estrictamente al oficialismo nacional. Este núcleo social dominante permaneció casi idéntico en su composición hasta los primeros años del siglo XX, todos se conocen entre sí, forman parte de los mismos ámbitos y están ligados por lazos familiares, de amistad o de negocios. Dejemos que sea Estanislao Zeballos quien presente su penetrante observación sobre la vida política lugareña de fines del siglo pasado:

La cultura general de Bahía Blanca se advierte en dos síntomas palpitantes: la política y el gobier-

no local. Dividida en este momento la opinión general en dos grupos, los partidarios de las candidaturas de Casares y de Ugarte, se reunían sus comités y prohombres en el salón de conversación y tertulia del hotel de Londres, mezclándose y confraternizando con una cordialidad, tolerancia y respeto recíprocos en las discusiones, dignas de Boston o de Nueva York. El gobierno local está confiado a vecinos de arraigo e indiscutible probidad, libremente elegidos en comicios públicos. Hay en Bahía Blanca mayor pureza, desinterés y aptitudes políticas que en la Capital de la República...En Bahía Blanca, he visto a los vecinos más idóneos y dignos dirigiendo y presidiendo todo: municipalidad, clubes, sociedad rural, asociaciones de cultura y de recreo, hospital, templos, centro comercial y empresas de capitales considerables. Este acierto para elegir los mandatarios es una aptitud política inestimable en la decadencia moral por que atraviesa la República.⁸²

Las últimas palabras son elocuentes: los integrantes de la elite local tenían en sus manos los resortes de poder, que les posibilitaban la construcción de relaciones y capitales políticos, y aunque la sociedad civil se transformaba por los nutridos contingentes de europeos que llegaban a la ciudad y la región, la ampliación de la ciudadanía y su participación política distaba mucho de seguir un ritmo similar. La concepción restrictiva del ejercicio del poder mostró por largo tiempo comportamientos políticos que amparaban la manipulación electoral, el control de la sucesión de la autoridad pública, los mecanismos fraudulentos y facciosos, que serían caracterizados por los contemporáneos como vicios propios de la "política criolla".⁸³

Por lo general, pocos días antes del acto comicial, los miembros de la elite se reunían en el despacho de algún funcionario municipal, en las oficinas del Banco de la Provincia, del Banco Nación, del Juzgado de Paz, en una casa particular o en el casco de una estancia para proponer los nombres de quienes participarían en la contienda electoral. Este pequeño núcleo de dirigentes se reservaba, a través de reuniones restringidas, la definición de las candidaturas y el reparto de los empleos estatales. De esta forma los candidatos conformaban un elenco relativamente estable, elegidos por su pertenencia familiar, su desempeño previo en alguna función pública o su capacidad para reunir hombres y recursos. Los periódicos, que en su mayoría respondían a los grupos políticos actuantes, se convertían en el escenario privilegiado de la lucha simbólica en las coyunturas eleccionarias y los enfrentamientos entre las facciones e intentaban captar el electorado e influir sobre sus decisiones informando día a día sobre las candidaturas o sus propuestas. De manera ocasional, se movilizaba a grupos disciplinados que respondían a diferentes caudillos para participar en asambleas y reuniones masivas realizadas en espacios abiertos como las plazas o las calles donde se proclamaban o impugnaban a los integrantes de las listas que intervenían en la arena política local.

El denostado caudillismo⁸⁴ se originaba en que el reclutamiento y movilización preelectoral implicaba para los notables forjar lazos sociales complejos, construyendo el sistema de lealtades a través de intercambios múltiples y el ofrecimiento de diferentes incentivos, necesarios para el triunfo de los candidatos. La cooptación incluía desde la promesa de empleos públicos, la distribución y asignación de recursos, y en los casos extremos hasta la coerción o la violencia. Ejemplo de estas prácticas de las elites políticas para construir las bases de su poder fueron recogidas por la prensa facciosa de la época. Así puede leerse en el periódico juarista *El Argentino* la acusación a los ediles municipales de nombrar a los funcionarios de acuerdo a los servicios que hubiesen prestado al rochismo, situación que era confirmada por *El Porvenir*, vocero de la política provincial cuando afirmaba que "era necesario designar un militante del partido como secretario municipal".⁸⁵

El proselitismo preelectoral se realizaba tanto en la ciudad como en la campaña y si bien solo los inscriptos en el registro podían votar era frecuente la alteración de los padrones, la falsificación o el robo de boletas. De la campaña provenían las "tropillas de paisanos" que según *El Argentino* habían sido traídos por los agentes del rochismo para "cambiar" su voto por "promesas y asado con cuero" y para

asegurar el triunfo y alejar a posibles votantes rivales “fueron colocados convenientemente fantoches armados a Remington para secundar con éxito las órdenes de los agentes del moribundo partido”. El día de las elecciones, los paisanos “eran encerrados en un corralón, del cual salían en grupo de ocho vestidos con su chiripá y su poncho. Después de votar volvían al corralón para aparecer al rato con bombachas, alpargatas y saco, y luego de votar por segunda vez hacían su última aparición con pantalón y en mangas de camisa”.⁸⁶ Al margen del efectismo teatral de esta descripción, el comentario refleja una dinámica electoral de la que participaban grupos movilizados colectivamente para dar el triunfo, por los votos o por la fuerza, al candidato del oficialismo de turno y si bien estas prácticas tenderían a disminuir con la ampliación de la participación electoral no desaparecerían por completo.

La creación de la Unión Cívica Radical de Bahía Blanca (UCR) en 1891 no produjo en los primeros años diferencias manifiestas en el orden político preexistente. En realidad, los dirigentes y simpatizantes del movimiento cívico inicial estaban integrados en la trama social que venía participando de la lucha por el poder desde tiempo atrás.⁸⁷ De tal forma, que cuando cuatro años después ocuparon la intendencia municipal optaron por contemporizar con las otras parcialidades políticas para evitar la puja electoral. Mientras puntualmente se realizaban las elecciones para elegir autoridades municipales, provinciales o nacionales, los actos comiciales tenían escasa repercusión en la ciudadanía. Por ello, aunque la ciudad registraba un significativo crecimiento demográfico, el número de votantes en las sucesivas jornadas electorales se mantuvo constante, entre 300 y 500 personas.⁸⁸

El momento y los preparativos para el sufragio se convirtieron en tópicos recurrentes para las revistas ilustradas dado que, a pesar de las irregularidades, eran considerados uno de los símbolos más acabados de la democracia moderna. La cobertura gráfica que hizo *Instantáneas*, magazine dirigido por Ricardo Redondo y administrado por José Jordá, de los comicios municipales del 26 de noviembre de 1911 en su edición del 2 de diciembre, da cuenta, sin embargo, de que el cambio de signo político no conllevó una transformación sustancial de las prácticas habituales. Por el contrario, el caudillismo y los procedimientos de movilización y de participación electoral continuaron funcionando como hasta entonces. Un total de dieciséis fotografías –seis de estudio y diez de exteriores– integraron el corpus visual de la nota que el magazine presentó, como era su costumbre, en las hojas satinadas de alto gramaje ubicadas en la parte central de cada número. Ocupando la mitad de la superficie de la página, una fotografía de plano entero del “gaucho” Gregorio Sosa ataviado con sus vestimentas características y un público improvisado de caballeros curiosos inauguraba la sección dando “la nota electoral pintoresca”. A continuación y luego del registro de la fiestas escolares y el concurso de belleza infantil, se incluía una página con los retratos de los cinco concejales que habían votado la nulidad de los comicios⁸⁹ y del presidente de los mismos, Justo R. Mouzo. A diferencia del resto, estas imágenes eran cuidadas fotos de estudio que habían sido dispuestas con esmero, prestando atención a la composición de la totalidad de la página. Cuatro de ellas, por otra parte, estaban atribuidas a tres de las casas de fotografía más reconocidas de la ciudad –Vetri, Voltz y Bentivoglio–, lo cual les otorgaba un carácter distintivo respecto de las demás que habían sido producidas exclusivamente para la publicación por sus propios fotorreporteros.⁹⁰

Las dos carillas siguientes mostraban, por último, nueve reproducciones dispuestas respectivamente en grupos de seis y tres grabados, con diversas escenas de la jornada. El primer conjunto estaba protagonizado por algunos contingentes de votantes y sus líderes, por las fuerzas policiales y el periodismo y tenía como escenario principal la Plaza Bernardino Rivadavia y sus alrededores. [Imagen 24] La sociabilidad electoral, al parecer, transcurría en gran medida en las inmediaciones de dicho espacio en torno al cual se concentraban los poderes políticos, económicos, eclesiásticos y civiles. El “cuarto poder”, encarnado en el diario *La Nueva Provincia* y sus instalaciones y en los mismos reporteros, se hallaba mencionado en dos ocasiones: en la fotografía número 1 como una presencia invisible detrás de la multitud de electores;

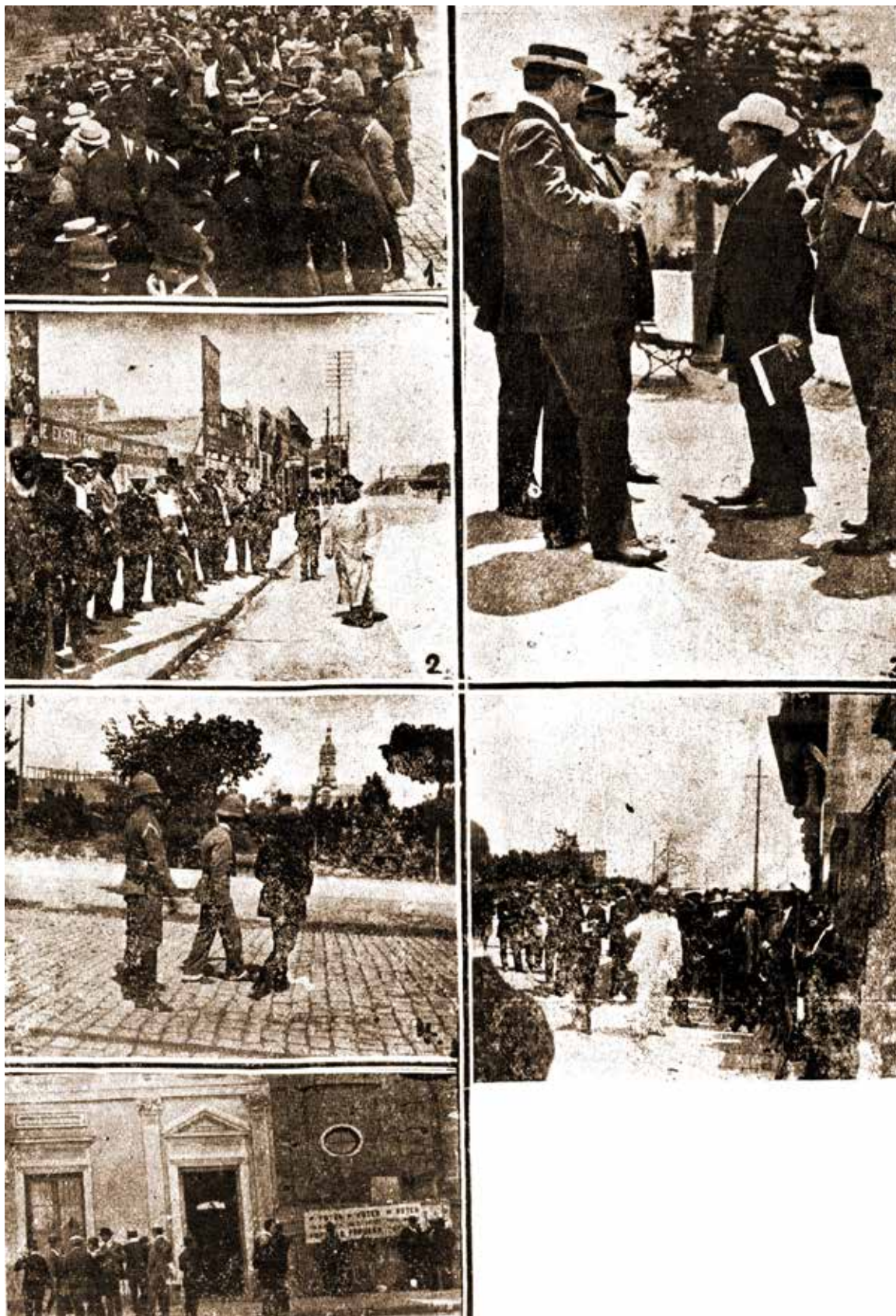


Imagen 24. Notas electorales.

Instantáneas, Bahía Blanca, año 1, nº 26, 2 de diciembre de 1911, p. 2.

en la segunda, como parte el paisaje arquitectónico que servía como punto de reunión para los periodistas Franzetti, Ganuza, Amorin, Perecito, Riaño y Lattanzio.⁹¹ En ambos casos, las fotografías reforzaban la asociación entre el diario de Enrique Julio y el Comité Popular a cargo del gobierno municipal, dado que, de acuerdo al pie que acompañaba las imágenes, era frente a este establecimiento que se daban cita los militantes para seguir el devenir de las elecciones y desde allí se promovía explícitamente al partido oficialista por medio de cartelería que invitaba a votar a los “populares”.

La segunda imagen, a la que se describía como “el “Gordo” Herrera, capitaneando un contingente conservador”, exhibía, al igual que la cuarta, algunas de las prácticas habituales que habían motivado la invalidación de los comicios. Situada una en la calle Zelarrayán frente a la plaza y otra en ella,⁹² *Instantáneas* modelaba visual y discursivamente su crítica a los usos fraudulentos contradiciendo, así, la pretendida independencia pregonada en su editorial “Carnet de un optimista”.⁹³ Mientras la fila de Herrera pretendía dar cuenta de la existencia de clientelas electorales que respondían a la conducción de líderes antes que a sus preferencias políticas, el detenido y los policías certificaban la práctica de votar varias veces con boletas ajenas que la UCR había atribuido a los conservadores al solicitar la anulación. Resulta especialmente interesante en esta última la primacía visual que asumían el palacio municipal y los agentes como custodios de la legalidad y la regularidad del ejercicio democrático. De alguna manera, podría suponerse que *Instantáneas* se posicionaba nuevamente de esta manera en el debate entre conservadores y cívicos -que, en ese momento, se hallaban gobernando la comuna- asociando el clientelismo y el fraude a los primeros y el apego al derecho a los segundos. En efecto, la quinta fotografía confirma esta aseveración al mostrar a los populares ordenados en “fila india” que, como se indicaba al pie, era “la formación impuesta para votar”. Finalmente, la última imagen de la página, la número 3, presentaba a cinco hombres elegantemente vestidos a los que se identificaba como el juez Julio Juliáñez Islas, los abogados Fermín Faure y Bartolomé Ronco, el médico Leónidas Lucero y el hacendado Ramón Olaciregui en lo que se denominaba un “tenue [sic] electoral”. La fotografía difería radicalmente de las demás tanto por sus dimensiones como por el tratamiento de los representados. De un tamaño que doblaba al de las aledañas, la imagen incluía un plano entero de los retratados a los que se nombraba de forma explícita. Mientras tres de ellos parecían concentrados en la conversación, los otros dos miraban a la cámara y sonreían con afabilidad, demostrando así su familiaridad con el medio y con el fotógrafo. A diferencia de la mayoría de las anteriores, la representación no correspondía a un contingente partidario sino que incluía a figuras de distintas filiaciones políticas⁹⁴ cuyo factor común era la pertenencia social y su participación en la vida pública bahiense. Tal como se deduce de lo observado, el criterio de clase primaba por sobre el partidario al momento de establecer lazos de sociabilidad o, al menos, de registrarlos mediante la cámara. Se construía así una cierta concepción de la política sustentada en la distinción entre una minoría homogénea a la que se atribuía una superioridad simbólica y material y una mayoría a la que se asignaba una función instrumental en la disputa electoral. La dirigencia aparecía, ciertamente, como un grupo cualitativamente diferenciado de la masa electoral, siempre innominada e imposible de identificar,⁹⁵ mediando entre ellos se vislumbraban otros personajes, los caudillos encargados de movilizar a los votantes, cuya presencia era destacada desde la vestimenta y la posición.

En el mismo sentido, pueden analizarse las tres fotografías de la página 22 [Imagen 25]: mientras que las escenas comiciales donde se perfilaban los electores optaban por la mirada despersonalizada que ofrecía el encuadre en un plano general en picada, el retrato grupal de los candidatos y “prohombres” de las fuerzas conservadoras permitía fácilmente el reconocimiento de sus rostros a partir de una toma que los mostraba de cuerpo entero y a nivel de la cámara. Más allá de estas distinciones sociopolíticas construidas desde las imágenes fotográficas, las dos representaciones iniciales ofrecen una interesante aproximación a la cotidianeidad de las prácticas y a las formas de relación que se establecían entre la población. En efecto, aunque la sociabilidad electoral era esencialmente masculina y adulta las fotogra-



Imagen 25. a) En el Comité Popular de la calle Estomba esperando agradablemente el momento de la votación. b) Una cocina electoral en funciones. c) Candidatos y prohombres del Partido Conservador a la puerta del comité central.

Instantáneas, Bahía Blanca, año 1, n° 26, 2 de diciembre de 1911, p. 22.

fías daban cuenta de que niños y mujeres participaban de la jornada por medio de actividades como la venta de provisiones, entrando, de esta manera, en contacto con el acontecer político. Asimismo y a pesar de las diferencias plasmadas en las fotos anteriores, resulta evidente que el acto electoral suponía el contacto entre miembros de distintos grupos sociales como lo atestiguan las diferencias vestimentarias. Lejos de la docilidad y la pasividad que se les atribuía en alguna de las imágenes anteriores, los votantes se manifestaban aquí como sujetos activos para quienes la política constituía un punto de encuentro, atravesado por la violencia, sin dudas, pero también por el debate y el disfrute.

La comida y la música operaban, de hecho, como factores de nucleamiento y otorgaban al evento un carácter festivo que reiteraba el ambiente de los mítines y las reuniones partidarias. La imagen 26, tomada tan solo un mes antes de las elecciones por el fotógrafo de *Instantáneas*, mostraba justamente los instrumentos que acompañaban la iniciación de los trabajos electorales en el Partido Conservador bahiense. [Imagen 26] Fe y entusiasmo eran los sentimientos a los que se aludía para delinear la actitud de los militantes y ese parecía ser ciertamente el espíritu de la reunión donde se daban cita personas de distintas edades y extracciones sociales. La columna del fondo, erguida sobre el muro, agitando los pañuelos, vitoreando y levantando las sillas, confirmaba la descripción y ofrecía una imagen diferente de la época. De una manera análoga fueron registrados en 1910 los festejos organizados con motivo de la constitución del comité local del Partido Radical Intransigente. [Imagen 27] Reunidos en la quinta de Pulci, los concurrentes se disponían desordenadamente en torno al anfitrión mientras, sentados a la mesa o de pie sobre las diversas estructuras, procuraban ser tomados por la cámara. Una vez más, la fotografía demuestra, además de la diversidad etaria, el carácter interclasista e informal de la reunión. A diferencia de las imágenes de estudio, la disposición relajada y caótica de los personajes no garantizaba la visibilidad ni el reconocimiento de la mayoría de los presentes que aparecían ocultos detrás de los demás o desdibujados por la lejanía pero testimoniaba la confraternidad y la animación que traducían gestos y poses. Es evidente que, como en el caso de los conservadores, el objetivo primordial del fotógrafo no era permitir la identificación de los asistentes sino documentar el éxito de la convocatoria. Más allá de las diferencias partidarias, entonces, las imágenes colocaban en primer plano la dimensión afectiva y cotidiana de la política al resaltar los vínculos interpersonales que ligaban a la dirigencia y a las bases.

Si conservadores y radicales tenían en común la reivindicación de su raigambre popular y de su fuerza electoral, estos últimos compartían con los socialistas la preocupación por dar cuenta del funcionamiento formal de la agrupación y su articulación con el aparato partidario por fuera de la ciudad. En este sentido, pueden comprenderse las representaciones del IV Congreso Extraordinario Socialista efectuado en 1921, de las asambleas y convenciones radicales, de los procesos de selección de las autoridades partidarias, entre otros. Poco a poco, estas imágenes fueron desplazando a las de los contingentes de militantes, dejando constancia de la progresiva valoración de la contienda democrática por sobre la coacción como elemento de legitimación. Dicha metamorfosis formaba parte de una transformación de la cultura política que se estaba produciendo concomitantemente. En efecto, el reformismo político que propició la sanción del nuevo régimen electoral en 1912, posibilitó la modificación de las condiciones de la práctica del sufragio buscando asegurar mediante la obligación y el secreto, una asistencia masiva a las urnas.⁹⁶ La aplicación de las reglas de juego instauradas por la Ley Sáenz Peña tornó más transparente el escenario electoral y por casi tres lustros pareció percibirse cierta estabilidad en la conformación del sistema político, donde conservadores, radicales y socialistas consolidaron el campo político incorporando en esa actividad a capas más amplias de la sociedad. Los aires renovadores llegaron a la provincia de Buenos Aires a través de la reforma de la legislación electoral en 1913, pero fue la intervención federal de José Luis Cantilo cuatro años después la que marcó la ruptura en la situación bonaerense desarticulando la maquinaria política de Manuel Ugarte y poniendo fin al prolongado dominio conservador.



Imagen 26. Los Conservadores Bahienses

Instantáneas, Bahía Blanca, año 1, n° 19, 14 de octubre de 1911, p. 14.

La empresa de “concientizar y movilizar al elector”,⁹⁷ quedó a cargo de intelectuales, periodistas y políticos quienes promocionaron la nueva legislación en distintos foros con la finalidad de regularizar las prácticas republicanas. La campaña fue encabezada en Bahía Blanca por el dirigente radical Eduardo Bambill, que distribuyó en la ciudad un folleto titulado: “La democracia y el derecho electoral”⁹⁸ en el que estudiaba ambas cuestiones en perspectiva histórica para que los propios partidos y los mismos diarios ejercieran la función pedagógica de educar al ciudadano en las virtudes cívicas. Paulatinamente las organizaciones partidarias fueron adaptándose a todos los requerimientos de participación en las elecciones masivas: penetración territorial, redes de espacios partidarios, empresas periodísticas que defendían el discurso de sus dirigentes, afiliación masiva y capacidad de movilización. En realidad, tanto conservadores como radicales poco diferían en los aspectos formales y en cuanto al estilo de hacer política por lo que los socialistas no dudaban en considerar las dos estructuras partidarias “como organismos clientelares al servicio de intereses personales y de grupo”.⁹⁹

Durante este período los comicios, en todos los niveles electorales constituyeron una experiencia habitual para la sociedad local, que los concebían como el acto republicano por excelencia en tanto era el ejercicio del sufragio el que presuponía la condición de ciudadano. Por ello, los partidos actantes, perfilados como la unidad mínima de la vida política en torno a la cual giraban las demás formas de intercambio, se organizaron a través de una extensa red de comités distribuidos en la ciudad y poblaciones de la campaña para reforzar las identidades partidarias y constituirse en componentes esenciales del juego electoral. Estos comités no solo funcionaban como centros de propaganda y organización de asambleas, mítines o manifestaciones sino que también ofrecían diferentes incentivos materiales para los electores. Era frecuente que tanto en los comités radicales como en los socialistas



Imagen 27. Radicales intransigentes

Proyecciones, Bahía Blanca, año 1, n° 20, 1 de enero de 1910.

se ofrecieran también servicios médicos o asesoramiento legal gratuito y en todos ellos funcionaban centros culturales o bibliotecas que eran financiadas por los miembros activos del partido.

El incremento de los espacios de sociabilidad formal e informal creados a partir del crecimiento demográfico de la ciudad y la región y concretado en una multiplicidad de asociaciones étnicas, gremiales, educativas, artísticas o recreativas, generó otras formas de participación en la vida pública que, si bien transformaron los comportamientos políticos de los habitantes de la ciudad de Bahía Blanca, no lograron consolidar una cultura política democrática moderna articulada en torno a los principios de legitimidad, representación y participación que garantizase el funcionamiento duradero de las instituciones. El golpe de estado de 1930 que derrocó a Hipólito Yrigoyen iniciaría un ciclo constitucional fundado en el fraude electoral y la exclusión.

Las fotografías realizadas por el reportero gráfico de *Arte y Trabajo* ilustran la valoración simbólica que se otorgaba a los comicios y a los partidos y permite revelar el modo en que la política buscaba imaginar y dar sentido a las transformaciones que experimentaba la sociedad bahiense. La revista en cuestión, fundada el 20 de noviembre de 1915 por Miguel Jannelli, se sostuvo hasta 1946 gracias a sus características materiales, a la diversidad de sus contenidos abocados al acontecer social de la región y a lo que Lucía Bracamonte denominó su “postura conciliadora” que admitía cierta ambigüedad donde Lenin, Mussolini y los Padres Salesianos podían convivir en armonía.¹⁰⁰ Estas filiaciones ideológicas, sin embargo, no adquirieron verdadero impulso sino hasta fines de la década del veinte, en concordancia con el cambio en las sensibilidades políticas. Si bien a partir de allí la vida partidaria y electoral fue omitida de sus páginas, en los años previos esta se visibilizó con frecuencia en la cobertura gráfica de las jornadas electorales. En noviembre 1920 y 1923, de hecho, *Arte y Trabajo* se



Imagen 28. Las elecciones comunales.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 6, n° 87, 30 de noviembre de 1920, p. 15.

preocupó por retratar a propósito de las elecciones municipales la composición del campo político tanto como las prácticas comiciales que ya habían sido registradas en el decenio previo. En el primer caso, las cinco fotografías publicadas incluían vistas del Comité de la UCR, del Conservador y del Socialista, así como imágenes de los votantes esperando en la mesa n° 1 y de un grupo de jóvenes independientes. [Imagen 28] En el segundo, el panorama se complejizaba con la presencia del Partido Georgista¹⁰¹ y con la mención de los principales líderes de cada lista. [Imagen 29]

En ambos, las representaciones construidas visualmente por el magazine diferían de manera considerable con las de la década anterior: lo importante aquí era resaltar la masividad de la participación ciudadana, el normal desarrollo del acto y la pluralidad de los competidores. En efecto, la prensa se ocupó de señalar explícitamente estas cuestiones que permitían dar cuenta de la modernidad de las prácticas políticas. El 1920 *El Siglo*, por ejemplo, indicó que

El ambiente de nerviosidad reinante el viernes, calmó el sábado, porque el pueblo es prudente en todas sus manifestaciones, y el domingo, la prudencia se convirtió en discreta actitud, porque el electorado es consciente y respetuoso. Alguno que otro rasgo impropio, no alcanzó a empañar la cultura popular.

El grupo de adversarios se cruzaban sin animosidad, y si alguien gritaba su entusiasmo partidista, el grito no encontraba eco. Ni un choque, ni una provocación, ninguna nota destemplada en medio de tanta actividad callejera.

Es que el pueblo está aprendiendo el respeto que todos nos debemos, y sabe valorar su libertad de votar, ejercitándola con propio discernimiento.

Ya no se hacen arreadas de electores ni se les secuestra, ni se les sugestiona. Y este es un progreso indiscutible de nuestra educación social, que Bahía Blanca ha adquirido y consolida para su más legítimo orgullo.

[...] Nos place anotar estas impresiones, porque ellas revelan una encomiable ponderación del espíritu ciudadano, que debiera manifestarse en los prolegómenos de la elección, y más que todo, en la acción conjunta de los elementos representativos del municipio, en la defensa y administración de los intereses vecinales, que es donde deben encontrarse siempre, serenos y ecuanímes, los que asumen la responsabilidad del gobierno, llevados de su amor al progreso y bienestar colectivos.¹⁰²

Prudencia, entusiasmo, respeto, libertad, discreción, discernimiento, progreso, educación, espíritu ciudadano, serenidad y ecuanimidad eran los términos que se utilizaban para caracterizar el comportamiento de los votantes, propio de una cultura política que se pretendía moderna. Frente al fraude y las irregularidades de las épocas previas, se reivindicaba ahora la “nota templada” que evitaba todo enfrentamiento agresivo en concordancia con una nueva conciencia cívica, producto de la modificación de las condiciones electorales. A diferencia de los comicios de 1911 que analizamos con anterioridad, las fuerzas de seguridad no aparecían registradas ni tampoco los hechos de violencia protagonizados por sufragantes o militantes. Sabemos, sin embargo, a través de los diarios que los conflictos no estuvieron ausentes: las mesas ubicadas en el Palacio Municipal donde debían votar los inscriptos en el registro nacional de extranjeros y todos aquellos que se hallaban en el padrón nacional pero no en el municipal, fueron escenario de disputas entre los principales contendientes. Los gritos y las protestas de los candidatos frente a las demoras causadas por la aglomeración de gente caldearon los ánimos y requirieron de la intervención policial. La discordia entre los “viejos” y “nuevos” radicales divididos entre el Comité oficial de la UCR y el Club Hipólito Yrigoyen, respectivamente, marcó la jornada. Conservadores y socialistas participaron en menor medida, de acuerdo al peso de sus electorados:

Los correligionarios del señor González, clamaban a gritos: ¡Esta es una maniobra de los viejos, que mandan aquí hasta la gente que ha votado, a formar cola para evitar que nosotros votemos! Aparece el candidato del partido Conservador, señor Martín Dithurbide, también con el propósito de protestar y se forma una nueva aglomeración de gente, fastidiada y nerviosa.

La policía, entonces, hace que el público se retire fuera del hall, y que los sufragantes entren por turno al llamado del presidente del comicio, formando cola en la puerta.

Así se siguió hasta las 16 horas.

En el comité Hipólito Yrigoyen, donde los ánimos se habían caldeado un tanto, atribuyóse el hecho a maniobras de los adversarios y después de una breve discusión entre los dirigentes sobre si debían o no protestarse esas mesas, se optó por tolerar esa situación de la que al fin y al cabo, era culpables todos los partidos.¹⁰³

Lejos de la imagen idílica que planteaban las fotografías y el comienzo de los artículos periodísticos de *El Siglo* y de otros periódicos contemporáneos, la corrupción electoral y la violencia continuaban operando como mecanismos habituales de la cultura política de la década de 1920. Resulta interesante señalar que las imágenes omitieron toda referencia conflictiva, eliminando, incluso, a uno de los contendientes de la lucha electoral: el Comité Hipólito Yrigoyen. Ya fuera porque lo concebía como



Imagen 29. "Las elecciones comunales".

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 9, nº 116, 30 de noviembre de 1923, p. 16.

parte del radicalismo o porque prefería silenciar las dificultades internas que atravesaba la principal fuerza política bahiense, lo cierto es que *Arte y Trabajo* optó por excluirlos de las fotografías. Por el contrario, resaltó el orden de las filas de electores aguardando para ejercer su derecho ciudadano y la muchedumbre que se reunió en el comité radical y en el local socialista. Ambos se vislumbran en ellas como los partidos con mayor ascendiente popular frente a la escasa aunque organizada concurrencia del comité conservador y la aún más pobre participación de los independientes; sin dudas, para la revista de Jannelli la vida política estaba necesariamente mediada por las agrupaciones que nucleaban a adultos y niños en torno al ejercicio cívico.

La omisión del Club Hipólito Yrigoyen es llamativa en tanto fue esta fuerza la que resultó triunfante luego del escrutinio. La cobertura gráfica de los comicios en general y este silenciamiento en particular, traducían en verdad una concepción de la política que priorizaba el consenso frente al conflicto a pesar de que la realidad no se condecía con dichos ideales. En efecto, durante los primeros años del siglo XX había comenzado a producirse una modificación en el sector dirigente del radicalismo local al incorporarse a la estructura partidaria un número importante de profesionales, tendencia que se acentuó con la promulgación de la Ley Sáenz Peña. Al pleito entre conservadores y radicales se sumó entonces, como ya adelantamos, el de los radicales “viejos” o “rojistas”, por el dirigente Rufino Rojas, y los “jóvenes” o “vergaristas”, por Valentín Vergara. Entre 1918 y 1922 la Intendencia y la mayoría del Concejo Deliberante quedaron en mano de los últimos aunque persistía el conflicto con la otra fracción partidaria. Un año más tarde de los comicios descritos, los dos grupos que pugnaban por controlar la dirección del partido aunaron voluntades, llevando a la Intendencia a un representante de la línea tradicional, Jorge Moore (1922-1924). En las elecciones de 1923 votaron más de 6.700 ciudadanos, uno de los porcentajes más altos que los registrados hasta esos momentos. De acuerdo a las cifras quedaron representadas en el Concejo Deliberante cuatro agrupaciones políticas: conservadores, socialistas y las dos ramas del radicalismo; sin embargo, las fotografías demuestran que el panorama incluía también otras fuerzas como el Partido Georgista liderado por Waldemar Prömel que, a pesar de no obtener representación en el legislativo, ampliaba la lucha electoral. *Arte y Trabajo* dio cuenta de esa complejidad y de sus diversos perfiles. Mientras radicales y conservadores aparecían en exteriores, congregando grupos numerosos de militantes nucleados alrededor de sus dirigentes, ahora explícitamente identificados, socialistas¹⁰⁴ y georgistas preferían posar en el interior de sus recintos partidarios, organizados y asociados a toda la parafernalia electoral (mesas, boletas, pizarras). A pesar de consolidación de la retórica de la cultura cívica, el número seguía funcionando entonces como principio de legitimidad de los partidos mayoritarios y tradicionales frente a los procedimientos republicanos reivindicados por las demás agrupaciones.

Hacia 1928, fecha en que la ciudad celebró el Centenario de su fundación, la noción de una política moderna sustentada en la concepción liberal de la ciudadanía que posibilitaba la participación mediante la ampliación del derecho de voto y la limpieza de los procedimientos electorales, llevaba más de una década y se hallaba ya asentada. A lo largo de este período la actividad se había intensificado como también los debates internos y las disidencias en el seno de los partidos, no obstante los publicistas e intelectuales demandaban un mayor compromiso con la comunidad política y un perfil ciudadano en el que éste apareciera como un actor consciente y comprometido cuya responsabilidad no se agotaba con la emisión del voto. El sufragio libre había abierto su camino en el denso entramado de esta sociedad heterogénea y, si bien muchas veces se seguía anatematizando el comportamiento de la ciudadanía, las elecciones municipales de noviembre de 1928 muestran una significativa concurrencia de votantes que alcanza a casi el 60% del padrón electoral.¹⁰⁵ La confrontación de las fuentes visuales y escritas permite reconstruir, en parte, la sociabilidad electoral de la época donde confluían prácticas consuetudinarias con otras que respondían al imaginario político de la modernidad. Aunque silenciada de los discursos, la violencia seguía siendo frecuente en las urnas. Los correligionarios y

las principales figuras de cada partido actuaban como factores de presión física y verbal en las mesas de votación, mientras que el electorado, a diferencia de lo exhibido en las fotografías, se aglomeraba desordenadamente y manifestaba su impaciencia ante la demora de los procedimientos. Paralelamente, los comicios se presentaban como una ocasión para el ejercicio republicano organizado en torno a los partidos políticos. Objetos centrales de las representaciones, estas agrupaciones eran las protagonistas indiscutidas del proceso: allí se organizaban las tareas previas de propaganda y preparación (conferencias, discursos, mítines, instrucción de los fiscales), se concentraban los militantes durante las jornadas electorales y se aguardaban los resultados del escrutinio desde el cierre de las mesas y hasta altas horas de la madrugada. Día de labor intensa para los partidarios como se observa en la vestimenta informal que mostraban las fotografías, el de los comicios era concebido también como el momento paradigmático del ejercicio ciudadano y, como tal, hegemonizaba las imágenes de la vida política plasmadas en las revistas ilustradas.

Esta situación iba a variar de forma considerable luego del Golpe militar de 1930, a partir de entonces, los partidos y las urnas desaparecieron totalmente de las ilustraciones en concordancia con el alejamiento del gobierno y de los sectores dominantes de la ciudadanía y el debilitamiento de los vínculos entre los partidos y la sociedad en su conjunto que se produjo en gran parte del país.¹⁰⁶ En este contexto de reformulación del Estado y del sistema político que se extendió hasta 1943, las fuerzas armadas y la Iglesia Católica se presentaron como las protagonistas indiscutidas de la vida pública y la representación del disenso democrático fue desplazada completamente por la de una sociedad homogénea cuya participación se veía limitada a las fiestas patrias o religiosas bajo el liderazgo de los sectores corporativos.

En Bahía Blanca, dichas transformaciones tuvieron la particularidad de producirse en el marco del triunfo del socialismo en las elecciones municipales, luego de un breve interregno conservador y ante la abstención de los dirigentes radicales: en enero de 1932 el socialista Agustín de Arrieta, obtuvo el 54,55% del total del padrón sobre el 45,44% que alcanzó Adalberto Pagano, candidato por el Partido Demócrata Nacional.¹⁰⁷ El socialismo se mantuvo en el ejecutivo comunal hasta diciembre de 1935 cuando los radicales volvieron al escenario político y entró en vigencia una nueva ley electoral que le otorgaba al partido gobernante el control de los comicios, debilitando la capacidad de los fiscales de la oposición para protestar contra las irregularidades y abusos. Denominada por la oposición la "ley trampa", esta normativa revistió las prácticas fraudulentas¹⁰⁸ "con un barniz de legalidad" y abrió el camino "hacia su autorización oficial".¹⁰⁹

Ninguno de estos episodios y prácticas quedaron, sin embargo, registrados en los magazines donde los funcionarios municipales aparecían solo a propósito de las ocasiones festivas y por fuera de los enfrentamientos electorales, como veremos en el último parágrafo de este capítulo. En efecto, el enrarecimiento de la vida política ante la creciente polarización ideológica del mundo expresaba cada vez más unas prácticas y una cultura política con un marcado sesgo hacia el autoritarismo y legitimadora de la violencia donde la contienda democrática no tenía el lugar de privilegio que se le había asignado durante las primeras décadas del siglo. La intensa politización, que abarcaba a la mayoría de las instituciones excediendo a los desprestigiados partidos se exteriorizó en los espacios y en los debates públicos pero no encontró repercusión en las imágenes de los magazines. El proceso, en el que no faltó el control social a través del estado de sitio, la Ley Marcial, la persecución de los dirigentes opositores, la censura periodística y el cercenamiento de las libertades, acompañó los cambios y transformaciones del tejido societal.

La cocina, amalgama social y alquimia del poder

Convenciones partidarias, homenajes, celebraciones patrióticas y actos electorales contaban con una estructura que incluía indefectiblemente un rito de comensalidad donde una parte selecta de los asistentes se reunía en torno a la mesa para compartir el alimento. Asentados sobre la tradición cristiana y reforzados por la herencia grecorromana, los banquetes permiten construir entre los comensales una comunidad cultural, urbana, política, intermediaria entre la cultura y la naturaleza donde la dimensión material resulta tan relevante como la simbólica. De hecho, como sostiene Yves Schemel, reunir a los convivios para compartir una comida excepcional es la primera de las organizaciones políticas y también la más consensuada ya que allí se relajan los cuerpos y se definen las afinidades sociales, desactivando las tensiones.¹¹⁰ Quién, cómo, cuándo, dónde y con quiénes se come informa tanto sobre las culturas políticas como el devenir de las prácticas electorales y partidarias.

A diferencia de las notas periodísticas que se limitaban en general a mencionar las reuniones, a reproducir discursos y a enumerar a los concurrentes, las fotografías han dejado numerosos registros de estas formas de la sociabilidad. La comida operaba como factor de nucleamiento y otorgaba al evento un carácter festivo pero adquiría distintos sentidos de acuerdo al contexto en que se insertara. Así, mientras los banquetes reunían a los dirigentes en salones selectos, los picnics y los asados hermanaban a los correligionarios al fortalecer los vínculos personales y las identidades políticas. La comensalía, según nos ha enseñado la Antropología, es, en efecto, más que la satisfacción de una necesidad biológica; un hecho socio-cultural con un valor simbólico cuya eficacia reside “en la formación del grupo que se constituye como tal, se identifica, integra sus miembros en una actividad coordinada de cooperación”.¹¹¹ A partir de ella se construyen parámetros de inclusión/exclusión que delimitan círculos de pertenencia y la convierten, por ende, en un acto de poder.

Los banquetes eran acontecimientos muy convencionalizados que combinaban gestos, símbolos, alimentos y palabras por partes iguales. Organizados en honor a ciudadanos destacados o a visitantes ilustres en ocasión de fechas significativas, estos eventos constituían “demostraciones” del respeto y/o la amistad de los asistentes respecto del homenajeado. La llegada de personajes relevantes de la política nacional o provincial como el presidente Marcelo T. de Alvear y el gobernador José Cantilo en 1923, el gobernador (o futuro gobernador) Valentín Vergara en 1922, 1925 y 1928, el embajador Rómulo Naón en 1918, entre otros, o las elecciones de autoridades locales eran, entonces, motivo de este tipo de agasajos que se efectuaban habitualmente en las salas del Palacio Municipal, del Hotel Sudamericano (luego Atlántico), del Club Argentino o de la sede de alguna colectividad extranjera. El modelo del banquete republicano entendido como ritual de representación política era concebido, en palabras de Olivier Ihl,¹¹² como un elemento activo en el combate por el establecimiento de un nuevo orden político o en el sostenimiento de uno vigente, en tanto suponía la materialización de una subjetividad compartida. Ahora bien, si bien quienes participaban de él se hallaban equiparados por su condición de ciudadanos, la fuerte codificación del espacio y de los cuerpos implicaba también una internalización de las relaciones sociales y de la propia posición de cada comensal en él que pocas veces se expresaba con tanta claridad. En este sentido, la fotografía se presenta como una fuente privilegiada dado que permite complementar el relato discursivo con la dimensión de la experiencia.

La cobertura fotográfica a doble página realizada por *Arte y Trabajo* en 1922 a propósito de la de la reelección parlamentaria de Valentín Vergara y Mario Guido y de su consagración como líderes de la UCR bahiense, constituye un ejemplo esclarecedor del aporte de la imagen para el análisis de la significación de estas formas de sociabilidad. [Imagen 30] El banquete, comentado por la prensa del momento, fue convocado por los correligionarios del partido radical y reunió a más de trescientas personas en el Teatro Colón de la ciudad. En el salón se dispusieron tres grandes mesas, sobre el

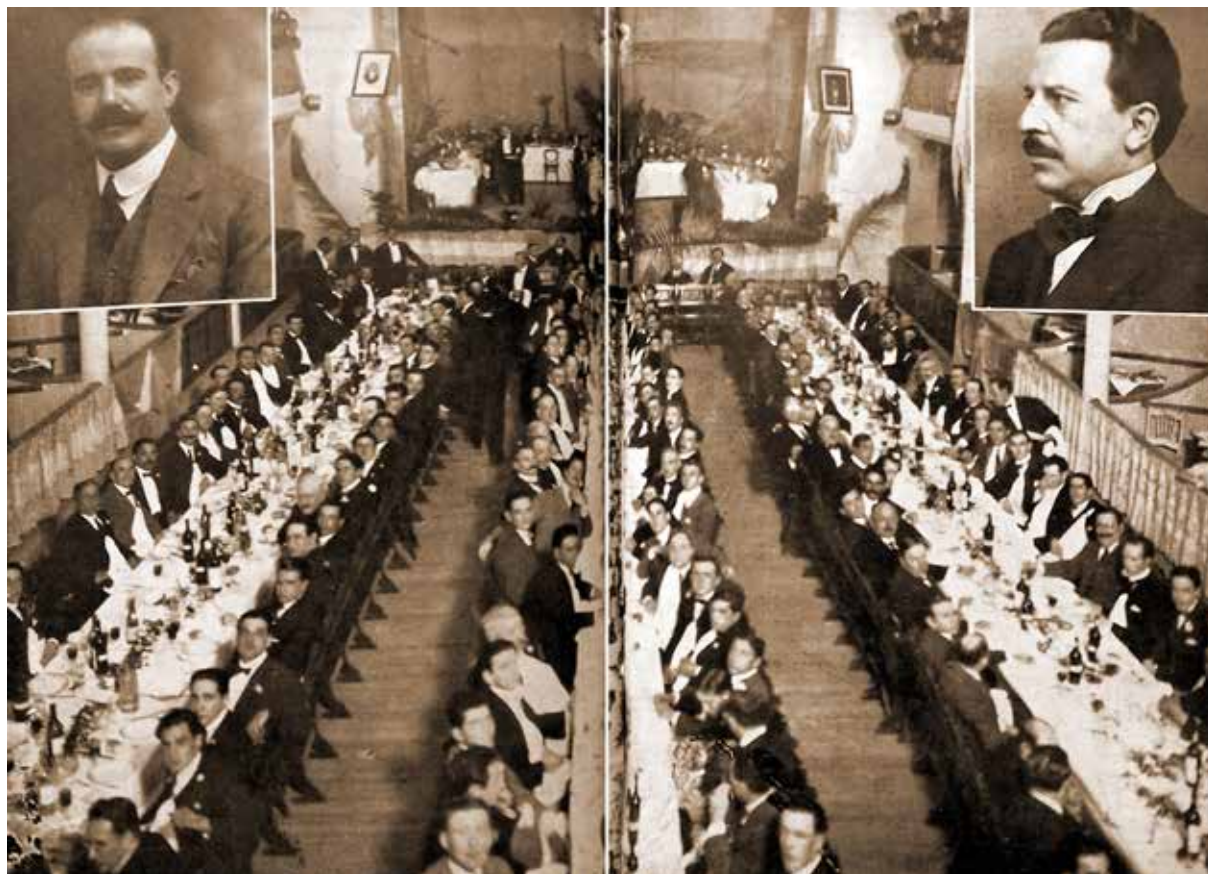


Imagen 30. "Demostración de simpatía en homenaje a los doctores Vergara y Guido".

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 7, nº 101, 31 de marzo de 1922, pp. 13-14.

escenario una cuarta donde se ubicaron las autoridades y en los palcos mesas individuales en las cuales se situaron las familias. Más allá de que los diarios y periódicos explicitaron estas particularidades organizativas, la fotografía tomada por la revista de Jannelli permite observar de qué manera la distribución espacial y las lógicas de (in)visibilización contribuían a construir una determinada cultura política partidaria ligada a una estructura jerárquica, personalista y exclusivamente masculina. En primer lugar, la elevación de escenario y su separación del resto de la sala por medio del foso creaban un espacio cualitativamente diferenciado donde se ubicaban no solo los homenajeados sino los concejales locales por el radicalismo Eduardo González, Ramón Ayala Torales, Juan B. Ragni, Eduardo Palavecino, Antonio Perusconi, Aquiles Carabelli, M. Nápoli, Antonio Lattanzio, Restituto García, Eduardo Bambill, Enrique Rayces, Prudencio Cornejo, Emilio Pianacci, entre otros,¹¹³ Replicando la arquitectura escolar moderna,¹¹⁴ la configuración espacial promovía una distinción que era internalizada a partir de la vivencia de los cuerpos: las autoridades, legitimadas a partir de la elección democrática, tenían el monopolio de la palabra pública durante el banquete y, como el maestro, estaban ubicados de tal manera que garantizara su visibilidad y el control sobre los asistentes antes que la comunicación con ellos; estos últimos, por su parte, se disponían en un espacio seriado, ritmado por intervalos alineados, como los alumnos en el aula, y asumían así un rol pasivo y sumiso respecto de la conducción. La metáfora lingüística "el poder es arriba"¹¹⁵ adquiriría aquí una concreción material reforzando ciertas prácticas y representaciones políticas que ponían en escena las contradicciones propias del banquete republicano entre la reivindicación del principio igualitario y las jerarquías funcionales. La toma fotográfica, a su vez, reforzaba visualmente esta representación al optar por una

composición centralizada que, mediante el uso de la perspectiva geométrica, atraía la mirada del espectador hacia el punto de fuga ubicado en la mesa principal. El ángulo picado permitía, asimismo, apreciar el orden de los comensales que materializaba también la organización partidaria presidida por las figuras tutelares de Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen que, desde los retratos ubicados a la altura del primer piso, dominaban el cuadro. Los tres niveles de la dirigencia se cristalizaban de esta manera en la escenografía del agasajo que asumía por analogía un formato piramidal: los referentes nacionales, los representantes locales ante el gobierno nacional y la masa partidaria.

Al confrontar la documentación escrita con la visual se torna evidente el carácter constructivo y simbólico de la fotografía, ya que, mientras en el relato periodístico las familias y, en especial, las mujeres se hallaban presentes de manera activa en la ceremonia, en la imagen publicada por *Arte y Trabajo* tan solo una de ellas aparecía representada, cortada, en el margen izquierdo; es más, los grupos familiares que ocupaban los palcos fueron removidos para realizar la toma y solo quedaba registro de su existencia en la vajilla y los manteles usados. Es evidente que para el fotógrafo, el banquete era un asunto de electores y, por lo tanto, de hombres en edad de votar; damas y niños eran aceptados en tanto cumplían una función alegórica y participaban así de la teatralidad de la fiesta dándole gracia y lustre. Por otra parte, la fotografía a doble página que nos ocupa tenía en el contexto local del momento sentidos políticos que excedían al mero registro festivo. El ágape venía, de hecho, a consolidar la unión partidaria luego de casi dos años de enfrentamientos internos entre las facciones lideradas por Valentín Vergara y Mario Guido cuyos retratos sobresalían en las esquinas superiores de las páginas. Desde 1919, la división entre los jóvenes radicales o “vergaristas” y los viejos o “guidistas”¹¹⁶ se había condensado en la creación del Club Hipólito Yrigoyen cuya propuesta de renovación del radicalismo bahiense se oponía a la conducción Comité Central.¹¹⁷ A fines de 1921, sin embargo, se procedió a una reorganización del partido que culminó en enero del año siguiente con la publicación de un documento donde Vergara y Guido, principales dirigentes de cada grupo, manifestaron su propósito de consolidar la unidad y convocar a los afiliados a votar autoridades el 10 de marzo, cuatro días antes de la toma fotográfica. El banquete en cuestión simbolizaba entonces la clausura del conflicto y el estrechamiento de las filas de la UCR local con miras a las próximas elecciones presidenciales. Los discursos de ambos parlamentarios, transcritos en los diarios locales, refuerzan esta interpretación y ofrecen un correlato verbal a la construcción visual. Los dos oradores resaltaron la importancia de la armonía y de la cooperación “en todos los órdenes de la vida”, recurriendo a la metáfora de la nave para aludir al radicalismo que, al decir de Guido, avanzaba impulsado “por buenos vientos y que no debe temerse porque en la cubierta se agitan pasiones”. Aunque manifestando sus disidencias respecto de la evaluación crítica del gobierno yrigoyenista efectuada por su colega, Vergara enfatizó también los consensos y la comunidad de principios, manifestando su apoyo explícito al candidato presidencial:

Refiriéndose a la nueva fórmula presidencial, habló principalmente del doctor Alvear, al que llamó radical de primera línea, expresando también que cuando el partido radical se dividió fue el nombrado quien acompañó al doctor Alem para reorganizarlo. Expuso además la buena actuación del doctor Alvear tanto en el congreso, como en París como diplomático.¹¹⁸

En este marco, el banquete se presentó como una ceremonia de unificación a partir del despliegue de la simbología partidaria y patriótica, de la legitimación de las autoridades electas y de la explicitación de los fundamentos y las bases del futuro accionar orientado a consolidar las alianzas internas entre las diferentes facciones. La dimensión política de la sociabilidad alimenticia emerge como evidencia en este caso poniendo en entredicho el carácter frívolo que, como señala Andrés Bisso,¹¹⁹ suelen atribuir algunos investigadores a este tipo de fenómenos cotidianos.

Más allá de las estructuras partidarias, esta práctica de comensalismo fue también frecuente durante los primeros años del siglo XX entre los miembros de distintas asociaciones con mayor o menor injerencia en los asuntos públicos, como las colectividades extranjeras o las logias masónicas. Si bien resulta imposible profundizar aquí en cada una de estas variantes, valga recalcar a modo de ejemplo la visibilidad que adquirieron los masones a través de la publicación reiterada de fotografías de sus banquetes y bailes. Como reconstruye Leandro Di Gresia a propósito de Tres Arroyos, en el interior bonaerense la masonería funcionó como una trama de poder que permitió establecer vínculos entre regiones periféricas y el poder central o abrir el acceso a puestos administrativos y políticos a partir de un tipo de sociabilidad iniciática organizada en torno a los valores liberales.¹²⁰ Al igual que en otras localidades, desde 1885, año en que se fundó la Estrella Polar n° 78, las numerosas logias nuclearon en Bahía Blanca a las figuras más prominentes del medio que desplegaron una vida social intensa y distinguida.¹²¹ *Proyecciones* y *Ecos*, ambos magazines dirigidos por Fernando García Monteavaro,¹²² plasmaron en varias oportunidades los banquetes que congregaban a sus miembros, a veces solos, otras con sus familias, pero siempre portando su simbología característica. [Imágenes 31 y 32] Esta voluntad de identificación se comprende si consideramos, como indica Rodrigo Vecchi, que la existencia de la masonería local estuvo marcada por disidencias internas—se han contabilizado más de una docena de logias entre 1885 y 1935— y por el conflicto que sostuvo desde 1890 con la orden salesiana de la Iglesia Católica. Las manifestaciones gestuales y materiales exhibidas en las fotografías, adquirieron de este modo una relevancia inusitada ya que contribuyeron a generar redes de solidaridad y de pertenencia.

Los banquetes constituían asimismo un capítulo infaltable de toda fiesta pública, ya fuera patriótica o religiosa. Los festejos del Centenario de la ciudad en 1928 resultan paradigmáticos en este sentido dado que incluyeron varios “episodios alimenticios” entre los que se contaron, al menos, cinco banquetes, un té y un almuerzo popular. Entre los primeros se inscribieron el oficial, el ofrecido por la Industria, la Banca y el Comercio, el de la Confraternidad Hispano-Argentina, el de la Exposición de Arte del Policlínico y el de los Marineros. Cada uno de ellos nucleaba a un sector relevante de la economía, la cultura o las fuerzas armadas en torno al poder político provincial representado por el gobernador Valentín Vergara, los ministros y los funcionarios que lo acompañaban. *Arte y Trabajo* dio cuenta de la importancia de dichos eventos mediante la reproducción fotográfica de dos ellos en su edición del 30 de abril de 1928. [Imagen 33] El té de la Asociación de Maestros y la cena organizada por los industriales en el Salón Blanco en la Municipalidad ocuparon, de hecho, una página en la cobertura visual que la revista hizo de los festejos. Llama la atención que no fuera reproducido el almuerzo oficial realizado el 12 de abril también en las instalaciones municipales; al parecer para la publicación resultaba de mayor relevancia la concordia entre el poder político y los sectores educativos y económicos que constituían el sustento de proyecto civilizatorio moderno. *La Nueva Provincia* coincidía, señalando que

Uno de los actos más significativos de la conmemoración del Centenario ha sido indiscutiblemente, el gran banquete ofrecido anoche por la Industria, la Banca y el Comercio al gobernador de la provincia Dr. Valentín Vergara, sus ministros y funcionarios que lo acompañan. El banquete se sirvió en el salón blanco del Palacio Municipal. El gobernador que ocupaba la cabecera de la mesa tenía a su derecha al vice Dr. Ortuzar, a don Diego Meyer, al ministro de Gobierno, al presidente de la Universidad de La Plata Dr. Loyarte, al Dr. Ríos, y a la izquierda a don Luis Godio, [al] intendente municipal Dr. Ayala Torales, [al] ministro de Hacienda señor Ratto, al intendente municipal de La Plata señor Schiaffino y al capitán de navío Campos. En otros sitios vimos a la esposa del gobernador con las damas de la comitiva oficial y varias otras de nuestra sociedad. El comercio, la industria y la banca estaban representados por sus valores más calificados.¹²³



Imagen 31. Lunch en el local de la logia Liverpool Argentina del Rito Azul.
Ecos, Bahía Blanca, año 1, n°34, 1 de julio de 1911, p. 7.



Imagen 32. Banquete masónico celebrado en Los dos chinos.
Proyecciones, Bahía Blanca, año 1, n° 21, 20 de noviembre de 1909, p. 13

Demostración ofrecida por la Asociación de Maestros al gobernador, Dr. Vergara



Parte de la concurrencia en la planta alta del Banco Hipotecario



Banquete en honor del gobernador, Dr. Vergara ofrecido por el Comercio y la Intendencia en el Palacio Municipal

Imagen 33. Festejos del Centenario.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 13, nº 159, 30 de abril de 1928, p. 6.

El acontecimiento reunió a las figuras más destacadas de las distintas esferas del medio local pero colocó en un lugar de privilegio junto al gobernador a los delegados del poder económico y financiero, como Diego Meyer y Luis Godio, antes que a los integrantes del gobierno comunal. La distinción del banquete quedó de manifiesto en la ostentación del servicio para el cual se contrató a la Confitería París de la Capital Federal, en la presentación de la mesa y en la vestimenta de los asistentes, tal como registró el fotógrafo de *Arte y Trabajo*. Por el contrario, el té convocado por los docentes se caracterizó por su mayor informalidad y por el predominio de la concurrencia femenina, que, aunque mencionada en los textos, se hallaba ausente en las imágenes del “banquete de honor”.

Luego de 1930, las expresiones de sociabilidad pública relacionadas al comensalismo se redujeron considerablemente para incluir solo los agasajos organizados por asociaciones civiles como las colectividades extranjeras, los homenajes dedicados a personajes de la política o de la Iglesia y las comidas oficiales realizadas en el Palacio Municipal como parte de las conmemoraciones patrias. Como veremos más adelante, en estas últimas las representaciones de los banquetes disminuyeron hasta



¡Preparen armas,
señores, que el
asado está
á punto!

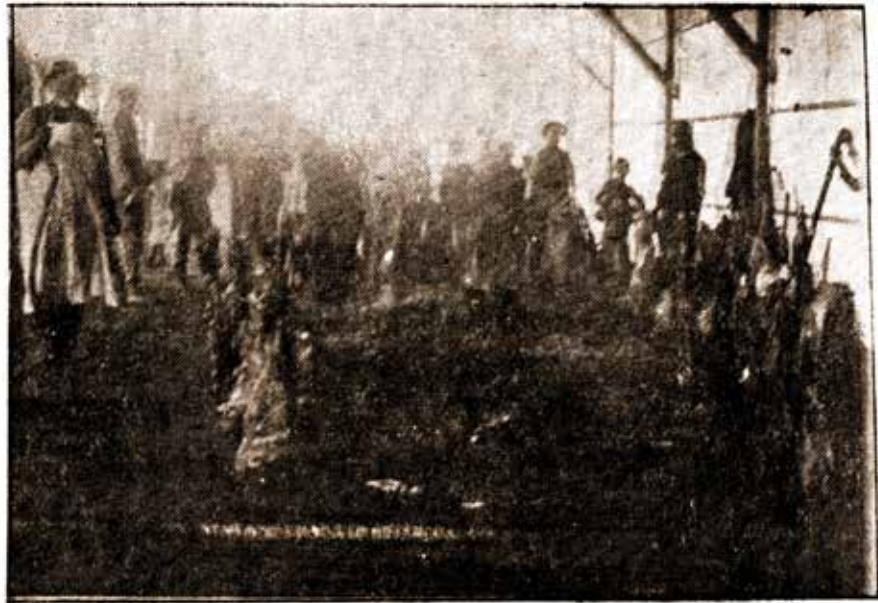


Imagen 34. Festejo radical ante el triunfo obtenido en la ciudad de Córdoba.

La Semana, Bahía Blanca, año 1, n°27, 4 de diciembre de 1915, p. 13.

casi desaparecer frente a las centradas en la ocupación del espacio público, el protagonismo que allí asumían los grupos militares y eclesiásticos y la masividad de la concurrencia. La convivialidad partidaria así como las reuniones populares que habían atraído la mirada de los fotógrafos y editores durante la década del diez quedaron excluidas de las páginas de los magazines a medida que se reforzaba el régimen conservador y la política corporativa. [Imágenes 44, 45 y 46] Las fiestas mayas de 1936 constituyen un claro ejemplo al respecto. Las cuatro fotografías que ilustraron la recepción oficial se abocaron al registro del Te Deum, el *lunch* municipal y la recepción de las autoridades. Aunque el encuadre y la composición mantenían notables elementos comunes con las imágenes anteriores dando cuenta de la pervivencia de las convenciones visuales,¹²⁴ la disposición de los comensales y la centralidad que adquirirían los miembros del clero y de las fuerzas armadas frente a los poderes civiles, las diferenciaban de ellas. La multitud que se agolpaba en el salón municipal permitía de hecho identificar las jerarquías militares al igual que, más abajo, se recortaban con claridad en el campo visual las figuras del obispo y de los oficiales que compartían con el intendente, difícilmente reconocible, el calificativo de “autoridades comunales” otorgado por la revista. Por otra parte, la presencia de mujeres de la burguesía local que no tenían una intervención directa en los asuntos de gobierno en el convite oficial permite conjeturar que este se planteaba antes como un acontecimiento social que como un hecho político. De este modo, la carga política de los banquetes de décadas anteriores resultaba desplazada frente a su significación comunitaria donde el consenso y la integración de los grupos dominantes primaban por sobre la representación de los actores de la vida republicana.

De forma más notoria que los banquetes, desaparecieron de las páginas de las revistas los picnics y asados organizados con motivo de las reuniones partidarias o de los actos eleccionarios. Ciertamente, unos y otros habían contribuido a robustecer la unidad de las agrupaciones integrando a las bases y a la dirigencia en un mismo ámbito y, durante los comicios, habían reforzado el carácter público, popular y festivo de la jornada. Con la sugerente denominación de “La cocina electoral” [Imagen 25] *Instantáneas* dejó constancia fotográfica del rol del alimento como nucleador de los votantes en 1911 así como *La Semana* lo hizo en diciembre de 1915 a propósito del festejo radical ante el triunfo ob-

tenido en la ciudad de Córdoba. [Imagen 34] A diferencia de las cenas de gala, estas celebraciones se distinguían por una marcada informalidad que se evidenciaba en la vestimenta, en las actitudes y en los escenarios en que se desarrollaban. Los trajes de etiqueta eran reemplazados, allí, por chambergos y ponchos; los comensales sentados y alineados en sillas y mesas dispuestas con cuidado se mostraban ahora de pie, dispersos y en movimiento; los elegantes salones eran sustituidos por galpones o por espacios al aire libre. La ausencia de vajilla hace suponer, también, que la carne era distribuida por el asador y tomada con las manos por todos los asistentes sin distinción de clase. Las fotografías daban cuenta, así, de las maneras en que las prácticas alimentarias engendraban imaginarios que funcionaban como repertorios políticos.¹²⁵ La valoración de la participación ciudadana en las instancias fundamentales de la existencia democrática y la articulación social entre los diferentes grupos involucrados en la vida política quedaba así manifestada en las imágenes y resulta, por lo tanto, comprensible que, ante la interrupción del orden constitucional, dichas representaciones fueran desplazadas por otras que reforzaban una visión pretendidamente apolítica del espacio público.

La sociabilidad en las calles: de la protesta a la fiesta

El espacio público como teatro cívico ha estado siempre asociado al accionar político en tanto su ocupación supone una lucha por la conquista de las capacidades y capitales sociales para organizarlo. En este sentido, la concentración de la población en las calles, ya sea para exhibir el disenso o la unidad, adquiere significados que configuran una determinada concepción de la ciudadanía y de la comunidad que se definen en el mismo acto de apropiación. La centralidad de estas prácticas para la experiencia de la sociabilidad urbana de las primeras décadas del siglo XX es reafirmada por la multiplicidad de imágenes fotográficas que se desarrollaron en los ámbitos comunes. Dado que su número las vuelve inabarcables, en este apartado hemos preferido abocarnos solo a dos de este tipo de manifestaciones por su relevancia cualitativa y/o cuantitativa: las protestas y las fiestas. Mientras las representaciones de las primeras fueron escasas hasta 1930 e inexistentes después de esa fecha, las segundas tuvieron un protagonismo cada vez mayor hasta llegar a monopolizar las expresiones de lo político en las publicaciones.

Los decenios inaugurales del siglo fueron en Bahía Blanca una época tanto de crecimiento como de conflictividad social. Como han reconstruido Natalia Fanduzzi y Hernán Perriere,¹²⁶ desde fines del siglo XIX, cuando surgieron las primeras agrupaciones mutualistas y sociedades obreras de resistencia, la ciudad fue escenario de una intensa movilización que encontró su correlato en el ascendiente que tuvieron el anarquismo y, sobre todo, el socialismo. A partir de 1900 y durante todo el período, se sucedieron numerosas huelgas de estibadores portuarios, panaderos, trabajadores de la carne, albañiles, ferroviarios, gráficos, empleados de comercio y choferes de carros, entre muchos otros, que alcanzaron su punto álgido entre 1919 y 1921 como consecuencia de la situación económica general y del impacto de la Revolución Rusa sobre las organizaciones.¹²⁷ En todos los casos, la ocupación de las vías y los espacios públicos, en especial las plazas, constituyó una estrategia fundamental para otorgar visibilidad a los reclamos y estrechar los vínculos de la solidaridad obrera. Ciertamente, esta estrategia que sitúa “los cuerpos en la calle”, al decir de Judith Butler,¹²⁸ implicaba una reorganización del “espacio de aparición con el fin de refutar y negar las formas de legitimación política existentes”, adquiriendo de este modo una trascendencia política innegable.

Este dinamismo social, sin embargo, estuvo prácticamente ausente de las imágenes publicadas por las revistas ilustradas locales aunque no así de los reportajes fotográficos porteños que cubrían las noticias de la provincia de Buenos Aires: es el caso, por ejemplo, de la huelga de 1906 que quedó plasmada en *Caras y Caretas* pero no en la bahiense *Letras y Figuras*. [Imagen 35]¹²⁹ Aun en aquellas



Imagen 35. Bahía Blanca.- La policía procurando disolver la reunión de huelguistas en la Plaza Rivadavia.

Caras y Caretas, Buenos Aires, n° 423, 10 de noviembre de 1906, p. 72.

ocasiones en que los magazines de la localidad expusieron los conflictos obreros, lo hicieron mediante otros criterios y lógicas representacionales ya que, para ellos resultaba fundamental construir y difundir una imagen de la ciudad asociada a la fórmula de orden y progreso. Así, cuando se incluían en sus páginas mítines y manifestaciones de trabajadores, estos se inscribían en el juego democrático partidario y omitían los sucesos de represión y violencia, destacando el correcto y pacífico desenvolvimiento de los concurrentes. La tensión entre las imágenes propias y las ajenas es evidente al comparar un mismo suceso como el acto llevado a cabo como motivo de la ejecución de Francisco Ferrer. Mientras *Proyecciones* destacó el carácter meramente conmemorativo de la demostración en la plaza Rivadavia, enfatizando su tono civilizado acorde con lo acontecido en el resto del mundo [Imagen 36], *Caras y Caretas* lo calificó de “meeting de protesta” y se ocupó de registrar los carteles con consignas y la presencia de las fuerzas de seguridad encarnadas en el comisario Graells [Imagen 37]. Por otra parte, la omnipresencia masculina en las cuatro fotografías del semanario de Buenos Aires contrasta con la centralidad de mujeres y niños que la revista bahiense colocó en primer plano como prueba de la tranquilidad del evento retratado.

El tratamiento que la publicación porteña dio a estos acontecimientos dentro y fuera de Buenos Aires, difirió considerablemente del de las publicaciones locales. De acuerdo a Inés Yujnovsky,¹³⁰ las fotografías de huelgas, manifestaciones y mítines publicadas por *Caras y Caretas* permiten acceder a numerosas dimensiones de la política obrera: la diversidad de los participantes, los ámbitos de lucha, la importancia de la exposición pública de los reclamos, el papel de las mujeres y niños y la existencia de códigos gestuales particulares. Los reportajes fotográficos actuaron entonces, en palabras de Ana Lía Rey, como “formas narrativas que acompañaron la conflictividad social de principios de siglo” que instalaron una estética en la forma de representar a las masas”.¹³¹ Estos parámetros representacionales atravesaron, de hecho, en Bahía Blanca las fotografías, no de las huelgas, sino de las festividades obreras, en particular las del 1º de mayo, día del trabajador. En esa fecha las dimensiones de la fiesta y la protesta se unían en un único evento de corte clasista. Guardando estrechas similitudes con las porteñas, las fotografías de la celebración de 1917 denotaban la importancia que los trabajadores asignaban a la imagen para la di-



Imagen 36. El mitin del domingo.

Proyecciones, Bahía Blanca, año 1, n° 17, 23 de octubre de 1909, p. 4.

fusión de sus demandas y para adquirir visibilidad social [Imagen 38]. La mayor parte de los asistentes miraban al fotógrafo ante cuya vista se desplegaban también los carteles identificatorios y los slogans políticos. Estos, a su vez, testimoniaban la participación de diferentes agrupaciones que remarcaban la heterogeneidad del movimiento obrero pero también su unidad. Ubicado en el estrado donde se pronunciaban los discursos, el reportero se preocupó por documentar el éxito de la convocatoria tanto como su carácter pacífico y ordenado, respetuoso del orden público que permitía la convivencia de hombres, mujeres y niños en un mismo espacio. De este modo, *Arte y Trabajo* reforzaba la opinión general de la prensa que se hacía eco favorable de estas fiestas, tal como ha precisado Rubén Bevilacqua, así como la labor de los socialistas que, encargados de la organización, estaban fuertemente interesados en presentar a los obreros "como una multitud culta y ordenada que planteaba con total corrección sus legítimos reclamos".¹³² La sociabilidad política popular hacía del espacio público urbano su escenario principal e implicaba una proximidad de los cuerpos, incluso de hombres y mujeres, que no tenía precedentes en los ámbitos de encuentro de la burguesía. Asimismo, las figuras femeninas adquirían en ese contexto una nueva centralidad como actores políticos que aparecía confirmada por los actos socialistas donde su presencia era habitual, a diferencia de lo que sucedía entre radicales y conservadores. Por otra parte, la ocasión festiva suponía una cierta relajación de las pautas de comportamiento que confabulaba contra la solemnidad de las relaciones como puede verse en las conversaciones mantenidas por algunas asistentes o en las sonrisas de otras. De todas maneras, el poder simbólico del ritual exigía el respeto de ciertas estructuras, jerarquías y modos de apropiación del espacio establecidos.

La importancia de las fiestas como elemento cohesivo en los procesos de construcción identitaria ha sido abordada por una vasta tradición historiográfica dentro y fuera de la Argentina. Desde los

Bahía Blanca.—El meeting de protesta



Esperando el contingente del puerto



Durante los discursos, en la Plaza Rivadavia



El compañero Texeiro y el compañero Massuco pronunciando sus discursos



El comisario José Graells, presenciando el meeting.

Imagen 37. Bahía Blanca.- El meeting de protesta

Caras y Caretas, Buenos Aires, nº 577, 23 de octubre 1909, p. 66.

estudios pioneros de Eric Hobsbawm y Terence Ranger, Michel Vovelle y Mona Ozouf hasta las investigaciones de Lilia Ana Bertoni sobre el ámbito nacional, por mencionar solo algunos, el panorama es amplio y sumamente complejo. Renunciando a toda pretensión de exhaustividad, nuestro objetivo es mostrar aquí la manera en que estas conmemoraciones, siempre presentes en las revistas ilustradas, fueron monopolizando en ellas las imágenes de lo público a medida que se iba conformando una cultura política ligada a una concepción orgánica y corporativista del Estado. Más allá de que desde 1932 los socialistas ocuparan el gobierno municipal y buscaran conformar un imaginario político alternativo,¹³³ lo cierto es que dicho universo simbólico no emergió en las publicaciones que, ajenas a la excepcionalidad bahiense, reforzaron visualmente la orientación político-ideológica originada en la crisis del sistema de partidos y de la democracia liberal. Probablemente, las inclinaciones católicas y filofascistas de *Arte y Trabajo*, influyeran sobre el carácter del corpus que ha llegado a nuestros días en donde estas formas de la sociabilidad política primaban por sobre otras coexistentes.

Las imágenes de fiestas confesionales y cívicas no se iniciaron, sin embargo, en los años treinta: las procesiones de Corpus Christi y las conmemoraciones de la Virgen y de los santos patronos, por un lado, y los festejos del 25 de Mayo, del 9 de Julio y del 11 de abril, fecha de fundación de la ciudad, por el otro, habían concitado la atención de los fotorreporteros. En especial, coyunturas como los



Imagen 38. Difusión de manifestaciones populares.
Arte y trabajo, Bahía Blanca, año 2, nº 36, 25 mayo 1917.

Centenarios de 1910¹³⁴ y de 1928 habían sido motivo de una intensa producción fotográfica orientada a reforzar la imagen de una Bahía Blanca moderna y a cimentar la liturgia republicana y patriótica.¹³⁵ Ambas celebraciones fueron especialmente reveladoras en tanto actuaron como factores activos en la construcción de la identidad nacional, en el primer caso, y local, en el segundo, nucleando a la población en torno a un determinado relato sobre el pasado, el presente y futuro. De hecho, como indica Andrés Bisso, “eso que puede ser definido como lo *político* en las conmemoraciones es la intención de convertir a la historia en aleccionadora y legitimadora de la acción en el presente”¹³⁶ gracias a su capacidad performativa que excede el ámbito de lo discursivo para extenderse sobre lo experiencial. Durante las fiestas se producía, en efecto, una unión utópica que suponía un nuevo sentido de comunidad contractual que ponía de manifiesto el lazo social.¹³⁷

El Centenario de la Revolución de Mayo constituyó para el país y para la ciudad un momento de configuración de la propia historia donde todos los recursos discursivos e iconográficos fueron puestos al servicio de la elaboración de una memoria compartida.¹³⁸ El pasado fue interpretado, entonces, a partir de las preocupaciones del presente articuladas en torno al problema de la consolidación del Estado. La performance festiva se convirtió, en este contexto, en un ritual conmemorativo que se imponía sobre los cuerpos y sobre el espacio. Las marcas territoriales instituidas a partir del proceso de monumentalización y la peregrinación de las “columnas cívicas” creaban lugares y recorridos significativos alrededor de los cuales se construía la identidad social y ciudadana de cada uno de los habitantes. Sólo en la fiesta, el pueblo se transformaba en ese “Pueblo viril de Mayo” cuya participación mítica había conducido a la Libertad del yugo español.



El Batallón General Belgrano, después del Tedéum



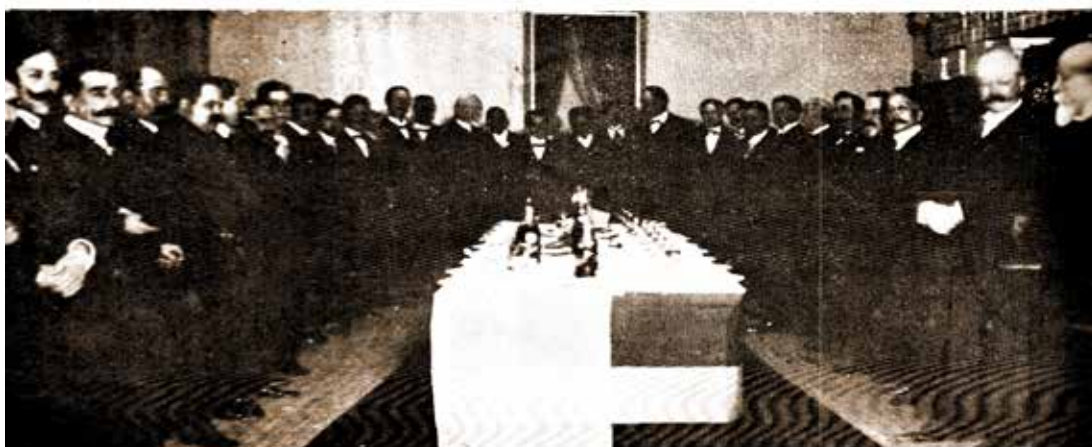
Baile del Centro Social Bahía Blanca en el hotel Sudamericano

Imágenes 39. "Festejos del Centenario"

Proyecciones, Bahía Blanca, año 1, nº 47, 4 de junio de 1910.



Demostración a las naciones extranjeras. La concurrencia frente al consulado español



Demostración a las naciones extranjeras. La concurrencia en el lunch



La fiesta atlética en el local de Alsina e Independencia

Imágenes 40. "Festejos del Centenario"
Proyecciones, Bahía Blanca, año 1, n° 47, 4 de junio de 1910.

En este sentido, la selección de fotografías que *Proyecciones* publicó como registro de las fiestas mayas de 1910, contribuyó al doble propósito de testimoniar el fervor patriótico de la localidad y de reafirmar los atributos constitutivos del Estado argentino. [Imágenes 39 y 40] Fueron cinco los números que la revista dedicó a la reproducción del evento y a las producciones artísticas, conmemorativas y periodísticas que daban cuenta de los sucesos de Mayo y su significación como fundamento de la Nación. Entre el 4 de junio y el 2 de julio, se incluyeron veinte fotografías de los festejos en Bahía Blanca y dos de los realizados en Fortín Cuatreros. Dentro de esta abundancia iconográfica era posible detectar temáticas comunes que nucleaban las imágenes en torno a ciertos tópicos ligados al proyecto nacionalizador del Centenario. Dado que no todo lo sucedido durante la fiesta fue retratado, debemos suponer una intencionalidad subyacente a la labor fotográfica y editorial. Llamativamente, y a diferencia de lo ocurrido en las celebraciones julias, los actos escolares no quedaron plasmados. La erección de monumentos conmemorativos, la comunión con las colectividades y con los visitantes extranjeros, las reuniones sociales, la fiesta atlética y el desfile de los batallones militares monopolizaron la atención visual de la revista. Es interesante señalar que, a diferencia de lo que sucedería en años posteriores, las imágenes tomadas en el interior de los salones equiparaban en número a las de exteriores. De este modo, la dignidad del festejo era atribuida tanto al despliegue de los desfiles callejeros como al lujo de la sociabilidad de los grupos distinguidos. Valga a modo de ejemplo la figura 39 donde la página fue cubierta en su totalidad por las fotografías del Batallón General Belgrano y de los concurrentes al Baile del Centro Social Bahía Blanca. Mientras en el primer caso el plano general y el ángulo en picada permitían apreciar el orden y la disciplina de las tropas, en el segundo la cercanía del plano entero hacía posible valorar los atuendos y los peinados lujosos. Ni aquí ni en la página siguiente el número de asistentes y el despliegue ornamental en el espacio público constituirían elementos nucleares; eran la presencia de prácticas y de círculos selectos y la afirmación de los poderes del Estado los que articularon el festejo, actuando como testimonio del progreso de la ciudad.

La conmemoración del Centenario de fundación de la ciudad tuvo, por su parte, tanta o mayor relevancia que la de la Revolución dado que suponía una revisión de la propia historia y una ocasión para desplegar los avances locales y reforzar sus pretensiones de hegemonía regional. En concordancia con estos objetivos, *Arte y Trabajo* realizó una extensa cobertura gráfica del evento que abarcó trece páginas con más de cincuenta fotografías. [Imágenes 41, 42 y 43] No debemos pensar, por ello, que los festejos tuvieron mayor relevancia que los de mayo de 1910. Aunque fuera así, es necesario considerar que las posibilidades técnicas y presupuestarias del magazine del 28 diferían claramente de las anteriores y, por lo tanto, la calidad y la cantidad de las imágenes se vieron sustancialmente mejoradas. Por estos motivos, los reportajes fotográficos fueron ganando cada vez más espacio en la superficie redaccional invirtiendo la relación de importancia con los textos que sólo aparecieron como complemento del material visual. A rasgos generales, es posible señalar que para esta fecha se observa una modificación del registro en tres sentidos que se agudizarían en años posteriores: en la creciente presencia que fueron adquiriendo las fuerzas armadas, en el desplazamiento de los ámbitos privados de la sociabilidad distinguida a los espacios públicos donde se promovía el contacto interclasista y en el protagonismo que tuvieron en él los sectores educativos y la simbología patriótica. Las cinco fotografías de la imagen 41 condensaban, de hecho, estos procesos al reunir en un mismo espacio el desfile escolar, el de la Marina y el de la Infantería a los que se sumaban la salida del Tedeum y los discursos frente a un monumento. En estos dos últimos casos, la ubicuidad de los sectores militares y su posicionamiento visual, reforzaban la importancia que se les atribuía en las celebraciones patrióticas cuya manifestación más clara era la centralidad que se otorgaba a los desfiles. Aunque junto a los representantes de los poderes civiles, ya hacia fines de la década de 1920 podía observarse el fortalecimiento del sector tanto en los aspectos materiales como simbólicos. En contraste con el peso cuantitativo que tenían estas cuatro imágenes en la totalidad de la página, la fotografía superior,

más grande y encuadrada, era la que, sin dudas, adquiriría una mayor relevancia ante el ojo del espectador. Allí era la “imponente” fila de niños y niñas de guardapolvo blanco avanzando por uno de los laterales de la plaza central, el eje de la representación: en el número se escolares quedaban demostrados los avances locales en materia educativa; en su disposición seriada, controlada por las maestras y los celadores que marchaban a su lado, la calidad de los ciudadanos que se estaban formando. El centro de la imagen, sin embargo, no eran los niños, sino la bandera de gran tamaño que ondeaba en manos del portaestandarte y hacia la que conducían las miradas de los grupos de espectadores. La prosperidad bahiense aparecía asociada así a la de la Patria y la efeméride local se convertía en un hecho de trascendencia nacional. Las fotografías de la fiesta de 1928, cuya riqueza y complejidad ameritarían un estudio pormenorizado, mostraban de este modo los desplazamientos que se estaban produciendo en el país mediante la exaltación de la simbología patriótica y el encumbramiento de ciertos grupos de poder, pero también a partir del creciente protagonismo visual que adquiriría el espacio urbano como ámbito de nucleamiento y de expresión de un pueblo que se definía más por su condición de espectador que de participante.

Desde fines de la década del veinte y durante el período que nos ocupa, la existencia de sectores corporativos cada vez más consolidados no impidió la participación de una sociedad civil más heterogénea y movilizada que se expresaba en el espacio público a través de diferentes ámbitos de sociabilidad. En un contexto de restricciones de la competencia política, las conmemoraciones patrióticas, las celebraciones honoríficas y los desfiles adquirieron una representación significativa como estrategia de interacción social pero también como homogeneización de la identidad nacional.¹³⁹ Al mismo tiempo, las clases populares mantuvieron los lazos de sociabilidad de antigua data como las sociedades de ayuda mutua y las asociaciones gremiales a la vez que generaban otros nuevos como agrupaciones vecinales, clubes deportivos o sociales, periódicos barriales y bibliotecas.¹⁴⁰

Estas transformaciones en las sensibilidades y en los comportamientos políticos adquirieron visibilidad en las fotografías publicadas por *Arte y Trabajo*. Análogas en cuanto a su encuadre y composición resultan las imágenes de los festejos patrios durante el decenio siguiente. [Imágenes 44 y 45] Las fiestas mayas de 1936, por ejemplo, ocuparon cuatro páginas de la edición de mayo-junio de *Arte y Trabajo* con una cobertura exclusivamente fotográfica que incluía dieciséis tomas de distintos momentos del acontecimiento. Los programas de actividades que aparecían representados incluían la entonación del himno nacional, los discursos de diferentes autoridades, el desfile cívico-militar y la misa de Tedeum a la que asistían todas las personalidades destacadas del lugar. La conmemoración se cerraba con un banquete o velada danzante en el Club Argentino que reunía a los integrantes más destacados de las élites en tanto que los sectores populares compartían un asado criollo en el que eran frecuentes las carreras de caballos, las competencias de sortijas y los concursos atléticos. Así, los funcionarios comunales y las autoridades dentro al palacio municipal, la figura eclesiástica que bendecía el acto, las fuerzas castrenses, los miembros de las corporaciones económicas, los docentes y alumnos de las escuelas y el público en general, eran los actores que continuaban siendo retratados en los festejos. Sin embargo, el peso específico dedicado a cada uno de ellos en el conjunto había variado de manera considerable respecto de los años anteriores. Las columnas, antes cívicas, eran ahora exclusivamente militares; lugares como Puerto Belgrano se habían sumado a la Municipalidad y la Plaza Rivadavia como escenarios privilegiados del despliegue patriótico; las representaciones escolares se limitaban a unas pocas y sectores de la sociedad civil como los masones y las colectividades extranjeras que habían tenido una participación activa en las décadas anteriores desaparecían completamente. Los ciudadanos, hombres y mujeres, quedaban reducidos entonces a meros espectadores cuya irrupción en el espacio público aparecía circunscrita a las coyunturas conmemorativas que reforzaban los vínculos de identificación social.



Cabeza del imponente desfile escolar



Regimiento 5° de Infantería



Tropas de marinería



Imágenes 41. "Festejos del Centenario de Bahía Blanca".
Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 13, n° 159, 30 de abril de 1928, pp. 2, 4 y 11.



El Gobernador Dr. Vergara en el Colegio María Auxiliadora.



Parte del desfile escolar.



El desfile escolar al pasar por la calle Alsina.



Llegada del Ministro de Marina.

Imágenes 42. "Festejos del Centenario de Bahía Blanca".

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 13, nº 159, 30 de abril de 1928, pp. 2, 4 y 11.



Núcleo de empleados del F.C.S. reunidos después de un almuerzo campestre



En la Sociedad Laurak-Bat, durante un almuerzo organizado por los socios de la entidad.



Familias en una excursión campestre en General Cerri



"Casal Catalá". Baile familiar organizado por sus asociados.

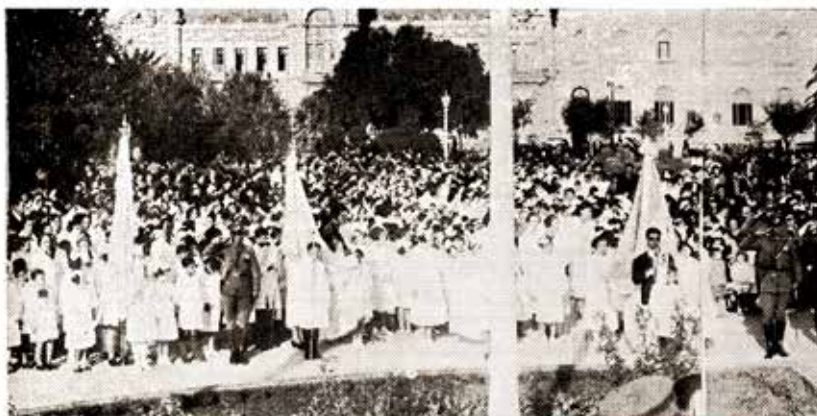
Imágenes 42. "Festejos del Centenario de Bahía Blanca".

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 13, nº 159, 30 de abril de 1928, pp. 2, 4 y 11.

Como puede observarse en la figura 46, personas de distintas edades, sexos y pertenencias sociales compartían un mismo lugar, homogéneo e indiferenciado, en el que únicamente se distinguían las figuras representativas de los distintos grupos de poder: el intendente conservador Martín Dithurbide, el obispo y el capitán de fragata Alfredo Fernández. [Imagen 46] Las diferencias entre los concurrentes y las autoridades que marcaban los uniformes resultaban acentuadas gracias a la composición que, a partir de las miradas del público, se organizaba en torno a los representantes de los poderes civiles, eclesiásticos y castrenses. Ahora bien, mientras que en esta imagen dichos actores sociales aparecían como objeto de contemplación del resto, ya que a pesar de compartir el territorio de la plaza no establecían con ellos ningún vínculo visible, en las páginas previas las fotografías daban cuenta de la existencia de otros espacios jerarquizados como la Municipalidad o la Catedral donde se instituían los nexos de una sociabilidad entre iguales que desconocía las distancias partidarias. Resulta evidente en las fotografías la importancia creciente de la Iglesia y, sobre todo, de las fuerzas armadas que desplazaban a las autoridades civiles del eje visual. Este corrimiento se volvía también patente en la selección del material iconográfico dado que la mitad de las imágenes publicadas habían sido realizadas en Puerto Belgrano y tenían como objeto principal los desfiles militares, los hangares, las armas y los símbolos patrios. La primacía del movimiento registrado a partir de planos enteros y medios y de los ángulos normales favorecía la sensación de dinamismo del sector frente a una ciudadanía que permanecía pasiva y expectante.

E
C
O
S
D
E
L
O
S
F
E
S
T
I
E
J
O
S
P
A
T
R
I
O
S

La imponente concentración escolar en la Plaza Ricadavia.



Autoridades presenciando la Jura de la Bandera por el Reg. 5º de Infantería. - En el centro: el Teniente Coronel Sr. Bortagaray pronunciando su alocución patriótica.



El Capitán de fragata Alfredo Fernández arengando a las tropas. - Parte del público que presenció la jura de la bandera en Campo Sarmiento.



En
Puerto
Belgrano



Jefes y Oficial de la Base Naval y del 5º de Infantería, presenciando la jura de la bandera.



Imagen 44. Ecos de las fiestas patrias.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 21, nº 216, mayo-junio 1936, pp. 7, 8 y 11.



Imagen 45. Ecos de las fiestas patrias.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 21, nº 216, mayo-junio 1936, pp. 7, 8 y 11.



Imagen 46. Ecos de las fiestas patrias.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 21, nº 216, mayo-junio 1936, pp. 7, 8 y 11.



*Sr. José
M. Pérez
Bustos.*



*Pbro. Dr.
Donato A.
Pocella.*



*Edo.
Gje*



Imagen 47. Recepción al Primer Obispo de Bahía Blanca.

Arte y Trabajo, Bahía Blanca, año 20, abril de 1935, p. 22.

La cobertura fotográfica de la recepción del primer obispo de Bahía Blanca en 1935 constituye un claro ejemplo en este sentido. [Imagen 47] La venida de monseñor Astelarra ocupó una página completa de la edición de abril de *Arte y Trabajo* donde se asignó a la imagen un rol protagónico frente a los textos: de hecho fueron dos fotos del recién llegado, tres de los oradores y una de los asistentes las que compusieron la totalidad de la nota. Más allá de las particularidades que, por razones de espacio, no podremos abordar aquí, es interesante observar las similitudes entre los retratos de José Pérez Bustos, del presbítero Donato Pacella y del reverendo P. Ojeda con los de los líderes de los totalitarismos europeos. El énfasis en el rostro y la gestualidad favorecido por las tomas en primer plano y la reducida distancia focal y la exaltación de las figuras mediante la utilización del ángulo en contrapicada que tiende a engrandecer aquello que registra, coincidían con las representaciones fotográficas dominantes de Adolf Hitler y Benito Mussolini que circulaban por la prensa nacional e internacional. La extrema personalización de los cabecillas contrastaba con el anonimato de los fieles que, en una imagen posterior, manifestaban su apoyo al obispo. El número, destacado por el ángulo en picada y por un plano general, prevalecía allí también por sobre el individuo y requería del control de las fuerzas policiales que aparecían en el margen inferior derecho como garantía de orden.

Consideraciones finales

Un enfoque sociocultural de la historia política como el que articula el presente capítulo permite analizar, en palabras de Andrés Bisso,¹⁴¹ los espacios y las formas de sociabilidad en la perpetuación de instancias y rituales de politización mediante la consideración de fuentes no tradicionales que, como la fotografía, ponen de relieve la dimensión relacional y representativa de las prácticas. De este modo, la sociabilidad política, concepto de difícil definición y aún más ardua delimitación, adquiere una centralidad que en general no se le ha atribuido en los estudios referidos a la Argentina de principios del siglo XX y que coloca en un primer plano las cuestiones de la afectividad, la sensibilidad, lo cotidiano y lo simbólico en la configuración de las relaciones de poder del período considerado.¹⁴² En este sentido, una aproximación focalizada en los vínculos favorece un nuevo acercamiento también a la/s cultura/s política/s de ese momento, entendidas como síntesis heterogénea y en ocasiones contradictoria de conocimientos, sentimientos, imaginarios, valores, costumbres, actitudes, comportamientos y expectativas que conforman la identidad política de los individuos, los grupos sociales o las organizaciones políticas.

El carácter constructivo de las fotografías aparecidas en las revistas ilustradas de Bahía Blanca durante las primeras cuatro décadas de la centuria, habilita, de hecho, una mirada sobre aquello no dicho que funcionaba como matriz signifiante de los hábitos, los lazos y las formas políticas. Siempre mediatizadas por el soporte y por la orientación misma del órgano en que se insertaban, estas imágenes ponían en tensión no solo representaciones y prácticas sino también la existencia de una cultura política homogénea y consensuada al revelar las lógicas alternativas que subyacían a las convenciones estéticas y mediáticas. En este texto, las imágenes de la sociabilidad autorizaron un análisis de los rasgos y las transformaciones de los ámbitos institucionales vinculados tradicionalmente a la política, de la estructura de las redes sociales asociadas al ejercicio y estructura de poder, del universo simbólico que los legitimaba y de las subjetividades; aspectos todos ellos que no pueden ser percibidos solo a través de las fuentes escritas. En concordancia con ello, el capítulo asume un carácter teórico-metodológico que recurre a la reconstrucción empírica como herramienta demostrativa de las potencialidades documentales de la imagen y de la fecundidad de articular las nociones provenientes de la historia social y de la historia política. Es, por esto, un estudio introductorio que aborda un extenso marco temporal y una enorme diversidad de prácticas vinculadas a lo político que hemos sistematizado en tres ejes: la dinámica partidaria y electoral, el comensalismo y las conmemoraciones festivas.

A partir de allí pudimos definir dos etapas claramente identificadas: una que abarca hasta 1928, fecha en que se celebró el Centenario de la fundación de la ciudad, y otra que se extiende desde allí hasta el Golpe militar de 1943. Durante la primera, más allá de las consabidas prácticas fraudulentas que caracterizaron a la democracia restringida del régimen oligárquico, lo cierto es que la política organizada en torno al “partido” se presentaba como un agente generador de solidaridades y de rivalidades que tenía ámbitos y mecanismos propios y del que participaban inclusive aquellos que no contaban con derechos de ciudadanía. De todos modos, los sistemas estandarizados y ya altamente codificados de construcción de las imágenes, aunque de manera no intencional, contribuían a reforzar una determinada cultura política entre los lectores. La naturalización de ciertos géneros, encuadres y ángulos de toma, por una parte, acentuaba, la jerarquía entre dirigentes y electores y su valor diferencial asociado respectivamente a la calidad o a la cantidad; mientras que, por otra, consolidaba una cierta concepción de la democracia y de la ciudadanía ligadas, casi con exclusividad, a la existencia partidaria y a la participación electoral.

En efecto, durante la primera parte del período considerado, la vida política tuvo, directa o indirectamente, una presencia importante en los magazines bahienses. Concebida como índice de modernidad, la existencia de una ciudadanía activa ocupó un lugar de relevancia entre las “imágenes del progreso” que plasmaban fragmentos de la infraestructura productiva y sanitaria, la renovación urbana, la plaza comercial, los espacios verdes, la oferta cultural, el esplendor de la edificación oficial y de los adelantos tecnológicos y comunicacionales.¹⁴³ Las fotografías impresas contradecían de este modo las acusaciones de “ciudad fenicia” que se imputaban a Bahía Blanca e intentaban demostrar que el desarrollo urbanístico y socioeconómico estaba acompañado por una cultura política democrática moderna articulada en torno a los principios de legitimidad, representación y participación. Mientras el partido, conducido por sus líderes, se perfilaba entonces como la unidad mínima de la vida política en torno a la cual se organizaban las demás formas de intercambio, los comicios se revelaban como el acto republicano por excelencia en tanto era el ejercicio del sufragio el que presuponía la condición de ciudadano.

En este sentido, puede explicarse la relativa uniformidad temática y formal que presenta un corpus compuesto por más de un centenar de fotografías que atravesaba las tres primeras décadas del siglo en cinco proyectos editoriales diferentes. En efecto, el repertorio de experiencias registradas se circunscribía, como dijimos anteriormente, a dos circuitos fundamentales, el de la dirigencia y el de las bases, y los puntos de reunión entre ambos. En concordancia con esto, los ámbitos de sociabilidad intra-élite, como banquetes, fiestas privadas y reuniones exclusivas, aparecían claramente definidos en oposición a aquellos destinados a la actuación conjunta con la masa partidaria, como las asambleas, los mítines, las manifestaciones, los asados y los picnics. Aun allí, la individualización discursiva y visual de los conductores contrastaba con el anonimato de las bases, valoradas fundamentalmente en términos cuantitativos. La fuerte convencionalización de las tomas y la repetición constante de puntos de vista, encuadres y composiciones, que, como señala Martine Joly,¹⁴⁴ respondían a la necesidad de reforzar una tradición en construcción y reafirmar las competencias visuales de un público en formación, contribuían a consolidar esta visión de la política asociada a la calidad de unos y al número de otros.

En vísperas de la década del treinta, a medida que el corpus fotográfico referido a cuestiones específicas de la política se reducía, eran las fiestas civiles y religiosas las que hegemonizaban las manifestaciones gráficas de la vida política e instauraban una nueva retórica visual centrada en la presencia masiva de la ciudadanía, el liderazgo carismático y la representación corporativa. A partir de allí, a pesar de cierta excepcionalidad de Bahía Blanca que entre 1932 y 1935 contó con un gobierno socialista preocupado por generar una cultura política alternativa, las fotografías incluidas en *Arte y*

Trabajo, la única revista ilustrada que pervivió hasta el final del período, dieron cuenta y reforzaron un sistema político sesgado por la intransigencia facciosa y la exclusión del adversario, donde las fuerzas armadas aparecían como reaseguro de la gobernabilidad y la Iglesia surgía como un factor decisivo de poder. A pesar de la perduración de la fe republicana y el ideario liberal clásico que sostenían la continuidad de la existencia de los partidos, éstos no eran los actores principales en la formación de opiniones, preferencias e identificaciones colectivas así como tampoco de las representaciones visuales referidas a la vida pública. Las celebraciones emergían, en consecuencia, como las instancias de construcción de una identidad común homogénea y sin fisuras, donde el público era presentado como mero espectador en correspondencia con su rol de ciudadano de la sociedad de masas que encontraba en la plaza un espacio de sociabilidad privilegiado.



Postales de este lado del mundo: redes de sociabilidad y formas de la cultura moderna

María de las Nieves Agesta
Lucía Bracamonte
CONICET-CER/UNS

La difusión de la tarjeta postal se asentúa [sic] cada día. Ha llegado á ser una preocupación social de todos los momentos y la emulación crece porque son ya numerosas las señoras y señoritas que han formado colecciones notables por más de un concepto; por el número, la calidad, la originalidad y la variedad de los ejemplares que la constituyen.

No hay memoria de un movimiento más unánime, de una moda más universalmente aceptada, de una afición con más facilidad difundida en todos los países civilizados de la tierra.¹⁴⁵

Artículos como el del epígrafe aparecieron con frecuencia en la prensa de distintos lugares del mundo y dieron cuenta de la auténtica *postalomanía* que se apoderó de gran parte de la población a principios del siglo XX. En efecto, poco después de su creación, la tarjeta postal ilustrada se convirtió en un producto cultural masivo que alteró las formas materiales y simbólicas de circulación y de apropiación de las imágenes, mostrando así la fascinación suscitada por la expansión de los horizontes tecnológicos, el crecimiento de las posibilidades comunicacionales y la ampliación de los mercados de consumo.¹⁴⁶ Definida por John Mraz como una “de esas modas transitorias pero enormemente populares que caracterizaron la cultura visual moderna”,¹⁴⁷ la postal supuso la incorporación de nuevos sectores sociales a los sistemas de representación técnica antes reservados a las élites así como la intromisión de la subjetividad en un bien comercial seriado y estandarizado. Entre lo público y lo privado, estas tarjetas dependieron en gran medida de la reorganización de los correos nacionales y de la expansión de la red de transportes -en particular, del ferrocarril- y contribuyeron al establecimiento y sostenimiento de vínculos de sociabilidad, a la construcción de identidades y a la creación de una “utópica sensación de cosmopolitismo” acorde con el imaginario de la modernidad.

Centrándonos en su potencial documental para esclarecer dichas cuestiones, en este capítulo abordaremos el intercambio de postales desplegado por tres núcleos familiares de la ciudad de Bahía Blanca y de la zona rural circundante perteneciente al partido de Tornquist para vislumbrar, a partir de la reconstrucción de sus características materiales y de los usos que les daban los actores, el funcionamiento efectivo de las relaciones de parentesco y de amistad que ellas ayudaron a sostener. En este sentido, entenderemos la tarjeta no únicamente como un instrumento de comunicación postal sino, en concordancia con Jean-Louis Guereña, como un objeto cultural, vector de representaciones y mentalidades, que instituye un auténtico rito de sociabilidad en el que se articulan el mensaje escrito y las imágenes a partir de una particular apropiación del remitente.¹⁴⁸ Esta multidimensionalidad del

fenómeno permite, por lo tanto, concebirlo como un punto de partida para aproximarnos a diferentes problemas como los referidos a los consumos culturales, las condiciones tecnológicas de fabricación de las imágenes, la educación y la alfabetización, las definiciones genéricas, las relaciones entre la ciudad y el campo, las dinámicas de alianza matrimonial y de cohesión social, entre muchos otros. Cualquiera de ellos requiere, sin embargo, un enfoque que considere la naturaleza dual del corpus, contradiciendo la tradicional escisión analítica entre medio y mensaje.

Desde el punto de vista metodológico, la postal puede considerarse parte del género epistolar en tanto supone el intercambio escrito entre un emisor y un destinatario en el marco de una estructura que incluye un encabezamiento, un cuerpo donde se abordan distintos temas, un saludo y una despedida. Como las cartas, es medio y condición para la comunicación, sobre todo cuando la distancia aparece como variable limitante de la sociabilidad cara a cara; a diferencia de ellas, sin embargo, posee ciertas características materiales y formales que le asignan una especificidad merecedora de un tratamiento singular por parte del historiador. En primer lugar, creadas en 1869 en Austria como estrategia para fomentar el uso del correo mediante el abaratamiento de los costos, las tarjetas fueron sometidas desde sus mismos orígenes a las restricciones impuestas por el tamaño reglamentario (estandarizado finalmente en 9 x 14 cm) y por su carácter público que actuaban como condicionantes del contenido y de la estructura de los mensajes. En segundo término, la rápida incorporación de las imágenes posibilitada por los adelantos en las técnicas de impresión y de reproducción lito y fotográfica,¹⁴⁹ les concedió un carácter mixto, visual y textual, que las convirtió en artículos culturales codiciados, coleccionables, masivos y modernos.

Más allá de estos rasgos intrínsecos, la circulación de postales permite observar de qué manera el conjunto o una parte de los vínculos latentes que configuraban las redes de sociabilidad¹⁵⁰ de los corresponsables se activaban en momentos determinados para servir como vehículo para la transmisión de bienes, servicios, información o afecto.¹⁵¹ Esto alude a una faceta de construcción social ligada no solamente a los lazos de amistad sino también a los familiares que, pese al carácter "natural" que les confería la consanguinidad, también se construían y se gestionaban, adaptando las reglas del parentesco a las posibilidades y necesidades del momento.¹⁵² A partir de las postales pretendemos, por lo tanto, identificar distintos tejidos relacionales y analizar las formas y redes de sociabilidad configuradas entre los involucrados en el intercambio. Como señala Sandra Fernández, las relaciones sociales se presentan bajo una multitud de modalidades; fuera del ámbito de los lazos familiares, son los de amistad los que constituyen, al parecer, el tipo de relación más especial, tanto desde el punto de vista personal como desde el cultural, proporcionándonos un sentimiento fundamental de identidad y de pertenencia a un grupo.¹⁵³ En palabras de Ana Luiza Carvalho da Rocha, las tarjetas fueron

poderosos instrumentos en los intercambios sociales que no sólo han dado forma a las reglas de la amistad entre los muchachos y las jóvenes de las ciudades del pasado, sino que también han orientado sus códigos de cortejo y compromiso, para finalmente conducirlos al matrimonio y a la formación de sus propias familias.¹⁵⁴

Los límites entre la amistad y el parentesco eran, por ende, móviles y no es raro descubrir que quienes comenzaban el intercambio en calidad de amigos se transformaran con el tiempo en familiares, por matrimonio de sus primos, hermanos o de ellos mismos. Esa faceta de construcción a la que aludimos se relaciona con el concepto de estrategia entendida como el "resultado de una acumulación de decisiones concretas" a partir de las cuales los actores sociales "intentan aprovechar las oportunidades que ofrece el medio o solucionar los conflictos que plantea" bajo condiciones de incertidumbre y de racionalidad limitada¹⁵⁵ que suponen, sin embargo, la presencia de un fuerte componente afectivo. En

este sentido, sostenemos que en países que, como Argentina, contaron con una importante afluencia migratoria, las tarjetas postales cumplieron para los recién llegados y sus descendientes directos una función fundamentalmente cohesiva e identitaria que les permitió, por un lado, mantener los nexos con el lugar de origen y, por el otro, fortalecer los lazos con otros habitantes de la región, insertándose en la sociedad receptora y creando con ella relaciones de solidaridad y reciprocidad.

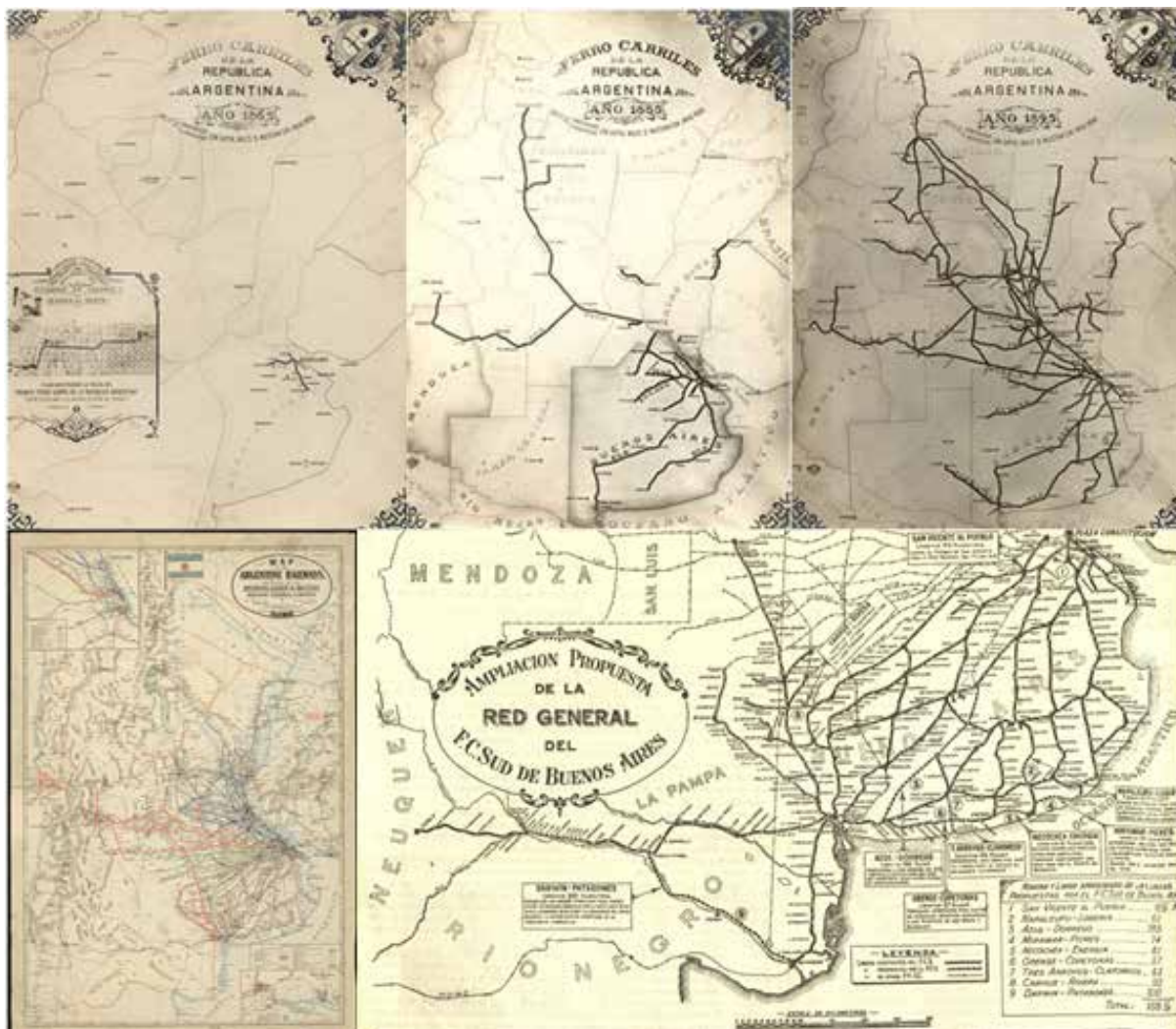
Por supuesto, el intercambio de postales y las formas de sociabilidad construidas a partir de él, solo fueron posibles gracias a la confluencia de los procesos históricos generales que hemos descrito en la introducción y entre los que se destacan la expansión de la lecto-escritura, la urbanización, la inmigración ultramarina, la consolidación de una economía agroexportadora y la modernización tecnológica. De acuerdo con ello, realizaremos una contextualización histórica de la postal como modalidad comunicativa, entendiendo que, “como realidades sociales encarnadas en sus sociedades, las expresiones de sociabilidad reflejan e ilustran a la vez las transformaciones socioeconómicas y políticas experimentadas en ellas”.¹⁵⁶ En primer lugar, se explicará la aparición del nuevo formato y su auge en la región a partir de la expansión y modificación del sistema de correos así como de la configuración de un circuito interno de producción y consumo local. En segundo término, presentaremos las colecciones que nos ocupan teniendo en cuenta sus elementos comunes y sus diferencias para, finalmente, analizar algunas de las dimensiones problemáticas referidas a la construcción de redes y de lazos sociales. En este sentido, no adoptaremos un enfoque normativo, sino una aproximación centrada en las prácticas que caracterizaban el funcionamiento de los universos relacionales que se encontraban imbricados en la vida cotidiana de las personas.

Las tarjetas como objeto postal en la Argentina

Las tarjetas postales están íntimamente ligadas al Correo y a sus regulaciones nacionales e internacionales. Si bien la historia del sistema de correos en el actual territorio argentino se remonta hasta la época colonial (1769),¹⁵⁷ es necesario esperar hasta fines del siglo XIX para encontrarlo establecido en la región sudoeste de la provincia de Buenos Aires. En efecto, hacia mediados de la centuria el servicio de mensajerías era el encargado de conducir la correspondencia en diligencias desde Buenos Aires hasta Bahía Blanca, Tandil, Lobería y Ranchos según una periodicidad y un itinerario establecidos. Más allá de la creación de nuevas líneas de comunicación que en la década de 1870 unirían a la primera con otras localidades como Azul, Juárez, Tres Arroyos o Patagones, sería recién en 1888, luego del arribo del ferrocarril, que el correo se instalaría definitivamente en la futura ciudad. De esta manera, se afirmaba el dominio estatal sobre una zona poco antes ocupada por pueblos nativos y se respondía a la demanda de una población en crecimiento que requería de una mayor regularidad, frecuencia y celeridad de la afluencia postal. [Mapas 1 a 5]

—La presencia misma del correo y sus mejoras edilicias y funcionales se convirtieron para los habitantes en un síntoma del progreso local que se reafirmó cuando Bahía Blanca fue designada cabecera del 21º Distrito de Correos y Telégrafos de la Nación. El aumento permanente del tráfico de correspondencia hacia y desde su jurisdicción fue considerado, asimismo, un índice de su desarrollo comercial y educativo. El registro estadístico de los intercambios daba cuenta, ciertamente, del avance de las competencias de lecto-escritura entre los pobladores y la diversificación de las modalidades epistolares probaba -y estimulaba- el surgimiento de nuevas formas de relación social.

La Ley nº 816 que regiría el servicio de correos hasta bien entrado el siglo XX¹⁵⁸ identificaba ya en 1876 tres clases de correspondencia de cuyo transporte se haría cargo la administración pública: las cartas y tarjetas postales, los periódicos y las hojas impresas y los libros y objetos diversos. La inclusión de las tarjetas -que comenzaron a circular de forma efectiva en 1878- puede considerarse



Mapas 1 a 5. Evolución de la red ferroviaria Argentina (1865-1928)

Silvia Grippo y Silvia Visciarelli, Patrimonio cartográfico histórico del Museo histórico municipal de Bahía Blanca, Museo del Puerto de Ingeniero White, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2000; Buenos Aires and Pacific Railway Company, Map of the Argentine Railways, 1911. Disponible en: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/thumb/0/06/Map_of_the_Argentine_Railways_WDL11313.png/426px-Map_of_the_Argentine_Railways_WDL11313.png; Centenario de Bahía Blanca. Homenaje de La Nueva Provincia en el primer centenario de la ciudad de Bahía Blanca, Bahía Blanca, La Nueva Provincia, 11 de abril de 1928, p. 600.

relativamente temprana si se tiene en cuenta que el formato había sido creado tan solo siete años antes.¹⁵⁹ Igualmente acelerada fue su difusión en el territorio nacional, donde el mercado creció de manera notable seducido por los bajos precios, por la naturaleza expeditiva y sintética del medio, por su atractivo visual y por la mayor libertad formal que suponía su utilización. En un país como la Argentina que contaba aún en 1895 con un índice de analfabetismo de 53,3% y una tasa de escolaridad entre los niños de 6 a 14 años del 29,6%, la concisión y la convencionalidad de los textos de las postales constituían variables a considerar en la preferencia del público. Del mismo modo, el importante caudal inmigratorio y la vastedad del propio territorio contribuyeron a consolidar un dispositivo de comunicación caracterizado por su accesibilidad y por su practicidad.

En el Distrito 21 la situación no difirió del resto del país. Los registros con los que contamos confirman que ya a comienzos del siglo XX existía un intenso movimiento postal que no dejó de ascender con el correr de los años. Así lo demuestra la comparación entre la información recabada por Ricardo Ducós

en 1910 y la publicada por el libro del Centenario de la ciudad editado por el diario *La Nueva Provincia* en 1928. [Cuadros 1 y 2]

Cuadro 1. Correspondencia expedida

	1901	1902	1907	1908	1909
Cartas francas	537.201	593.413	811.792	1.823.695	2.225.073
Cartas certificadas	18.450	18.565	18.721	36.807	55.525
Cartas por expreso	2.143	2.237	3.927	8.226	10341
Impresos y papeles de negocios	317.719	327.793	1.320.842	2.652.794	4.055-781
Tarjetas	10.455	11.403	52.291	106.693	154.157

Cuadro 2. Correspondencia recibida

	1901	1902	1907	1908	1909
Cartas francas	527.689	551.421	1.413.241	2.346.208	3.231.182
Cartas certificadas	19.143	14.259	21.147	43.307	57.458
Cartas por expreso	1.987	1.269	1.573	3.257	4.108
Impresos y papeles de negocios	337.697	346.723	650.534	1.212.175	2.011.267
Tarjetas	14.119	14.903	77.452	145.815	232.019

Revista del Centro Comercial de Bahía Blanca, Bahía Blanca, año 9, nº 393, 21 de mayo de 1910, p. 21 y *Libro del Centenario de la fundación de Bahía Blanca 1828-1928*, Bahía Blanca, La Nueva Provincia, 1928, p. 610.

Si el crecimiento numérico absoluto puede explicarse por las transformaciones demográficas de la zona, el incremento en términos relativos permite vislumbrar el éxito que tuvieron las postales entre la población: en veinticinco años el envío de tarjetas se amplió desde el 1,2% inicial hasta el 13,3% en detrimento del porcentaje de cartas que, en total, pasaron del 62,9% al 28,9% y la cantidad de postales recibidas aumentó del 1,6% al 5,9% frente al descenso del 60,3% al 26,9% que sufrió la correspondencia tradicional. [Gráfico 1] Estos índices evidencian el considerable aumento de la demanda que experimentó el mercado bahiense y de la región, que redundó en un aumento de la oferta a partir de su inclusión en comercios de distintos rubros y magnitudes, como la Casa Muñiz o la cigarrería Rico Tipo, y en el surgimiento de una nueva industria que involucró a editores, impresores, fotógrafos, distribuidores y negociantes. [Imagen 48]

En este contexto, empresas gráficas y emprendedores individuales comenzaron a realizar sus propias tarjetas; según Julio Moisés, en el lapso que va de 1907 a 1944 operaron en Bahía Blanca y Punta Alta al menos 9 editores de postales, entre los que se destacaron Fotografía Londres de H. Boote y Cía, Adelino Gutiérrez-Casa Muñiz, J. García, Jesús M. Cons y Eladio Bautista. Sus productos, centrados en la reproducción fotográfica de la ciudad, circularon y compitieron con los de las compañías que imprimían grandes tiradas para todo el país y el mundo con temáticas fundamentalmente románti-

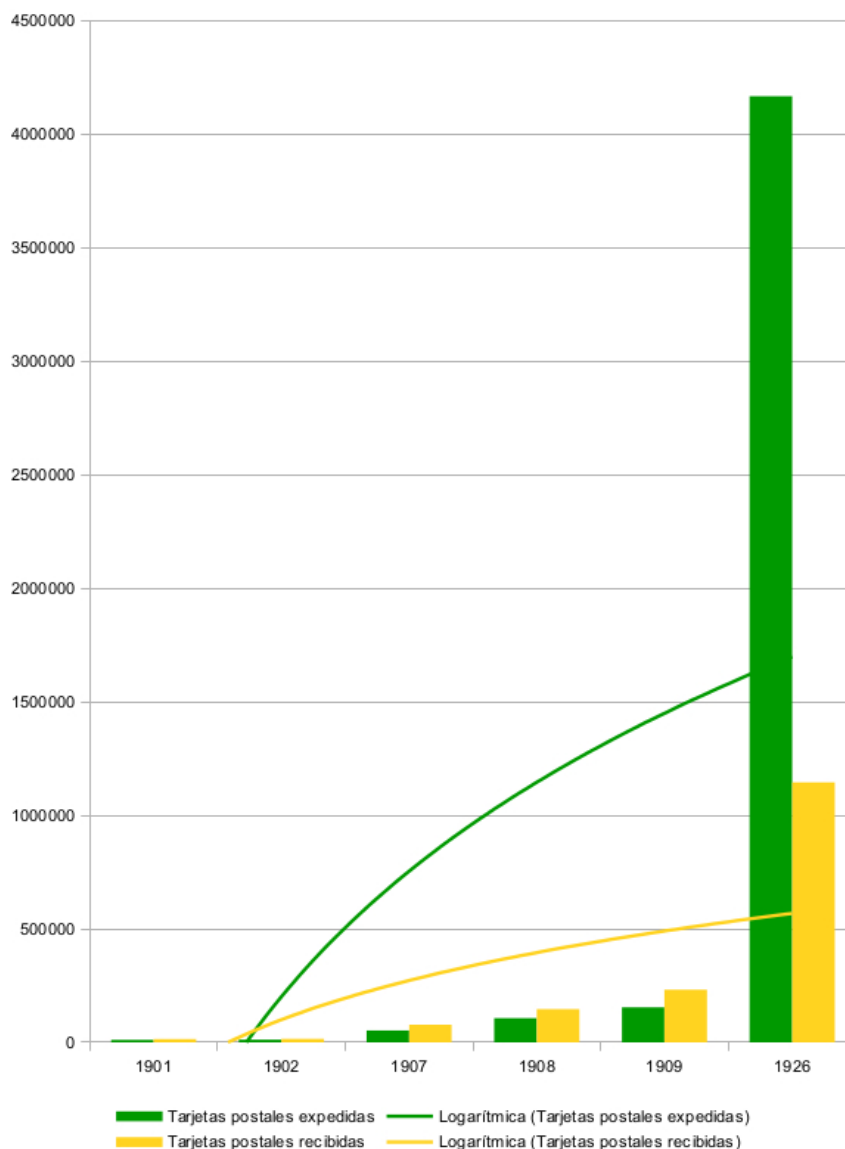


Gráfico 1. Tarjetas postales recibidas y emitidas por el Distrito 21 de Correos (1901-1926).

cas, florales o paisajísticas. Asimismo, se multiplicaron los pedidos de elaboración de tarjetas a partir de retratos familiares que, como las *cartes de visite*, permitían establecer una relación de proximidad entre el remitente y el destinatario.

En efecto, las postales tuvieron un rol decisivo en la difusión de la imagen fotográfica¹⁶⁰ -estandarizada o personalizada- y, por lo tanto, su historia se encuentra estrechamente ligada a la de la fotografía. En Bahía Blanca, la atracción que la nueva técnica suscitó entre los habitantes se manifestó en la rápida proliferación de usos, dispositivos, locales comerciales y fotógrafos que se produjo desde fines del siglo XIX.¹⁶¹ Seducidas por las ganancias que parecía asegurar el mercado, las casas del rubro comenzaron a incursionar en la elaboración de *real photo postcards* que, a diferencia de las prefabricadas, eran únicas y suponían un acceso a mensajes particulares y situados en el tiempo a un bajo costo.¹⁶² Así, por ejemplo, establecimientos como Rosso, García o el Palacio del Arte que proveyeron algunas de nuestras colecciones, adquirían el papel sensible de mano de los fabricantes que



Imagen 48. Tarjetas postales

Instantáneas, Bahía Blanca, año 1, nº 6, julio de 1911, p. 9.

lo comercializaban ya impreso el anverso con las características normalizadas de la tarjeta postal y luego imprimían sobre él las imágenes tomadas por los fotógrafos locales.¹⁶³ Junto a esta modalidad que implicaba una apropiación directa, los usuarios optaban también por adquirir tarjetas con vistas, escenas y retratos fotográficos convencionales donde se reproducían tipos regionales, narrativas amorosas ficticias o figuras de modelos femeninos e infantiles. De esto modo, la imagen fija que iba también adquiriendo protagonismo en otros ámbitos como la prensa ilustrada, fue incorporada a la experiencia cotidiana de diferentes grupos sociales, colaborando en la elaboración de representaciones compartidas y operando activamente en la construcción de los vínculos que eran, generalmente, actualizados en fechas conmemorativas o festivas.

Las colecciones

Las tres colecciones de tarjetas postales que constituyen nuestro corpus documental comparten ciertas características que habilitan su tratamiento conjunto. En primer lugar, la mayor parte de las unidades que las integran se inscribe en un marco espacio-temporal común que abarca las décadas del veinte y del treinta durante las cuales se profundizó en Bahía Blanca y su región el proceso de modernización económica, social, política y cultural que se había iniciado a fines del siglo anterior. En este sentido, las postales se presentan como artefactos complejos que, atravesados por numerosas variables, permiten dar cuenta de las transformaciones que se estaban produciendo a nivel de los consumos culturales, las comunicaciones y las relaciones interpersonales. En segundo término, los tres grupos fontanales poseen un origen similar en tanto proceden de familias de inmigrantes -españoles y/o italianos- que, habiéndose dedicado a las tareas agrícolas en sus lugares de procedencia, fueron partícipes en la Argentina de ciertos mecanismos de movilidad social ascendente gracias a los cuales pudieron convertirse en propietarios rurales o urbanos, instalar sus locales comerciales y educar a sus hijos e hijas. Más allá de estos rasgos generales, son igualmente significativas las particularidades de cada caso que demuestran la diversidad de las trayectorias individuales y colectivas y la multiplicidad de usos que se les asignaron a las tarjetas como dispositivos comunicacionales y

como objetos culturales destinados a establecer, sostener y consolidar redes de sociabilidad inter e intra-regionales.

La colección M-R se encuentra compuesta por un corpus de 136 postales recibidas por Élide M. y Alfredo R. entre 1923 y 1935, durante la etapa previa a la consolidación de su noviazgo y posterior matrimonio. A partir de entonces y hasta la fecha, las tarjetas han integrado el patrimonio cultural de la familia y, al igual que las fotografías, han sido atesoradas y exhibidas en tanto objetos constitutivos de su identidad y de su herencia. Este rol activo que se les asignó en la construcción de una autorrepresentación grupal resulta evidente al considerar que, desde sus inicios, las postales fueron dispuestas cuidadosamente en un álbum adquirido para tal fin que permitía apreciar el dorso ilustrado de cada una de ellas y recorrer el conjunto de acuerdo a un orden preestablecido que fue variando con el correr de los años. Lejos de tener un uso exclusivamente privado, el álbum era por ende un objeto público donde se daba cuenta de una historia cuya culminación coincidía con la génesis familiar y donde se ponían en evidencia los nexos que vinculaban a sus receptores con los demás habitantes de la zona. Por otra parte, la organización de la colección vuelve ostensible el valor estético que sus propietarios le adjudicaban: la jerarquización de la imagen y de su materialidad por sobre los textos implicaba una apreciación de su atractivo visual que hacía de las postales bienes dignos de ser mostrados y conservados.

Primera generación de argentinos, hijos de padres inmigrantes españoles e italianos, respectivamente, Élide y Alfredo nacieron en 1912 en distintos sectores del área rural del partido de Tornquist donde sus progenitores habían logrado convertirse en propietarios luego de ocupar diferentes puestos de trabajo en la ciudad de Bahía Blanca y la región.¹⁶⁴ De este modo y a diferencia de lo sucedido con las otras dos familias consideradas, los M. y los R. se asentaron en el medio rural, continuando con su tradición laboral europea aunque interrumpiendo todo nexo con sus países de origen. En este sentido, las postales no funcionaron como sostén de esos vínculos lejanos sino como instrumento para construir y fortalecer nuevas relaciones de amistad y parentesco que reforzarían a mediano plazo la cohesión social y la integración territorial. El ámbito de circulación de las tarjetas comprendía, entonces, exclusivamente localidades de los partidos de Tornquist y de Bahía Blanca, a cuya cabecera los pobladores concurrían con asiduidad en busca de provisiones y servicios o como parte de sus actividades económicas (venta de granos, hacienda, etc.). En el caso de Élide, la presencia de sus tíos y abuelos maternos en la ciudad hizo posible que contara con una escolaridad más prolongada e institucionalizada en el sistema público, ya que, como indica Talía Gutiérrez, en el medio rural las escuelas no brindaban más allá del cuarto grado y aseguraban sólo una formación mínima en lecto-escritura y "cuentas".¹⁶⁵ Alfredo, por su parte, como la mayoría de quienes escribían las tarjetas, no tuvo tales ventajas y recibió su instrucción básica de un maestro belga itinerante que había sido contratado y que residía temporariamente en la casa de uno de sus vecinos. Así, a pesar de la legislación que establecía la obligatoriedad de la enseñanza,¹⁶⁶ la alfabetización resultaba en este ambiente discontinua e incompleta debido a las dificultades que implicaban las distancias y la necesidad de que los niños se integraran con prontitud a la economía familiar. Como señalamos al principio, el formato de las postales al imponer una comunicación breve y fuertemente convencionalizada favorecía el sostenimiento del intercambio, aun entre aquellos cuyo aprendizaje de las primeras letras había sido precario y fragmentario.

Las dificultades de trasladarse suponían también una limitación en cuanto al tipo y variedad del material disponible para los envíos. De este modo, a diferencia de las otras dos colecciones, la totalidad de las tarjetas incluidas en el álbum M-R eran de carácter comercial y no incluían fotografías tomadas para registrar a sus remitentes, sus familiares ni su lugar de residencia. Productos de importación, las postales de felicitación eran adquiridas por los interesados en librerías, cigarrerías, estaciones ferro-

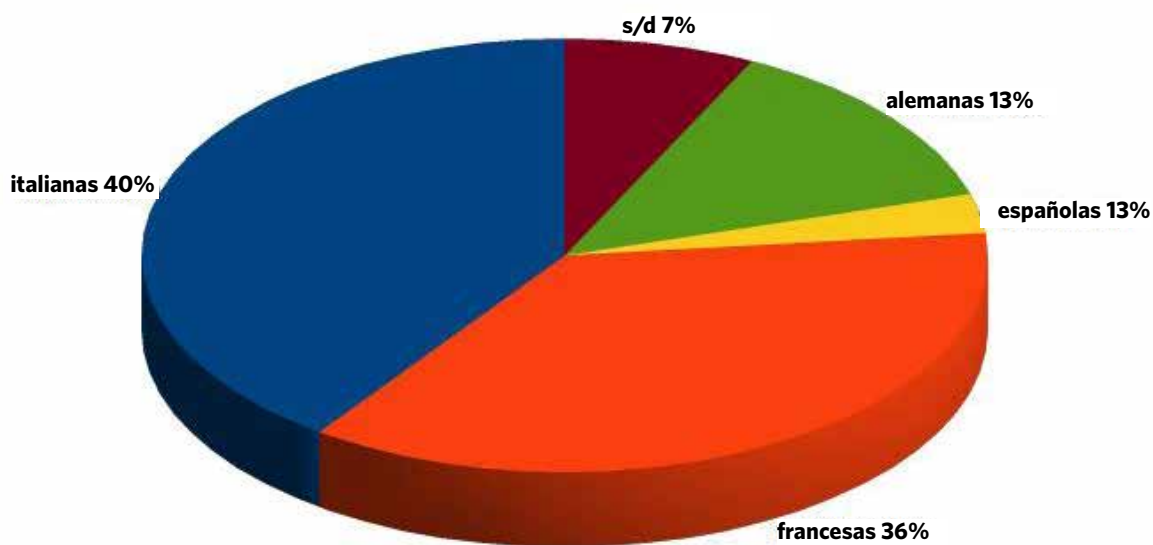


Gráfico 2. Distribución de postales por nacionalidad de origen.

Colección M-R.

viarias y oficinas de correos durante sus visitas a los centros urbanos o semi-urbanos de la región, desde donde luego eran enviadas al descubierto, como sugieren los matasellos al reverso. Las restricciones en la oferta acotaban las posibilidades de elección de los remitentes y redundaban, muchas veces, en desfases y tensiones entre los textos y las imágenes que eran marcados por los mismos autores.¹⁶⁷ Las fotografías coloreadas de niños, mujeres y parejas jóvenes¹⁶⁸ eran las preferidas de los compradores junto con las postales bordadas en seda natural con motivos florales¹⁶⁹ y las *novelty*¹⁷⁰ que sumaban a la dimensión estética un aspecto lúdico. Estos objetos, accesibles a módicos precios, eran deseados en tanto ponían en contacto a sus poseedores con la cultura visual masiva de la modernidad. En efecto, la totalidad de las tarjetas recibidas habían sido editadas en la Europa industrial -en Italia y Francia la mayoría, en Alemania y España el resto- [Gráfico 2] y desde allí se las había exportado al mercado latinoamericano. Así, de la mano de las grandes empresas editoras como CEKO, EKC, Fotocelere, FotoArs, Iris o SYA, los criterios de belleza, las modas, los modelos de feminidad y masculinidad, las concepciones sobre la amistad, el amor romántico y la niñez y los parámetros de apreciación de la naturaleza, penetraban en una sociedad alejada de los centros occidentales como la que nos ocupa.¹⁷¹ Con sentidos, finalidades y formatos diferentes, las 53 postales que integran las otras dos colecciones analizadas en este apartado provienen de cuatro archivos familiares de Bahía Blanca que no se encuentran sistematizados. Tres de ellos corresponden a la familia A-L, más específicamente, a los hermanos Josefa, Armando y Argentina A. (nacidos en 1919, 1910, y 1911 respectivamente), casada esta última con Juan Emilio L (nacido en 1911). El restante es el de la familia formada a partir del matrimonio entre Ida G y Pietro R, celebrado en 1929. La mayoría de las tarjetas postales conservadas en estos sitios se confeccionaron y/o circularon en las décadas de 1920 y 1930, a excepción de las 7 postales pertenecientes a la década de 1910 que la familia de Juan Emilio L. había elaborado o recibido en la Capital Federal durante su infancia. La recopilación y el ordenamiento de las tarjetas postales implicaron una tarea previa de búsqueda entre las fotografías y cartas familiares, pues no se encontraban individualizadas como elementos con especificidad propia. En otras palabras, no estaban incorporadas en álbumes ni separadas del resto de los materiales escritos y visuales que componían las memorias familiares transmitidas a través de tres generaciones.

Los integrantes de la familia A-L constituían la primera generación nacida en la Argentina de padres inmigrantes oriundos de Macerata que se instalaron en la localidad a fines del siglo XIX. El esposo de Argentina, Juan E. L., había nacido en la Capital Federal y era hijo de un matrimonio de inmigrantes españoles. Por su parte, Ida G y Pietro R eran inmigrantes de origen italiano que llegaron desde la región de Novara al finalizar la década de 1920. Las familias A y G-R compartían el país de procedencia y el hecho de haberse dedicado a las actividades agrícolas en su lugar de origen. Además de ello, se asemejaban por haberse radicado en la zona urbana, mutando sus ocupaciones laborales tradicionales.¹⁷²

No todas las postales que llegaron a nuestras manos tenían a estos hogares como objetivo original. Algunas de las pertenecientes a la familia A-L acompañaron las mudanzas de los destinatarios, que las habían recibido en Buenos Aires, como es el caso de algunas de las tarjetas atesoradas por Juan Emilio L.¹⁷³ Otras llegaron a la ciudad desde Europa en el equipaje de Ida y su esposo. La mayor parte de ellas (36) no contienen signos de haber sido enviadas o recibidas por correo, como sellos o datación tópica y crónica. Probablemente, estas postales sin datos de circulación tuvieran como fin tres escenarios posibles aunque no excluyentes: ser atesoradas por sus propios productores, entregadas en mano a otros familiares y/o acompañar cartas. En el primer caso, funcionaban como objetos que podían ser mostrados a las visitas, compartidos en familia y conservados por los propios protagonistas por el placer que proporcionaban al cristalizar recuerdos de momentos preciados. Ese mismo valor puede hacerse extensivo al segundo caso, en el cual primaba el gesto de compartir las memorias retenidas en las postales entregándoles copias a sus allegados. Una huella de estos usos es la conservación de algunas tapas de papel para albergar las postales y el hecho de que algunas se encuentren por duplicado (en los archivos del emisor y del receptor). Como veremos en el próximo apartado, el último caso, por su parte, reafirmaba el potencial comunicativo de este tipo de correspondencia y su efectividad en el sostenimiento de las redes familiares.

Otro rasgo que las distingue de las que componen la colección M-R es que, en general, no contienen mensajes manuscritos. Varias de ellas tienen dedicatorias sintéticas o inscripciones en el reverso, realizadas a posteriori por integrantes de la familia que deseaban identificar a los retratados, temiendo que con el paso del tiempo quedaran sumidos en el anonimato. Solamente cuatro contienen mensajes más extensos. La escasez de textos escritos en este corpus no debe inducirnos a pensar que las personas involucradas eran analfabetas. Los hermanos Argentina, Armando y Josefa A, por ejemplo, habían asistido algunos años a la escuela, de la mano de la expansión de la escolaridad de nivel primario en la ciudad. Por su parte, Juan Emilio L. también se había alfabetizado en la Capital Federal. Finalmente, en algunas postales de Ida. G. encontramos palabras y textos en italiano, su lengua materna, debido a que en su persona operó un mestizaje lingüístico entre el idioma español del país de acogida y el dialecto piemontés de su lugar de origen. Es probable, entonces que la exigüidad comunicativa se debiera entonces a que en numerosas ocasiones las tarjetas eran colocadas en un sobre y acompañadas por cartas más extensas que permitían un despliegue discursivo más amplio.

El material provisto por estas dos familias extensas no emparentadas (A-L y G-R), comparte una característica que justifica su tratamiento conjunto: el hecho de tratarse, en su gran mayoría, de tarjetas postales ilustradas fotográficas o "foto-postales". Como señala Mariluz Restrepo, estas postales con fotos reales "...pueden considerarse reales en el triple sentido de la palabra: son fotos 'verdaderas', no reproducciones; son reales en cuanto que representaban la 'realidad' desde una perspectiva propia y porque metafóricamente se consideraban 'reales'; es decir, 'soberanas' por ser únicas".¹⁷⁴ En suma, son imágenes provenientes de tomas fotográficas corporeizadas en postales, que tenían la imagen en una cara y el reverso dividido para consignar el mensaje, la dirección y a la estampilla. Además, estas fuentes pueden incluirse en un mismo conjunto porque los retratados, temas y destinatarios

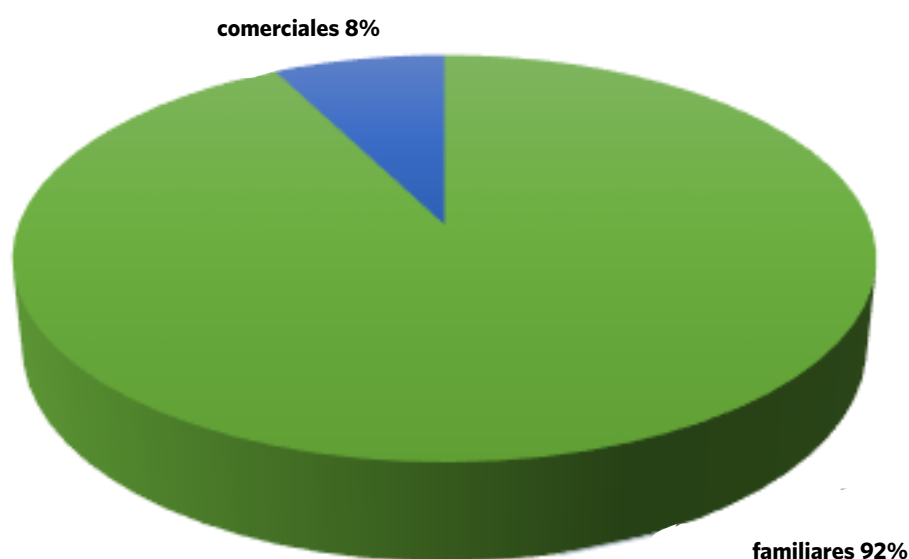


Gráfico 3. Distribución de postales por tipo.
Colección A-L y G-R.

formaban parte generalmente del universo familiar. A diferencia del caso anterior, solamente cuatro de las postales del corpus son de carácter comercial. Tres de estas últimas se encuentran dentro del tipo paisajístico y una pertenece al género de las realizadas con la técnica del bordado. [Gráfico 3]

La producción de estas tarjetas fotográficas era, como señalamos más arriba, una actividad mercantilizada que encontró en las vistas y en el retrato de estudio, individual o colectivo, el impulso necesario para su sostén y crecimiento. Las pertenecientes a la familia A-L confirman la aceptación general que esta técnica tenía en la sociedad argentina desde principios del siglo XX y la expansión que había logrado gracias a, por un lado, la reducción del formato que se había producido a fines del siglo XIX (*carte de visite* y *cabinet*) y, por el otro, el ya mencionado abaratamiento de los precios.¹⁷⁵ El proceso de elaboración de las fotografías personales y familiares implicaba una disponibilidad de dinero y de tiempo que se justificaba por los réditos simbólicos que aportaba la reproducción de la imagen propia. Los custodios de las fotografías de los miembros de dicha familia narran que los retratados se vestían y peinaban especialmente para la ocasión y se trasladaban a alguno de los estudios que se localizaban alrededor de la Plaza Rivadavia, como el Palacio del Arte. Una vez allí, se sometían pacientemente al proceso de fotografiado que, por ejemplo en el caso de los niños, podía resultar algo arduo. Esta práctica testimonia los cambios que la modernización estaba introduciendo en las vivencias cotidianas de la población urbana bahiense y que se plasmaba, incluso, en la experimentación formal de la que eran objeto algunos retratos. Un caso singular es el de una de las postales de la familia A-L que presenta el resultado de un montaje de dos fotografías: la del novio, retratado de cuerpo entero en un estudio de Buenos Aires, y la del rostro de la novia, recortado por la propia protagonista de una fotografía tomada previamente en Bahía Blanca.

Las imágenes obtenidas de esta manera eran versátiles, pues al bucear en los archivos familiares hemos comprobado que podían tener diversos medios portadores además de conservarse como fotografías propiamente dichas en papel destinado para ello. En tal sentido, podían producirse trans-

posiciones a otros soportes dando por resultado su transformación en cuadros o en postales. Así, mientras la ampliación con la finalidad de crear un cuadro, muestra el gusto por la exhibición en el hogar, otros usos como la publicación en los periódicos servían para volver pública la propia imagen mediante la ilustración del anuncio de algún evento familiar como, por ejemplo, un próximo enlace. En el caso la familia G-R no hemos identificado esta pluralidad de usos de la imagen pero sí la misma "convivencia" de fotografías y postales familiares traídas o recibidas desde Italia. Esta inmigrante eligió trasladar consigo, además de los objetos y vestimentas que conformaban su ajuar de recién casada, imágenes fotográficas que evocaban recuerdos agradables y otras que constituían huellas de un pasado conflictivo. Entre estas últimas ubicamos, por ejemplo, una fotografía que ella y sus padres habían enviado a su hermano mientras combatía en la Primera Guerra Mundial.

Tránsitos postales: estrategia letrada de integración espacial

La escritura y el intercambio de postales es, parafraseando a Paula Caldo y Sandra Fernández,¹⁷⁶ una práctica, un hecho de la vida social y una forma discursiva a la vez. Por ello, su análisis en términos de sociabilidad no puede excluir las dimensiones relativas a su circulación y a las formas de interacción promovidas a partir de ellas tanto como a su contenido visual y textual. Ciertamente, la reconstrucción cuantitativa y espacial de sus desplazamientos permite dar cuenta de la red egocentrada del remitente así como de su función como productora y sostenedora de vínculos de amistad y parentesco.

Varias investigaciones han destacado ya el rol de las fuentes epistolares para el estudio de redes sociales dado que a partir de ellas es posible recuperar el "conjunto de conexiones entre actores relacionados de un modo u otro a través de interacciones efectivas que se producen en un momento dado".¹⁷⁷ No se trata, entonces, de relaciones potenciales deducidas de los nexos formales que unen a las personas sino de lazos comprobables que inciden en las oportunidades, las limitaciones y las características de su integración social, reforzando la identidad y la homogeneidad del grupo.

En tanto medio interpersonal que supone una brecha y una inscripción témporo-espacial,¹⁷⁸ la correspondencia va configurando así una geografía de límites variables que definen una escala de acción colectiva. De acuerdo a José María Imízcoz Beunda y Lara Arroyo Ruiz, su análisis permite superar la historia local y regional para explorar conexiones transnacionales -en su caso, "a escala imperio"-, vinculando lo local con los centros de poder económico y político.¹⁷⁹ En efecto, colecciones como las de A-L y G-R habilitan un abordaje en estos términos ya que las postales que las componen estuvieron destinadas, en general, a satisfacer una necesidad comunicativa vinculada a la distancia geográfica que separaba a los remitentes de sus familias de origen.

Varios de ellos se habían dispersado en el contexto de los flujos migratorios transnacionales masivos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Por ejemplo, los padres de Juan Emilio L. se radicaron en la Capital Federal mientras algunos de sus parientes lo hicieron en los Estados Unidos. Posteriormente, Juan Emilio se alejó de sus padres y hermanos, pues se incorporó a la Armada Argentina, se casó, y fue asignado a lugares diversos dentro del país, como Buenos Aires, Rosario y Puerto Belgrano. Ida G. y Pietro R., por su parte, establecieron su residencia en Bahía Blanca en tanto que muchos de sus familiares directos permanecieron en Italia y en Francia.¹⁸⁰

En estas ocasiones, las postales operaban como complemento visual del recurso escrito dado que, a diferencia de lo que sucedería en la colección M-R, se enviaban o recibían junto con una epístola. El uso de la fotografía de estudio aportaba aquí un valor de certificación tanto como una sensación de proximidad que permitía a los seres queridos mantener actualizados sus vínculos y, de esa manera, preservar la unidad familiar. De acuerdo con ello, estos envíos transatlánticos de postales fotográfi-



Mapa 6. Circulación de las postales

Colecciones A-L y G-R

Trayectos detectados: Rosario-Buenos Aires-Bahía Blanca, Buenos Aires-Bahía Blanca, Tornquist- Bahía Blanca, Santos-Bahía Blanca, Bridgetown-Buenos Aires-Bahía Blanca, New York-Buenos Aires-Bahía Blanca, Marseille-Buenos Aires-Bahía Blanca, Paris-Bahía Blanca, Lugano-Bahía Blanca, Veruno-Bahía Blanca-Arona-Bahía Blanca, Borgomanero-Bahía Blanca.

Mapa extraído de Philip, George and Goodall, George, Atlas, Serial Map Service, London, 1939.

cas se singularizan temáticamente por registrar y comunicar acontecimientos significativos para la comunidad de origen, como la conformación o actuación de bandas de música, el deceso del párroco o la fiesta posterior a realización de la cosecha. Como explica Verónica Sierra Blas, en el caso de inmigrantes como Ida G. y Pietro R., las fotografías creaban una relación complementaria y simbiótica con la escritura: respondían muchas veces a intereses y necesidades, al igual que las palabras, y solían ir acompañadas de comentarios y anotaciones que guiaban su interpretación, situaban la imagen en un contexto específico o exclusivamente la explicaban. Además, debido a que, como los mencionados, muchos extranjeros se encontraban inmersos en redes de parentesco y solidaridad que involucraban

a “paisanos”, no era raro que las postales, así como otros tipos de correspondencia, objetos, dinero y comida, llegaran a través de intermediarios que se trasladaban entre ambos continentes.¹⁸¹

Al igual que las imágenes, los mensajes escritos incluidos en el dorso de las tarjetas, aunque escasos, corroboran la importancia que asumía el dispositivo como medio de comunicación a distancia. Vale mencionar a manera de ejemplo, cuatro casos de los que componen nuestro corpus: dos de ellas fueron enviadas al padre de Juan Emilio L. por su hermano desde Barbados y Francia respectivamente, para notificarle su paradero y enviarle recuerdos y afectos junto con deseos de buena salud; la tercera exhibe un mensaje de salutación dirigido por un familiar a Josefa A. con motivo de las celebraciones de Navidad y Año Nuevo, acompañado por un verso; y la restante, enviada desde Italia a Ida G., contiene una explicación sintética de la fotografía, referida al deceso del cura párroco. En todas ellas, existía una estrecha articulación entre la imagen previa y el texto añadido. Respondiendo a la tipificación del género, se trataba de mensajes cortos, cuasi-privados, debido a que al enviarse al descubierto cualquier persona podía acceder a ellos.

En suma, por su contenido visual y textual, y por los indicios de circulación, podemos afirmar que estas postales fueron elaboradas para uso personal y/o para una audiencia familiar (sobrinos, tíos, tías, primos, hermanos y padres), excepto en un único caso cuyo remitente fue un amigo. La inexistencia de textos en muchas de ellas sugiere que sus productores y receptores compartían el mismo contexto referencial que les permitía decodificar y hacer inteligibles las imágenes, al menos parcialmente. También alude a la posibilidad de que no tuvieran destinatarios individuales sino la familia en su conjunto. Las postales fotográficas familiares exhibían a las personas, operaban a modo de recordatorios y construían vínculos filiales. Formaban parte del universo cotidiano, se atesoraban y se intercambiaban contribuyendo a mantener cohesionada a la parentela que se encontraba separada. En el caso de Ida G., cuya familia de origen siguió residiendo en el continente europeo, las cartas y las postales constituyeron durante décadas las únicas formas de comunicación y transmisión de afecto y noticias a la distancia. Las fotografías en general, y las tarjetas postales fotográficas, en particular, ocupaban sitios relevantes en los hogares, mantenían vívida la memoria de quienes estaban ausentes y hacían presentes las fisonomías de los nuevos integrantes de las familias. Su valor era elevado para los inmigrantes. Como expresa Sierra Blas, en estos casos los retratos se constituían en una escritura de imágenes más eficiente a nivel comunicativo que la escritura misma.¹⁸² En cambio, en el caso de varios de los integrantes de las familias A-L funcionaron como un complemento de las relaciones de sociabilidad que entablaban directamente, ya que quienes residían en Bahía Blanca y en la Capital Federal también viajaban para verse en persona.

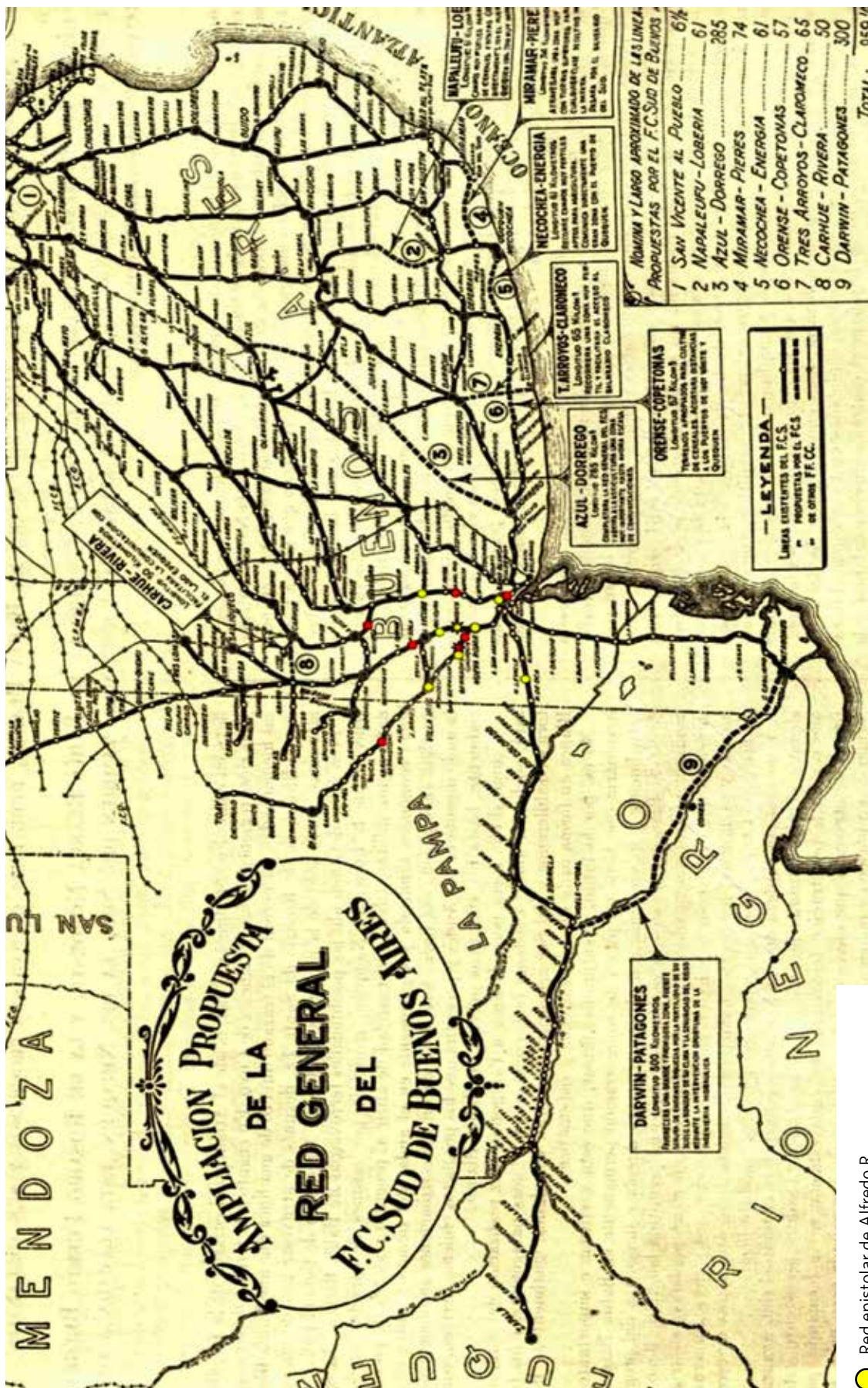
Si la afirmación de Imízcoz Beunda y Arroyo Ruiz resulta pertinente para comprender la función que cumplieron las postales en el sostenimiento de las redes que unían a los inmigrantes y sus hijos con sus familias de origen, no sucede lo mismo con el material contenido en la colección M-R. Su relevancia reside precisamente en poner de relieve los fenómenos de integración, no ya internacional, sino regional que se produjeron luego del asentamiento de numerosos contingentes de europeos en la zona y como consecuencia de la pérdida de contacto de estos con los países de origen y de la necesidad de crear nuevas solidaridades y alianzas. La proximidad residencial tanto como la frecuentación por razones económicas, actuaron en este contexto como factores de cohesión. La vecindad, en especial, condiciona, según Claire Bodart, la posibilidad de establecer relaciones así como la naturaleza de las mismas ya que se articula “la restricción mínima de la presencia cercana con la necesidad de preservar un ambiente soportable, un marco de existencia vivible”.¹⁸³ En efecto, estudios sociológicos contemporáneos destacan, a partir de análisis empíricos cuantitativos, la importancia de las redes en la adaptación psicológica de los inmigrantes, demostrando que las redes mixtas donde se mezclan vínculos familiares y amistosos de diferentes procedencias dan cuenta de una mayor integración

que las unidas únicamente por filiaciones étnicas o de parentesco.¹⁸⁴ La estabilización del proceso inmigratorio supone la conformación de redes personales amplias y equilibradas que se producen paralelamente a un mejor conocimiento y mayor accesibilidad a los servicios sociales.

Las redes egocentradas construidas a partir del intercambio postal de Élide M. y Alfredo R. evidencian, de manera diferencial, las formas y grados de inserción de sus respectivas familias. Mientras el tejido social de Élide se revela más extenso espacialmente gracias a la presencia de parientes en el área comprendida entre Bahía Blanca y La Pampa pero más reducido en número de personas, el de Alfredo se presenta limitado a los lazos de amistad construidos a partir de la vecindad o de los contactos productivos. El reagrupamiento familiar de éste último se efectuó, de hecho, como consecuencia de estos tratos y no a la inversa: los C y los B, por ejemplo, se unieron en matrimonio respectivamente con José y María, hermanos de Alfredo, y reforzaron así los vínculos ya existentes que habían sido erigidos en función de la proximidad habitacional. Las postales enviadas por miembros de las familias Mñ y S, por su parte, dan cuenta del capital social construido a partir de las actividades económicas dado que su carácter de comerciantes de frutos del país los ponían en contacto frecuente con productores agropecuarios de la zona con quienes terminaban creando lazos interfamiliares. En el caso de Élide, por el contrario, las redes amistosas se combinaron las de parentesco desde los comienzos. Esta diferencia fundamental se debió a que tanto su padre como su madre contaban con familiares cercanos afincados en Bahía Blanca al momento de su llegada al país.¹⁸⁵ Abuelos, tíos y primos aparecen, entonces, como remitentes de las postales recibidas por Élide a la par que vecinos y vecinas de campos aledaños. La mayor amplitud de la red de Alfredo podría explicarse, al contrario, por la ausencia de lazos previos fuertes y la necesidad concomitante de crear un anclaje social en el territorio.

El procesamiento cuantitativo de los datos de procedencia de las tarjetas, define así una región que incluía fundamentalmente localidades del partido de Tornquist y sus alrededores donde se encontraban sus propiedades rurales, como Chasicó, Berraondo, Goyena, Choique, Pelicurá, García del Río, Nueva Roma, Abramo, Felipe Solá y Villa Iris, pero que tenía su nodo en la ciudad de Bahía Blanca, sede administrativa, económica y de servicios.¹⁸⁶ [Mapas 7 y 8] A su vez, mientras la red de Alfredo aparece mucho más concentrada en los alrededores de Chasicó y en Bahía Blanca, la de Élide manifiesta una mayor dispersión y equilibrio. Esta jerarquización de las procedencias se explica, en gran medida, a partir de la estructura administrativa y económica de la región que, a pesar de contar con cabecera propia, tenía en la ciudad portuaria su principal centro urbano. Desde su fundación y hasta la creación del partido de Las Sierras en 1905, el pueblo de Tornquist y sus terrenos próximos pertenecieron a Bahía Blanca. A pesar de ello y aun después del cambio de nombre por el de Tornquist, el partido continuó bajo jurisdicción bahiense en materia judicial (Tribunales Costa Sud y Juzgados federales), militar (Distrito 26), de correos (Distrito 21) y electoral (Sexta Sección). El tendido de las vías férreas a fines del siglo XIX, que constituyó un factor de poblamiento de la zona ya que permitió la llegada de la mano de obra inmigrante y estimuló la fundación de poblados en las inmediaciones de las estaciones, implicó también una profundización de dicha organización territorial nucleada en torno al puerto. La disposición en abanico de las líneas del ferrocarril facilitaba la salida por mar de la producción ganadera (ovinos primero, bovinos después) y agrícola regional destinada a la exportación así como el tránsito de personas en ambas direcciones. La expansión del cultivo, en particular, se asoció directamente con la de la red ferroviaria que abrió la posibilidad de orientar el movimiento migratorio hacia el sudoeste de la provincia y lograr su radicación definitiva en la campaña.¹⁸⁷

El sistema de arrendamiento y mediería se propagó, entonces, por la zona¹⁸⁸ y permitió, sobre todo el período 1914-1930, que algunos chacareros como los que aquí nos ocupan adquirieran algunas



- Red epistolar de Alfredo R.
- Red epistolar de Élide M.

Mapa 7. Redes epistolares. Colección M-R.



Mapa 7. Redes epistolares.

Colectión M-R.

Mapa extraído de *Centenario de Bahía Blanca. Homenaje de La Nueva Provincia en el primer centenario de la ciudad de Bahía Blanca*, Bahía Blanca, La Nueva Provincia, 11 de abril de 1928, p. 600

propiedades. Esta movilidad social ascendente sentó las bases para la formación de sectores medios rurales¹⁸⁹ que, con el paso del tiempo, fueron comprando también residencias urbanas. En este sentido, consideramos, en coincidencia con Leandro Losada, que las fronteras entre la ciudad y el campo resultaban difusas durante este período puesto que ambas se hallaban vinculadas con un mismo circuito económico. Por ello, antes que de redes de sociabilidad rural preferimos hablar en este apartado de la configuración de una red de sociabilidad regional donde confluían distintos agentes de ese sistema productivo que, arribados como mano de obra asalariada, se habían beneficiado de los procesos de ascenso social, integrando las filas de las incipientes clases medias.

Las postales de felicitación que componen la colección fueron enviadas en ocasiones especiales, como fechas de cumpleaños, Navidad o Año Nuevo, con el objetivo de robustecer y, a veces, profundizar dichos vínculos. Aunque la fuerte normalización de los textos poco nos informa de la naturaleza del intercambio, es posible inferir que éste funcionaba como un refuerzo de los encuentros “cara a cara” allí donde la distancia imponía cierta dilación y que, a su vez, se inscribía en la lógica maussiana del don y contra-don en tanto el envío de una postal creaba el compromiso de la devolución.¹⁹⁰ La

fórmula “agradezco y retribuyo” con que se solían dar inicio al mensaje escrito revelaba la exigencia de reciprocidad que establecían las normas de convivencia y los convencionalismos sociales. Al igual que las invitaciones matrimoniales que estudia Florence Maillochon, el ida y vuelta de las tarjetas no sólo daba cuenta de un vínculo efectivamente existente sino que contribuía a crearlo y enaltecerlo porque implicaba dedicar atención y tiempo a la relación.

La práctica de enviar mensajes de congratulación se hallaba, por lo tanto, muy extendida entre los jóvenes, en especial durante su etapa casadera. Tal como se desprende del corpus considerado, el intercambio con pares de uno y otro sexo manifestaba su mayor densidad en el lustro comprendido entre 1927 y 1932, cuando los protagonistas contaban entre 15 y 20 años. Sobre todo en el caso de Alfredo, las alusiones jocosas por parte de los amigos y los comentarios indirectos de las mismas interesadas daban cuenta de los galanteos que, con seguridad, habían tenido lugar en otros ámbitos de encuentro. Las imágenes ocupaban en estos contextos un rol fundamental ya que, mediante distintas estrategias de apropiación, podían decir aquello que las palabras tenían vedado. Así, Leopoldo B. intervino la imagen de tarjeta amorosa que le envió a Alfredo para el Año Nuevo de 1927 diciendo “No vayas aser vos tambien como esta parega che” y para esa misma fecha Margarita C. escogió una fotografía amorosa y trazó sobre la pareja allí representada las iniciales M. y A. junto a la fórmula “Muchas felicidades y prosperidad”. El carácter de la relación también era sugerido por los versos que solían acompañar la nota o emergía de manera explícita en algunas frases generando un efecto de extrañamiento debido a la combinación del registro impersonal con las expansiones afectivas.¹⁹¹ De esta manera, el género habilitaba ciertas transgresiones a las pautas que regían las relaciones sociales y suscitaba así la desaprobación de algunos sectores, dentro y fuera de la Argentina. Una poesía publicada en *El tiempo ilustrado* de México describía con claridad los riesgos que comportaban estos intercambios para quienes en ellos se involucraban:

Pues la tarjeta postal,
que nunca lleva cubierta,
hoy concede puerta abierta
á indiscreción general.

Yo se de algún escribiente
que se olvida, en el correo,
del deber, por el deseo
por demás impertinente,

de revisar las tarjetas
de niñas enamoradas,
de jamonas descaradas
y aprendices de poetas.¹⁹²

Lo cierto, es que estos mensajes apelaban a la complicidad entre los corresponsales, aludiendo a conversaciones y encuentros que se habían producido con anterioridad. Por lo general, en el campo el ámbito privilegiado de dichas reuniones eran los espacios de ocio organizados en los poblados cercanos. Los bailes, cuya centralidad en la concertación de noviazgos y matrimonios ha sido señalada con frecuencia,¹⁹³ constituían uno de los ejes de la sociabilidad rural de la época y fue en uno de ellos que Élida y Alfredo se conocieron. Alimentados por la explosión del asociacionismo, estos eventos organizados por sociedades juveniles y clubes en sus respectivas sedes o en los galpones del ferrocarril se multiplicaban y congregaban a los habitantes de la región atraídos por la posibilidad de diversión y de interacción con individuos de ambos sexos. Élida era, sin duda, una asistente habitual a estas fiestas,



Imagen 49. Medalla obtenida por Élide M. en el concurso de baile de la Juventud Agraria, 1929.

como lo demuestran sus medallas obtenidas en los concursos de danza de 1927 y 1929 [Imagen 49], pero su radio de movilidad se revela considerablemente menor que el de Alfredo. Eran los varones quienes, gracias a la disponibilidad de vehículos y a la mayor libertad de la que gozaban, concurrían a las tertulias más alejadas. Fue, de hecho, en Berraondo, de donde era oriunda la muchacha, donde se produjo el primer acercamiento; la postal del 1 de enero de 1932 que ella le envió al joven confirmó así su voluntad de continuar la relación y, por lo tanto, el interés suscitado a partir del baile. En este sentido, como afirman Caldo y Fernández, la tarjeta se presenta como parte de un diálogo fragmentado pero también de un encuentro interrumpido por el tiempo y el espacio que requería, para su reactivación, de recursos textuales y visuales tanto como de reuniones periódicas.

Dispositivos eficaces en la construcción y el sostenimiento de vínculos de amistad o parentesco, las postales resultaban medios de comunicación especialmente potentes allí donde la distancia impedía la cotidianidad de la sociabilidad “cara a cara”. Fuera a escala intercontinental o regional, la circulación de este tipo de correspondencia creaba y fortalecía redes de relaciones que complementaban -y, a veces, sustituían- los contactos físicos y que funcionaban como estructura de contención y de solidaridad para las familias de inmigrantes recientemente incorporadas al territorio. Si en un caso dichas tramas privilegiaban los lazos de consanguinidad con quienes se había distribuido por distintos lugares del mundo y hacían uso de la imagen y los textos para mantener su actualidad, en el otro priorizaban los criterios económicos, de vecindad y de clase para afianzar su identidad regional y consolidar su posición mediante el establecimiento de nuevas alianzas.

Las postales entre la cultura escrita y la cultura visual

La original articulación de imágenes y textos que proponían las postales implicaba una diversidad de usos y apropiaciones que requería del desarrollo de nuevas competencias, tanto visuales como de lecto-escritura. Las posibilidades comunicacionales se veían considerablemente ampliadas y facilitadas gracias al surgimiento del formato pero reclamaban, cada vez más, del dominio de las habilidades y los saberes que promovía el sistema educativo en expansión. Las particularidades del género suponían además un control sutil sobre los mensajes con la finalidad de lograr el equilibrio deseado entre

lo público y lo privado, entre lo convencional y lo personal. La tarjeta se convertía, así, en una carta de presentación viso-textual del remitente, de su capital cultural, económico y social, que lo posicionaba frente al destinatario. En este apartado pretendemos, en consecuencia, explorar las formas de escritura y las imágenes contenidas en el corpus a fin de examinar los modos de representación de sí que individuos y familias desplegaron e hicieron circular entre sus correspondientes, dando cuenta en el trayecto de las transformaciones educativas, tecnológicas e ideológicas que se estaban produciendo de manera simultánea.

Como hemos explicado más arriba, las características particulares de las colecciones consideradas imponen análisis diferenciales: mientras la escasez de material textual y la inclusión de fotografías propias en los acervos A-L y G-R nos obligan a centrarnos en la dimensión visual de las postales, la naturaleza comercial y estandarizada de las contenidas en el archivo M-R pone en primer plano la reflexión sobre su aspecto discursivo. Cabe advertir, sin embargo, que no se trata igualmente de una diferencia sustancial sino de una de grado que persigue fines metodológicos: en los dos casos, es la convivencia de ambos lenguajes la que se presenta como el rasgo distintivo del medio.

Las postales que componen la colección M-R se destacan por la densidad y la ubicuidad de la escritura que llegaba a ocupar, en ocasiones, todos los espacios redaccionales disponibles, irrumpiendo incluso en la superficie gráfica del dorso. El contenido, que se disponía con distintas orientaciones y sin someterse estrictamente a los espacios asignados por la división bipartita impresa, se estructuraba en partes preestablecidas que eran respetadas en la mayoría de los casos: un encabezamiento, una salutación alusiva a la fecha que comenzaba agradeciendo un envío anterior, una estrofa en verso y una fórmula de despedida. Ocasionalmente, a ello se añadía en los márgenes una suerte de posdata con comentarios graciosos, recordatorios o aclaraciones. Era allí donde emergía con frecuencia la palabra propia, la subjetividad que los convencionalismos limitaban en las demás secciones y la familiaridad en el trato de quienes sostenían lazos más intensos. El mensaje que Elena C. le envió a Alfredo en 1930 constituye un claro ejemplo en este sentido. Al poema y las felicitaciones estandarizadas de año nuevo, seguía una disculpa coloquial por la postal remitida que escapaba a las formalidades establecidas:

Quisiera ser palomita
y por los aires volar
para ir a felicitarte en perzona
y no por tarjeta postal.

Señor Alfredo R. Apreciable amiguito Agradesco y retribuyo tus sinceros saludos y felicitaciones del año nuevo y yo te deceo que las brisas del año 1930 sea para vos todas dichas y prosperidad en compañía de tu honorable flia son los augurios de Elena.

Desculpame Alfredo por la posta otro día te mandare mas bonita¹⁹⁴ [sic]

Esta peculiar articulación de recursos era el resultado, por un lado, de la ampliación limitada del proceso de alfabetización y, por el otro, de la extensión de las prácticas postales en la vida cotidiana. En efecto, el programa de escolarización que estaba llevando adelante el Estado Argentino desde el siglo anterior había permitido reducir los índices de analfabetismo de manera considerable [Cuadro 3] y, aun cuando la población rural seguía apareciendo hacia 1947 como la más afectada (23,3% contra el 8,8% de la población), sus efectos habían alcanzado a todos los sectores, modificando sus comportamientos y modos de relación. En este contexto, el aprendizaje de la lecto-escritura se convertía, en palabras de Adriana de Miguel, en una "garantía de integración cultural dentro del nuevo horizonte letrado".¹⁹⁵

Por supuesto, las condiciones de la existencia y las dificultades para acceder a los servicios educativos en el interior de la provincia -sobre todo, en el campo- suponían un proceso de instrucción incompleto y fragmentario, como lo demuestran la gramática, la sintaxis y la ortografía de las tarjetas del archivo M-R. Este problema era percibido como tal por las autoridades y así lo indicó Manuel Bahía, Director General de Escuelas de la esta jurisdicción, en 1903 para quien

“No solamente no educamos a la totalidad de los niños en edad escolar, sino que los que disponen de lo que tú [Marcelino Ugarte] llamas privilegio, no obtienen en cinco o seis años ni el decantado desarrollo mental, ni siquiera las nociones más rudimentarias para moverse en la vida práctica.” Informa además el estado general de las escuelas de sesenta pueblos de provincia, comprobando que muchos maestros no aplican ni entienden el material científico que poseen en sus aulas, los alumnos no saben escribir con claridad ni leen con comprensión, ni saben resolver las cuatro operaciones fundamentales en problemas cotidianos.¹⁹⁶

Un año después, el diagnóstico realizado sobre cincuenta escuelas confirmaba que “se escribe mal, se incurre en abundantes errores de ortografía, no se redacta con mediana corrección, lenguaje pobre y trivial”.¹⁹⁷ Estas deficiencias del sistema de instrucción eran paliadas por las familias de acuerdo a sus posibilidades: si en el caso de Élide las redes de parentesco le permitieron concurrir a una escuela primaria bahiense hasta, prácticamente, su finalización, [Imagen 50] en el de Alfredo fueron las de vecinazgo y amistad las que hicieron posible que aprendiera las primeras letras. La práctica de contratar un maestro particular que impartiera lecciones a los niños de la zona mitigaba las consecuencias que conllevaban la distancia, la falta de maestros y de escuelas, permitiéndoles acceder, al menos precariamente, a una cultura que, cada vez más, se configuraba en torno a la escritura.

Si los avances en los índices oficiales de escolarización y alfabetización esclarecen en gran medida los procesos que hicieron factible la difusión creciente de los medios de comunicación textual, no resultan suficientes para explicar sus características y los usos que de ellos se hacían. Aunque la enseñanza del formato epistolar estaba prevista en las normativas estatales,¹⁹⁸ no se incluían las postales en dicho programa; el aprendizaje de las convenciones discursivas del género se realizaba en el intercambio mismo o mediante folletos que enseñaban a escribir cartas y textos para postales.¹⁹⁹ Dada la repetición de versos en las tarjetas a nuestra disposición, podemos suponer incluso que los interesados recopilaban y luego reproducían, ligeramente modificados, los versos que les enviaban.²⁰⁰ Esta fuerte sujeción a la costumbre, a la vez que facilitaba el diálogo, habilitaba críticas como la del poema de P.S. antes citado para el que

la tarjeta postal
tiene por fin capital
cubrir la falta de ideas.

Si no sabes escribir
si siquiera cuatro renglones
en una tarjeta pones
tu firma sólo, y salir

logras, al punto, del paso,
pensando que allí no cabe
sino tu firma, y lo sabe
todo el mundo y no hace caso.[...] ²⁰¹



Imagen 50. Érida M. en la Escuela n° 6 de Tiro Federal (segunda niña de la segunda fila empezando de abajo).
Colección M-R.

Ciertamente, una mínima competencia lecto-escritora garantizaba la eficacia del acto comunicativo y la intención de reciprocidad que exigían las normas sociales. Sin ser desdeñable, su contenido pasaba a un segundo plano frente al hecho social del envío.

Por otra parte, el análisis cuantitativo del corpus parece contradecir los datos censales, ya que, si bien estos indicaban que el analfabetismo se hallaba más generalizado entre las mujeres (15,2% frente al 12,1% masculino en 1947), eran ellas las más involucradas en el envío de tarjetas. El 61,9% de los miembros de las redes de Érida y Alfredo pertenecían, de hecho, al género femenino. Esta aparente contradicción probablemente se debiera a la feminización de la escritura relacionada con el ocio y la sociabilidad que Karin Littau señaló a propósito de la lectura.²⁰² En concordancia con ello, las guías sociales de la época aseguraban que

El género epistolar, el de la epístola galante por excelencia, constituye un verdadero arte femenino; arte que lo es en la doble virtud del primor caligráfico y de su extraordinario afiligamiento literario. No obstante, es el arte menos libre de todos, al extremo, que el diletantismo epistolar no puede ser ejercido sin riesgo de infringir los cánones sociales.²⁰³

La dimensión estética que suponía la escritura, tanto en su nivel material como intelectual, la convertía en prerrogativa de las mujeres. El esmero caligráfico promovido incluso desde las instituciones oficiales²⁰⁴ y la delicadeza de la expresión pertenecían a la esfera de lo bello y de lo decorativo y eran, por lo tanto, jurisdicción femenina. La gracia y la prolijidad de la letra constituían, además, un modo

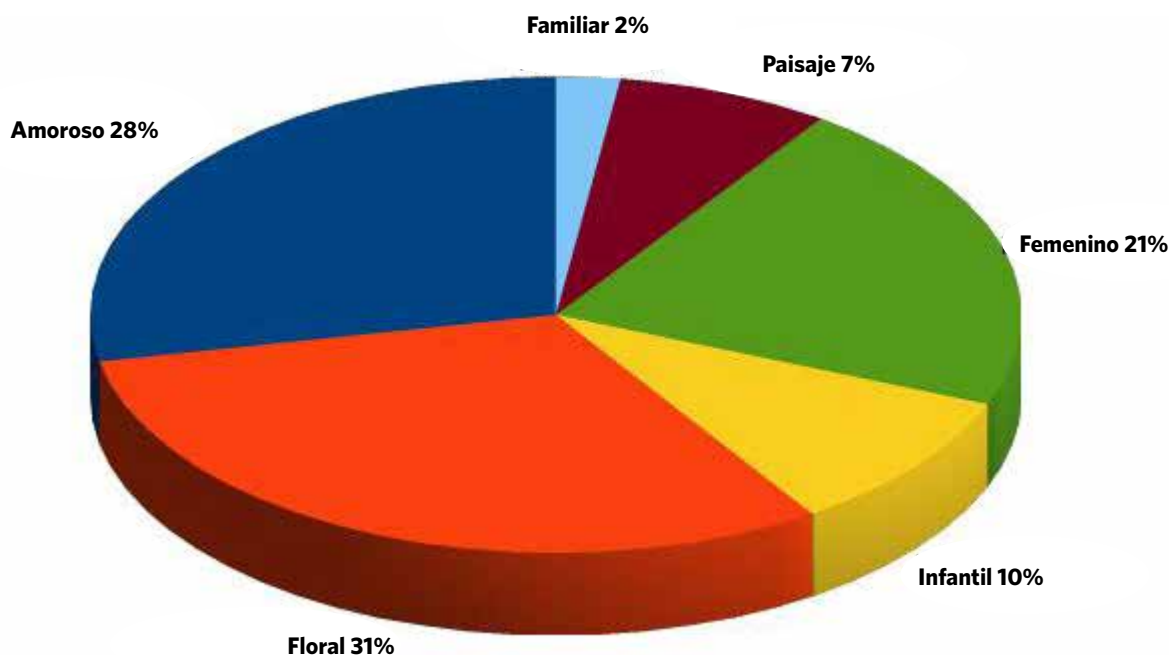


Gráfico 4. Tarjetas postales comerciales de acuerdo a sus motivos dominantes.

Colección M-R.

de presentación de sí que hablaba no sólo del capital cultural de su emisora sino también de sus cualidades morales. Como afirma Edgardo Ossana, si la letra “es estética por ser la elegida, si es buena porque responde a la norma y si es saludable porque se adapta a principios científicos naturales, cumple con todos los requisitos”.²⁰⁵

Este carácter “femenino” se acentuaba en el caso de las postales donde los atributos estéticos adquirirían mayor relevancia a partir de sus aspectos materiales y visuales. El envío, en estos casos, suponía tanto la escritura como la elección de la imagen que actuaría como complemento del mensaje. Cuando se trataba de tarjetas comerciales como las de la colección M-R, la selección se veía restringida a unos pocos núcleos temáticos entre los que se destacaban las escenas amorosas, los retratos femeninos y los motivos florales. [Gráfico 4] Aunque, como señalamos antes, muchas veces era la disponibilidad coyuntural el factor determinante, en otras ocasiones textos e imágenes establecían una relación de interdependencia que nada tenía de aleatoria. Así sucedía, por ejemplo, con las postales florales que solían estar acompañadas de versos como “Las flores con el tiempo/ pierden su beldad / Pero un cariño sincero / no se termina más”²⁰⁶ o “Que dichosa son las flores / cuando acaban de florecer / mas dichosa es esta postal / cuando llegue a su poder”²⁰⁷; con algunas figuras infantiles que eran enviadas a destinatarios de corta edad,²⁰⁸ o con otras de corte romántico que, como señalamos con anterioridad, eran remitidas por los mismos interesados o, en tono picaresco, por los amigos.

Aunque significativas para la transmisión de valores y modelos de ser y comportarse, estas imágenes preconcebidas resultaban más limitadas como mecanismos de autorrepresentación que las fotopostales que componen las colecciones A-L y G-R. Estas fotografías registraban, de hecho, la propia imagen de sus productores y a los integrantes del grupo familiar. Algunas se confeccionaban en ocasión de hitos significativos para el núcleo parental, como compromisos, comuniones y nacimientos. Otras, como las que se elaboraban para documentar diversas etapas del crecimiento de los niños y niñas, no tenían un contexto acontecimental preciso.

Las postales con fotografías que retrataban infantes, tanto de Argentina como de Italia y Estados Unidos, muestran que a pesar de la diversidad geográfica de su procedencia existían ciertas convenciones extendidas. Como manifiesta Peter Burke con respecto al retrato, se trata de "...un género...compuesto con arreglo a un sistema de convenciones que cambian muy lentamente a lo largo del tiempo. Las poses y los gestos de los modelos y los accesorios u objetos representados junto a ellos siguen un esquema y a menudo están cargados de un significado simbólico. En este sentido el retrato es una forma simbólica..."²⁰⁹ Luis Príamo agrega señala que existe una notoria similitud en toda la retratística fotográfica del pasado debido a que fue uno de los primeros y más exitosos e irresistibles modelos universales de mundanidad burguesa. Si bien las costumbres, el vestuario y las características físicas de los retratados marcaban diferencias, tanto las herramientas utilizadas (cámaras, placas, papeles, modelos de galería de pose o de presentación de las imágenes, cartones de soporte y álbumes) como la forma de utilizarlas (poses de los individuos, iluminación, géneros), fueron universales.²¹⁰

En general, los niños y las niñas miraban hacia la cámara, no sonreían y se encontraban parados/as, tanto cuando estaban solos/as como cuando acompañaban a sus hermanos o a parientes adultos. Algunos bebés exhibían posturas rígidas debido a los aditamentos que los sostenían semi-erguidos, pero también se fotografiaban de manera más naturalista acostados o en brazos de su madre. En el caso de quienes tomaban la Primera Comuni3n, era com3n que sostuvieran libros de catecismo, rosarios o cruces entre sus manos y que las niñas portaran vestimentas blancas como signo de pureza. Los registros visuales de este sacramento indican que era un hito relevante para estas familias que profesaban la religi3n cat3lica.

En otros casos, se registraban eventos anuales como los carnavales, que rompían la monotonía de la vida cotidiana familiar y requerían la confecci3n de elaborados disfraces dignos, a los ojos de los involucrados, de ser mostrados y captados fotográficamente para la posteridad. En estos últimos casos, no era extraño que las postales fueran coloreadas a fin de aumentar su atractivo y mostrar los detalles del vestuario. En algunas postales de Oscar Emilio L., retratado de esta manera, se destaca la sonrisa que estaba ausente en otras fotografías infantiles.

También tienen presencia las postales con fotografías al aire libre, tomadas presumiblemente por fot3grafos profesionales ambulantes. Las mismas retrataban a integrantes del grupo familiar en excursiones o eventos sociales que podían involucrar a otras personas ajenas al núcleo parental. Algunas tarjetas postales de este tenor estaban vinculadas con ámbitos de trabajo como, por ejemplo, un picnic organizado por los integrantes de un gremio. Este último caso nos muestra un aspecto de la sociabilidad de la época en una ciudad en la cual se multiplicaban los ámbitos de encuentro fuera del hogar. En esta postal, hombres y mujeres se mostraban comiendo fruta, se mezclaban arrodillados/as o recostados/as sobre el césped y ostentaban poses menos rígidas que en las fotos tomadas en estudios. Si bien existía una composici3n grupal debida probablemente a la marcaci3n del fot3grafo, se deseaba transmitir cierto tono de espontaneidad. Hacia la década del treinta, se percibe en la fotografía en general una mayor relajaci3n con respecto a la rigidez moral y representacional de los retratos burgueses de principios de siglo, tanto por causas de orden social como por los cambios en las formas de concebir el cuerpo y en los modos de representarlo. La creciente familiaridad con las técnicas y convenciones fotográficas redundó en una actitud más espontánea de los modelos frente a la cámara así como la difusi3n de nuevos aparatos y dispositivos de iluminaci3n permitió realizar tomas en otro tipo de espacios más cotidianos.²¹¹

Lo anterior también puede apreciarse en una tarjeta postal más cercana a la década del cuarenta, que contiene una imagen de Oscar Emilio L. con sus padres Argentina y Juan Emilio, presumiblemente tomada en un viaje a una zona serrana. En la misma se destacan las posturas relajadas de los protago-

nistas, acordes con la situación de esparcimiento familiar. Rasgos similares se replican en una postal italiana que muestra a un grupo de hombres, mujeres y niños parados, sentados o ubicados sobre el suelo durante una fiesta agrícola, con botellas de bebidas y cierto descuido en los vestidos y trajes que por sus características no debían ser atavíos de uso cotidiano. Esta postal contrasta con otra de carácter familiar en la cual todos se encuentran situados de manera ordenada y mirando a la cámara.

Otras fotografías de este tipo –cuyos escenarios no eran estudios sino exteriores– se tomaban directamente en ambientes laborales como, en el caso de los marinos, los barcos en los cuales estaban destinados. Seis postales de esta clase, cuyo protagonista es Juan Emilio L., lo muestran con su uniforme, ya sea solo o acompañado por otros compañeros también uniformados, en embarcaciones o en sitios públicos como plazas. Nos acercan a uno de los estereotipos de la masculinidad en una época en la que tanto el servicio militar como las funciones permanentes en las fuerzas armadas estaban reservadas a los hombres.

En relación con lo anterior, debe aclararse que las imágenes de la familia y de los roles de género transmitidas a través de estas postales están mediadas por la mirada del fotógrafo que actuaba, en los términos de Boris Kossoy, como filtro cultural, y por su composición del escenario en el cual tomaba las fotografías.²¹² En este sentido, tanto los protagonistas como los fotógrafos eran productores y transmisores de significados relativos a la masculinidad y la femineidad. Como expresan Ana D' Angelo y Andrea Torricella, "A pesar de los sentidos afectivos que los sujetos les dieron, las fotografías familiares-personales también poseyeron una carga ideológica muy intensa en torno al ideal de clase media imperante en aquella época. La relación de la fotografía y las convenciones sociales fue capital al sentido de familia y género que construyeron. También condicionados por los sentidos sociales que poseía la práctica fotográfica."²¹³

En relación con lo anterior, era común que las mujeres fueran fotografiadas sentadas, con uno de sus brazos apoyado delicadamente sobre la silla y sosteniendo libros o flores simbolizando pureza. Si bien aparecen ocasionalmente otros planos además del retrato de cuerpo entero, aún se mantienen algunas poses un tanto rígidas y distantes, como se observa en una tarjeta postal que tiene como protagonistas a dos hermanas. En este caso aparecen características que Diana Ribas señalara como propias de las fotografías familiares bahienses de fines del siglo XIX, ya que la relación establecida entre ambas era de mera contigüidad, sin nada que evidenciara afecto ni comunicación.²¹⁴

Algunas jóvenes solteras no miraban directamente a la cámara y al espectador, evidenciando una actitud de recato y modestia, aun cuando aparecieran junto con sus prometidos. Sí lo hacían las madres, que ya habían atravesado el casamiento por civil y el sacramento del matrimonio, pilares fundamentales para la constitución de una familia legítima. Cuando estas últimas estaban acompañadas por sus hijos, podían aparecer algunos gestos tímidos de afecto como el de la proximidad de los rostros a partir de la elección de un plano medio o el sutil contacto físico de los brazos.

Era evidente que a través de estas formas de composición de los retratos de estudio se deseaba representar cierta imagen de mujer, ligada a los roles familiares y a los cánones de "decencia" tanto en sus actitudes como en su vestimenta, que invisibilizaba otras facetas. Esto es patente en el caso de una postal de Ida elaborada en Italia, que no deja traslucir su condición de obrera pese a que trabajaba en una fábrica de joyas engarzando diamantes. Los hombres, en cambio, además de aparecer como prometidos, esposos o padres de familia, también podían mostrarse con menor candor y mayor desenfado, fumando, sosteniendo recipientes de bebidas o en sus lugares de trabajo.

Las postales confeccionadas a partir de fotografías y portadoras de representaciones como las mencionadas constituían instrumentos privilegiados tanto para plasmar como para compartir la imagen

propia y de la familia para los miembros de estos sectores con expectativas de ascenso social. La popularización de su empleo generó transformaciones en las formas y dinámicas personales y familiares del recuerdo.

Consideraciones finales

Artefactos complejos y seductores, lugar de encuentro de palabras e imágenes, las postales constituyen una fuente de una potencialidad prácticamente inexplorada para abordar la sociabilidad de la primera mitad del siglo XX en la Argentina. Su condición de objetos que articulan lenguajes complementarios e irreductibles y de huellas palpables de un vínculo, pone de relieve ante la mirada del investigador la cuestión de la materialidad de los soportes, por un lado, y de la circulación de los discursos, por el otro. De este modo, las tarjetas destacan la dimensión relacional de lo social y su carácter dinámico, a la vez que lo insertan en la trama de los procesos económicos y culturales que dieron forma al mundo moderno. En tanto productos industriales de consumo masivo en ellas confluían las tecnologías innovadoras de la imagen, las competencias de lecto-escritura promovidas por el programa de educación pública, la vigorización de los circuitos comerciales internacionales y el fortalecimiento de un sistema de comunicaciones centralizado y organizado por el Estado. Su análisis requiere, por ende, de herramientas teórico-metodológicas diversas donde lo cuantitativo y lo cualitativo se combinen en pos de reconstruir los sentidos, las funciones y los usos sociales de los dispositivos culturales.

Las tres colecciones examinadas en este capítulo conforman un corpus heterogéneo pero no por ello menos significativo del vasto universo de postales que transitaron desde y hacia el sudoeste de la provincia de Buenos Aires durante la mitad inicial de la centuria. Instrumentos y marcas de los lazos establecidos entre los habitantes de la zona, sus vecinos, amigos y familiares dentro y fuera del país, permiten acceder a la dimensión afectiva y cotidiana de formas de sociabilidad no institucionalizadas aunque fuertemente convencionalizadas. De esta manera, posibilitan una primera aproximación a las dinámicas entre lo personal y lo social, la agencia y la estructura, a partir de la consideración conjunta de textos e imágenes así como de su inserción en el marco del proceso de modernización que tuvo lugar en la ciudad de Bahía Blanca y sus alrededores desde fines del siglo XIX. En efecto, la expansión de la escolaridad y la alfabetización, el desarrollo de una economía próspera ligada al modelo de crecimiento hacia afuera, la extensión y renovación del sistema de transporte, el auge de nuevas modalidades visuales y la existencia de una sociedad abierta compuesta por un alto porcentaje de inmigrantes, fueron factores ineludibles para la propagación y el arraigo del nuevo formato que se convirtió él mismo en signo de la modernidad de los tiempos. Asimismo, variables como el género, la ruralidad, la amistad, el parentesco, el vecinazgo, la educación o la nacionalidad atravesaban los intercambios postales, contribuyendo a crear las solidaridades y las distinciones sobre las cuales se asentaron las identidades comunes.

En este sentido, cabe destacar el valor documental de las tarjetas para acceder a las formas que adquirió la comunicación entre parientes situados en diferentes regiones del mundo occidental como consecuencia de los procesos migratorios masivos. Las postales no eran, sin embargo, meras herramientas al servicio del mantenimiento de relaciones preexistentes, sino que resultaban útiles para construir nuevos vínculos. Ciertamente, ellas permitían mantener relaciones entre individuos que se habían conocido personalmente en algún evento o actividad laboral pero que, por no residir en la misma localidad, veían restringidas la posibilidad de sostener vínculos "cara a cara". Las postales podían registrar también las mutaciones en el contenido de dichos vínculos. En estos casos, las fuentes nos ponen en presencia de redes de sociabilidad tejidas, sin fisuras, en términos de reciprocidad, afecto

y camaradería, a partir de necesidades, intereses y valores compartidos. Nos hablan también de la importancia que tenían para los individuos las familias y las amistades en la vida social de la etapa abordada.

La confección y/o envío de estas cartulinas en fechas festivas relevantes para los allegados estaban entre los mecanismos de configuración de la memoria personal y familiar, aspecto que podría ser transitado con mayor amplitud en otras indagaciones. Del mismo modo, se perfila en esta primera aproximación la importancia de considerar la complementariedad de estos objetos culturales con formas distintas de comunicación e intercambio no presenciales, como los telegramas, las cartas y las encomiendas, a fin de abordar sociabilidad en el marco de fenómenos inmigratorios y de integración regional. En este contexto, adquieren especial relevancia los aspectos verbales en tanto mecanismos simbólicos de asimilación o de preservación cultural.

Es destacable, asimismo, el potencial documental de estas fuentes para revelar la circulación de definiciones sexuales en núcleos de amistad y parentesco. Tanto las imágenes contenidas en las postales fotográficas comerciales como los retratos incluidos en las postales familiares cristalizaban estereotipos en torno a la femineidad y la masculinidad. Por su parte, los usos sociales de las postales, reconstruidos a través de los datos de circulación y de su contenido discursivo, operaban difundiendo. Los estereotipos a los que aludimos iban de la mano de modelos de comportamiento vinculados a la ideología de género imperante, imbricados en ciertos casos con la moral católica. Nos referimos a las nociones culturales que otorgaban preeminencia al modelo de familia nuclear basado en la pareja heterosexual y monógama, y adjudicaban a hombres y mujeres esencias y espacios de actuación diferentes asociándolos idealmente a la esfera pública y a la vida doméstica y la maternidad respectivamente.

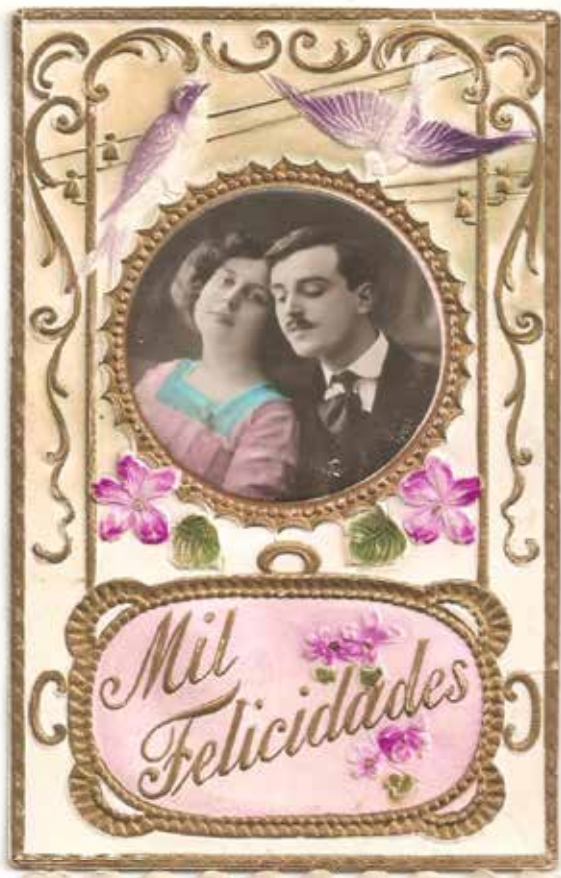
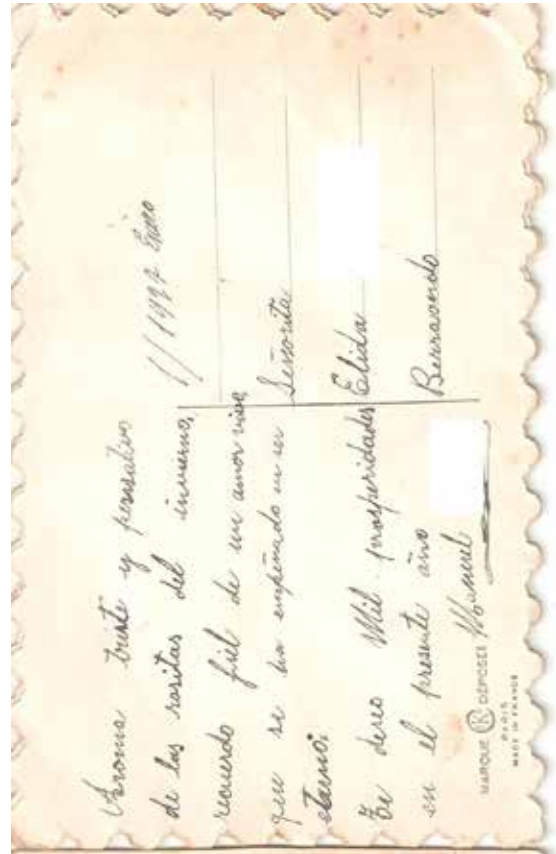
A diferencia de las tarjetas comerciales que a la vez que presentaban dichos modelos podían mostrar también ciertas transgresiones a los mismos (por ejemplo, en lo referido al erotismo), las familiares mostraban imágenes que respetaban los márgenes pautados de respetabilidad. La comparación entre las imágenes fotográficas de las postales comerciales y las de las privadas es una línea de investigación que podría profundizarse en futuras indagaciones tanto a propósito de estas problemáticas como de otras asociadas a sus modos de producción y circulación. En este sentido, resulta interesante indagar sobre la dinámica entre fotógrafos y clientes en la definición de los parámetros iconográficos y formales de los encargos así como la injerencia que sobre ellos tuvieron los modelos importados.

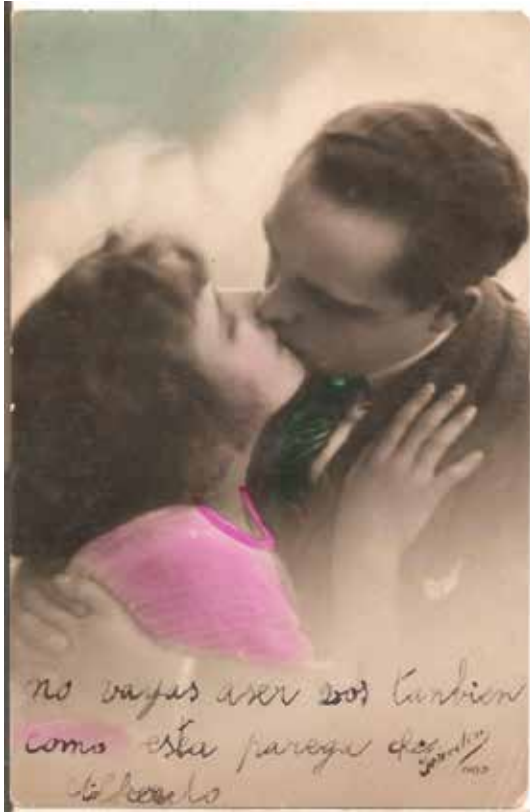
En “este lado del mundo”, las postales se presentaron, sin duda, como vehículos y como condición de posibilidad para la comunicación entre grupos e individuos insertos en un contexto donde la distancia limitaba las oportunidades de encuentro y el desarraigo socavaba las certidumbres sobre las que se asentaban las identidades sociales. El intercambio epistolar contribuyó a la construcción de nuevos lazos de sociabilidad y al sostenimiento de otros preexistentes, operando de esta manera como factor de integración y de transformación socio-cultural. Las tarjetas proponen, así, al historiador nuevas respuestas para viejas preguntas a la vez que abren líneas de investigación innovadoras que permiten articular la exploración fontanal con la problematización teórico-metodológica y el análisis empírico de escala regional.

COLECCIÓN M-R (selección)














Querida Elida, borrate el 4 de Enero de 1930
 Le deseo una felicidad
 tan nueva i mucha felicidad
 en el presente y lo que le
 desea su conserje, i que se
 coriza un muchachito rubio i tan
 lindo como yo = Si me
 lo saluda atentamente Elida
 Berrando.
 Desdenai los ojos de roquita Berrando.
 Felicitarla deseo porque es la
 flor mas bonita que a mi me causa el
 aborreo.



Querido Señor
 Hay un cariche la
 que me interesa en mucho. En las
 Es el cariche de un amigo. Es el
 que lo apasce de un amigo. Es el
 que me interesa en mucho. En las
 Es el cariche de un amigo. Es el
 que me interesa en mucho. En las
 Es el cariche de un amigo. Es el
 que me interesa en mucho. En las





¡Feliz!

¡Oh guardamos
una tarta

Señor
Rafael

Maya, 2. 1928.

dele con cuidado no
dejen a visitar no tarta

de todos en familia que es
de todos en familia que es
may felix en compañía de
siempre que lo cumplido
felicidades para el día de tu
adivita de decaes mudo

tu hermana y curado y



Encero 10 de 1928 RIETA POSTAL

no amaran suprimir de todos
mi persona de padre de
pues sobre mis pueras
de la conipases de amor
conarcellos de placetas
a u asi como con may
osaron: panta conpantes
asi las temas acortas
de una cancion y aporata
cuyo en todas las heredes
y amasan los suprimen

Berretorido 1928

Se.
de. de. con. me. lo
y. felix ano me. ro
con. compañia de. se.
ad. orada familia.
Ac. abra de des. p. e. se.
de. u. e. l. y. de. u. p. o. m. i. b. i. de.
a. H. a. n. c. u. e. o.
de. u. e. l. y. de. u. p. o. m. i. b. i. de.
y familia.





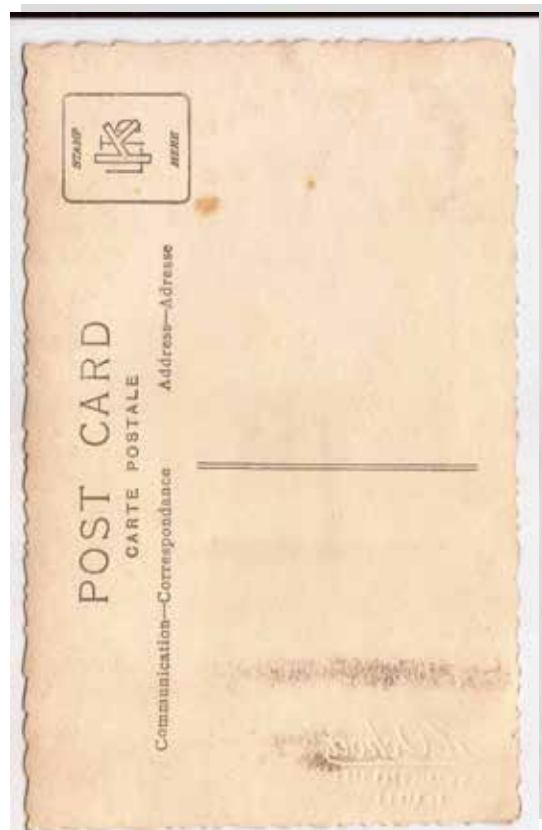
COLECCIÓN G-R (selección)







COLECCIÓN A-L (selección)







La sociabilidad familiar y la construcción de relaciones interindividuales: un noviazgo a través de cartas a comienzos del siglo XX

Lucía Bracamonte
CONICET-CER/UNS

Yolanda de Paz Trueba
CONICET-IEHS-IGECHS/ UNCPBA

En los albores del siglo XX, Rosa y Luis, dos trabajadores de la provincia de Buenos Aires, entablaron un noviazgo cuyo rastro hemos podido seguir a través de las cartas de amor que la novia, una costurera que vivía en Olavarría, envió a su amado, residente en Bahía Blanca, entre 1906 y 1910.²¹⁵ El contenido de esas misivas largamente atesoradas permite inferir que los sujetos de esta relación, cuyas madres compartían el mismo apellido, eran primos. Sus padres, con los cuales convivían, eran inmigrantes de origen italiano, que se radicaron en el país en el contexto del arribo de miles de extranjeros y que, como tantos otros, encontraron la promesa de un futuro mejor en esta región incorporada activamente al modelo agroexportador.

Pese a que las cartas y otras formas de expresión por escrito han circulado en el universo del trabajo, lo cierto es que no es tan frecuente para el historiador el acceso al mundo sentimental, a los afectos, a las evidencias amorosas de los actores sociales de este colectivo a partir de fuentes de su autoría, y por lo tanto, esos abordajes deben hacerse con una cuota importante de inferencias que, cuanto menos, dificultan la aproximación a ese universo desde esta perspectiva. En este contexto, los documentos analizados constituyen una vía privilegiada para escudriñar el amor como experiencia y como relación social desde la perspectiva de una mujer trabajadora.

Si bien la imagen más difundida sobre los trabajadores y el amor en la historiografía es la del acoso que incontables mujeres sufrían en fábricas y talleres, existen otros costados menos explorados de esta relación como los que se exponen en las páginas que siguen.²¹⁶ Las mujeres de los sectores populares podían fantasear con el amor romántico como se mostraba en los folletines y novelas que a comienzos del siglo XX se vendían por miles y en las historias que el cine acercaba.²¹⁷ Por entonces, estas nuevas formas de literatura e imágenes circularon entre un público nuevo. Las narraciones semanales constituyeron un tipo de discurso consumido principalmente por sectores medios y trabajadores, tanto por su bajo costo como porque los avances en la alfabetización hacían posible su acceso a un conjunto más amplio de la población. Rosa, posible lectora de estas publicaciones semanales, no solo soñó con el verdadero amor basado en un vínculo fuerte, sino que vio transformadas sus fantasías en realidad. Aunque la distancia representó un obstáculo digno de las protagonistas de esos folletines tan populares entre las clases trabajadoras, ella pudo trasponer el umbral cuando luego de cuatro años de noviazgo, el matrimonio coronó sus deseos y anhelos.

Teniendo en cuenta que un noviazgo es mucho más que una mera relación entre dos individuos e involucra decisiones personales pero también vínculos sociales que se construyen en el marco de la familia y la comunidad, en este trabajo nos centraremos en el análisis de ese vínculo amoroso en el contexto de la sociabilidad familiar de los protagonistas. El objetivo es evaluar la potencialidad de las fuentes epistolares para estudiar las funciones de las relaciones familiares en el inicio y el desenvolvimiento de un noviazgo que se desarrolló a distancia.

Debemos tener en cuenta que los hijos de italianos mostraron cierta endogamia en sus pautas matrimoniales, favorecida porque comportaba homogamia, o sea, un mismo nivel o pertenencia social de los cónyuges. Fernando Devoto señala al respecto que los enlaces eran producto de relaciones sociales preexistentes y mostraban el peso de los ámbitos comunitarios, formales o informales, como lugares de sociabilidad en los que se conocían los futuros cónyuges.²¹⁸ Como sostienen Eduardo Míguez, María Argeri, María Bjerg y Hernán Otero: "...las redes de vinculación interfamiliares de las comunidades de origen pueden continuar presentes y pesar sobre la conducta matrimonial, ya sea a través de los mecanismos migratorios (cadena migratoria, por ejemplo) y la estructura de la comunidad migrada, como de la continuidad de los lazos familiares después de la migración."²¹⁹ En el caso que nos ocupa, la cantidad y periodicidad de las cartas indican que los novios mantenían una relación continua y fluida que se sostenía en el intercambio de correspondencia durante los lapsos de separación y en las visitas efectuadas por Luis. Del contenido de las epístolas se infiere también que las familias de ambos, a pesar de la distancia geográfica que las separaba, nutrían permanentemente sus relaciones. Las menciones constantes de Rosa a las cartas intercambiadas por distintos miembros de los dos núcleos parentales nos hablan de una importante densidad comunicativa interfamiliar. Por su parte, la llegada de invitados implicaba, además de establecer contactos personales, generar un flujo de bienes materiales e inmateriales.

En función de lo anterior, además de la noción de género, que alude a la construcción social de la diferencia sexual, la sociabilidad como categoría analítica ocupará un lugar central en este trabajo, entendiendo como tal las prácticas sociales que ponen en relación a un grupo de individuos, buscando entender sus vínculos y sus formas de actuación dentro de este conjunto.²²⁰ En este caso, nos centraremos en los encuentros y contactos personales en el ámbito de una red de sociabilidad familiar que reconstruiremos, de manera instrumental, para observar cómo se estructuraron las relaciones interpersonales y cómo pudieron ser utilizadas para alcanzar fines y solucionar problemas de los individuos. Siguiendo a Juan Pro Ruiz, aludir a este aspecto de "construcción humana" que tiene la red de relaciones sociales nos lleva a considerar las trayectorias personales como resultado de estrategias de los propios actores, lo cual nos sitúa en un término medio entre el determinismo de las circunstancias y la mirada ingenua que supone pensar que los individuos elegían su destino con entera libertad.²²¹ Si bien nos acercamos al polo informal de la sociabilidad, debemos tener en cuenta que, como indica Javier Escalera, independientemente de su grado de institucionalización o formalización, las expresiones que dimanaban de la misma, los contactos y relaciones interindividuales, no son nunca "amorfas", sino que responden siempre a una estructura que, incluso bajo la apariencia de espontaneidad, las condiciona y determina.²²²

En primer lugar, efectuaremos una descripción de las cartas y evaluaremos su utilidad como fuentes para el estudio de la sociabilidad familiar. Seguidamente, focalizaremos la visita y la correspondencia entendidas como dos formas o expresiones de sociabilidad que pueden estudiarse a partir de ese corpus. Sostenemos que ambas modalidades jugaron un rol fundamental en el inicio del noviazgo -signado por lapsos a veces extensos de separación-, su sostenimiento durante cuatro años y su conclusión "exitosa" con el matrimonio.

Las cartas, el universo familiar y el noviazgo

La carta puede ser definida como un instrumento de comunicación escrita, dialógica, diferida y entre espacios distintos. En su carácter de documento que permite un acercamiento a las vidas y las perspectivas personales de los sujetos, la correspondencia es susceptible de múltiples usos desde distintas disciplinas. En las últimas décadas, en el marco del denominado “giro subjetivo”, las voces individuales en general y las de los integrantes de sectores excluidos o subordinados en particular, pasaron a ocupar un lugar preferente. En consecuencia, se incrementó el interés de los historiadores e historiadoras por las fuentes testimoniales y los archivos personales. En este contexto, la historia de/con mujeres en Latinoamérica se ha apoyado sobre este tipo de materiales tanto para resaltar su importancia como forma de escritura legítima para esos sujetos, como para dar cuenta de ciertos aspectos de los procesos sociales que eran esquivos a la mirada de los/as investigadores/as a partir de otro tipo de fuentes. En esta línea se han analizado, por ejemplo, cartas de mujeres ilustradas como Manuela Sáenz, Mariquita Sánchez y Carmen Arriagada; epístolas dirigidas por religiosas a sus confesores, cartas enviadas por madres a sus hijos en el marco de procesos migratorios y misivas que dan cuenta de las redes intelectuales de algunas maestras.²²³

En este contexto, las cartas que componen el corpus objeto de análisis son excepcionales, pues, como ya señalamos, si bien esta forma de comunicación estaba extendida entre las clases trabajadoras, la conservación y el acceso a este tipo de productos culturales son dificultosos. Ello se debe a que su manufactura y tránsito estuvieron ligados a la vida cotidiana, a que su preservación fue familiar y no archivística y a que su escritura se realizó sin libro copiador, entre otros factores. De hecho, las misivas con las que contamos no llegaron a nuestras manos debido a una búsqueda sistemática sino por obra del azar, ya que fueron encontradas hace unos años por obreros de la construcción en una casa de Bahía Blanca que se encontraba en refacción.²²⁴

En cuanto a su contexto de producción y circulación, sabemos que Rosa escribía las cartas en el espacio de su hogar, que era también su lugar de trabajo. La mayor parte de la correspondencia, tanto de los novios como del resto de los familiares, era enviada por correo postal. Sin embargo, no era extraño que también la trasladaran los parientes que viajaban entre ambas localidades empleando el ferrocarril como medio de transporte.

Las cartas de Rosa testimonian la extensión social de la práctica de escritura hacia las clases populares en la época abordada y, en este sentido, aportan indicios sobre su competencia gráfica. Las confeccionaba en papel de cartas rayado, con diseño de cuartillas dispuestas en bifolios. Escribía en letra cursiva, de tamaño uniforme, y utilizaba tinta negra. Su forma de escribir era rudimentaria, como lo evidencian, por ejemplo, los errores ortográficos y gramaticales que cometía y el uso irregular y esporádico de los signos de puntuación. Era habitual que Rosa agregara palabras olvidadas en la primera redacción, particularmente en el momento de la despedida. Varios de estos rasgos pueden atribuirse al hecho de que su alfabetización habría sido algo tardía ya que, como consignaban las cédulas del Censo Nacional de 1895, a los doce años aún no sabía leer ni escribir.²²⁵

En cuanto a la estructura de las cartas, puede observarse cierta regularidad en el formato. Esto último se debe a que, en la época, esta práctica de escritura estaba sujeta a una serie de normas que las personas interiorizaban por medio de las enseñanzas escolares, a través de manuales y/o imitando el estilo de las epístolas que recibían. En cada carta, Rosa consignaba el lugar y la fecha de su elaboración al inicio (sobre el ángulo superior derecho) y estampaba su firma al final. También repetía ciertas fórmulas de tratamiento del amado al comenzar y terminar las mismas, es decir, en los tramos dedicados al saludo y la despedida.²²⁶ Asimismo, al empezar las cartas solía acusar recibo de la epístola anterior y expresar su agradecimiento al remitente. Además, en la mayor parte de

ellas añadía unas palabras de saludo al final, usualmente en el margen inferior o lateral izquierdo, a modo de posdata.

Esa regularidad, que respondía a la tipificación del género, se combinaba con cierta espontaneidad fundada en la necesidad puntual que la llevaba a escribir, relacionada con la transmisión de sentimientos para el mantenimiento de un vínculo amoroso. Por esto y por su contenido, las misivas que conforman el corpus analizado pueden ser clasificadas como cartas de amor. Esto las diferencia de otras fuentes del mismo tenor que han sido empleadas en el campo de la historiografía, como la correspondencia diplomática que es fuente de conocimiento sobre las relaciones internacionales, las misivas intercambiadas entre eruditos y literatos que ilustran acerca de la difusión de ideas y la configuración de redes intelectuales, aquellas epístolas que operan como ensayos históricos o literarios de grandes autores mostrando sus criterios sobre diversos asuntos, o la correspondencia familiar en sentido amplio que arroja luz sobre la vida cotidiana.²²⁷

Los escritos amorosos de los novios respondían al modelo bidireccional, ya que tenían como destinatario a un único lector. Además, Rosa mostraba preocupación por mantener la confidencialidad en relación a su contenido, evitando la intrusión de otros receptores.²²⁸ Pese a que esto implica una limitación a la hora de pretender observar el entorno de los novios, sus misivas permiten reconstruir, al menos parcialmente, ciertos aspectos de la sociabilidad familiar. Algo propio del carácter dual intrínseco a la epístola de amor es que su contenido es privado y al mismo tiempo público, puesto que si bien puede tratar de temas íntimos, no por ello es privado desde el momento en que, como dice Nora Bouvet, "(...) la ambivalencia de la escritura epistolar mantiene en tensión lo privado y lo público, es secreta y sociable al mismo tiempo".²²⁹ Sin embargo, antes de concentrarnos en esos aspectos tal como emergen del corpus analizado, es preciso recurrir a otro tipo de fuentes que, además de permitir la verificación de la veracidad de las cartas y de las identidades de sus protagonistas, aportan datos para reconstruir los rasgos del círculo familiar de los novios. En este sentido, han sido de utilidad las cédulas censales, las guías comerciales y los libros bautismales de la época.

Luis, que había nacido en 1887 y había sido bautizado en Buenos Aires en 1894, residía en Bahía Blanca con sus padres, su hermano menor y probablemente su abuela. Sus progenitores, que como mencionamos eran inmigrantes italianos, habrían llegado a esta ciudad procedentes de la Capital Federal en la década de 1890.²³⁰ El auge de la construcción posibilitó al padre de Luis encontrar ocupación como albañil, trabajo que le permitió, entre otras cosas, hacer que su hijo asistiera a la escuela durante su infancia, algo importante para esta familia en la que la esposa era analfabeta. Si bien las ocupaciones de Luis no se especifican claramente en las fuentes, algunos indicios nos sugieren que tal vez esa educación pudo haberle sido de utilidad.²³¹

Por su parte, Rosa había nacido en 1883 y había sido bautizada en Azul en 1886. Su núcleo familiar, compuesto por los progenitores de origen italiano y sus ocho hijos, vivió en la zona rural aledaña a esa población al menos desde la década de 1880.²³² Luego se trasladó a Olavarría, donde transcurrió la parte de su vida que ella dejó plasmada en sus cartas a Luis. El padre de Rosa se dedicaba a las tareas agrícolas, y aparentemente algunos de sus hermanos realizaban labores similares, pues en las misivas mencionaba que viajaban a estancias y quintas situadas en distintos puntos de la provincia. Rosa, por su parte, trabajaba en el sector de la confección, elaborando prendas en su domicilio, del mismo modo que su madre.

Quienes participaron efectivamente en los intercambios movilizados durante la relación de noviazgo de Rosa y Luis pertenecían a estos dos núcleos familiares descriptos. Sin embargo, las relaciones de parentesco que emergen de la documentación, en términos de lazos y no de vínculos efectivos, que podrían considerarse como una dimensión morfológica de la red, eran más extensas. Por ejemplo,

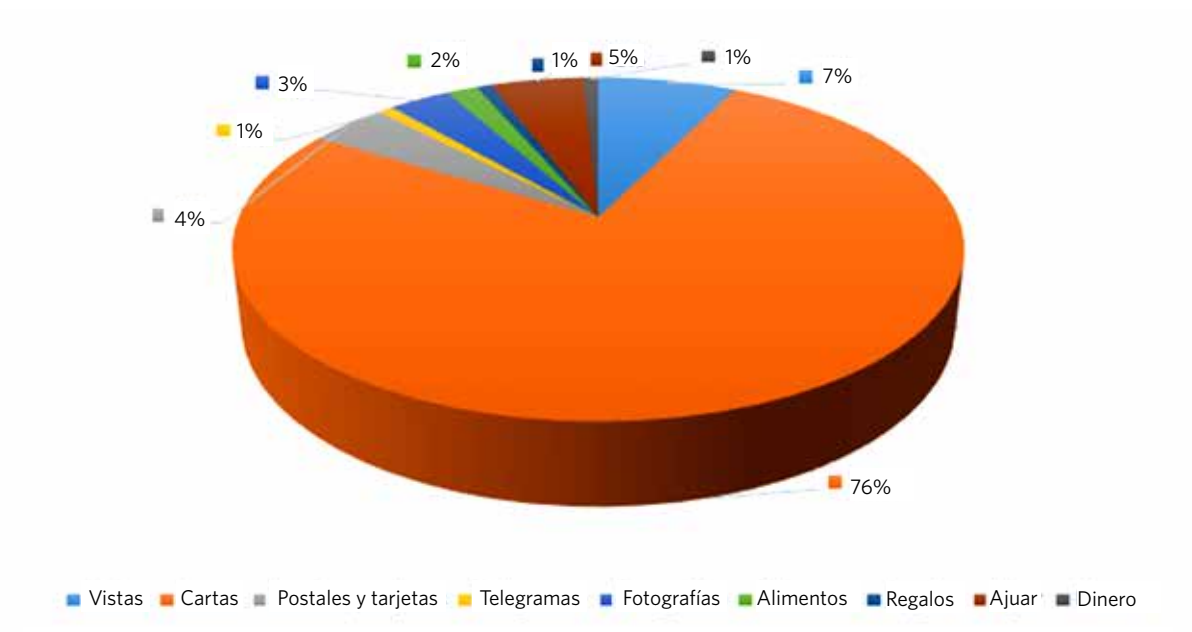


Gráfico 5. Tipos de intercambios familiares

Elaboración propia.

otro núcleo familiar cuya cabeza paterna compartía el apellido del padre de Rosa estaba afincado en la zona desde fines del siglo XIX. Tres de sus integrantes estaban, además, vinculados con la familia de Rosa a través del compadrazgo, que implicaba cierto grado de elección frente al lazo “natural” del parentesco sanguíneo. También aparecía registrada una madrina con el mismo apellido del padre de Luis.²³³ Pese a ello, si bien no podemos descartar que estas personas formaran parte de la sociabilidad familiar, no las hemos encontrado mencionadas en las cartas.

Si bien el lazo de parentesco es algo que les venía dado a los individuos que conformaban los grupos familiares directos de Rosa y Luis, el establecimiento de las interacciones que configuraron la sociabilidad familiar reflejada parcialmente en las cartas implicó una faceta de construcción. La misma fue efectuada en función de los compromisos recíprocos que conllevaba el lazo sanguíneo pero también de los intereses y metas personales. En palabras de Juan Pro Ruiz:

El parentesco no es solamente un dato recibido sino que la red familiar también se construye y se gestiona, adaptando las reglas del parentesco a las posibilidades y necesidades del momento (...) La red de relaciones sociales de un individuo tiene una parte que le viene dada por el medio (familia, vecinos...) y otra parte que es resultado de una construcción del propio individuo, que busca entrar en contacto con determinadas personas, alimenta unos vínculos (invirtiendo recursos de tiempo, esfuerzo, riqueza...) y deja caer otros.²³⁴

En el caso de Rosa, el deseo de casarse, el amor por Luis, el sufrimiento que le provocaba la separación y el anhelo de verlo eran las motivaciones explícitas que guiaban su comportamiento y la llevaban a buscar distintas maneras de mantener el contacto a través de la dimensión dinámica de los flujos de intercambio trazados por la red familiar. En los momentos en los que distintas modalidades de sociabilidad familiar se ponían en juego, podía observarse una serie de vínculos que probablemente ya habían sido activados en forma previa por distintos miembros de las familias para cooperar y mantener su cohesión a través del tiempo.

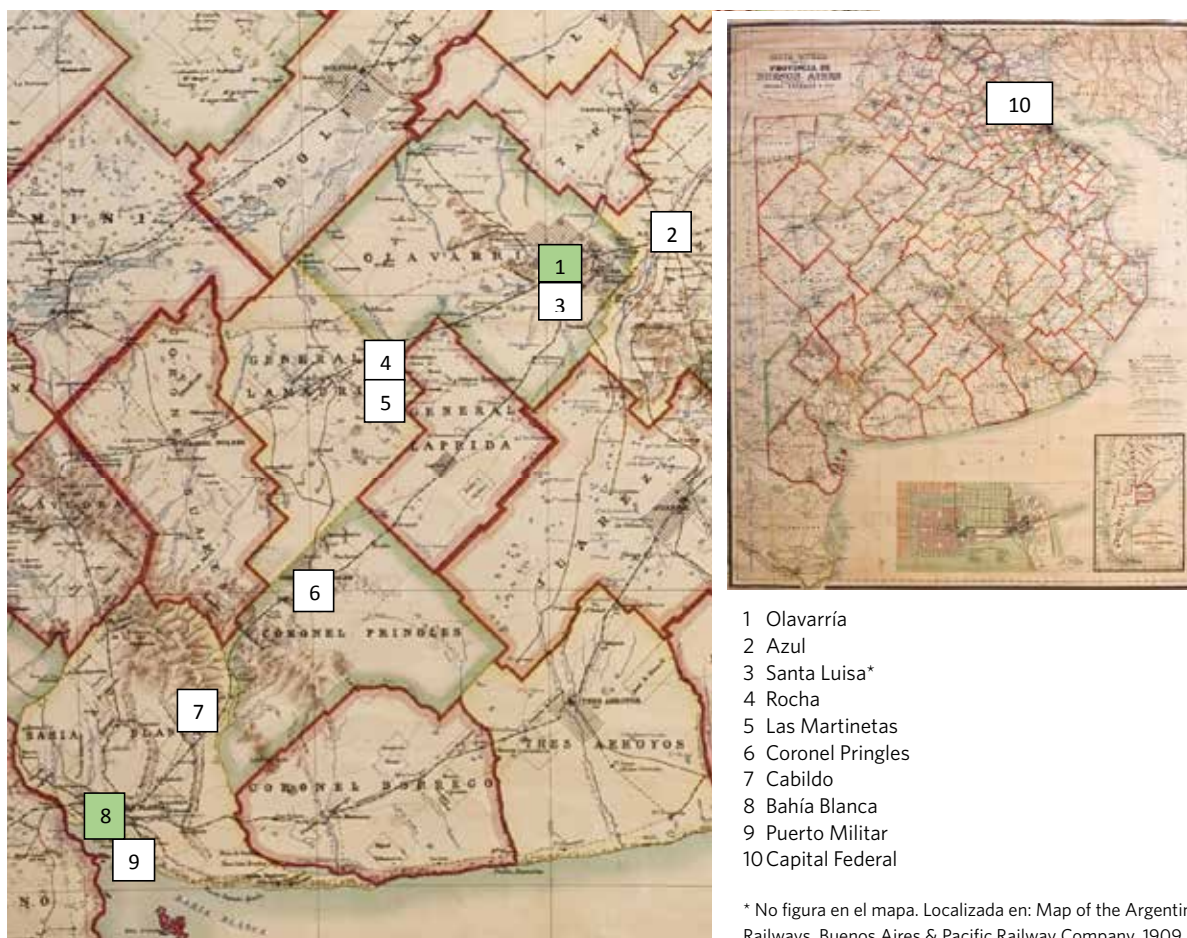
Al efectuar una sistematización porcentual de los distintos tipos de intercambios familiares a partir de los datos proporcionados por las fuentes epistolares, vemos que las cartas y las visitas aparecen como las dos expresiones predominantes de los mismos [Gráfico 5]. Por lo tanto, en los siguientes apartados nos centraremos en ellas para ejemplificar algunas posibilidades analíticas que emergen del empleo de este tipo de fuentes. A partir del material analizado no es viable efectuar análisis de redes sociales, ya que para ello deberíamos contar con la correspondencia de Rosa con el conjunto de sus corresponsales y no solamente con uno de ellos, pero sí adoptar el enfoque cualitativo que se ha dado en llamar “metafórico” para observar la red de sociabilidad familiar.²³⁵ En la línea de este tipo de aproximación, el contenido de las cartas permite deducir la existencia de una comunidad de intereses a partir de la identificación física o material de un tejido relacional que traduce la existencia de relaciones concretas, regulares y puntuales. Posibilitan también, aunque de manera parcial, vislumbrar la naturaleza de los lazos establecidos y sus modos de funcionamiento, así como también el sentido que Rosa les adjudicaba.

La visita como espacio de sociabilidad familiar

Las cartas de Rosa proporcionan algunos indicios para marcar ciertas diferencias entre la sociabilidad femenina y la masculina. De los ámbitos de la vida social de los cuales participaba Luis quedan escasos registros en esas misivas. El ámbito laboral probablemente fuera uno de ellos, así como el ejército, ámbito por excelencia de la construcción de la masculinidad en la época, durante el lapso en el que debió realizar el servicio militar. A medida que ambos poblados crecían, todo hace suponer que aumentaron también los espacios de encuentro donde se conocía gente, se charlaba y se estrechaban lazos que podían ser perdurables en el tiempo, especialmente para las clases trabajadoras inmigrantes que arribaban al país a veces careciendo de tales relaciones. En momentos en los que se hacía un alto en el trabajo cotidiano, era de esperar que los hombres concurrieran a los despachos de bebidas, fondas y almacenes para pasar un momento de ocio. Por el contrario, las mujeres solían tener encuentros en el marco del hogar y, como Rosa lo deja de manifiesto, la visita a una señora que había sufrido una “desgracia” y la concurrencia a la boda de una familia allegada formaban parte de una sociabilidad cuyo núcleo no parecía transcurrir habitualmente más allá de lo familiar. Si bien mencionaba tener algunas amigas y contacto con un médico, además de los eventuales clientes, desconocemos en qué espacios físicos y de qué manera se efectivizaban esas conexiones.²³⁶

A diferencia de lo anterior, las visitas familiares eran un tópico recurrente en la correspondencia. No se asemejaban a las visitas “burguesas” o a las de las familias de la elite que, por ejemplo, publicitaban en la prensa regional sus “días de recibo”, imprimían tarjetas de visita y atendían a las regulaciones contenidas en los manuales de urbanidad y buenas costumbres.²³⁷ Sin embargo, eran encuentros que tenían un rasgo de formalidad debido a que eran precedidos por un aviso que anunciaba la llegada de los viajeros, ya fuera por carta o telegrama. Por ejemplo, Rosa le solicitaba a Luis que le anticipara sus arribos con palabras de este tenor: “...cuando salgas de Bahía me escribes mi querido quiero que me avisas cuando llegaras a esta que yo quiero esperarte...”.²³⁸ También compartían con los anteriores la característica de generar espacios de convergencia de varones y mujeres, en los cuales fortalecían sus vínculos y fijaban sus roles.

Las visitas a las que hacemos referencia tenían un carácter particular por estar ligadas a viajes. trasladarse geográficamente formaba parte de las actividades laborales de los hombres de las familias de los novios. Como ya señalamos, de acuerdo con los datos censales el padre de Rosa desempeñaba actividades ligadas con la agricultura y, probablemente, también sus hermanos. Los lapsos durante los cuales se encontraban ausentes correspondían a meses de realización de las cosechas fina y



Mapa 1. Mapa Mural de la Provincia de Buenos Aires, Ángel Estrada & Cía, 1904.

Elaboración propia

- 1 Olavarría
- 2 Azul
- 3 Santa Luisa*
- 4 Rocha
- 5 Las Martinetas
- 6 Coronel Pringles
- 7 Cabildo
- 8 Bahía Blanca
- 9 Puerto Militar
- 10 Capital Federal

* No figura en el mapa. Localizada en: Map of the Argentine Railways, Buenos Aires & Pacific Railway Company, 1909.

gruesa en la zona. La “quinta de Arrieta”, los establecimientos Las Martinetas, Santa Luisa, y las localidades de Cabildo y Azul, eran algunos de los lugares frecuentados por estos trabajadores. La Capital Federal también solía ser uno de sus puntos de destino. En cuanto a Luis, además de los viajes a Olavarría, también frecuentaba el Puerto Militar mientras era conscripto, en una ocasión viajó a Pringles y en dos de los sobres se mencionaban como destinos los establecimientos rurales Los Alamitos y San Luis (cerca de la Estación Cabildo).

La experiencia del viaje no parecía ser tan constitutiva de la vida de las mujeres de estas familias. Rosa no mencionaba, por ejemplo, viajes de su madre ni de su tía. Sin embargo, así como no era una imposibilidad para las mujeres contemporáneas de estratos altos, que viajaban a Europa, a sus residencias rurales, a las sierras cordobesas o a Mar del Plata, ni para algunas maestras que se trasladaban a localidades pequeñas o al campo para desempeñar sus tareas, tampoco lo fue para Rosa.²³⁹ De hecho, en una ocasión ella efectuó un viaje de tres días a Santa Luisa, estancia situada a unos 40 kilómetros del casco urbano de Olavarría, en la que se encontraba su padre. Si bien era un viaje planificado, debió esperar a que su hermano Francisco pudiera interrumpir sus actividades laborales para poder acompañarla, lo cual respondía a ciertas pautas de la época que indicaban la inconveniencia de la circulación de mujeres en solitario. En otra ocasión Luis le planteó a Rosa la posibilidad de que fuera a verlo a Bahía Blanca, pero ella se excusó alegando que en caso de hacerlo lo distraería de sus tareas.²⁴⁰

Las visitas tenían como escenario el hogar y rompían la monotonía de la vida cotidiana que transcurría para Rosa entre las labores domésticas, las tareas remuneradas de costura, la confección del ajuar y la escritura de cartas. Entendiendo que “privado” no equivale a “doméstico” interpretamos que, como tantas otras mujeres de la época, Rosa contaba con pocos lapsos de soledad, dedicados a escribirle a Luis, leer sus cartas, pensar en él y fantasear con su futuro casamiento. Como narraba en algunas ocasiones, esperaba con ansias la llegada de la noche, pues le permitía acostarse para plerarse sobre sí misma y disfrutar del privilegio de la reserva. La privacidad entendida de esta manera convivía con la esfera de la domesticidad, que incluía innumerables deberes cotidianos e implicaba una entrega dirigida a satisfacer las demandas de las demás personas de su entorno, impidiéndole apropiarse de mucho tiempo personal.²⁴¹

Tanto Rosa como su madre debían ocuparse de realizar una diversidad de labores domésticas, si bien no lo menciona en las epístolas, probablemente porque estaban naturalizadas en tanto constitutivas de la femineidad. En el caso de estas mujeres, la limpieza, la elaboración de alimentos, el lavado y planchado de ropa, entre otras actividades, se unían al trabajo asalariado para configurar la doble jornada propia de todas las trabajadoras de la época. Pese a que en este caso el trabajo no implicaba un traslado a otro lugar, no por ello la carga laboral era menos significativa. El rol hogareño femenino también implicaba el cuidado de la salud de los miembros de la familia, lo cual probablemente insumiera tiempo a Rosa, pues mencionaba que su madre pasaba extensos periodos guardando reposo en la cama y también aludía a algunas enfermedades ocasionales de sus hermanos.²⁴² En apariencia, contaron transitoriamente con una persona que las auxiliaba en los quehaceres domésticos. La “chica”, que debido a su deplorable estado de salud debió ser devuelta por Rosa a su progenitora, era con probabilidad una niña o joven colocada en la casa con el consentimiento de su familia de origen.²⁴³

Si atendemos a la forma de expresarse de Rosa en sus cartas, gran parte de la rutina diaria era esencialmente femenina y coexistía con la presencia de los hombres de la familia cuando sus trabajos lo permitían, así como con las visitas de otros familiares.²⁴⁴ Si bien desconocemos cómo se desarrollaban las relaciones entre estos parientes previamente al noviazgo, es probable que la práctica de la visita mediada por el viaje ya formara parte de la sociabilidad familiar. De hecho, una visita de Luis operó a modo de hito fundacional del noviazgo, tanto en los hechos concretos, porque le dio inicio, como en las representaciones de Rosa, que evocaba ese primer encuentro, que debió haber tenido como escenario la estación del ferrocarril, como el principio de su relación amorosa.²⁴⁵

Si bien los noviazgos largos eran parte de una práctica habitual en la época, que implicaba, entre otras cosas, resolver las dificultades económicas de los novios antes de asumir la responsabilidad de constituir un nuevo hogar, la relación de Rosa y Luis duró un poco más de lo esperado por la novia, dado que en medio de la misma Luis resultó sorteado para realizar el servicio militar. Durante esos años, el tiempo transcurrido entre cada visita fue más largo, llegando a pasar un año sin verse. Tal vez por eso, ella valoraba tanto sus encuentros que, como era de esperarse, tenían por escenario su hogar.

Según los códigos de la época, la aprobación de los padres era central para que la relación de noviazgo avanzara por los caminos esperados. Si bien la elección de la pareja era cada vez más una potestad de los individuos, especialmente en las clases populares, el desarrollo de los noviazgos debía ser aceptado por el padre. Es más, buscando preservar el honor y la virtud, los idilios se desarrollaban bajo supervisión familiar. En consonancia con esto, las visitas de Luis eran permitidas por el padre de Rosa. Más aún, de acuerdo con lo que transmitía en las cartas, no solo eran aprobadas, sino también alentadas, esperadas y celebradas por los familiares que vivían con ella. De acuerdo a lo registrado en las cartas, Luis viajó al menos siete veces a Olavarría entre 1906 y 1910.

Rosa instaba a menudo a Luis para que fuera a verla en cualquier momento o en fechas especiales como su cumpleaños. Sin embargo, la realización del servicio militar, las enfermedades y las ocupaciones de Luis contribuyeron tanto a imposibilitar o retrasar sus traslados a Olavarría como también a acortar sus estadías a pocos días. Esto se contraponía a los deseos de Rosa de que permaneciera mucho tiempo a su lado y le generaba sentimientos de frustración. En ocasiones, como lo muestra la siguiente frase, era la causa de algunos reproches de su parte hacia Luis por incumplir sus promesas de ir a encontrarse con ella: "...mas de mil veces lo abia pensado que para fines de este mes ya estaría con vos mi querido esta vez no lo desearia que me pasara lo mismo...".²⁴⁶

Las noches anteriores a los arribos de Luis, Rosa solía sufrir insomnio debido a la ansiedad que sentía por verlo. Durante las visitas, dedicaba tiempo a pasear con él, sentarse a su lado y conversar. La proximidad física que les permitían las estadías de Luis era resaltada constantemente por Rosa en las cartas. Para ella, los lapsos de separación física eran extremadamente difíciles de sobrellevar y la hacían añorar y desear el contacto con su ser amado en forma de besos, miradas, caricias y entrelazamiento de manos. En sus palabras: "...ya vos sabes querido como soy yo que me es imposible estar lejos de mi Luisito querido si de mi parte fuera quisiera verte todo los dia para poder ablar con vos querido y para que tus ojitos dichos me miran pues a hora deseo querido esos momentos feliz que estaba a mi lado".²⁴⁷ La posibilidad de oír su voz durante estos encuentros también era importante para ella. Las visitas en general eran espacios propicios para la práctica de la conversación, el desarrollo de la comunicación oral que las cartas no permitían.²⁴⁸

Ciertos fragmentos de las estadías de Luis eran dedicados a intercambiar opiniones sobre el ajuar. Rosa le mostraba las diferentes piezas, como las fundas, sábanas, toallas de hilo y pañuelos. A medida que las iba terminando, las enviaba a Bahía Blanca por medio de su novio para que también pudiera apreciarlas su tía.²⁴⁹ En ese tiempo, se trataba de una tarea que comenzaba a realizarse con años de anticipación al casamiento, comprometía únicamente a las mujeres y constituía una muestra de sus habilidades en los oficios de costura y bordado. Como señalan Diego Guerra y Marcelo Marino:

Como un rito de pasaje, también representaba los mandatos maternos y sociales y el tiempo que alimentaba la ansiedad por la llegada del casamiento, para poder dejar atrás el estado de joven soltera y conquistar el de señora. En este sentido el ajuar ponía también en escena, a partir de las horas puestas al servicio de su confección, la intuición del tiempo que pasa tedioso hasta cambiar de condición.²⁵⁰

En el caso de estos novios, el futuro esposo no solo mostraba interés por estos preparativos sino que tomaba parte en ellos en forma activa, ya fuera emitiendo su parecer o enviando a su futura esposa las piezas o telas que necesitaba.

El hecho de saber que pronto se separarían durante un lapso de límites inciertos, pero con probabilidad extenso, empañaba a Rosa ciertos momentos de los encuentros con su prometido generándole tristeza. Cuando Luis volvía a Bahía Blanca, ella rememoraba esas visitas y las comentaba en sus cartas a modo de reactualizarlas y configurar un cuerpo de recuerdos compartidos. También tenía sueños que versaban acerca de visitas demasiado cortas de Luis que le provocaban estallidos de llanto al despertar. Aparentemente, Luis también contabilizaba los días de separación y los plasmaba en sus cartas.²⁵¹

Con la presencia transitoria de los familiares, el hogar se transformaba no solamente en un sitio de encuentro de los novios sino también en un lugar de reunión de la familia extensa.²⁵² De los participantes en estas reuniones, mencionaremos tres porque fueron destacados por la propia Rosa y por-

que, además, ilustran acabadamente la importancia de la circulación familiar de personas, noticias y objetos que contribuía a apuntalar su relación con Luis.

Un hecho significativo para Rosa fue el arribo de su tío en 1908. Si bien desconocemos los motivos puntuales de su visita, sí sabemos que fue esencial para ella, pues se afanó en mostrarle los avances que había realizado en la confección de su ajuar y en conversar extensamente acerca de Luis y de los sentimientos que le profesaba. Algunos pasajes de sus cartas, como el siguiente, ilustran los diálogos que mantuvieron: "...yo le dije a tío que te dijiera a vos que yo estaría contenta estar una noche como esta levantada antes de un mes esperando a mi querido y tío me pregunto si tenía deseos de verte como quieres que no tenga deseos de verte mi Luisito querido si no pasa un momento sin que en mi mente este grabado ese recuerdo de tu cariño y el recuerdo de tu voz".²⁵³ Ella esperaba que su tío no solo aprobara su desempeño como futura novia sino también que, a su regreso, le transmitiera a Luis sus opiniones positivas. En sus cartas, incitaba a Luis para que le preguntara a su padre acerca de su apariencia (por ejemplo, si estaba más "gruesa").²⁵⁴ Además, Rosa aprovechó el viaje para enviarle cosas a Luis. Así, su tío partiría llevando en su equipaje un ramito y dos postales, obsequios que le fueron encomendados por ella para que se los entregara en persona a su novio.

En segundo término, los desplazamientos de su hermano José y en especial un almuerzo que compartieron en Olavarría en 1909, operaron en el mismo sentido. Rosa narraba a Luis lo sucedido en estos términos "...mil veces en el día le pregunte a Jose de vos querido para gozar siquiera con las preguntas...".²⁵⁵ A través de José, al menos una carta y un retrato de Luis llegaron a las manos de Rosa junto con novedades acerca de su estado de salud. Las fotografías eran muy importantes para la pareja, debido a que contribuían a acortar en cierto sentido la distancia que la separaba. Los retratos de los novios eran artefactos culturales codiciados y apreciados. Con estas palabras se refería la propia Rosa a las muestras de fotografías que le había llevado su hermano: "...yo madare aser uno para mi porque todo que sea de mi Luisito yo quiero tener para acurdarme esos momento feliz que estaba con mi querido Luisito...".²⁵⁶ Sobre ellas vertían los sentimientos de amor que los embargaban, como lo muestra el hecho de que Rosa besara un retrato de Luis y el gesto de éste de colocar una foto de su novia junto a su cama.

Por último, no es desdeñable la importancia de las visitas de "Arturito", el hermano menor de Luis, por el que Rosa manifestaba sentir predilección y afecto. Es probable que este huésped alegrara las veladas familiares en las que participaban los novios (pues solía ser Luis quien lo llevaba a Olavarría) tocando el violín. De este modo manifestaba su cariño hacia él en una de sus cartas: "...quiero verlo ese negrito como esta de buen mozo y como tocara de bien el violin."²⁵⁷

Así como la etapa del noviazgo fue abierta por una visita, también sería clausurada por una última "visita": la llegada de Luis el día anterior a la boda, efectuada el 26 de febrero de 1910. Más aún, ese viaje cerraría definitivamente los ciclos de visitas interfamiliares con las características que hemos descripto pues, el mismo día de su casamiento, los contrayentes se trasladarían a vivir a Bahía Blanca.

La correspondencia como configuradora de una red de sociabilidad familiar

Como vimos anteriormente, en la historia que analizamos la escritura de cartas se complementaba con otras formas de comunicación y movilización de bienes a distancia: los envíos de telegramas, postales, fotografías y encomiendas. Sin embargo, por su cantidad y frecuencia, así como por la calidad de intercambio que permitían al permitir a las personas explayarse sobre diversos temas, la importancia de las cartas era abrumadoramente mayor.

La correspondencia entre los novios fue vertebradora de la relación. Por los indicios existentes en las propias misivas, durante gran parte del noviazgo es probable que Rosa y Luis se escribieran una vez por día o cada dos días, por lo cual el corpus con el que contamos representaría una porción menor de todo el intercambio. A veces, Rosa debía acortar sus textos debido a su trabajo, a que sentía frío o, sobre todo, a que deseaba llegar a tiempo para enviarlos esa misma jornada antes de que cerrara el correo.²⁵⁸ Escribir significaba para Rosa contar con un tiempo propio que, por los indicios que arrojan sus palabras, era significativo pero limitado por las obligaciones domésticas y laborales.

Rosa empleaba las cartas fundamentalmente para transmitir su afecto, lamentar la soledad que sentía por la separación y expresar el deseo de casarse con prontitud. También las utilizaba para mantener informado a Luis sobre las tareas relativas a la elaboración del ajuar y encargarle los productos que necesitaba para efectuarlas. Los pedidos de que le escribiera o la visitara con mayor frecuencia también ocupaban un lugar preponderante en esos textos. A veces deslizaba comentarios con tono misterioso acerca de cosas que le contaría en persona cuando se vieran, del estilo de los siguientes: "...cuando venga mi Luisito te dire una cosita buena aseme acordar.", "...te dire muchas cositas cuando bengas..." y "...tego mucho que de sirte a vos mismo...".²⁵⁹ Esto podría atribuirse a una intención de generar cierta expectativa y hacer más atractivos los encuentros. Otra posibilidad es que, si bien suponía que sus cartas eran privadas, tenía temor de que alguien de su familia las recibiera en lugar suyo, las abriera y se interiorizara de su contenido. Por estos y otros aspectos, si bien las distinguimos por motivos analíticos, las visitas de Luis y la llegada de sus cartas estaban inextricablemente unidas en sus funciones y en las percepciones de Rosa, para la cual la concreción de ambas cosas constituía un motivo de intensa alegría.

De manera indirecta, por medio de los textos de Rosa accedemos a los usos de las cartas por parte de Luis. En sus misivas, por ejemplo, le transmitía su afecto, le avisaba cuando se encontraba enfermo, le pedía consejos sobre productos medicinales, la interrogaba acerca de la confección del ajuar, le contaba de qué manera preparaba la "pieza" en la que vivirían y le informaba acerca de sus próximas visitas o posibles fechas de matrimonio.²⁶⁰

Las cartas jugaron un rol esencial en los preparativos del matrimonio cuando finalmente se fijó la fecha definitiva. Cuestiones como la compra y el arreglo del vestido de la novia, la adquisición de los zapatos que ésta usaría en la ceremonia, la cumplimentación de los trámites del Registro Civil y la Iglesia, la decisión del mejor momento del día para celebrarlo y el carácter de las invitaciones fueron resueltas por correspondencia.²⁶¹

El intercambio de cartas entre Rosa y Luis, si bien adquiría cierta especificidad y transitoriedad por desplegarse únicamente durante los cuatro años del noviazgo, no constituía un hecho aislado o ligado con exclusividad a su status de novios. Por el contrario, se inscribía en una práctica propia de la sociabilidad de las familias de las cuales formaban parte, tanto de los hombres como de las mujeres que las integraban. [Gráfico 6]

En ocasiones, el contenido de las cartas reflejaba esa red, integrada por individuos unidos por lazos de parentesco que se encontraban interconectados en forma activa durante el desenvolvimiento del noviazgo. Sabemos que Rosa intercambiaba cartas con su tía Rosa (Rosa*) y su tío Donato, con sus hermanos Salvador, José y Rafael, y con su primo Arturo. Por su parte, Luis solía escribirle a José. El tío y el padre de Rosa (Pablo) también se comunicaban por escrito, del mismo modo que su madre (María) y su tía.

Los datos obtenidos posicionan, como es lógico y del mismo modo que en el caso de las visitas, a las interacciones entre Rosa y Luis como centrales, fuertes y densas, mientras que las que implicaban

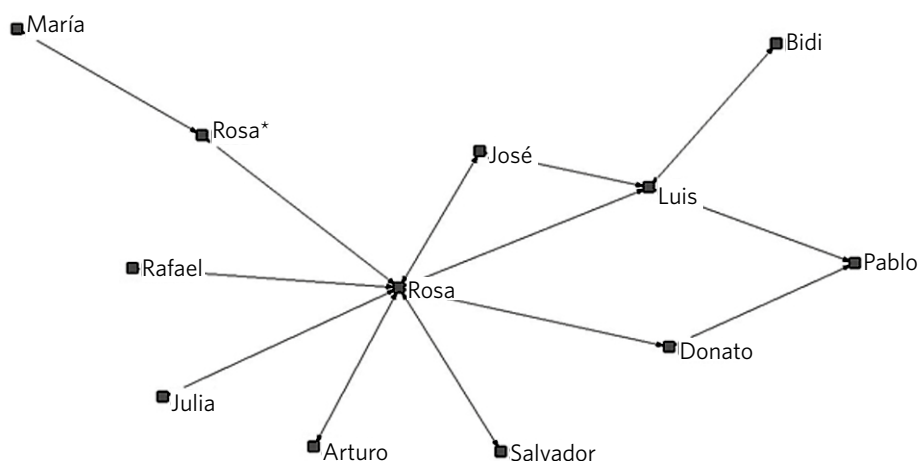


Gráfico 6. Correspondencia

Elaboración propia

a otros familiares eran periféricas –aunque no por ello poco significativas– y las que involucraban a otras personas aparecían como marginales y débiles. Entre estas últimas podemos mencionar la interacción por escrito de Rosa con una mujer a la que se refería como “señora Julia” y la de Luis con el “señor Bidi”.

La correspondencia entre los parientes, la cual solo podemos atisbar de manera fragmentaria a través de los escritos de Rosa, tenía como objetivo mantenerse al tanto mutuamente sobre los viajes de los varones, sus ocupaciones laborales y su estado de salud. Incluso, servían para enviar recados de otras personas, como lo hacía Rosa cuando le transmitía a Luis lo siguiente: Dice la Señorita Pascualina que como le a ido al tío Pedro por esa...”.²⁶² Las propias cartas de Rosa, si bien tenían un destinatario individual, estaban interconectadas en esa red de sociabilidad familiar sostenida en las epístolas. Por ejemplo, en algunas de ellas Rosa le pedía a Luis noticias acerca de sus hermanos que no se encontraban en Olavarría por cuestiones laborales o por estar realizando el servicio militar. También enviaba por su intermedio saludos propios y de su familia a sus tíos y a su primo, les agradecía por sus obsequios, le mandaba a su tía el pedido de disculpas de su madre cuando no podía responderle, le avisaba a su tío que su padre iba a escribirle y le comunicaba el paradero de este último. El siguiente pasaje, en el cual Rosa le rogaba a Luis que le avisara a José que estaba molesta porque no le escribía, abona lo antedicho: “...dile de mi parte que a hora yo le escribo y no me contesta...pero el día que me llegara escribir le contestare con el mismo papel y con la misma atención que tiene conmigo si el me uviera escrito yo podira aberle dicho a Rafael que pregunta por el que esta en cabildo trabajando. desiselo mi Luisito querido...”.²⁶³ Luis también se comunicaba de esta manera con otros parientes, como cuando le escribió al padre de Rosa para anunciarle su próximo arribo con motivo de la celebración del matrimonio.

El enlace pondría fin a la escritura de cartas de amor a distancia propia del noviazgo, tal como ambos lo reconocían: “...me dices que dentro de poco tiempo ya no tendras que pensar en eso de escribirme porque estaras conmigo...”.²⁶⁴ Sin embargo, es probable que esta red de sociabilidad preexistente siguiera subsistiendo en el tiempo como forma de comunicación orientada a mantener los vínculos familiares por encima de la separación geográfica. También es factible que Rosa, ya radicada en Bahía Blanca y alejada ahora de sus padres y algunos de sus hermanos, continuara formando parte de ella.

Consideraciones finales

Las cartas analizadas tienen una serie de limitaciones y potencialidades a la hora de emplearlas como fuentes para historiar prácticas de sociabilidad. Permiten identificar a una serie de individuos conectados entre sí en un periodo determinado. Si bien muestran solamente una porción de un conjunto de interacciones que debió ser mucho más amplio y complejo, permiten vislumbrar, en el caso de este noviazgo, cómo operaron algunas relaciones con terceras personas en el desenvolvimiento de una relación interpersonal diádica.

Al evaluar la importancia de las visitas y la correspondencia debemos sopesar el peso de los condicionantes estructurales tanto para favorecer como para obstaculizar el inicio, desarrollo y conclusión de este noviazgo entre dos personas que residían en lugares distantes. Algunos de ellos tienen que ver con aspectos materiales asociados a la modernización económica de la región del centro sudoeste de la provincia. Sin las condiciones propicias para la radicación de inmigrantes, la presencia del ferrocarril y la organización del correo postal, ninguna de las dos formas de sociabilidad que estamos considerando hubiera tenido lugar en la forma descripta. En la misma línea ubicamos la existencia del telégrafo, la extensión y popularización de la fotografía y la configuración de un mercado de comercialización de postales.

Por otro lado, debemos considerar la incidencia de la presencia del Estado en la forma del servicio militar, la extensión de la alfabetización y la legislación sobre matrimonio civil. Por último, la influencia de la prescriptiva de la Iglesia Católica, religión que profesaban los miembros de estos núcleos familiares. Todo esto debemos enmarcarlo en el orden de género hegemónico que, en base a la idea de la diferencia sexual natural, delineaba esferas y formas diferenciadas de actuación para hombres y mujeres, plasmándose en diversas formas de subordinación femenina en la vida familiar y social en sentido amplio.

Claro que, y como señalamos al comienzo siguiendo a Juan Pro Ruiz, al situarnos a mitad de camino entre el determinismo de las circunstancias y la agencia individual, debemos subrayar que las cartas muestran que estos condicionamientos estructurales a nivel de la sociedad en general y de las familias en particular se conjugaron con otros factores. Las responsabilidades laborales de dos novios trabajadores regidos por el imperativo de ganarse la vida se ligaron a roles que eran contruidos y experimentados de diversas maneras de acuerdo al género. En paralelo a ello se vislumbran sus márgenes de autonomía personal, que tenían que ver con la elección consciente de la pareja, la fijación del matrimonio como meta de la relación y la forma en que ambos, y especialmente Luis, evaluaron las posibilidades de verse en cada ocasión y decidieron en consecuencia efectuar o no los viajes, así como se comprometieron a utilizar la escritura frecuente de cartas como herramienta para sostener la relación.

Finalmente, y en cuando al nivel de la sociabilidad familiar, podemos afirmar que el comienzo del noviazgo no hubiera sido factible sin la existencia de la red de parentesco preexistente activada por la correspondencia y por los viajes que conectaban a la familia extensa en términos de reciprocidad. Esa red también formó parte de las condiciones de posibilidad para el mantenimiento de la relación en el tiempo. Para esta novia que aguardaba ansiosa el momento de casarse, la llegada de noticias a través de terceras personas, los telegramas, las fotografías, las postales y los regalos, además de las cartas, ayudaban a suplir esa presencia física, esa ausencia que se erigía en un obstáculo que debía ser superado. Esta red de sociabilidad que servía a la familia extensa para mantenerse en contacto y vehicular sentimientos, noticias, alimentos, bienes y dinero fue funcional también para estos novios que debieron buscar la manera de mantenerse unidos durante cuatro años pese a la distancia geográfica que llevó aparejados extensos lapsos de separación física.

CORRESPONDENCIA (selección)

que en casa del señor
Mariani para una ovilla
degracia y yo me fui
a ver lo pedaleo alijo.
y junto con esto de man,
de la razón para que
te des cuenta de lo pasado
para lo que me quedo tal como
y primero.
mi querido querido me
alegrado mucho de buena
noticia de José que te tra-
er poco el servicio mil
gracias de mi parte y de
todo mi familia por tus
buenas atenciones, mi amor
en tus cariñosos contactos
me piden de mediada de.

de todo de la chispa tiene mi
albor de yo un momento.
con paz y calma, misa.
mi querido me da la misa.
cuando me dije en ese ay.
mi querido cuando me da la
mejor manera opaco de.
quiero yo igual a todo lo que
contaba por que con el servicio
me quise mucho y nunca
dentro muchas dificultades
en la paz en respecto de
caldero para en contra de
con las lesiones de sus personas
para de paz sin duda de todo
y así que me quise yo con
de mi parte. puede estar de manera
me te pido que es así querido.



Claraviva Diciembre 16^{to} 1876

A Mi siempre querido amante de mi corazón Luis estas líneas las escribo con el mas tierno cariño de mi corazón y para saludarte a ver mi querido Luis y para decirte que te espero con el más grande alegría a que Dios más feliz sea para mi cuando pueda verte a ver mi amado a mi cariño Luisito no pasa un solo momento sin acordarme de el que tanto quisio de corazón a proxa mi querido Luis no espero

carta te expreso a vos seguire
escribime para decirme cuando
dieres a que instante estare yo
mi Luis preguntando vos estas
aqui soy feliz con mi amado
no te escribo más te brava de
cosas si no la mande esta
noche tardara que tardar otro
dia más pero yo no puedo que
de mora Luis mio dime pronto
para ayudarme a cosa de lo
mas atareado has jst te expreso
con seguridad recurre de
todas mi familia y mis
recuerda a mis pueros tíos y
primos y hermanos y asi mi
querido Luis recibas de tu onada
un millon de besos y abracos

carino del mayor hijo soy
para siempre

Rosa

adios mi Luis querido que
seas feliz para siempre y des
desvelarse lo más que esta
esta carta expreso que me
acinas

y nos mi querido recibí
un millon de besos y un
abrazo de carazon soy pronta
siempre tu querido que te
quiere y te adora tu
Rosa

adios mi querido,
recibe tan preciosa postal
dios quisiera que tus deseos
se cumplan camp li dos
tiempo soy

Claravieja 4 de 1990

Mi querido y amado
Luisito de mi carazon
querido con mi más de
carino te escribo esta mi
carazon lo te de amor pronta
mi querido y Luisito mio
que nos te acordaras como
yo me acuerdo que mañana
es el día 4 de Enero que hace
4 años que feliz mañana
era aquella mi querido que
yo esperaba a mi primite
estaba llena de alegría
y un momento más tarde
fui tu mi amado. adue.

tus cañinos como el tesoro
 más gran de de este mundo
 así lo he de odorar mientras
 dure mi vida. seré siempre
 cariñoso para con mi Luisito
 así se grabó en mi corazón
 con letras de oro el nombre
 Luis Abusillo es para
 siempre mío y jamás de
 mí se apartó un solo instante
 tu cariño. solo el cariño de
 mi Luisito me da consuelo
 y querido si usiera estado con
 vos para el día de mañana
 no dejaria un solo momento
 en el día sin besarte con
 gran cariño pero como estamos

completamente lejos te besé
 sobre esto cartito un
 millon de besitos y un fuerte
 abrazo de todo corazón.
 lo acostaras es tu querida quien
 te da un besito de amor.
 y Luisito mio para el año
 que viene poner ese día si Dios
 quiere estaremos más de dosos
 y mi querido mundo daría
 mañana si las 5 de la
 mañana me se entran
 con vos querido como así es
 años. mi Luisito espero
 con deseo de amada cartito
 con buena noticias. recibes
 recuerdos de todo mi familia.

mando este caneca la otra
 digo bastón, pero para mi querido
 Luisito me va lo que le sea con
 mate si no me mata. bñ. así
 mando esto a tu lado me da
 un dulce beso. mi Luisito querido
 te mando con tío un canito y con
 postal y eso que se cubren en
 tu poder. dadas mis cariñosos
 recuerdos a mis querido tío y
 primo. con los recuerdos de todo
 y así mi querido escribe mil
 de besitos de amor de tu querida
 que te quiere de corazón y deso
 así te presento mi querido
 tango y así un montón de
 de mi cariñoso Luisito es
 Para
 espero buena noticia de tu hijo
 y del resto de casa.

Olavarría Octubre 27 de
 1888

Mi querido y cariñoso
 Luis de mi corazón.
 con mucho alegría se me ha
 tu cariñoso cartito lo que me
 no dar un beso canecito a
 mi corazón. mando con alegría
 que así y de más de tu querida
 familia gozan de buena
 salud. yo y de más de mi
 familia buenas por el
 momento. mi querido Luisito
 sea Dios como fue de gran
 de mi alegría al recibir
 la noticia de mi querido tío
 que ni lo pensaba abarlo
 siete tan pronto que me.

abicaste así mi querido puer.
 he pasado un día dichoso ay
 me encontraba contento por
 que le pregunté de mi Luisito
 me quisies saber cuándo que me
 dijo tío por la ropa que tengo
 hecho me dijo que estaba
 muy bien pero así mi Luisito
 presido por quitárselo y como
 que le dié mi amado Luisito
 yo le dije a tío que le dijiera
 a así que yo estaría contento
 estar una noche como esto
 le estar toda ante de un mes
 esperando a mi querido.
 ay tío me preguntó si te via
 deseos de huirte como quisie
 que no tengo deseos de irte.

mi Luisito querido si no pases
 un momento sin que en mi mente
 este grabado en unido de tu
 variado y el recuerdo de tu voz que
 de mi mente no se separa un
 instante mi querido yo solo estoy
 contento cuando a todas horas te
 oigo ay querido para cuando un
 día tendras que quedarte todas
 las días que yo quisie mi querido.
 mira Luisito una carta así
 me dice en tu carta que es buena
 idea que a cubrir la chica
 acaban mate como así no me
 gusta tiene razón mi Luisito
 yo perdí la costumbre de tomar
 mate mira así querido como
 pregunté 3 o 4 veces en el día

contento. están estos por
 día sin salir y de pues están
 para siempre junto con
 mi Luisito querido para
 no abia dicha más grande
 que estar con mi querido amado
 no esto es momento de
 poder decir mi querido
 Luisito que contento estoy
 por estar a tu lado mi queri-
 do cuando estabas en el
 mes de Enero que me dió
 estar Junio mi querida
 no mucho sentí una pro-
 funda pena a mi corazón
 porque ya me parecía que
 no podría estar más contien-
 ta siendo tan larga.

la ausencia de mi Luisito
 querido todo mi alegría
 estar junto a mi querido
 dime que me cantaras.
 Luisito mio para cuando
 oyes mi querido me dice
 que a así te gustan todas
 las muestras de mi fotografía
 si querido alguna te gustara
 más aunque sean todas
 mías así espero que me
 mandes el tuyo mi querido
 que tengo mucho deseo de
 verle mi Luisito no te
 abris de la muestra para
 decirle a José cual es para
 retirar la placa mi
 Luisito cuando recibire.

de tus cartas un besito
 cariño en otra te acordará
 más querido estoy con mucho
 fiero no puedo más mi
 recuerdo si te ha gustado
 y sea mi amadísimo
 Luisito un beso de tu
 querida un millon de
 besitos y el cariño más
 profundo de mi corazón
 un abrazo a brazo soy
 para siempre tu querido
 que te quiere y cree te amo
 mi Luisito y unido
 Mayo 14
 Poesa
 Adios mi querido

Olivia Junio 2 de
 1903
 Mi querido
 Luis de mi corazón
 así de grande mi consuelo
 al recibir mi expresion
 amorosa cariñosa lo que
 lleno mi corazón de alegría
 me alegro mi querido
 que sea y de más de fami-
 liar gozar de buena salud
 y con familia buena
 mi querido Luisito sea
 en tu querida cariñosa
 que me dice que pasara
 más de un mes a mi
 Luisito quisiera que fueras
 un mes solo estara

mi Luisito querido para
 cuando sea venga te pregun-
 tare una cosa linda y
 no desearia estar ni un solo
 dia más sola mi querido
 en la otra cartita expuse
 que me das buena noticia
 que están bien todos
 pronto que quisiera verte
 porque ya así me voy
 más unido mi Luisito y
 yo más feliz y más feliz
 así está bien mi amado recibí
 recuerdos de toda mi familia
 para la tuya y sea mi querido
 un beso un millon de besos
 y de cariños de amor y un
 abrazo de corazón tuyo soy
 Poesa

Adios mi Luisito
 querido

Olivia Septiembre
 1903
 Mi querido y
 cariñoso Luis de mi
 corazón
 Ayer con gran placer
 recibí tu amorosa cari-
 ñosa lo que me dio
 consuelo a mi corazón
 y cuando me alegro que
 estas gozando de buena
 salud sea y de más de
 tu agradable familia
 por el momento
 mi querido Luis me
 puede contar lo que
 mismo por el motivo.

PRESENTACIÓN

- 1 Pilar González Bernaldo de Quirós, "La "Sociabilidad" y la historia política", Nuevo Mundo Mundos Nuevos, BAC- Bibliotecas de Autores del Centro, 2008, [en línea], Puesto en línea el 17 de febrero 2008. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/24052>
- 2 Michel Bertrand, "Las redes de sociabilidad en la Nueva España. Fundamentos de un modelo familiar en México (siglo XVII-XVIII)", en Georges Baudot (coord.), *Poder y desviaciones: génesis de una sociedad mestiza en Mesoamérica*, México, Siglo Veintiuno editores, 1998, pp. 103-134.

PRÓLOGO

- 3 Frase extraída del film italiano, *Una giornata particolare* (1977). Guión de Maurizio Constanzo, Ruggero Maccari y Ettore Scola.
- 4 Claude Lefort, *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990, p. 47.
- 5 Fresco diría: "la sociabilidad, y el juego de sus diversas fuerzas encontradas no pueden quedar librados a sí mismos, sin peligro de la seguridad colectiva". *Mensaje del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Doctor Manuel A. Fresco, a la honorable legislatura*, La Plata, Taller de impresiones oficiales, 1937, p. 12.
- 6 Ferenc Fehér, "El paria y el ciudadano", en Agnes Heller y Ferenc Fehér, *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, Barcelona, Península, 1998, p. 277.
- 7 Para ver un interesante recorrido de la repercusión de la categoría de *Geselligkeit* y de la recepción de Simmel a partir de su decurso francés, ver: Rivière, Carole Anne, "La spécificité française de la construction sociologique du concept de sociabilité", *Reseaux*, n°123, 2004, pp. 207-231.
- 8 Pensemos que el trabajo de Simmel que citamos recién vio su primera edición en castellano en el año 2002. Sobre la traducción al castellano de las obras de este autor, ver: Cataño, Gonzalo, "Bibliografía de Georg Simmel en castellano", *Revista colombiana de sociología*, n°31, 2008, pp. 83-89.
- 9 Georg Simmel, "El ámbito de la sociología", en *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa, 2002, pp. 31-32.
- 10 Rémy Ponton, "Une histoire des sociabilités politiques", *Annales*, vol. 35, n°8, 1980, p. 1275. Traducción propia.
- 11 Sandra Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés: 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.

CAPÍTULO 1

BAHÍA BLANCA DE LA "SEGUNDA FUNDACIÓN" A LA SOCIEDAD DE MASAS (1880-1943)

- 12 Al respecto de la segunda fundación de Bahía Blanca enunciada por Benigno Lugones, véase Diana Ribas, *Del fuerte a la ciudad moderna: Imagen y autoimagen de Bahía Blanca*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur - Departamento de Humanidades, 2008. [tesis doctoral inédita].

- 13 Este tema fue desarrollado por Norma M. Buffa de Bottaro en su artículo: "El aporte extranjero en la sociedad y economía de Bahía Blanca (1828-1900)", *Cuadernos del Sur*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, n° 21-22, 1988-89.
- 14 Hernán A. Silva, "Economía", en Félix Weinberg, *Manual de Historia de Bahía Blanca*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1978, p. 191.
- 15 Las características generales del desarrollo industrial han sido extraídas del texto de María Ebelia Rey, Delia Errazu de Mendiburu y Norma B. Abraham, *Historia de la industria en Bahía Blanca 1828-1930*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, Departamento de Ciencias Sociales, 1980.
- 16 La situación impulsó la creación de un comité de ciudadanos bahienses que realizó un censo en la ciudad, Ingeniero White, Punta Alta, Cuatrerros y Cabildo constatando que más de 5.000 trabajadores carecían de ocupación. Estas cifras difieren de las publicadas en el Censo Nacional de Desocupados realizado por el Departamento Nacional del Trabajo en 1932 que registraba para la ciudad un total de 1.727 personas sin ocupación, de los cuales solo 963 eran permanentes. Cfr. Mabel N. Cernadas de Bulnes, "Cuando los socialistas gobernaron Bahía Blanca: la intendencia de Agustín de Arrieta y el desafío de transformar la cultura política "criolla" (1932-1935)", *Estudios Sociales*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, n° 44, junio 2013, pp. 101-122.
- 17 Mabel N. Cernadas y José Marcilese, (comps.), *Mundo del trabajo, organizaciones sindicales y conflictividad. Memorias obreras en Bahía Blanca durante el siglo XX*, Archivo de la Memoria UNS, Bahía Blanca, 2012.
- 18 José Marcilese, "El movimiento obrero bahiense en vísperas del peronismo", en Mabel N. Cernadas y José Marcilese (coord.), *Política, sociedad y cultura en el Sudoeste Bonaerense*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2009, pp. 101-112.
- 19 *Guía Anuario La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, La Nueva Provincia, 1927, p. 293 y *Anuario Guía Comercial y Social. Bahía Blanca y su zona*, Bahía Blanca, La Nueva Provincia, 1934, p. 12.
- 20 Sobre el proceso inmigratorio pueden consultarse, entre otros, los siguientes textos: Félix Weinberg y Norma Buffa de Bottaro, "El aporte inmigratorio en la conformación de las clases medias de la ciudad de Bahía Blanca", *Cuadernos del Sur* n.º 15, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1982; María Jorgelina Caviglia de Villar, *Inmigración ultramarina en Bahía Blanca*, Buenos Aires, CLACSO, 1984; Félix, Weinberg, *Historia del sudoeste bonaerense*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1988 y Mabel N. Cernadas de Bulnes, "Inmigración en Bahía Blanca: la ciudad y la campaña en 1869", en *Estudios sobre inmigración I*, Bahía Blanca, Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, 1992.
- 21 Lucía Bracamonte, *Mujeres y trabajo. Voces y representaciones en la prensa de Bahía Blanca, 1880-1934*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2006. [tesis doctoral inédita]
- 22 Mabel N. Cernadas de Bulnes, "Estanislao Zeballos. Una visión optimista de la Bahía Blanca de fines del siglo XIX", *Res Gesta*, N° 33, Buenos Aires, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Instituto de Historia, Universidad Católica Argentina, enero-diciembre de 1994, p. 124. Un trabajo sobre la Legión Agrícola Militar es el de Nicolás Ciarniello, "La Colonia Agrícola-Militar de Nueva Roma, 1856", en *Actas del Octavo Congreso de Historia de los Pueblos de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata, Edición Digital Multimedia, 2001.
- 23 Hernán Asdrúbal Silva, "Un destino manifiesto", en *Cien años de periodismo*, Bahía Blanca, La Nueva Provincia, 1998, pp. 23 y 24.
- 24 José Zingoni, "En busca de una identidad urbana", en *Ídem*, pp. 80-95.
- 25 Puede consultarse al respecto del Centenario de 1810 el trabajo de María de las Nieves Agesta, "Una cabalgata solitaria. Debates sobre arte y espacio público a propósito de la inauguración del monumento a San Martín (Bahía Blanca, 1910)", en Teresa Espantoso (coord.), *Arte público y espacio urbano. Relaciones, interacciones, reflexiones: 1º Seminario Internacional sobre Arte Público en Latinoamérica*, Buenos Aires,

- Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2009 y sobre la “estatuomanía” de 1928 los trabajos de Diana I. Ribas, “Saldos y retazos: algunas aproximaciones a la identidad durante el primer Centenario local (Bahía Blanca, 1928)”, en Diana I. Ribas, María de las Nieves Agesta, Ana Carolina Heredia, Juliana López Pascual y Ana María Vidal (coord.), *III Jornadas HumHA 2009 – Representaciones e identidades*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2011, “¿Un renacimiento sureño? El monumento a Luis Caronti (Bahía Blanca, 1928)”, en Teresa Espantoso (coord.), *Reflexiones entre los dos Bicentenarios 2010-2016: 1er. Congreso Nacional sobre Arte Público en Argentina*, Buenos Aires, Editorial de la FFyL-UBA, 2013, pp. 103-116 y, junto con Fabiana Tolcachier, *La California del Sur: de la construcción del nudo ferro-portuario al centenario local: Bahía Blanca 1884-1928*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2012.
- 26 En la época, este vocablo hacía referencia a una disciplina sociológica que estudiaba el fenómeno general de las aglomeraciones humanas, no solamente desde el punto de vista de su geografía, historia, economía, derecho y administración, sino también de su continente material, es decir, su desenvolvimiento, construcciones, tránsito, embellecimiento, servicios públicos, etc. Al respecto véase: Adolfo B. Kiernan, “El urbanismo en B. Blanca”, *La Nueva Provincia*, número extraordinario, 1º de agosto de 1939, pp. 25-26.
- 27 Llull, *Prensa y política en Bahía Blanca, La Nueva Provincia en las presidencias radicales, 1916-1930*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2006.
- 28 No es nuestra intención realizar aquí un catálogo exhaustivo de las publicaciones periódicas bahienses. Para ello pueden consultarse: Juliana López Pascual y María de las Nieves Agesta, “Páginas de cultura. Las revistas culturales en Bahía Blanca durante el siglo XX”, en Mabel N. Cernadas y Patricia A. Orbe (comp.), *Itinerarios de la prensa: cultura política y representaciones de Bahía Blanca durante el siglo XX*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2013, pp. 47-66, Mabel N. Cernadas y Patricia A. Orbe, “Diarios bahienses en perspectiva: idas y vueltas en búsqueda de la pluralidad”, en Ídem, pp. 23-46 y Llull, *Prensa y política en Bahía Blanca*, ob. cit. y María de las Nieves Agesta, *Páginas modernas. Revistas culturales, transformación social y cultura visual en Bahía Blanca, 1902-1927*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2016. [en prensa]
- 29 Ana Virginia Persello, “La ingeniería institucional en cuestión en la Argentina de los años ´30. del “estado consultivo” al “gobierno de los funcionarios”, [en línea], *Dossier N° 53 “La década del treinta”*, 8 de julio de 2015.
- 30 Hernán Silva, Guillermo Godio, Mabel N. Cernadas, Rosario Güenaga y Ana María Cignetti, *Una nueva provincia y diversos proyectos para su capitalización*, Bahía Blanca, Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, 1972.
- 31 Juliana López Pascual, *Representaciones, prácticas y tensiones en la institucionalización de las actividades culturales. Bahía Blanca 1940-1969*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2014. [tesis doctoral inédita]
- 32 José Luis Romero, “El Estado y las corporaciones, 1920-1976”, en AA.VV., *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Grupo de análisis y desarrollo institucional y social, Edilab Editora, 2002.
- 33 Esta sistematización es realizada por Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 34 Ídem, pp. 191-193 y María de las Nieves Agesta, “Del club social al asociacionismo cultural: La Asociación Cultural de Bahía Blanca (1919-1927)”, en Beatriz Margarita Conte de Fornés et. al. (coord.), *Calidoscopio del pasado. XIV Jornadas Interescuelas de Historia – Departamento de Historia*, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, 2014. Puede consultarse también: José Marcilese y Marcelo Tedesco, *Club Argentino de Bahía Blanca, Centenario 1906-2006*, Bahía Blanca, Rex, 2006.
- 35 Véase al respecto Diana I. Ribas, “El poder de la imaginación. Perduración de algunas imágenes de fines del siglo XIX”, en Diana Ribas (coord.), *Los límites de las imágenes*, Bahía Blanca, 17grises, 2013, pp. 15-33 y Mabel N. Cernadas y Norma Buffa, “Anticlericalismo finisecular: las reacciones de liberales y masones frente a los colegios católicos de Bahía Blanca 1890-1900”, *Separata de Criterio*, Buenos Aires, año 64, nº 2066, marzo 1991, pp. 84-88.

- 36 Este tema es desarrollado por Rodrigo Javier Vecchi en su texto "Rumbo al oriente eterno: registro material y masonería en el cementerio municipal de Bahía Blanca", en Mabel N. Cernadas de Bulnes y José Marcilese (eds.), *Cuestiones políticas, socioculturales y económicas en el sudoeste bonaerense. Actas de las IV Jornadas interdisciplinarias del sudoeste bonaerense*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2007.
- 37 Para profundizar estos aspectos puede consultarse el texto de Mabel N. Cernadas de Bulnes, *Bahía Blanca en el Centenario de su fundación: la sociedad civil y sus redes (1928)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2003.
- 38 La parroquia de Bahía Blanca estuvo en manos de los salesianos entre 1890 y 1913. A partir de allí pasó al clero secular, dependiendo de la diócesis de La Plata hasta 1934, año en que se convirtió en sede de una nueva circunscripción. Sobre el catolicismo puede consultarse Susana B. Martos, *Historia de la Iglesia en Bahía Blanca*, Buenos Aires, Dunken, 2003.
- 39 Estos aspectos son desarrollados por Roberto D. Cimatti en su texto: "La Federación Obrera Regional de Bahía Blanca y la huelga general de junio de 1921 en la prensa 'burguesa'", en Cernadas de Bulnes y Marcilese (eds.), *Política, Sociedad y Cultura en el Sudoeste Bonaerense*, ob. cit.
- 40 Cernadas de Bulnes, "Sociedad civil y partidos en la Bahía Blanca del Centenario", ob. cit., p. 468.
- 41 Ídem, p. 470.
- 42 Sobre el carnaval bahiense durante el Centenario de Mayo ver María de las Nieves Agesta, "Ecos de Carnaval. Las ambigüedades de la modernidad en el carnaval bahiense, 1910", en *Historia de la fotografía -Memoria del 9º Congreso de Historia de la Fotografía*, Rosario, Sociedad Iberoamericana de Historia de la fotografía - Centro Cultural Bernardino Rivadavia, 2007, pp. 23-28.
- 43 Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 44 Véase Mabel N. Cernadas, "La idea de progreso en la Bahía Blanca de fines del siglo XIX", en Mabel N. Cernadas y Roberto Bustos Cara (comps.), *Estudios Regionales Interdisciplinarios II*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2000, pp. 229-243.
- 45 Sobre las representaciones y autorrepresentaciones de Bahía Blanca, véase Ribas, *Del fuerte a la ciudad moderna*, ob. cit.
- 46 Bracamonte, *Mujeres y trabajo...*, ob. cit.
- 47 El término feminización hace referencia al aumento del peso relativo del sexo femenino en la composición de una profesión u ocupación, cuya medida o análisis se realiza a través de datos y técnicas estadísticas. La feminización alude a un significado cualitativo y refiere a las transformaciones de significado y valor social de una profesión u ocupación originadas a partir de la feminización. Al respecto véase Yannoulas, Silvia C., *Perspectivas de género y políticas de formación e inserción laboral en América Latina*, Buenos Aires, Red Etis, IIPE, IDES, 2005.
- 48 Marta S. Ramírez, "Educación: una herramienta para la transformación", en *Cien años de periodismo*, ob. cit.
- 49 Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 50 Nidia Burgos, "Buenos Aires Bahía Blanca (1885-1960)", en Osvaldo Pellettieri (dir.), *Historia del teatro argentino en las provincias*, Buenos Aires, Galerna, vol. 1, 2005.
- 51 Ovidio Martínez, *Historia del teatro en Bahía Blanca*, Bahía Blanca, Imprenta Ducós, 1913.
- 52 Sobre los consumos y la crítica teatral de la Bahía Blanca de principios del siglo XX, véase María de las Nieves Agesta, "Disonancias críticas en la ópera bahiense. La construcción de una representación de clase en la crítica musical (1910)", en Diana I. Ribas (coord.), *Jornadas de Hum.H.A. La crisis de la representación*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2005.

- 53 Véase Burgos, "Buenos Aires Bahía Blanca (1885-1960)", ob. cit.
- 54 Ídem, p. 37.
- 55 María Noelia Caubet, *Músicos en Red: la creación del Conservatorio Provincial de Música en el proceso de institucionalización cultural de Bahía Blanca (1956-1957)*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2016. [Tesina de licenciatura inédita]
- 56 Sobre la educación femenina en Bahía Blanca puede consultarse Bracamonte, *Mujeres y trabajo...*, ob. cit.
- 57 Juliana López Pascual, "*Trincheras*" *el campo cultural en Bahía Blanca entre 1963 y 1968*, Bahía Blanca, EdiUNS-CER "Prof. Félix Weinberg", 2015.
- 58 Para un análisis pormenorizado de ambas muestras véase Diana I. Ribas, "¿Cuánto se paga en Pago Chico? La circulación del arte en Bahía Blanca (1928 -1940)", en María Isabel Baldasarre y Silvia Dolinko (eds.), *Travesías de la imagen: Historia de las Artes visuales en la Argentina*, Sáenz Peña, Universidad Tres de Febrero, vol. 2, pp.81-108.
- 59 Véase López Pascual, *Representaciones, prácticas y tensiones en la institucionalización de las actividades culturales. Bahía Blanca, 1940-1969*, ob. cit.
- 60 María Alejandra Pupio, *Profesionales y aficionados en la conformación, interpretación y exhibición de las colecciones arqueológicas. Colecciones y museos de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires, 2012. [tesis doctoral inédita]
- 61 Ribas, *Del fuerte a la ciudad moderna*, ob. cit.
- 62 Para una historia del cine en la ciudad desde sus orígenes hasta 2005, véase Agustín Neifert, *El cine en Bahía Blanca. Memoria y homenaje*, Bahía Blanca, Edición del autor, 2007.
- 63 Neifert señala, sin embargo, que ya habían existido en la ciudad otras producciones cinematográficas de carácter experimental. El 15 de diciembre de 1905, Juan Voltz, fotógrafo inmigrante instalado en Bahía Blanca desde fines del siglo XIX, presentó junto a su hermano en el Jockey Club su primer documental donde se registraban imágenes de la inauguración del F.C. Pacífico, del Mercado Victoria y de Puerto Galván. Durante el año siguiente, dos nuevas filmaciones sucedieron a este proyecto inicial: un documental sobre el puerto de Ingeniero White y otro sobre la partida del raidista Cassoulet. Neifert, *El cine en Bahía Blanca*, ob. cit., p. 59.
- 64 Trigo Viera, Manuel "Bahía Blanca a comienzos de siglo" (entrevista al ingeniero Briano), *41 aniversario de La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, La Nueva Provincia, 1939, p. 56.

CAPÍTULO 2

LA POLÍTICA EN LA MIRA. FOTOGRAFÍA, SOCIABILIDAD Y CULTURA POLÍTICA EN BAHÍA BLANCA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

- 65 Ambos conceptos han generado una amplia bibliografía de investigaciones sobre la historia argentina y latinoamericana. A manera de ejemplo véase sobre sociabilidad política Oscar Guarín-Martínez, "La sociabilidad política: un juego de luces y sombras", *Memoria y sociedad*, Bogotá, vol. 14, nº 29, 2010, pp. 25-36. Véase también María de las Nieves Agesta, "Comentario crítico de la ponencia: Mezclando cosas. Una pregunta para una vieja discusión sobre "migrantes internos" y "peronismo" de Nicolás Quiroga", en *IX Jornadas de Historia Política*, UNS, Bahía Blanca, 1 al 3 de septiembre de 2014 [mimeo]. Por su parte, sobre cultura política puede consultarse Mabel N. Cernadas, "Cultura política: una herramienta compleja y sugerente de análisis de la realidad", en Cernadas, Mabel N. y Roberto Bustos Cara (eds.), *La cultura en cuestión. Estudios interdisciplinarios del Sudoeste Bonaerense*, Bahía Blanca, EdiUNS, pp. 13-21 y

- "L'histoire politique argentine des dernières décennies : un regard dès la culture politique", *Cahier d' Histoire immédiate*, Université de Toulouse II, Le Mirail, Groupe de Recherche en Histoire Immédiate, n° 46, 2014, pp. 15-34.
- 66 Guarín-Martínez, "La sociabilidad política: un juego de luces y sombras", ob. cit.
- 67 Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 33.
- 68 Fabio López de la Roche, "Aproximaciones al concepto de cultura política", *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, México, Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Ciencias Políticas y Administración Pública de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México, n° 22, 2000, pp. 93-123.
- 69 El poder de certificación de los hechos -el *esto-ha-sido* de Roland Barthes- que se atribuye a la fotografía, se funda en su relación estrecha con el referente que le otorga una función indiciaria. Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre fotografía*, Barcelona, Paidós, 1989.
- 70 Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- 71 María de las Nieves Agesta, "Fotografía de prensa y proyecto regional. La fotografía en la construcción de una identidad regional en el interior argentino (Bahía Blanca, 1900-1930)", *A Contracorriente. A Journal on Social History and Literature in Latin America*, Departamento de Lenguas & Literaturas Extranjeras de North Carolina State University, vol. 12, n° 3, mayo 2015, pp. 296-345.
- 72 Antonio Pantoja Cháves, "Prensa y Fotografía. Historia del fotoperiodismo en España", *El Argonauta español*, Aix-en-Provence, n° 4, 2007.
- 73 Martine Joly, *La imagen fija*, Buenos Aires, La Marca editora, 2009, p. 164.
- 74 Lourdes Roca et al., *Tejedores de imágenes. Propuestas metodológicas de investigación y gestión del patrimonio fotográfico y audiovisual*, México, Instituto Mora-Laboratorio Audiovisual de Investigación Social, 2014, p. 66.
- 75 Alberto Del Castillo Troncoso, "La historia (en construcción) del fotoperiodismo en México. Los casos de John Mraz (Nacho López) y Rebeca Monroy (Enrique Díaz)", en Gumersindo Vera Hernández et. al. (eds.). *Memorias del simposio Diálogos entre la Historia Social y la Historia Cultural*, México, ENAH, 2005, pp. 219-235.
- 76 Sandra Szir ha abordado las condiciones técnicas y materiales que hicieron posible la transformación de las publicaciones ilustradas en la Argentina, prestando especial atención al rol de *Caras y Caretas* en este proceso. Véase, por ejemplo, Sandra M. Szir, "Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en *Caras y Caretas* (1898-1908)", en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), *Impresiones porteñas: imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009, pp. 109-140 y "Arte e industria en la cultura gráfica porteña. La revista *Éxito Gráfico* (1905-1915)", en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, pp. 165-196.
- 77 De acuerdo a Diana Ribas, el aviso del Velódromo de los hermanos Verardo fue el primero en utilizar este recurso en 1899 en las páginas de *La Nueva Provincia*. Ribas, *Del fuerte a la ciudad moderna*, ob. cit.
- 78 Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 79 Alberto Del Castillo, "Los usos de la imagen", en Sabrina Baños Poo, Laura García Catarino y Rocío Molina Espinosa (eds.), *Construyendo historias con imágenes*, México, Universidad Autónoma de México, 2011, p. 34.
- 80 Como afirma Martine Joly (*La imagen fija*, ob. cit.), la fotografía de prensa de la época en cuestión recurría, en general, a *frames* estandarizados, a la repetición de encuadres, a los juegos intertextuales y a la conjunción de representaciones ya conocidas que aparecían, de este modo, como naturales y garantizaban así la confiabilidad de la representación.

- 81 Sobre esta cuestión véase Hilda Sabato "Elecciones y prácticas electorales en Buenos Aires, 1860-1880. ¿Sufragio universal sin ciudadanía política?", en Antonio Annino (coord.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1998; Hilda Sabato, "Virtudes cívicas, política criolla" y Elías Palti, "El legado como problema (a propósito de la ponencia de Hilda Sabato)", en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999 e Hilda Sabato "El pueblo 'uno e indivisible'. Prácticas políticas del liberalismo porteño", en Lilia Ana Bertoni y Luciano de Privitello (comps.), *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, pp. 25-44.
- 82 Estanislao S. Zeballos, "Bahía Blanca. Nota e impresiones en 1879 y 1891", *Revista de Derecho, Historia y Letras*, T. X, Buenos Aires, 1901, p. 472. Sobre el tema de las elites véase Leandro Losada, "La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)", *Entrepassados*, Buenos Aires, año XVI, nº 31, comienzos de 2007, pp. 81-96.
- 83 Cernadas, "Cuando los socialistas gobernaron Bahía Blanca...", ob. cit.
- 84 Si bien era una particularidad de la vida política impugnada por los contemporáneos, constituía una característica de la cultura política de la región que daba respuesta a la incapacidad de la clase política para crear un estado de derecho donde todos fueran iguales ante la ley. Véase Pedro Castro, "El caudillismo en América Latina, ayer y hoy", en *Política y cultura. Los movimientos sociales y el problema del Estado*, México, nº 27, enero 2007, pp. 7-29.
- 85 "Hasta donde llega la audacia", *El Porvenir*, Bahía Blanca, año 5, nº 335, 7 de octubre de 1885, p. 1.
- 86 "Las elecciones del domingo", *El Argentino*, Bahía Blanca, año 1, nº 179, 10 de febrero de 1886, p. 1.
- 87 Sobre la composición social del radicalismo y los nombres de sus primeros dirigentes puede verse Mabel N. Cernadas de Bulnes, "Bahía Blanca: Política e instituciones", en Félix Weinberg (dir.), *Historia del sudoeste bonaerense*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1988, pp. 275 a 296.
- 88 Mabel N. Cernadas, "El impacto de la Ley Sáenz Peña en el sudoeste bonaerense", *Cuadernos del Sur*, Bahía Blanca, nº 23/24, Bahía Blanca, Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, 1993, pp. 121- 140 y "La construcción de la ciudadanía en un espacio provincial: Bahía Blanca en la época del Centenario (1928)" en *Actas del IX Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, septiembre de 2003, pp. 1-15.
- 89 Se trataba de los concejales Francisco Lastretti, Francisco Hitce, Juan M. Dallier, Juan P. Garat y Carlos A. Pronsato; todos ellos miembros del Comité Popular.
- 90 Sabemos gracias a las publicidades aparecidas en la revista que *Instantáneas* contaba con su propio taller de fotograbado dirigido por José Jordá y situado en el cruce de las calles Sarmiento y Alvarado. Allí contaba con luces artificiales y maquinaria apta para realizar trabajo de autotipia, zincografía y colografía.
- 91 La comparación con la documentación fotográfica de la época permite identificar que el edificio de rasgos neoclásicos que se encontraba detrás de los periodistas era el de Sarmiento 34 que ocupó hasta 1930 *La Nueva Provincia*; la abertura circular a la derecha correspondía al ala izquierda del cuerpo de la Catedral local.
- 92 Otras fotografías donde pueden apreciarse grandes planos generales de la plaza y sus vías circundantes, permiten establecer que se trata de la calle Zelarrayán entre la actual Yrigoyen y Sarmiento.
- 93 "Los que por circunstancias especiales de la vida no tocamos pito en esta desafinada orquesta electoral ni llevamos vela en el entierro del partido que sucumba, podemos, á fuer de optimistas, balconearla un poco con indulgente sonrisa". "Carnet de un optimista", *Instantáneas*, Bahía Blanca, año 1, nº 26, 2 de diciembre de 1911, p. 6.
- 94 Ramón Olaciregui encabezaba la lista del Partido Conservador que también integraba Leónidas Lucero. Bartolomé Ronco, aunque sin ser candidato, era simpatizante de la UCR.
- 95 El ángulo en picada desde el que muchas veces se retrataba al electorado acentuaba la diferencia ya que

- otorgaba una importante carga expresiva a la toma, provocando que los motivos y personas se vieran disminuidos. Roca et al., *Tejedores de imágenes*, ob. cit., p. 202.
- 96 Luciano de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 17.
- 97 Marta Bonaudo y Elida Sonzogni "Sufragio libre y cuestión social Argentina, 1912-1922", *Cuadernos del CLAEH. Los partidos políticos en el Río de la Plata (1890-1930)*, *Revista Uruguaya de Ciencias Sociales*, Montevideo, setiembre de 1989, nº 50, p. 150.
- 98 El texto completo del folleto puede leerse en Eduardo Bambill, "La democracia y el derecho electoral", *Hoja del Pueblo*, Bahía Blanca, año 6, nº 487, 14 de febrero de 1912, p. 3; *Hoja del Pueblo*, Bahía Blanca, año 6, nº 488, 17 de febrero de 1912, p. 3; *Hoja del Pueblo*, Bahía Blanca, año 6, nº 489, 24 de febrero de 1912, p. 4.
- 99 Con relación a esta cuestión ha señalado María Liliana Da Orden que tampoco el partido socialista pudo mantenerse totalmente al margen de prácticas como la utilización de redes de adhesión y lealtades personales para lograr la movilización del electorado. "Prácticas tradicionales en un partido moderno. Socialismo y poder local, Mar del Plata 1916-1929", en Fernando Devoto y Marcela Ferrari (dir.), *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas. 1900-1930*, Universidad de Mar del Plata, Editorial Biblos, 1994, pp.229-246. Estas prácticas también pueden confrontarse en Bahía Blanca según los testimonios recogidos en *Restauración Conservadora, (1930-1943)*, Bahía Blanca, AMUNS, 1995.
- 100 Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 101 Se trataba de una agrupación vecinal, de carácter internacional, que seguía el ideario del economista y sociólogo estadounidense Henry George. Véase Norma Buffa, "Tribuna Georgista, un periódico casi desconocido de Bahía Blanca", en *Historia regional bonaerense*, Junta de Estudios Históricos de Tandil, Tomo II, 1987.
- 102 "Elecciones municipales", *El Siglo*, Bahía Blanca, año V, nº 1209, 30 de noviembre de 1920, p. 6.
- 103 *Ibidem*.
- 104 Como indicó *El Atlántico*, en las elecciones de 1923 y frente a la escisión de la UCR, el Socialismo vio disminuir sus fuerzas en una "proporción que positivamente debe alarmarles" mientras que el Partido Conservador acrecentó de manera importante el número de sus votantes. "Renovación de las autoridades comunales", *El Atlántico*, Bahía Blanca, año IV, nº 1083, 27 de noviembre de 1923, p. 5.
- 105 Véase las cifras de votantes en "Las elecciones comunales", *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, año XXXI, nº 10302, 27 de noviembre de 1928, p. 8; *El Atlántico*, Bahía Blanca, año 9, nº 3255, 27 de noviembre de 1928, p. 5 y "Las elecciones comunales", *El Censor*, Bahía Blanca, año 22, nº 6052, 27 de noviembre de 1928, p. 4.
- 106 Esta experiencia se corresponde con lo que Tulio Halperín Donghi denominó la "república imposible". (*La República imposible (1930-1945)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Buenos Aires, Ariel Historia, 2004) En otro texto referido a la época el autor señala las dificultades que se plantean en explorar qué perspectivas adoptó Argentina sumida en su propia crisis frente a la más vasta que azotaba casi al mundo entero. Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 13.
- 107 "Efectuáronse con calma ayer los comicios municipales", *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, año XXXIV, nº 11428, 11 de enero de 1932, p. 7.
- 108 Las maniobras electorales incluían el voto en cadena, las urnas trampeadas, el falseamiento de la identidad o los domicilios y todo lo que se relacionaba con la dimensión clientelar de la política, lo que quedó reflejado en los altos porcentajes de voto en blanco o los niveles de abstención de la ciudadanía.
- 109 Julio César Melón Pirro, "Legislación y práctica electoral en la década de 1930. La "ley trampa" y el "fraude patriótico", en Julio César Melón Pirro y Elisa Pastoriza (eds.), *Los caminos de la democracia*. Alter-

- nativas y prácticas políticas. 1900-1943*, Universidad de Mar del Plata, Buenos Aires, Biblos, 1996. Véase también Mabel N. Cernadas, "El Partido Conservador de Bahía Blanca y sus dilemas: entre la democracia y la manipulación electoral (1930-1935)", en *Actas V Jornadas de Historia Política*, Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, 8 al 10 de julio de 2015.
- 110 Yves Schemeil, "Déjeuner en paix. Banquets et citoyenneté en Méditerranée orientale", *Revue française de science politique*, Association Française de Science Politique, vol. 48, nº 3-4, 1998, p. 349.
- 111 Amado Millán, "Alrededor de la mesa: aspectos normativos, rituales y simbólicos de la comensalía", en Pedro Molina y Francisco Checa (eds.), *La función simbólica de los ritos. Rituales y simbolismos en el Mediterráneo*, Almería, Icaria, 1997, pp. 219-264.
- 112 Olivier Ihl, "Debouche à oreille. Sur les pratiques de commensalité dans la tradition républicaine du cérémonial de table", *Revue française de science politique*, Association Française de Science Politique, vol. 48, nº 3-4, 1998, p. 388.
- 113 "Movimiento político. Partido radical. El banquete de anoche", *El Siglo*, Bahía Blanca, año 5, nº 1601, 15 de marzo de 1922, p. 5.
- 114 Véase al respecto Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Para este autor la organización del tiempo y del espacio fue un elemento fundamental en la configuración de la escuela moderna y el disciplinamiento social. En efecto, la disciplina se hace carne al individualizar "los cuerpos por una localización que no los implanta, pero los distribuye y los hace circular en un sistema de relaciones". Ídem, p. 134.
- 115 Esta metáfora estructural analizada por Hernán Díaz concreta una determinada concepción del poder que tiene su correlato en elementos extralingüísticos. Como sostiene el autor, se trata de una metáfora política por excelencia que "lleva a otra diferenciación en el seno de las organizaciones políticas o sindicales que es la de dirección y base: aunque no se indica que la dirección es arriba, sí podemos observar que el conjunto de la organización está abajo, es decir, es la 'base' del edificio". Hernán Díaz, "El poder es arriba", en Mariana Di Stéfano (dir.), *Metáforas en uso*, Buenos Aires, Biblos, 2006, p. 129.
- 116 Antes denominados "rojistas" como referencia a su cabecilla, Rufino Rojas.
- 117 Para una reconstrucción exhaustiva del conflicto véase Lull, *Prensa y política en Bahía Blanca*, ob. cit.
- 118 "Movimiento político. Partido radical. El banquete de anoche", ob. cit.
- 119 Andrés Bisso, *Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)*, Buenos Aires, CeDInCI Editores, Buenos Libros, 2009.
- 120 Leandro A. Di Gresia, "Jueces de paz, masones y conservadores en la campaña bonaerense: Una aproximación a las redes vinculares en el sur de la provincia de Buenos Aires (Tres Arroyos, 1865-1910)", *Mundo agrario*, La Plata, vol. 11, nº 21, 2010. Sobre la masonería en la provincia de Buenos Aires puede consultarse también Yolanda de Paz Trueba, "Masonería y Sociabilidad en el centro y sur de la campaña bonaerense. Fines del siglo XIX principios del XX", *Prohistoria*, Rosario, vol. 16, diciembre de 2011, pp. 1-19.
- 121 Aunque la masonería bahiense no ha sido objeto aún de una investigación sistemática, existen aproximaciones parciales como las realizadas por Mabel N. Cernadas, "Liberales y Masones en Bahía Blanca: sus reacciones frente al accionar salesiano. 1890-1900", *Cuadernos del Milenio*, Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, 1992, nº 4, Ribas, *Del fuerte a la ciudad moderna*, ob. cit. o Rodrigo Vecchi, "Rumbo al oriente eterno: registro material y masonería en el cementerio municipal de Bahía Blanca", en Cernadas y Marcilese (comp.), *Cuestiones políticas, socioculturales y económicas...*, ob. cit., pp. 217-223.
- 122 Sobre estas revistas puede consultarse Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 123 "Continúan las fiestas centenarias", *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, año XXX, nº 10079, 14 de abril de 1928, p. 10.

- 124 Nos referimos aquí a la composición en escorzo, organizada a partir de la diagonal que construía la mesa, que acentuaba la profundidad del espacio y permitía apreciar a los concurrentes.
- 125 Christian Coulon, "Introduction: Cuisine, manières de table et politique", *Revue française de science politique*, Association Française de Science Politique, vol. 48, nº 3-4, 1998, p. 347.
- 126 Natalia P. Fanduzzi, "Embestidas y contragolpes: la definición del trabajo en el puerto de Ingeniero White a principios del siglo XX", en Cernadas y Marcilese (eds.), *Cuestiones políticas, socioculturales y económicas...*, ob. cit., pp. 377-384; Hernán Perriere, "Huelgas obreras en Bahía blanca (1917-1919): algunos elementos para re-discutir el rol del Estado durante el gobierno de Yrigoyen", en Mabel N. Cernadas y María del Carmen Vaquero (eds.), *Estudios culturales, modernidad y conflictos en el Sudoeste Bonaerense. Actas de las III Jornadas Interdisciplinarias del Sudoeste Bonaerense*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2005, pp. 91-102.
- 127 Roberto D. Cimatti, "La Federación Obrera Regional de Bahía Blanca y la huelga general de junio de 1921 en la prensa 'burguesa'", en Cernadas y Marcilese (eds.), *Política, Sociedad y Cultura en el Sudoeste Bonaerense*, ob. cit., pp. 57-68.
- 128 Judith Butler, "Bodies in Alliance and the Politics of the Street", *Transversal 10/11*, Viena, European Institute for Progressive Cultural Policies, 2011.
- 129 En este estudio se utilizan algunas de las fotografías relacionadas con la sociedad y la política bahiense que se publicaron en *Caras y Caretas* debido a que el alcance nacional de este magazine permite poner en tensión la autoimagen de la ciudad que construían los medios locales y la imagen de ella que circulaba en el resto del país. De esta manera, la fuente porteña adquiere un carácter complementario respecto de las bahienses al resaltar el valor de los estudios comparativos que ponen en diálogo distintas escalas de observación. Esto resulta particularmente interesante si tenemos en cuenta que las imágenes eran muchas veces enviadas por corresponsales locales, como lo atestigua el hecho de que existieran repertorios comunes que aparecían en uno y otro medio. Véase Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 130 Inés Yujnovsky, "Una vista panorámica de huelgas, manifestaciones y mítines en *Caras y Caretas*: prensa y fotografía a principios del siglo XX en Argentina", *América Latina en la Historia Económica*, México, Instituto Mora, nº 22, julio-diciembre de 2004, pp. 129-153.
- 131 Ana Lía Rey, "Reportajes fotográficos en los primeros años de *Caras y Caretas* (1848-1941). El conflicto social en imágenes", en *V Jornadas de Historia Política*, ob. cit.
- 132 Rubén V. L. Bevilacqua, "La celebración del Primero de Mayo en el partido de Bahía Blanca entre 1906 y 1915", en Cernadas y Vaquero (eds.), *Estudios culturales, modernidad y conflictos...*, ob. cit., p. 83.
- 133 Cernadas, "Cuando los socialistas gobernaron Bahía Blanca...", ob. cit.
- 134 María de las Nieves Agesta, "Entre lo efímero y lo perdurable. Los festejos bahienses de Centenario en *Proyecciones*", *Avances, Revista del Área Artes*, Córdoba, Editorial Brujas, nº 10 - 2006-2007, 2007, pp. 9-28.
- 135 Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- 136 Andrés Bisso y Emmanuel Nicolás Kahan, "Introducción", en Andrés Bisso, Emmanuel Nicolás Kahan y Leandro Sessa (eds.), *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*, La Plata, Ceraunia, 2014, p.14.
- 137 Mona Ozouf, *La fête révolutionnaire (1789-1799)*, París, Gallimard, 1976.
- 138 Los festejos del Centenario en diferentes partes del país han sido objeto de varias investigaciones. A manera de ejemplo puede consultarse el texto de Lautaro Cossia referido a las celebraciones en la ciudad de Rosario. Lautaro Cossia, "El Centenario en la revista *Monos y Monadas*. De la mitología nacional a la representación de una mitología rosarina", en Malosetti Costa y Gené, *Atrapados por la imagen*, ob. cit., pp. 109-136.

- 139 Bisso, *Sociabilidad, política y movilización*, ob. cit.
- 140 Roberto Di Stefano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, 2002 y Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- 141 Andrés Bisso, "El lugar de la sociabilidad como factor de análisis en los estudios de historiografía política de la democracia renovada", *Cuestiones de sociología*, La Plata, UNLP, n° 9, 2013.
- 142 Daniel Cefaï (dir.), *Cultures politiques*, Paris, Presses Universitaires de France, 2001.
- 143 Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 144 Joly, *La imagen fija*, ob. cit.

CAPÍTULO 3

POSTALES DE ESTE LADO DEL MUNDO: REDES DE SOCIABILIDAD Y FORMAS DE LA CULTURA MODERNA

- 145 "Las tarjetas postales", *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, año 6, n° 1514, 31 de octubre de 1903, p. 1.
- 146 Alejandra Osorio Olave y Felipe Victoriano Serrano, *Postales del Centenario. Imágenes para pensar el porfiriato*, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, p. 24.
- 147 John Mraz, *México en sus imágenes*, México D.F., CONACULTA, 2014, p. 61.
- 148 Jean-Louis Guereña, "Imagen y memoria. La tarjeta postal a finales del siglo XIX y principios del siglo XX", *Berceo*, Instituto de Estudios Riojanos, n° 149, 2005, pp. 35-58.
- 149 Las primeras postales ilustradas se remontan hasta la década de 1870, pero en Argentina las imágenes fueron incorporadas al dorso de las postales en 1897. Héctor Luis Pezzimenti, "Tarjetas postales. Su creación hace 135 años", en Andrea Cuarterolo (ed.), *Historia de la fotografía. Memoria del 8º Congreso nacional y 3º latinoamericano de historia de la fotografía*, Buenos Aires, Sociedad Iberoamericana de Historia de la fotografía, 2006, pp. 223-226.
- 150 Siguiendo a Michel Bertrand, concebimos la red como "...un complejo sistema relacional que permite la circulación de bienes y servicios, tanto materiales como inmateriales, dentro del conjunto de relaciones establecidas entre sus miembros, que los afecta a todos, directa o indirectamente y muy desigualmente". Michel Bertrand, "Los modos relacionales de las élites hispanoamericanas coloniales: enfoques y posturas", *Anuario IEHS*, Tandil, n° 15, 2000, pp. 61-80. Entendemos que, como indica Pilar González Bernaldo de Quirós, sociabilidad y redes no son conceptos intercambiables ya que mientras el primero remite a los vínculos que se establecen entre individuos y grupos que efectivamente participan de las prácticas sociales, el segundo refiere a espacios de interacción social que no implican la necesidad del contacto entre sus miembros. González Bernaldo de Quirós, "La "Sociabilidad" y la historia política", ob. cit.
- 151 Juan Pro Ruiz, "Las elites de la España liberal. Clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)", *Historia Social*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social - UNED, n° 21, 1995, pp. 47-69, p. 66.
- 152 *Ibidem*, p. 68.
- 153 Sandra Fernández, "Simplemente amigos. Breve recorrido por las tradiciones, alcances e instrumentación de un concepto sugerente para el análisis de las relaciones sociales", *Revista de Historia*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, n° 13, 2012.

- 154 Ana Luiza Carvalho da Rocha, "Uma história de amor à antiga através dos cartões postais", *Iluminuras*, Porto Alegre, Banco de Imagens e Efeitos Visuais - NUPECS/LAS/PPGAS/IFCH e ILEA/UFRGS, vol. 9, nº 22, 2008, p. 2. [la traducción es nuestra]
- 155 Pro Ruiz, "Las elites...", ob. cit., p. 68.
- 156 Javier Escalera, "Sociabilidad y Relaciones de poder", *Kairos*, Universidad Nacional de San Luis, año 4, nº 6, 2º semestre 2000.
- 157 Ana Castellani y Lorena A. Cobe, "Instituciones y desarrollo: el caso del correo oficial de la República Argentina", en *XXI Jornadas de Historia Económica*, Caseros, Asociación Argentina de Historia Económica - Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2008.
- 158 Juan M. González Moras, "Servicios Postales. Su actual regulación y desmonopolización", *Documento de Trabajo N° 66*, Buenos Aires, Universidad de Belgrano, 2001.
- 159 En 1870 la tarjeta postal fue introducida en los sistemas postales de Inglaterra y Suiza, al año siguiente en Bélgica, Dinamarca, Suecia, Noruega y Canadá, en 1872 en Rusia y Francia, en 1873 en Estados Unidos, Rumania, Serbia y España y dos años más tarde en Italia. En América Latina, Chile y Brasil fueron pioneros en la materia, editando sus primeras postales en 1871 y 1872, respectivamente; más tardíamente lo hicieron otros países como México que aprobó el formato en 1882. Véase Gabriela Silva Morales, *La Historia de la Tarjeta Postal de fines del siglo XIX y principios del XX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2005 [Tesina de licenciatura disponible on-line]; León Cáceres, Samuel et al. (eds.), *Historia de la postal en Chile*, Valparaíso, Red de Archivos Patrimoniales de Valparaíso - Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2007.
- 160 Véase John Mraz, ob. cit. y Caroline Paschoal Sotilo, "O cartão-postal e a fotografia: reprodução e consumo", *Congresso Internacional em comunicação e consumo*, São Paulo, ESPM-SP, 2014.
- 161 Sobre la historia de la fotografía en Bahía Blanca entre fines del siglo XIX y principios del XX véase Agesta, "Fotografía de prensa y proyecto regional...", ob. cit.
- 162 Laetitia Wolff (ed.), *Real Photo Postcards. Unbelievable images from the collection of Harvey Tulcensky*, New York, Princeton Architectural Press, 2005. A partir de un aviso publicitario de Casa Muñiz de 1910, Julio Moisés indica que el precio de un álbum de 20 postales de vistas de Bahía Blanca era de \$1,20 m/n. A ello habría que sumar el costo del franqueo que estaba tarifado en medio centavo para envíos locales, en cinco dentro del país y en seis para el exterior. Julio Moisés, "Historia de las tarjetas postales de Bahía Blanca (1907-1944). Ediciones de Adelino Gutiérrez, Casa Muñiz y Eladio Bautista", Alexander (ed.), *Memoria del 9º Congreso de Historia de la Fotografía*, ob. cit., pp. 183-187.
- 163 Bernardo Riego Amézaga, "Una revisión del valor cultural de la tarjeta postal ilustrada en el tiempo de las redes sociales", *Fotocinema. Revista científica de cine y fotografía*, Universidad de Málaga, nº 1, 2010, pp. 3-18.
- 164 El padre de Élide, Dámaso, había llegado a Buenos Aires desde su Salamanca natal a los 18 años en el barco León XIII el 26 de octubre de 1906; su madre, Dominica, también salamanquina, había arribado a ese puerto el mismo día con sus padres y hermanos. En ambos casos, el traslado a Bahía Blanca se debió a que en esta ciudad se hallaban afincados familiares cercanos cuya presencia facilitaba la instalación y la inserción de los recién venidos. Aunque se desempeñaba como jornalero rural, las visitas regulares de Dámaso al barrio Tiro Federal donde vivía su primo ferroviario, hicieron posible el encuentro y la posterior unión con Dominica en 1910. El flamante matrimonio se asentó en la zona rural donde gradualmente ascendieron desde peones a arrendatarios y desde allí a propietarios de un campo en Villa Iris y Berraondo. Antonio, padre de Alfredo, por su parte, había arribado el 3 de diciembre de 1899 a los 19 años de edad desde la provincia de Le Marche, Italia. En busca de un empleo de jornalero llegó a Bahía Blanca donde trabajó primero como empleado comercial. Una vez, ubicado como peón de campo en Cabildo retornó a Italia a buscar a su esposa, Santina, con quien volvió el 13 de octubre de 1908. Como en el caso anterior, la posibilidad de convertirse en arrendatario en Choiqué significó para ellos

- un considerable ascenso social que le permitió, con el tiempo, adquirir su propia parcela en esa zona y, más tarde, en Chasicó.
- 165 Talía Gutiérrez, "Políticas de educación agraria en la Argentina. El caso de la región pampeana, 1875-1916", en Alicia Civera, Alfonseca Giner de los Ríos y Carlos Escalante (coord.), *Campesinos y escolares: la construcción de la escuela en el campo latinoamericano (siglos XIX Y XX)*, El Colegio Mexiquense A.C. y Miguel Ángel Porrúa editores, México, 2011, pp. 162-194.
- 166 Nos referimos aquí a la Ley 1.420 promulgada en 1884 que establecía la educación común, laica y obligatoria para los niños de entre 6 y 14 años de edad. En la provincia de Buenos Aires, esta disposición fue reforzada por la Ley de Educación Común de 1889.
- 167 "Te deseamos que pases un feliz cumpleaños en compañía de todos en familia que los cumplas muy contento que son nuestros mayores deseos, que los son tu hermana cuñado y sobrinita. Disculpame de la tarjeta porque no tenía otra." María B. a Alfredo R., 20 de mayo de 1929. El resaltado es nuestro.
- 168 De acuerdo a Héctor Pezzimenti, las tarjetas postales fotográficas eran aquellas impresas por el sistema fotoquímico en forma comercial que se difundieron en Argentina entre fines de la década de 1920 y hasta la del 1940. *Diccionario de tarjetas postales*, Buenos Aires, CEITPA.
- 169 Surgido en Austria en 1903, este tipo de postales de seda bordada adquirió popularidad durante la Primera Guerra Mundial. Sus motivos fueron, en principio, florales (pensamientos, margaritas, amapolas, claveles, lirios del valle o rosas) pero durante el conflicto bélico incluyeron también banderas y diseños militares. Como se deduce de nuestra propia colección, en Argentina fueron los primeros los que imperaron y su proliferación se debió sobre todo a la industria francesa. En el dorso, estas tarjetas presentaban un rectángulo de seda sobre el que se bordaba -a mano o a máquina- la figura en cuestión; este era enmarcado por un cartón trabajado en relieve con diseños geométricos u orgánicos. Pat Tomczyszyn, "With Love from the Trenches: Embroidered Silk Postcards of the First World War", *Material History Review*, Cape Breton University, n° 51, primavera 2000, pp. 43-49.
- 170 Con el término inglés *novelty* se aludía a postales elaboradas de maneras y con materiales inusuales como cabello, madera, aluminio, celuloide, etc. Las más frecuentes en nuestra colección son aquellas de cartón o celuloide que poseían mecanismos móviles o las que introducían dispositivos visuales. William Dúval y Valerie Monahan, *Collecting Postcards 1894-1914*, Dorset, Blandford Press, 1978, pp. 70-74.
- 171 "Reunindo numa complexidade inúmeras das expressões da cultura (a moda, a arte, a escrita manuscrita, crenças, etc.) os motivos e temas que eram fotografados, desenhados, pintados ou impressos nos cartões postais formam um rico mosaico de imagens através das quais as pessoas compartilhavam entre si seus afetos e sentimentos mais íntimos". Ana Luiza Carvalho da Rocha, "Uma história de amor à antiga através dos cartões postais", *Iluminuras*, Porto Alegre, Banco de Imagens e Efeitos Visuais - NUPECS/LAS/PPGAS/IFCH e ILEA/UFRGS, vol. 9, n° 22, 2008, pp. 2-3.
- 172 Giuseppe A., padre de Argentina, Armando, Josefa y otros tres hijos llegó por primera vez a Bahía Blanca en 1895; luego retornó a Italia, se casó y volvió con su esposa Fermina C. en 1903. Este inmigrante trabajó primero en el ferrocarril y en un molino harinero, luego instaló una librería y posteriormente desplegó dos actividades paralelas: la comercial a través de un almacén y la de viajante como vendedor de libros y artículos de mercadería. Adquirió una vivienda situada en la calle Viamonte número 755. Su hija Argentina se casó en 1933 con Juan Emilio L., a quien conoció en un baile, cuando él estaba embarcado en un buque de la Armada apostado en Puerto Belgrano. En 1934 nació el único hijo de la pareja, Oscar Emilio. Hacia 1940, los tres dejaron Bahía Blanca para radicarse en la Capital Federal. Por su parte, Josefa A. se casó con Silvio F. (inmigrante italiano), en 1938. En 1939 nació su primer hijo, Jorge Silvio F. En cuanto a la familia G-R, del mismo modo que quien encabezó la cadena migratoria de la familia A-L, Pietro llegó siendo soltero en la década de 1920, retornó a Italia, se casó y regresó con su esposa Ida en 1929. Solamente uno de sus hermanos, Enrico, inmigró a nuestra zona; el resto de la familia permaneció en Italia. El matrimonio se instaló en Aldea Romana, con una gran precariedad edilicia. En ese barrio rural suburbano Pietro puso en funcionamiento un horno de ladrillos y realizó tareas laborales junto a sus primos (que

- también eran italianos). Cuatro años después, Ida, Pietro y sus hijos se trasladaron al casco urbano, adquiriendo una vivienda y un local comercial en las inmediaciones de la Estación del Ferrocarril Sud, lugar en el que se radicaron definitivamente.
- 173 Argentina y su hijo retornaron a Bahía Blanca décadas después, del mismo modo que Armando A. que hacia 1940 se había radicado en Buenos Aires. De ese modo, las postales que se habían llevado como parte de su patrimonio familiar retornaron a la ciudad.
- 174 Mariluz Restrepo, "En memoria de la tarjeta postal", *Comunicación y Ciudadanía*, Universidad Externado de Colombia, nº 4, 2010, pp. 32-48, p. 38.
- 175 Luis Príamo, "Fotografía y vida privada (1870-1930)", en Devoto, Fernando y Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada, La Argentina plural: 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, t. 2, 1999, pp. 274-299. Véase también: Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 176 En el original, las autoras se refieren a las cartas. Paula Caldo y Sandra Fernández, "Por los senderos del epistolario: las huellas de la sociabilidad", *Antíteses*, Londrina, Universidade Estadual de Londrina, vol. 2, nº 4, julio-diciembre 2009, pp. 1011-1032.
- 177 José María Imízcoz Beunza y Lara Arroyo Ruiz, "Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas", *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, Universitat Autònoma de Barcelona, vol. 21, nº 4, diciembre 2011.
- 178 Caldo y Fernández, "Por los senderos del epistolario...", ob. cit.
- 179 Imízcoz Beunza y Arroyo Ruiz, ob. cit. La afirmación resulta sumamente pertinente para el estudio de las redes sociales coloniales como el que ocupa a los autores. Los grupos familiares dieciochescos originarios de Navarra que constituyen su objeto de análisis se hallaban establecidos en diversos lugares de España y América y se conectaban entre sí a través de cartas con la finalidad de movilizar recursos e influencia en pos de su ascenso en la burocracia estatal y en el ámbito comercial.
- 180 Número de postales de acuerdo a los datos explícitos e indicios que refieren a su origen: Barbados: 1, Francia: 2, Italia: 17, Brasil: 1, Estados Unidos: 3, Argentina: 25, sin datos: 3. Si bien en términos absolutos las postales argentinas son numerosas en estas colecciones, debe considerarse que, en el caso de la familia A-L, varias de ellas retrataban el mismo evento y persona, como por ejemplo, 5 dedicadas a fotografiar a Juan Emilio como marinero o 3 que mostraban a Oscar Julio con un mismo disfraz carnavalesco en distintas posiciones. También debe considerarse que, en el caso de la familia G-R, el 90 por ciento de las postales provenía del continente europeo. Todo esto avala la importancia interpretativa que, desde un punto de vista cualitativo, otorgamos a los envíos transatlánticos.
- 181 Verónica Sierra Blas, "Puentes de papel: apuntes sobre las escrituras de la emigración", *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, año 10, nº 22, 2004, pp. 121-147, pp. 140-141.
- 182 Verónica Sierra Blas, ob. cit., p. 143. Sobre la importancia de las fotografías en los procesos de emigración véase también: María Liliana Da Orden, "Fotografía e identidad familiar en la migración masiva a la Argentina", *Historia Social*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social - UNED, nº 48, 2004, pp. 3-25.
- 183 Claire Bodart, *L'amitié, un lien social*, Paris, La Découverte, 1997, p. 134. La traducción es nuestra.
- 184 Isidro Maya Jariego, "Tipos de redes personales de los inmigrantes y adaptación psicológica", *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, Universitat Autònoma de Barcelona, vol. 1, nº 4, enero 2002.
- 185 Véase nota 19.
- 186 Número de postales de acuerdo a su procedencia: Bahía Blanca, 17; Chasicó, 14; Berraondo, 5; Goyena, 3; Choiqué, 2; Pelicurá, Nueva Roma, García del Río, Abramo, Felipe Solá y Villa Iris, 1; sin datos: 19. Las postales recibidas por Alfredo provenían de: Chasicó, 14; Bahía Blanca, 14; Berraondo, 2, Pelicurá, Villa Iris y Nueva Roma, 1; sin datos, 11. Las de Élide eran de Berraondo, 5; Bahía Blanca, 4; Goyena, 3, Choiqué, 2; García del Río, Abramo y Felipe Solá, 1; sin datos, 8.

- 187 Mabel N. Cernadas de Bulnes, "Economía regional", en Félix Weinberg (dir.), *Historia del Sudoeste Bonaerense*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1988, pp. 99-121.
- 188 De acuerdo a Cernadas, la participación de medieros y arrendatarios en la actividad agrícola de los partidos del sudoeste de la provincia no bajaba en 1914 del 71%, a excepción de los casos de Laprida (65,07%) y Patagones (40, 48%). Ídem, p. 108.
- 189 Leandro Losada sostiene que los sectores medios pasaron de ser el 10% de la población nacional en 1869, a un 25% en 1895, un 30% en 1914 y un 40% en 1947. Los estratos urbanos crecieron, sin embargo, mucho más que los rurales: en 1869 ambos representaban el 5%; en 1895, los primeros eran un 14,5% y los segundos, un 10,5%; en 1914, 22,2% y 8,2%; y en 1927, 31% y 9,2% respectivamente. Leandro Losada, "La sociedad bonaerense: tendencias demográficas, grupos sociales y formas de vida", en Juan Manuel Palacio (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires. De la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943)*, Buenos Aires, Unipe-Edhasa, t. 4, 2013, p. 131.
- 190 Florence Mailllochon, "La invitación al matrimonio. Una aproximación a las redes de sociabilidad de la pareja", *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, Universitat Autònoma de Barcelona, vol. 16, nº 5, junio 2009.
- 191 "Agradece y retribuye su atento saludo y le desea a V y familia en lo sucesivo salud suerte y prosperidad. Eres flor que siempre... / y que siempre haz / la que te envía esta postal te ama asta el morir yo siempre tu amiguita." Margarita C. a Alfredo R., 1 de enero de 1927. "Agradezco y retribuyo sus atentas felicitaciones y le deseo un sin número de felicidades en el día de año nuevo su amiguita Margarita M. Cañón. Adiós prenda dorada de mi corazón. MC" Margarita C. a Alfredo C., 1 de enero de 1929.
- 192 P.S., "La tarjeta postal", *El tiempo ilustrado*, México, año IV, nº 193, 4 de septiembre de 1904, pp. 588-589.
- 193 Por ejemplo, en Pierre Bourdieu, *El baile de los solteros. La crisis de la sociedad campesina en el Bearne*, Barcelona, Anagrama, 2004 o en Jaime Valenzuela Márquez, "Diversiones populares y sociabilidad popular en Chile central: 1850-1880", en *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*, Santiago de Chile, Vivaria, 1992, pp. 369-391.
- 194 Elena C. a Alfredo R., 1 de enero de 1930.
- 195 Adriana de Miguel, "Escenas de lectura escolar. La intervención normalista en la formación de la cultura letrada moderna", en Héctor Rubén Cucuzza y Roberta P. Sprengelburd (dir.), *Historia de la lectura en Argentina*, Buenos Aires, Editoras del Calderón, 2012, p. 137.
- 196 María Angélica García Maese de Magallán y Marta Susana Ramírez de Quattrocchio, *50 años de Educación Argentina y su Proyección en Bahía Blanca 1880-1930*, Bahía Blanca, Comisión de Reafirmación Histórica de Bahía Blanca, 1979, p. 83.
- 197 Ídem, p. 86.
- 198 Véase al respecto el Reglamento para las Escuelas Comunes de la Provincia de Buenos Aires de 1889 donde se planteaba como objetivo del proceso de educación primaria "escribir con buena ortografía y letra clara y redactar con regularidad, cartas y documentos usuales en el idioma nacional". Citado en Ídem, p. 75.
- 199 Estos folletos son mencionados por Mirta Lobato en su texto "Afectos y sexualidad en el mundo del trabajo entre fines del siglo XIX y la década de 1930", en Dora Barrancos, Donna Guy y Adriana Valobra (eds.), *Moralidades y comportamientos sexuales. Argentina, 1880-2011*, Buenos Aires, Biblos, 2014, pp. 155-175.
- 200 Prueba de ello son, por ejemplo, las cuartillas: "La postal que le mando / Para primero de Enero / Va deséandole a Ud. / Las dichas del mundo entero" o "Vuela postal querida / vuela donde yo te mando / sinó te recibe bien / vuelve postal llorando".
- 201 P.S., "La tarjeta postal", *El tiempo ilustrado*, México, año IV, nº 193, 4 de septiembre de 1904, pp. 588-589.
- 202 Karin Littau, *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*, Buenos Aires, Manantial, 2008.
- 203 "De la correspondencia", en *Guía Social de Bahía Blanca 1926*, Bahía Blanca, Iris, 1926, p. 26.

- 204 Si bien no nos detendremos aquí por cuestión de espacio en las polémicas en torno a la "buena letra" y a la caligrafía, cabe señalar que éstas ocuparon gran parte de los debates que se produjeron en el ámbito pedagógico argentino durante las primeras décadas del siglo XX. La convivencia del modelo sarmientino de escritura inclinada y del de escritura vertical que se difundió posteriormente, resulta visible en las tarjetas de las tres colecciones consideradas y da cuenta de la pluralidad de paradigmas que, con argumentos éticos, científicos y estéticos, dividía a la comunidad educativa de la época. Véase Silvina Gvirtz, "El problema de la escritura en la Escuela Nueva Argentina: de lo higiénico-pedagógico a lo psico-pedagógico en el discurso educativo", *Revista da Faculdade de Educação*, vol.24, nº1, 1998, pp. 177-190 y Edgardo Ossana, "El problema de la letra en la escritura", en Héctor Cucuzza y Pablo Pineau (coord.), *Para una historia de la enseñanza de la lectura y escritura en Argentina. Del catecismo colonial a La Razón de mi Vida*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002, pp. 213-228.
- 205 Edgardo Ossana, "La "letra derecha", un disciplinamiento fundado en la higiene y en los valores. Entre Ríos (Argentina) a comienzos del siglo XX", en *V Congreso Iberoamericano de historia de la educación latinoamericana*, San José de Costa Rica, 2001.
- 206 Josefa C. a Élide M., 1 de enero de 1930.
- 207 Adamo C. a Élide M., 1 de enero de 1930.
- 208 María B. a Alfredo R., 1 de enero de 1923.
- 209 Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 30.
- 210 Luis Priamo, ob. cit., p. 272.
- 211 Agesta, *Páginas modernas*, ob. cit.
- 212 Boris Kossoy, *Fotografía e historia*, Buenos Aires, La marca, 2001, p. 35.
- 213 Ana D'Angelo y Andrea Torricella, "Usos y sentidos otorgados por los actores sociales a sus fotografías personales. Abordajes metodológicos entre la antropología y la historia", *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, nº 85, enero-abril, 2013, pp. 139-162, pp. 156-157.
- 214 Ribas, *Del fuerte a la ciudad moderna*, ob. cit., pp. 334-338.

CAPÍTULO 4

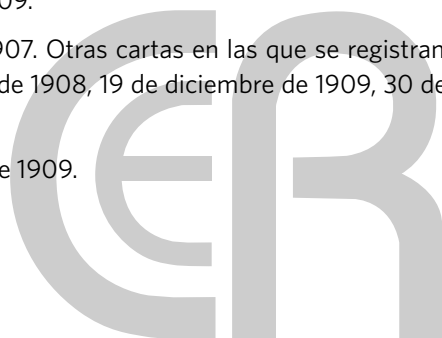
LA SOCIABILIDAD FAMILIAR Y LA CONSTRUCCIÓN DE RELACIONES INTERINDIVIDUALES: UN NOVIAZGO A TRAVÉS DE CARTAS A COMIENZOS DEL SIGLO XX

- 215 El corpus documental analizado está compuesto por 40 cartas de amor, una pequeña tarjeta de salutación enviada por Rosa a Luis con motivo de iniciarse el año 1906, una tarjeta personal con el nombre y la ciudad de residencia de Rosa, así como por algunos sobres, una factura de una casa comercial y una nota de crédito bancaria.
- 216 Recientemente, Mirta Lobato hizo un abordaje que buscó indagar en el amor y las vivencias de los trabajadores, pero a través de otro tipo de fuentes, como registros fabriles, juicios, folletines, etc. Ver Mirta Lobato ob. cit.
- 217 Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Norma, 2004, 1º ed. 1985; Dora Barrancos, "Moral sexual sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras", en Fernando Devoto y Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, t. 3, 1999, pp. 199-225.
- 218 Fernando Devoto en *Historia de los italianos en la Argentina*, 2ª ed., 2008, p. 283. Véase también: Susana Torrado, *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2003. En cuanto a la provincia de Buenos Aires, en Mar del Plata, por ejemplo, se ha constatado un

- elevado nivel de endogamia entre los extranjeros a fines del siglo XIX. Gabriela Méndez, "Matrimonios y sociabilidad. Mar del Plata, 1870-1900", en Graciela Zuppa, *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. Mar del Plata 1870-1970*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2004.
- 219 Eduardo Míguez, María E. Argeri, María M. Bjerg y Hernán Otero, "Hasta que la Argentina nos una: Reconsiderando las pautas matrimoniales de los inmigrantes, el Crisol de Razas y el Pluralismo Cultural", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 71, n.º 4, noviembre de 1991, pp.781-808, p. 798.
- 220 González Bernaldo de Quirós, "La 'sociabilidad' y la historia política", ob. cit.
- 221 Pro Ruiz, "Las elites de la España liberal...", ob. cit., p. 68.
- 222 Escalera, "Sociabilidad y Relaciones de poder", ob. cit.
- 223 Sarah Chambers, "Republican Friendship: Manuela Sáenz. Writes Women into the Nation, 1835-1856", *Hispanic American Historical Review*, vol. 81, n.º 2, 2001, pp. 225-254; Sara Chambers, "Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX.", *Araucaria. Revista de filosofía, política y humanidades*, vol. 7, n.º 13, 2005; María Liliana Da Orden, "A recuperación da experiencia da emigración galega na Arxentina: as cartas familiares e as fotos dos emigrantes", en Curso de Verán *As migracións nas sociedades contemporáneas: os desafíos na Galicia actual*. España: Universidad de Vigo, 2007; Elena Chicharro Crespo, "La correspondencia familiar en el ámbito conventual femenino: cartas de María de Jesús de Ágreda a la Duquesa de Albuquerque", *Via Spiritus. Revista de História da Espiritualidade e do Sentimento Religioso*, Universidade do Porto, n.º 20, pp. 191-213, 2013; Paula Caldo y Sandra Fernández, "Por los senderos del epistolario...", ob. cit. y *La Maestra y el Museo*, Rosario, El Ombú Bonsái, 2013.
- 224 Debido a que las fuentes llegaron a nuestras manos por obra del azar, hemos optado por omitir los apellidos de los protagonistas y de los integrantes de sus familias para respetar su intimidad.
- 225 *Segundo Censo Nacional*, Buenos Aires, Gobierno de la República Argentina, 1895.
- 226 Por ejemplo: "querido", "cariñoso", "Luisito de mi corazón".
- 227 Para ampliar esta caracterización véase Antonio Mestre Sanchís, "La carta, fuente de conocimiento histórico", *Revista de Historia Moderna*, n.º 18, 1999- 2000, pp. 13-26.
- 228 Carta del 9 de agosto de 1907.
- 229 Nora Esperanza Bouvet, *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, p. 71.
- 230 El hermano menor de Luis fue bautizado en 1893 en la Parroquia de San José de Flores de Buenos Aires. Al año siguiente, Luis fue bautizado en la misma iglesia. En los registros de ambos sacramentos se indica que sus padres y madres residían en esa parroquia. En el censo de 1895 el grupo familiar ya aparece instalado en Bahía Blanca. *Segundo Censo Nacional*, ob. cit., *Libro de Bautismos de la Parroquia de San José de Flores, 1893-1894*.
- 231 En una de las cartas Rosa mencionaba que Luis se encontraba realizando un balance para su padre, y en otra que estaba esperando a una persona procedente de Europa. Cartas del 16 de noviembre de 1907 y del 19 de febrero de 1909.
- 232 *Segundo Censo Nacional*, ob. cit., *Libro de Bautismos del Partido de Azul, 1886*.
- 233 *Segundo Censo Nacional*, ob. cit.
- 234 Juan Pro Ruiz agrega que "Las estrategias son trayectorias anticipadas para alcanzar ciertos fines; en general no suelen ser el reflejo fiel de un plan a largo plazo, sino el resultado de una acumulación de decisiones concretas que intentan aprovechar las oportunidades que ofrece el medio o solucionar los conflictos que plantea, decisiones que se toman bajo condiciones de incertidumbre y de racionalidad limitada." Pro Ruiz, "Las elites en la España liberal...", ob. cit., p. 68.

- 235 Jose María Imizcoz Beunza y Lara Arroyo Ruiz, "Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas", *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, vol. 21, nº 4, diciembre de 2011.
- 236 Cartas del 9 de agosto de 1907, 8 de noviembre de 1908 y 26 de febrero de 1909.
- 237 Para el caso de Rosario véase Sandra García, "Una comunidad de lectores urbanizados. La visita, espacio de sociabilidad burguesa en la ciudad de Rosario, principios del siglo XX", en Marta Bonaudo (coord.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués, Rosario, 1850-1930. Los actores entre las palabras y las cosas*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2005, pp. 147-171.
- 238 Carta del 21 octubre 1909.
- 239 Al respecto de los viajes de mujeres véase, a modo de ejemplo, Graciela Zuppa, *ob. cit.*; Analía García, "Lo íntimo y lo público. Sociabilidad y familia" en Darío G. Barrera (dir.), *Nueva Historia de Santa Fe*, tomo VII, Sandra Fernández, *Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930)*, Rosario, Prohistoria Ediciones/Diario La Capital, 2006, pp. 79-99 y Leandro Losada, *Historia de las élites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- 240 Carta del 23 de enero de 1908.
- 241 Las distinciones entre espacios privado y doméstico han sido tomadas del libro de Soledad Murillo, *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- 242 Cartas del 29 de septiembre de 1908 y 16 de febrero de 1910.
- 243 El servicio doméstico era un sector ocupacional que englobaba a las trabajadoras asalariadas en el marco de relaciones crecientemente mercantilizadas y a otro conjunto de sirvientas colocadas por los defensores de menores o, como en el caso que nos ocupa, sus propias familias. Con respecto a Córdoba, véase: Fernando J. Remedi, "Las trabajadoras del servicio doméstico: entre la subordinación y la negociación en una modernización periférica. Córdoba (Argentina), 1910-1930", *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, Santander, Universidad Industrial de Santander, vol. 19, nº 2, 2014, pp. 423-450. En relación al espacio en estudio: Yolanda De Paz Trueba, "Educar a las huérfanas: una mirada desde un asilo del sureste de la provincia de Buenos Aires a principios del siglo XX", en *PolHis*, nº 13, primer semestre de 2014, pp. 85-98.
- 244 Por ejemplo, en una ocasión le solicitó a Luis que le pidiera permiso a sus padres para que Arturo pasara unos días con "ellas", y en otro momento, al referirse a la posibilidad de que uno de sus hermanos se radicara definitivamente en Buenos Aires, se lamentaba porque se iban a quedar "solitas". Cartas del 7 de febrero de 1909 y 23 de febrero de 1908.
- 245 Carta del 4 de enero de 1910.
- 246 Carta del 30 de diciembre de 1909. Algunas otras cartas en las que se pueden observar estos aspectos son las siguientes: Cartas del 16 de noviembre de 1907, 26 de noviembre de 1907, 2 de junio de 1908, 23 de agosto de 1908, 6 de septiembre de 1908, 9 de febrero de 1909 y 19 de diciembre 1909.
- 247 Carta del 29 de abril de 1907.
- 248 Estos aspectos pueden verse, por ejemplo, en las cartas del 26 de noviembre de 1907, 26 de febrero de 1908 y 21 de octubre de 1909.
- 249 Cartas del 6 de septiembre de 1908, 27 de octubre de 1908 y 31 de enero de 1909.
- 250 Diego Guerra y Marcelo Marino, "Historias de familia: Retrato, indumentaria y moda en la construcción de la identidad a través de la colección Carlos Fernández y Fernández del Museo Fernández Blanco, 1870-1915.", *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, Buenos Aires, Universidad de Palermo, nº 44, 2013, pp. 43-58.
- 251 Cartas del 29 de abril de 1907, 15 de julio de 1907, 1º de noviembre de 1908 y 31 de enero de 1909.

- 252 Aparentemente, a veces recibían a otras personas, pero no se especifica la naturaleza de esos encuentros. Por ejemplo, en una carta menciona que: "...el lunes vino don Juan de Rocha...", Carta del 6 de agosto de 1909.
- 253 Cartas del 27 de octubre de 1908
- 254 Carta del 1º de noviembre de 1908.
- 255 Carta del 7 de febrero de 1909.
- 256 Carta del 23 de enero de 1908.
- 257 Carta del 2 de diciembre de 1908. También hacía referencia a Arturo en las Cartas del 16 de noviembre de 1907, 23 de enero de 1908, 23 de febrero de 1908 y 7 de febrero de 1909.
- 258 Cartas del 2 de junio de 1908, 19 de febrero de 1909 y 30 de diciembre de 1909.
- 259 Cartas del 7 de febrero de 1907, 30 de abril de 1909 y 21 de octubre de 1909.
- 260 Cartas del 6 de septiembre de 1908, 28 de septiembre de 1908, 23 de febrero de 1908 y 26 de septiembre de 1909.
- 261 Cartas del 6 de agosto de 1909 y 16 de febrero de 1910.
- 262 Carta del 6 de agosto de 1909.
- 263 Carta del 31 de enero de 1907. Otras cartas en las que se registran estos aspectos son las siguientes: Cartas del 8 de noviembre de 1908, 19 de diciembre de 1909, 30 de diciembre de 1909 y 17 de febrero de 1910.
- 264 Carta del 19 de diciembre de 1909.



María de las Nieves Agesta

Es Profesora, Licenciada y Doctora en Historia por la Universidad Nacional del Sur de Bahía Blanca y Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural por el IDAES (Universidad Nacional de San Martín). Ha sido designada como Investigadora Asistente de CONICET, y se desempeña como secretaria en el Centro de Estudios Regionales "Prof. Félix Weinberg" del Departamento de Humanidades de la UNS. Además, ejerce los cargos de Profesora Adjunta y de Asistente en el área de Historia del Arte de esta institución. Ha realizado sus trabajos de tesis y continúa indagando en el presente sobre problemáticas vinculadas a la Historia Cultural de la Bahía Blanca de principios del siglo XX. Es autora y coautora de varios libros, capítulos, artículos y ponencias de la especialidad. E-mail: nievesagesta@uns.edu.ar

Lucía Bracamonte

Es Licenciada, Profesora y Doctora en Historia por la Universidad Nacional del Sur de Bahía Blanca. Se desempeña como investigadora Asistente del CONICET y como integrante del Consejo Directivo del Centro de Estudios Regionales "Profesor Félix Weinberg", en el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur. Es Secretaria de la revista PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política. Autora y coautora de varios libros, capítulos de libros, artículos publicados en revistas nacionales e internacionales y ponencias comunicadas en congresos sobre temas vinculados a la historia de las mujeres. E-mail: luciab@criba.edu.ar

Mabel N. Cernadas

Es Licenciada, Profesora, Magíster y Doctora en Historia por la Universidad Nacional del Sur de Bahía Blanca. Se desempeña como Investigadora Principal del CONICET y docente de posgrado en los Departamentos de Humanidades y Economía la Universidad Nacional del Sur. Es asimismo Directora del Centro de Estudios Regionales "Profesor Félix Weinberg" y del Doctorado de Historia en el Departamento de Humanidades. En la formación de recursos humanos se destaca su trayectoria en la dirección de becarios y tesis doctorales. Autora y coautora de varios libros y capítulos de libros. Ha publicado numerosos artículos y reseñas en revistas nacionales e internacionales, como también ponencias en actas de congresos de Argentina y el exterior sobre temas vinculados a la historia política y social. E-mail: cernadas@criba.edu.ar

Yolanda de Paz Trueba

Es Profesora, Licenciada y Doctora en Historia por la Universidad Nacional del Centro e Investigadora Asistente del CONICET. Se desempeña como miembro investigador del Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales / CONICET y docente de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro. Desde 2004 ha investigado sobre el lugar de las mujeres en la esfera pública a fines el siglo XIX y primeras décadas del XX. Actualmente sus preocupaciones se centran en el estudio de la infancia entre 1880 y 1920 en la provincia de Buenos Aires. Sobre ambos temas ha escrito numerosos artículos y capítulos de libro que han sido publicados en Argentina y en el exterior. E-mail: yolidepaz@gmail.com



El aporte al conocimiento de esta publicación no sólo se funda en la originalidad empírica que propone, sino en la perspectiva que anima el texto, pues aplica a objetos de estudio locales un arsenal conceptual acorde a los usos historiográficos globales, y ello da como resultado una enriquecedora experiencia de conocimiento histórico con evidente potencial en la extensión universitaria. Así mismo, más allá del uso de documentos considerados clásicos, el material abunda en el relevamiento de testimonios no del todo utilizados en el trabajo histórico, como lo es el recurso a la fotografía de época y el epistolario íntimo indicador de la vida amorosa/afectiva del período de estudio. En el aspecto historiográfico la obra representa un claro aporte al estudio de la sociabilidad, la vida cotidiana y la experiencia de la intimidad en el espacio bonaerense durante la primera mitad del siglo XX, focalizándose más en detalle en el caso bahiense sin excluir otras dimensiones del interior provinciano.

Dr. Ricardo Pasolini

IEHS-IGEHCS-CONICET
UNCPBA. Facultad de Ciencias Humanas
Director ANUARIO IEHS

